

LA OTRA MEMORIA HISTÓRICA

Últimas investigaciones sobre las persecuciones y ejecuciones
en la España republicana durante la Guerra Civil



Miquel Mir
Mariano Santamaría



Esta obra reúne el resultado de la investigación sobre el tema más vidrioso de la Guerra Civil española: la persecución a católicos y conservadores (empresarios, médicos, abogados, comerciantes, militares, religiosos, etc.), una parte importante de las 55 000 víctimas de la violencia desencadenada en la zona republicana por el Frente Popular. Con el pretexto del anticlericalismo, siempre latente en el pueblo español, se produjo el mayor holocausto contra los católicos y sus instituciones en la historia de Europa. Esta persecución causó matanzas masivas que aún hoy sorprenden por su número y crueldad. Además de estos asesinatos, también fue destruida gran parte del patrimonio civil, religioso, , arquitectónico y pictórico, perdiéndose para siempre obras de incalculable valor.

Los testimonios y los documentos aportados por Miquel Mir y Mariano Santamaría revelan cómo, debido a su ideología, miles de personas vivieron sometidas y amenazadas por el horror, la desesperanza y la incertidumbre de la violencia revolucionaria en la zona republicana durante la Guerra Civil.

La otra memoria histórica se completa con los nombres de las personas asesinadas, el seguimiento al que estaban sometidas, los saqueos que se llevaron a cabo, el genocidio de Paracuellos de Jarama, el asesinato de 197 maristas, la fosa de la mina de Camuñas, los asesinatos del Círculo Ecuestre de Barcelona, y el destino del «Tesoro de Guerra». Este libro señala como responsables a los órganos de gobierno y muestra los métodos que llevaron a cabo para que el lector comprenda la intencionalidad del gobierno de la República.

La obra es un intento de aportar luz, 75 años después, a los episodios más oscuros de este holocausto que tendría que formar parte de la memoria histórica para el conocimiento de la sociedad española.



Miquel Mir & Mariano Santamaría

La otra memoria histórica

**Últimas investigaciones sobre las persecuciones y ejecuciones en la
España republicana durante la Guerra Civil**

ePub r1.0

Titivillus 28.12.17

Título original: *La otra memoria histórica*
Miquel Mir & Mariano Santamaría, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A la memoria de:
José Bosch Batallé,
Ramón Bosch Aymerich
y Luis Valls-Taberner.*

*En recuerdo de los 197 maristas asesinados,
a los socios del Círculo Ecuéstre de Barcelona
que perdieron su vida, a las personas que reposan
en la fosa de la Mina de Camuñas y en Paracuellos.*

Agradecimientos

*Francisco Aparicio Valls
Carlos Figuro García
José María Bosch Aymerich
Miguel Ángel Prieto Martín
Borja García-Nieto Portabella*

Presentación

En muchos países europeos, la memoria histórica de lo que pasó en las décadas de los treinta y los cuarenta aún provoca problemas. España constituye uno de estos casos en que el trauma de la Guerra Civil provoca tensiones aún sin cicatrizar respecto a su rememoración histórica.

El 17 de julio de 1936 se inició el golpe de estado militar contra el gobierno de la Segunda República que desencadenó una Guerra Civil en la que la represión fue una constante tanto en la retaguardia republicana como en la franquista.

La profunda herida abierta en los sentimientos y conciencias durante la Guerra Civil continúa despertando agrias polémicas y memorias conflictivas. Nos vamos a centrar en el tema más vidrioso como es la persecución contra las personas católicas y de ideología conservadora, que terminó con el asesinato de 4184 sacerdotes diocesanos, 2365 religiosos, 283 religiosas y decenas de miles de personas asesinadas por sus creencias católicas, lo que significa una parte importante de las 55 000 víctimas de la violencia desencadenada en la zona republicana. Ninguna otra organización o grupo social, ni siquiera el ejército sublevado, sufrió una represión tan fuerte.

El anticlericalismo siempre latente en el pueblo español produjo el mayor número de víctimas realizado en la historia de Europa contra los católicos y sus instituciones. Con el pretexto de la guerra, se procedió a ejecutar matanzas masivas que aún hoy sorprenden por su número y crueldad.

El contexto histórico de estos asesinatos se da durante el período 1936-1940, en que España se ve anegada en un baño de sangre y de lágrimas, dejando dividida a la nación en dos zonas: una, la del Frente Popular y otra, la España Nacional.

Durante este período de guerra la represión política fue durísima en las dos zonas. Había que eliminar a los enemigos y asegurar el control de la retaguardia. Cuando acabó la guerra, los vencedores continuaron la represión hasta sofocar toda forma de oposición a su política.

En el Frente Popular, el fracaso del golpe militar abrió un proceso revolucionario que el gobierno no logró controlar. A partir de ese momento la violencia fue imparable. Los poderes públicos se hundieron. El derrumbe del Estado se legitimó en la pretensión de transformar radicalmente la sociedad.

En la zona controlada por el Frente Popular, en el dramático verano de 1936, comienza la persecución contra los que ellos consideraban enemigos de la revolución entre los que estaban las personas con ideología conservadora: empresarios, médicos, abogados, comerciantes, religiosos, etc. La persecución no solo se dio con el asesinato de personas, también se dirigió a la destrucción de gran parte del

patrimonio civil, religioso, arquitectónico y pictórico; se perdieron para siempre obras de incalculable valor.

El resultado fue una persecución sistemática contra el catolicismo y todo lo que ello significaba.

La mayoría de las personas asesinadas en el territorio dominado por el Frente Popular lo fueron sencillamente por ser católicos o conservadoras. Constatamos que estas muertes no se pueden equiparar con la represión que los nacionales desencadenaron en su zona al ejecutar a los que eran de izquierdas. Ni con la represión de la zona republicana, en la que fueron eliminados quienes eran considerados de derechas.

Así las cosas, llegados a este análisis, nos preguntamos: ¿no sería mejor pasar página? Aquí no ha pasado nada. Hemos creído que no y esto por la siguiente razón: ante la documentación recientemente descubierta, consideramos que sería una omisión histórica difícil de justificar y una cobardía no hacerlo público; para que no vuelva a ocurrir y que nadie que tenga a la vez buena fe y haya leído estas investigaciones que les ofrecemos pueda negarlo.

Los asesinatos en Barcelona en 1936

La Barcelona revolucionaria y la persecución de los maristas

Uno de los casos más emblemáticos, y al mismo tiempo más desconocido de este período negro de la historia contemporánea, es la persecución y el asesinato de los hermanos maristas en España. Este capítulo es el relato de estos hechos a través de unos testimonios y una documentación que vale la pena analizar para aportar elementos objetivos a los estudios de la Guerra Civil. Se trata, en definitiva, de narrar la persecución, el chantaje, la estafa de doscientos mil francos y la traición que sufrió la Institución Marista por parte de los dirigentes de la CNT-FAI, quienes ocupaban cargos de responsabilidad en la Consejería de Interior de la Generalitat de Catalunya y en el Gobierno Central de la República.

En julio de 1936 los maristas en España estaban agrupados en varias demarcaciones, la principal era la llamada Provincia de España con un total de 78 colegios dirigidos por 722 religiosos y 388 seminaristas, distribuidos de la manera siguiente: en la zona republicana de Cataluña había 32 colegios, 309 religiosos y 230 seminaristas; en la zona republicana había 22 colegios, 208 religiosos y 98 seminaristas. Finalmente en la zona nacional había 24 colegios, 205 religiosos y 60 seminaristas.

La Institución Marista pretende aproximarse a los jóvenes a través de la enseñanza. Esta institución de origen francés fue fundada en 1817 por Marcelino Champagnat. La editorial FTD, desde 1932 Luis Vives, era propiedad de los maristas y editaba libros escolares.

El lema de las escuelas maristas era y es la formación de «buenos ciudadanos y buenos cristianos» a través de una pedagogía tradicional. Fieles a esta filosofía educativa, los maristas no fueron innovadores y acomodaticios a sistemas ni a inclinaciones políticas. En el curso 1934-1935, en sus colegios se educaban un total de 18 948 alumnos.

En las semanas posteriores al alzamiento del 18 de julio de 1936 y hasta septiembre no hubo ningún día en que los revolucionarios no incautaran alguna casa o colegio y asesinaran a algún marista. En Cataluña, en el corto plazo de dos meses y medio, recibieron muerte violenta 77 maristas. En Toledo, habían sido asesinados 11, en Madrid 10, en Málaga 6, en Valencia 4, etc. En total, en España, habían sido asesinados 197 maristas, además de ser saqueadas 39 casas y colegios de esta institución e incendiada la editorial Luis Vives.



Casa noviciado de los hermanos maristas de la provincia de España. Nuestra Señora de Bellpuig de les Avellanes (Lérida). 1936.

Paralelamente, en diversas cárceles y centros de detención de comités revolucionarios había más de setenta maristas detenidos, sin contabilizar los hermanos en paraderos desconocidos. Muchos maristas residentes en zona republicana se alojaron en casas de parientes, amigos y antiguos alumnos.

En esta trágica situación el Superior Provincial, Mariano Alonso, removi6 cielo y tierra, multiplic6 visitas a políticos y personas influyentes buscando soluciones para salvar las vidas de sus religiosos y seminaristas y preservar los colegios de la instituci6n.

Documentalmente, queda demostrado que los maristas fueron perseguidos y asesinados por ser parte de la Iglesia con prestigio y por su influencia en la sociedad a trav6s de su docencia. A pesar de que la instituci6n como tal no se involucr6 con ning6n partido pol6tico, fueron v6ctimas de los revolucionarios.

En Catalu6a como en el resto de la Espa6a gobernada por el Frente Popular la simple condici6n de sacerdote, monja, el mero hecho de ser cat6lico, era motivo para ser detenido y en nocturnidad asesinado. Este ambiente de sospecha sobre estas personas y no poder hacer nada por su libertad gener6 un clima de represi6n que oblig6 a esconderse a unos y a pasar la frontera a otros.

El per6odo de m6xima represi6n fueron las primeras semanas de la revoluci6n. En Catalu6a, especialmente en Barcelona, las Patrullas de Control y los Comit6s de Defensa eran los encargados de detener a las personas sospechosas y de llevar a cabo los registros domiciliarios, aprovechando siempre el atardecer o la noche. En la mayor6a de los casos hac6an subir a los detenidos al cami6n, llamado posteriormente «fantasma» o de la «muerte». Cuando estaban a pocos kil6metros fuera de Barcelona, los hac6an bajar, los obligaban a caminar y los disparaban. Los lugares habituales eran: La Arrabassada, Morrot, Horta, Somorrostro, Casa Ant6nez, la Avenida de Pedralbes, la Font del Lle6, en la riera de Vallcarca o las monta6as de Vallvidrera y el

Tibidabo. Si alguno quedaba con vida en el suelo, le daban un tiro de gracia en la nuca. Dejaban los cadáveres en el lugar de los hechos, generalmente próximos a los márgenes de las carreteras o en las tapias de los cementerios y para evitar que ninguno quedase vivo, de la forma más macabra los remataban con un disparo de gracia en la cabeza. En otras ocasiones se ensañaban con algún cadáver rociándolo con gasolina para luego prenderle fuego. Las víctimas eran desposeídas de cuanto llevaban encima y a las que tenían dentadura de oro se la sustraían.

Por las mañanas pasaban las ambulancias de la Cruz Roja recogiendo cadáveres o cuerpos mutilados que trasladaban al depósito del Hospital Clínico para ser identificados. Si no ofrecían señales de identificación, los etiquetaban como desconocidos, hecho que sucedía habitualmente, ya que sus asesinos se encargaban de no dejar ningún rastro que pudiera identificarlos.



La editorial Luis Vives, propiedad de los maristas, incendiada en julio de 1936.

El paso del orden republicano al revolucionario

En Cataluña, y más concretamente en la ciudad de Barcelona, el alzamiento militar se produjo el día 19 de julio de 1936. Desde varios cuarteles periféricos las tropas insurgentes se dirigieron, a primera hora de la mañana, hacia la plaza de Cataluña y a la Ciudad Vieja con el propósito de apoderarse de los centros de comunicaciones —Telefónica y emisoras de radio— y de los edificios oficiales, especialmente de Capitanía general.

Tras unos éxitos iniciales, los soldados se vieron detenidos por la resistencia de las organizaciones obreras, sindicales y populares. Los militares sublevados fueron derrotados. El cuerpo de la Guardia Civil y el de los Guardias de Asalto se declararon fieles a la Generalitat y al Gobierno del Frente Popular. El general Goded, que se

había trasladado desde Palma de Mallorca pocas horas antes para hacerse cargo del mando de la insurrección, se rendía a las fuerzas de la Generalitat en Capitanía general y, forzado por el presidente Companys, emitía un comunicado por radio invitando a todos los sublevados a deponer las armas. Solo resistía el núcleo situado en el cuartel de las Atarazanas donde se siguió luchando toda la noche. Por otro lado, los civiles no estaban organizados para secundar el alzamiento.

Derrotados los militares sublevados, los sindicatos se apoderaron de las armas almacenadas en los arsenales de los cuarteles de la Maestranza y del parque de artillería de San Andrés. Las fuerzas revolucionarias, sobre todo los anarquistas, con estas armas pensaron que había llegado el momento de la instauración de la revolución comunista libertaria y procedieron, según sus planes, a la destrucción de todo lo que ellos creían incompatible con el nuevo orden revolucionario.

Los grandes triunfadores de aquellas jornadas fueron los anarquistas de la CNT-FAI, quienes el 20 de julio, acabadas las luchas callejeras, se presentaron ante el presidente de la Generalitat Lluís Companys, los principales dirigentes de la CNT-FAI, Juan García Oliver, Buenaventura Durruti, José Asens, Joaquín Ascaso, Aurelio Fernández y otros destacados anarquistas. Obtuvieron del presidente la constitución de un Comité Popular de Defensa. La CNT-FAI respetaba la existencia del Gobierno de la Generalitat, pero consideraba que no estaba legitimada para dirigir los planes revolucionarios. Esta tesis era compartida por el resto de las fuerzas revolucionarias. La consecuencia fue la aceptación de la creación por parte de Lluís Companys de un Comité Central de Milicias Antifascistas.

El Comité Central de Milicias Antifascistas

El objetivo de este Comité Central de Milicias Antifascistas era hacerse cargo del gobierno de Cataluña, ante el vacío de poder que se acababa de producir con la sublevación militar y el licenciamiento de todos los soldados decretado por el gobierno de Madrid. También era misión de este comité velar por la seguridad interior de Cataluña.

El Comité de Guerra, bajo la dirección de Juan García Oliver de la CNT, formaba parte del organigrama del Comité Central de Milicias Antifascistas. Como muestra de su trabajo y eficacia podemos decir que a los pocos días de la constitución del Comité de Milicias salían de Barcelona, llenos de ilusión revolucionaria, los tres mil primeros milicianos, a cuyo frente iba Buenaventura Durruti, para combatir en la región este de Aragón.

La sede del Comité Central estuvo al principio en el Instituto Náutico del Puerto y luego se instaló en la Gran Vía número 617. Este Comité se organizó en diferentes departamentos o secciones: Guerra, Milicias, Propaganda, Salvoconductos,

Abastecimientos, Patrullas de Control, Investigación, Transportes, Sanidad y Secretaría General.

Aunque la presidencia del Comité Central correspondiera en teoría a Lluís Prunés, en la práctica ejerció de portavoz y dirigente indiscutible Juan García Oliver. Encargado del Departamento de Guerra y por tanto de las operaciones bélicas, también se convirtió en el principal organizador de este comité. En la política de seguridad, en el Comité de Milicias Antifascistas, Juan García Oliver puso a su lado a su amigo Aurelio Fernández de la CNT-FAI, que se convirtió en el máximo responsable del Departamento de Investigación y que empezó con la reorganización de la política de seguridad, con el objetivo de establecer una policía secreta que colaborara con las Patrullas de Control.

La función de este departamento era perseguir a los enemigos del nuevo orden revolucionario, represaliar las actividades fascistas en toda Cataluña, y vigilar las fronteras terrestres y marítimas controlando el paso de mercaderías, de bienes y de personas. Del control de las autorizaciones para circular y de los pasaportes se encargó la Sección de Salvoconductos, dirigida por Vicente Gil Portela. Se creó el Departamento de las Patrullas de Control, bajo la dirección de José Asens. Al nuevo cuerpo de Patrullas de Control se le asignó un contingente de 700 patrulleros que eran designados por la CNT-FAI, ERC, PSUC y el POUM, divididos en once delegaciones territoriales distribuidas por toda Barcelona. Cada una tenía su cuartel con un calabozo para los detenidos y al frente de cada sección se situaba un delegado. Además de estas, se constituyó una Sección Central con sede en la Gran Vía, 617, que actuaba de manera permanente en cualquier zona de la ciudad. Esta sección también controlaba otras patrullas más restringidas como las ferroviarias o las del Puerto de Barcelona.

La mayoría de los detenidos por los patrulleros eran trasladados al cuartel de la FAI sito en la calle San Elías. La creación de las Patrullas de Control de Barcelona regularizó en gran parte la proliferación de grupos armados que practicaban por su cuenta la represión en la retaguardia. Un caso particular fue el de las Patrullas del Puerto de Barcelona, plenamente controladas por la CNT-FAI, que actuaban por su cuenta hasta que se integraron como una sección más, la número doce, al cuerpo de las Patrullas de Control.

Paralelamente a estas patrullas, sometidas al control de la Generalitat de Catalunya y del Comité Central de Milicias Antifascistas, seguían funcionando los servicios montados directamente por las organizaciones políticas o sindicales, que tenían sus propios organismos parapoliciales. El más importante era el Comité de Investigación e Información de la CNT-FAI, formado por unos cuarenta hombres, dirigidos por Manuel Escorza desde la expropiada Casa Cambó de la Vía Laietana, 30.

Manuel Escorza era un anarquista que había padecido en su infancia una poliomielitis que le dejó como secuela una parálisis permanente. De muy baja

estatura a causa de la atrofia de las piernas, utilizaba unas enormes alzas en los zapatos que añadidas al uso de las muletas le daba un aspecto lastimoso y dificultaba enormemente su movilidad. De carácter extremadamente agrio y duro, poseía una gran cultura y fuerza de voluntad y no permitía que nadie le ayudara a moverse. Militó en las Juventudes Libertarias y llegó a formar parte del Comité Peninsular de la FAI. Fue el máximo responsable de los Servicios de Investigación de la CNT-FAI, que ejecutó recurriendo a todo tipo de tareas represivas, así como de espionaje e información.



El Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, con el presidente de la Generalitat Lluís Companys, Josep Tarradellas, Aurelio Fernández, etcétera.



Barricada alzada por las fuerzas populares en la Ronda de San Antonio, esquina con la calle del Tigre, en Barcelona, el 19 de julio de 1936.

El Comité de Investigación estaba organizado en dos secciones: Josep Minué estaba encargado del espionaje en el extranjero y el propio Escorza de la información en el interior. Las tareas represivas, de información y espionaje fueron calificadas como excelentes por García Oliver.

Las labores policiales, informativas y represivas de la quinta columna, tanto de elementos fascistas como clericales, y de sus actividades, así como de los llamados «incontrolados» del propio bando antifascista, incluido el cenetista, le dieron una fama siniestra que, sumada a su parálisis y aparatosa presencia física, lo convirtieron en una figura repulsiva y contrahecha, temida por su poder sobre la vida y la muerte de los demás, teñida de una aureola mítica a caballo entre el desprecio y el terror. García Oliver recordó a Escorza como «aquel tullido lamentable, tanto de cuerpo como de alma, al que hicieron responsable de la Comisión Regional de Investigación». Sin embargo le reconoció una eficaz y siniestra eficacia.

El control de los pasos fundamentales de la frontera y de los principales puertos de la costa estaba en manos de comités de obreros, fundamentalmente de la CNT-FAI y de las llamadas patrullas de costa. Pasaba lo mismo con los pasaportes o los salvoconductos para circular por el interior de Cataluña o pasar la frontera: se había perdido todo el control central en beneficio de una dispersión organizada por grupos sindicales y organismos como el Comité de Milicias y comités locales.

Durante las aproximadamente nueve semanas que duró la actividad del Comité Central de Milicias Antifascistas, este organismo se convirtió en el símbolo del poder revolucionario de Cataluña, en el vértice de una pirámide con una base formada por centenares de comités locales bajo su autoridad, aunque estos tuvieran una existencia y una actuación casi siempre autónoma, que respondía exclusivamente a los criterios fijados por ellos mismos.

Los objetivos de la Revolución

Para darnos cuenta de la dimensión represiva que se ejerció en Cataluña contra las personas y las instituciones, basta recordar los 6400 asesinados durante los cinco primeros meses de la revolución. Las primeras víctimas de la represión en Barcelona fueron los militares golpistas y los civiles que habían participado en la insurrección. Seguidamente vendrían los asesinatos de personas vinculadas a partidos de derechas y sobre todo se desató el odio acumulado contra la Iglesia católica.

La persecución contra los religiosos venía apoyada por algunos diarios republicanos. *Solidaridad Obrera* escribía: «Las órdenes religiosas han de ser disueltas. Los obispos y cardenales han de ser fusilados. Y los bienes eclesiásticos han de ser expropiados». Continuaba: «Se ha perseguido y exterminado a sacerdotes y religiosos únicamente porque lo eran. La destrucción de la Iglesia es un acto de justicia. Matar a Dios, si existiera, al calor de la revolución, cuando el pueblo, inflamado por el odio justo, se desborda, es una medida natural, muy humana». Una de las consignas fue «que había que ahorcar a los frailes con las tripas de los curas».

En julio de 1936 se pasó del anticlericalismo de las izquierdas republicanas a la

persecución desencadenada por las organizaciones obreras, sindicales y políticas basándose en una visión ideológica de exterminio de decenas de personas cuyo único delito era pertenecer a una clase social que debía perecer ineludiblemente y de haber concluido el conflicto con la victoria del Frente Popular, que hubiera significado la implantación de una dictadura comunista. Estas organizaciones e ideologías controlaban el poder, unas veces de hecho, como hemos visto en Barcelona, y después legalmente, cuando en septiembre de 1936, Azaña encargó a Largo Caballero la formación de un gobierno, llamado «Gobierno de la Victoria». Del anticlericalismo se pasó a la acción en el dramático verano de 1936.

Gestiones llevadas a cabo en los consulados

La represión ejercida por las patrullas revolucionarias contra los maristas se convirtió en peligrosa e irracional. El Superior Provincial, Mariano Alonso, de 54 años, era una persona culta, emprendedora y con experiencia. Procuró no perder la calma ante la delicada situación y empezó las gestiones recurriendo, unas veces personalmente y otras a través de sus delegados, a las autoridades competentes y consulados, en especial al consulado francés, por ser la Institución Marista de origen francés.

Mariano Alonso contó con la ayuda de diversos colaboradores como Mercedes Sentoaín Puig, familiar del marista Elías Arizu, que era funcionaria del ayuntamiento de Barcelona, maestra municipal e inspectora de colonias escolares de Barcelona y agregada al Comité de Abastos. Todos estos cargos le proporcionaban contactos con personas y autoridades. Pudo conseguir entrevistas y salvoconductos firmados por el presidente del Comité de Abastos.

Uno de los afortunados con estos salvoconductos fue Trifón Lacunza, navarro de nacimiento, antiguo director del colegio Liceo Castilla de Burgos. Estaba destinado para el próximo curso ocupar el puesto de director en el colegio de Murcia. Se encontraba en Barcelona por motivos encomendados por el Superior Provincial, entre ellos el de dirigir ese verano de 1936 un curso pedagógico para los religiosos jóvenes en la casa noviciado de Santa María de Bellpuig de les Avellanes en Lérida. El otro afortunado era Elías Arizu, un navarro de estatura mediana, fuerte complexión, de carácter extrovertido y muy activo. Era un buen relaciones públicas y gozaba de prestigio entre sus antiguos alumnos. Desempeñaba su docencia como licenciado en Filosofía y Letras en el colegio de la calle Llúria 58, de Barcelona.



El 25 de diciembre de 1936, el Consejero primero de la Generalitat firmaba el decreto del aborto. Pero no solo se eliminaba a los no nacidos; en la República del Crimen, se persigue hasta a los muertos. En el convento de las Salesas del Paseo de San Juan, los cadáveres de las religiosas enterradas en el recinto fueron profanados y expuestos al público.

Gracias a estos salvoconductos, Trifón y Elías podían desplazarse libremente por la ciudad y entrevistarse con autoridades y amigos sin grandes problemas. Trataron, aprovechando estas autorizaciones, de conseguir por vía legal la forma de evitar más víctimas o lograr la autorización de trasladar al extranjero a seminaristas y hermanos maristas. Uno y otro objetivo, de enormes dificultades y de mucho riesgo.

Barcelona, así como las ciudades de Cataluña, estaba bajo el control de las fuerzas revolucionarias, en concreto del Comité Central que ejercía vigilancia severa. En relación al traslado de religiosos fuera del territorio catalán, fue aún mucho más complicado. Era difícil obtener pasaportes y visados, máxime si se trataba de utilizarlos para hacer salir grupos de religiosos o religiosas. El listado de embarque debía estar autorizado por los consulados extranjeros o patrocinado por la Consejería de Cultura y por la de Gobernación. Estos listados se conseguían por amistad o por recomendación de dirigentes políticos.

Los responsables de la Institución Marista en Cataluña encomendaron a dos delegados iniciar las gestiones. El primer intento fue la visita de Trifón Lacunza y Elías Arizu a Alfonso Ovejero, funcionario del Gobierno Civil de Barcelona con quien tenían amistad. Querían saber si era posible obtener pasaportes o salvoconductos para salir al extranjero. Alfonso Ovejero les informó de que legalmente era imposible obtener pasaportes y, en cuanto a los salvoconductos, si los conseguían, corrían grave peligro. Les sugirió que ensayaran la salida recurriendo a los consulados de Italia y Alemania, que estaban trabajando desde hacía tiempo en este asunto.

Efectivamente. Apenas iniciada la Guerra Civil, el mismo mes de julio llegaba al puerto de Barcelona el barco italiano Tévere, para proteger a los perseguidos y

trasladarlos a Italia, pero en estas fechas el personal consular estaba estrechamente vigilado e incluso amenazado.

Trifón Lacunza y Elías Arizu se presentaron en el consulado italiano provistos de una recomendación del ciudadano italiano Mageroni. Fueron bien recibidos. Escucharon sus explicaciones y su petición. Se les prometió que el consulado haría lo posible para incluir a los maristas en la primera expedición. Tenían que presentar una lista con todos los maristas que querían salir, firmada por el abogado y diputado de Esquerra Republicana de Cataluña Josep Maria España, que en aquel momento era el Consejero de Gobernación.

Expuesta la conversación al Superior Provincial, este les autorizó para entrevistarse con el Consejero Josep Maria España y, conocido el objeto de la visita, les manifestó sus temores diciendo:

Miren, no puedo acceder a lo que me piden, a pesar de mi buena voluntad y grandes deseos de ser útil a su institución. Mi firma en esa lista sería firmar mi sentencia de muerte y además tenga en cuenta que los anarquistas controlan todos los puertos y fronteras, y si les cogen es para ir al cementerio.

Desestimada esta opción, lo intentaron en el consulado francés. En Francia había entonces un gobierno de Frente Popular, que simpatizaba con el de Madrid. De todas formas pidieron al cónsul de Francia la protección para el H. François Bonaventure Boutet, de nacionalidad francesa, que era el director del colegio de San Olegario de Barcelona, y que estaba preso en el barco Uruguay. También pidieron protección para los otros maristas que estaban en el mismo barco prisión, aunque el cónsul les respondió: «Nada puedo hacer por los españoles». Decepcionados, acudieron al consulado inglés, donde recibieron parecida negativa: «Nada tengo que ver en este asunto, ya que no son ingleses».

Sobre el 9 de septiembre, los Hermanos Lacunza y Arizu se dirigieron al consulado alemán, del cual pese a la conocida simpatía de este gobierno por el bando de Franco no consiguieron más que esta promesa: «En caso de presentarse una ocasión favorable, el consulado cumpliría con este elemental deber humanitario». Después de conocer estos hechos, puede decirse que fueron contados en estos primeros meses los que pudieron evadirse de Cataluña gracias a esta ayuda de los consulados.

Gestiones ante la Generalitat de Catalunya

Fracasados estos intentos, los dos delegados por el Superior Provincial buscaron de nuevo la vía de la Generalitat. Elías Arizu, a través de su amigo Alfonso Nadal, funcionario del Departamento de Cultura del ayuntamiento de Barcelona, consiguió una entrevista con Ventura Gassol, consejero de Cultura de la Generalitat que había

iniciado la carrera eclesiástica en Tarragona. Cuando dejó el seminario, se trasladó a Barcelona donde trabajó como administrativo en el área de la enseñanza. Militó en la Joventut Nacionalista de la Lliga hasta el 1922, año en que se incorporó a Acció Catalana. Al finales de 1924 se exilió en Francia, allí se afilió a Estat Català siendo un destacado dirigente y propagandista. Disfrutó de la confianza del presidente de la Generalitat, Francesc Macià. En 1931 fue consejero de Política Interior, y en el 1936 era consejero de Cultura de la Generalitat.



Mitin de la CNT en el teatro Olympia de Barcelona el 21 de julio de 1937.

Ventura Gassol como consejero de Cultura conocía la labor docente de la Institución marista por sus colegios y su editorial, famosa por sus libros de texto, el Instituto Geográfico y los trabajos de Cartografía. Alfonso Nadal presentó a los dos delegados maristas como «dos amigos íntimos, Trifón Lacunza y Elías Arizu, navarros y maristas, que me tienen secuestrado pero a gusto mío, que reclaman protección de la Generalitat para sus compañeros».

Los dos maristas le explicaron a Gassol la situación de la Institución marista en Cataluña con estas palabras:

Señor consejero, sepa usted que todas las casas-colegios en donde desempeñábamos la docencia nos han sido incautadas y como consecuencia fuimos obligados a abandonarlas, motivo por el cual estamos escondidos en pensiones, casas de familiares o de amigos con el riesgo que esto supone. La mayoría están en pensiones donde se sienten inseguros debido a la estrecha vigilancia a que son sometidos por los miembros de las Patrullas de Control. Durante los meses que llevamos desde aquel 19 de julio, y según nuestras informaciones, ya hemos contabilizado el asesinato de tres de nuestros hermanos de la casa de Sants: dos fueron asesinados en la plaza de Las Arenas de Barcelona y otro en Molins de Rei; dos en Calella de Barcelona, pertenecientes a la casa-colegio de Canet de Mar; dos en Lérida, asesinados en el Campo de Marte; uno, el director de la casa-colegio de Palafrugell; tres de la casa-colegio de Badalona; cinco de la casa-seminario de Santa María de Bellpuig de les Avellanés en Lérida, y otros dos de la casa-seminario de Vic. En el mes de agosto: tres maristas, que huían a Navarra de donde eran oriundos, fueron asesinados en Estopiñán; cuatro maristas enfermos que se encontraban en el Dispensa rio de Balaguer también fueron asesinados, con el agravante de que a uno, después de recibir el tiro de gracia, su cuerpo fue rociado de gasolina y prendido fue go; otro marista fue asesinado a cinco kilómetros de Terrassa; Jaime Utgés de la casa-colegio de Torelló, que estaba escondido en Barcelona en casa de sus familiares, fue detenido y asesinado en Montcada. Ni los retenidos en

prisión por su condición de religiosos se han visto seguros, tal es el caso de dos maristas encarcelados en la prisión de Lérida que junto con 74 religiosos fueron asesinados la noche del 20 al 21 de agosto en las tapias del cementerio de la ciudad. Durante este mes de septiembre, a fecha de 21, señor consejero, ya llevamos veinticuatro maristas asesinados. Todo cuanto le exponemos nos llena de pena y le solicitamos haga llegar al gobierno de la Generalitat esta nuestra situación para que de inmediato cesen la persecución y los asesinatos.

Ventura Gassol escuchó la exposición de los dos maristas y les comentó:

Que algún conocimiento tenía de cuanto le habían expuesto. Les prometió transmitir el informe a los miembros del gobierno en la reunión que al día siguiente tendrían y que tuvieran por seguro que lo tratarían, pero siéndoles sincero no veía solución. En cuanto a la protección, dirigiéndose al amigo Alfonso Nadal, que escuchó extrañado la narración de sus dos amigos a quienes acompañó en la entrevista, dijo: bien sabes tú que yo ando tan perseguido y amenazado como ellos. Si en mi poder estuviera, a todos los religiosos perseguidos los pondría en la frontera... Somos esclavos y estamos muy vigilados por la FAI. Ven tú mañana y te daré respuesta.

Lacunza y Arizu repetían irónicamente una frase que Ventura Gassol les dijo: «se había de dejar pasar la riada de los revolucionarios». Para los dos maristas eran simples excusas, pues bien conocían las ayudas prestadas por Ventura Gassol, consejero de Cultura y antiguo seminarista, a tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y civiles catalanistas, facilitándoles la salida al extranjero.



Mitin de la CNT en el teatro Olympia de Barcelona el 21 de julio de 1937.

Salieron de la entrevista con la conciencia tranquila. Habían informado a un consejero del gobierno de Cataluña sobre las víctimas de la persecución y sobre la imposibilidad de acabar con ella protegiendo y dando seguridad a los que aún estaban amenazados.

Antes de abandonar el edificio de la Generalitat fueron a visitar al secretario de la Consejería de Justicia, que había sido alumno suyo, en el colegio de la calle de Llúria 58. Les ofreció ayuda, pero no les ocultó su impotencia ante los extremismos de los revolucionarios.

La persecución se extiende

Cuando los dos delegados maristas explicaron el resultado de las gestiones al Superior Provincial, este se quedó abatido. Las noticias que había recibido parecían prever lo peor. El futuro no era tranquilizador.

No hubo ni una sola casa-colegio de la zona republicana que no fuera incautada y algunas incendiadas, tales como: la editorial Luis Vives, dedicada a la impresión de libros escolares y de gran prestigio en Cataluña. La casa seminario de Santa María de Bellpuig de les Avellanés en Lérida, a 15 kilómetros de Balaguer, fue incautada por miembros del comité de Os de Balaguer, bajo el poder del comité de la población de Balaguer dominado por el POUM y, como consecuencia, todos sus moradores, incluidos los enfermos, tuvieron que buscar alojamiento en los pueblos vecinos y escondite en los montes de los alrededores. La otra casa seminario de Vic también fue incautada a pesar de ondear la bandera francesa por ser propiedad de una institución de esa nacionalidad; los profesores fueron obligados a abandonar la ciudad y los seminaristas no nacidos en Cataluña estuvieron reclusos bajo la vigilancia de los comisarios en la Casa de la Caridad de la ciudad; muchos miembros maristas escondidos en casas de amigos, familiares o en pensiones eran detenidos y asesinados; los maristas de las comunidades de Cartagena y Murcia en número de cincuenta y seis también se encontraban prisioneros.

Recordaba a los detenidos, ejecutados y desaparecidos desde el 23 de julio. Este día fueron asesinados Andrés Pujolrás y Miguel Pou de la Comunidad de Sants. Refugiados en casa de la señora Francisca Sánchez, viuda vecina del colegio, los denunció la portera de la casa. Apresados y detenidos, fueron llevados a las inmediaciones de la plaza de toros de Las Arenas donde fueron asesinados. Sus cadáveres fueron encontrados al siguiente día. El 28 de julio fue asesinado en Molins de Rei Francisco Torrent, también de la comunidad de Sants.



Revueltas sindicales.

En Calella de Mar, el día 24 de julio, Luis Torres y José Torres, venidos de Canet de Mar, fueron acogidos por la familia Pelayo Girbau. Enterado el Comité de Calella, inmediatamente fueron a buscarlos. Los detuvieron y, simulando que regresaban a

Canet de Mar, a las afueras del pueblo fueron asesinados y sus cuerpos abandonados al pie del faro.

Pedro Vidal y Bonifacio González fueron detenidos en el colegio internado de Lérida, cedido por los maristas para Hospital de Sangre. Los milicianos del comité, al enterarse de que eran religiosos, los transportaron en un camión, vestidos con su bata de enfermeros, hasta el Campo de Marte. Los asesinaron y los arrojaron a una fosa.

El día 30 de julio, el panadero del pueblo de Les Avellanes, próximo a la casa-seminario llamada convento, halló los cuerpos de Juan Peracaula y Félix Sáiz, asesinados en la cuneta de la carretera a las afueras de Balaguer. Este mismo día, en Barcelona, eran detenidos Severino Ruiz y José Mulet, ambos de la comunidad de Vic, y en un lugar solitario de la carretera que conduce a Palma de Cervelló fueron asesinados. Sus cadáveres fueron rociados con gasolina en el mismo lugar donde recibieron el tiro de gracia.

Maximino Dronda, de la casa de Vic, fue detenido y puesto en libertad, buscó pensión y fue a parar a una de la calle Avinyó de Barcelona. Allí se encontró con sus compañeros Pío Gallo, Marcelino Pedra y Máximo Aranda, pero un registro efectuado por los patrulleros durante la noche del día 7 de agosto dio con ellos; al día siguiente sus cadáveres eran reconocidos en el Hospital Clínico.

Abrahán Merino y Miguel Cases, encarcelados en la prisión de Lérida, fueron asesinados ante las tapias del cementerio de la ciudad. El 26 de agosto lo fueron los encargados de la cocina de la casa-seminario de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, Amador González y Antonio Comas. Escondidos en el monte, bajaron a buscar comida al pueblo. Los detuvo el comité. Los llevaron en una camioneta al convento. Fueron fusilados a la subida del cementerio.

Después de ser expulsados del convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, Casimiro González, el director de los seminaristas, se alojó con ellos en el pueblo de Tartareu, en alojamientos proporcionados por los vecinos. El día 27 de agosto llegó al pueblo un comité forastero. Lo detuvieron y asesinaron a varios kilómetros del pueblo, en un lugar llamado Mas del Pastor.

El día 8 de agosto fueron detenidos José Vallbona y Teodoro Moleres. Estaban refugiados en casa de una familia amiga frente al colegio de la calle del Temple de Badalona. Fueron asesinados ese mismo día.

En un intento de huir de la zona republicana, caían asesinados el 11 de agosto Marcos Leyún, Julián Lisbona y Francisco Donazar. Pregunta dos por milicianos quiénes eran, no negaron que eran religiosos. El jefe del Comité de Estopiñan (Huesca) los detuvo. Al día siguiente los llevaron a unos catorce kilómetros. En el campo de un tal Berga, junto a la masía Saganta, los mataron con unas escopetas. Obligarón a los de la masía a enterrarles en ese mismo lugar.

En día 16 agosto, Juan Guitart, nacido en Torelló, director del colegio de Palafrugell, fue sorprendido camino de la frontera. Devuelto a Palafrugell, después de algunos días de torturas fue asesinado en La Bisbal.

Ramón Guix trabajaba en la editorial Luis Vives. Huyó a Terrassa y se refugió en casa de sus familiares. Fue descubierto y asesinado el día 17 de agosto a unos cinco kilómetros de la población, en el camino de Valldeperes.

Jaime Utgés, procedente de Torelló, se refugió en Barcelona en casa de un hermano suyo propietario de una carnicería en la calle Jaume Giralt, 44. Denunciado por una de sus empleadas, fue detenido y asesinado por unos patrulleros el día 31 de agosto. Arrojaron su cuerpo a uno de los hornos de la fábrica de cemento Asland, en Montcada.

En septiembre se supo lo ocurrido a los enfermos del convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes hospitalizados en el Dispensario de Balaguer. Llegaron noticias de los colegios de Sabadell, de Barcelona y de los internados de Lérida y de Gerona. Había desaparecido su colaborador Cecilio Gómez. Tuvo noticias de los que se alojaban en la pensión situada entre la Gran Vía de les Corts Catalanes y chaflán con la calle de Llúria, los de la casa de formación de Vic. Habían sido asesinados los jóvenes Tomás Moreno, Ignacio Vadillo y Aureliano Alonso.

El 2 de septiembre sacaron a Jesús Merino, enfermo del mal de Pott, del Dispensario de Balaguer. Fue asesinado junto al cementerio. Rociaron su cuerpo con gasolina y le prendieron fuego. Al día siguiente Baldomero Baró, Juan Pastor, Lorenzo Gutiérrez e Hilario de Santiago, enfermos en el Dispensario de Balaguer, son sacados por los milicianos de uno de los Comités de Balaguer. Los condujeron al convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes. Fueron asesinados en los frontones.

En aquellos días, ni la mejor documentación era garantía de seguridad, máxime si se trataba de religiosos. Se ve con lo que les sucedió a Baudilio Nozal y Gerardo Vergara. Prestaban sus servicios de enfermeros en el colegio-hospital de Lérida. Fueron advertidos por los responsables del centro del peligro que corrían. Agradecidos por sus servicios, les proporcionaron salvoconductos para que se trasladaran con sus familiares de Barcelona. Salieron de Lérida a primeros de septiembre. Fueron asesinados la noche del 5 al 6 de septiembre. Sus cadáveres fueron al depósito del Hospital Clínico de Barcelona.

En la ciudad de Gerona estaban escondidos Juan Ferrer y Jesús Goyena. Denunciados por Luis Bota, fueron detenidos el día 12 de septiembre a las cinco de la tarde y trasladados a Bonmatí. Una hora después eran asesinados por el Comité de Salt. Sus cuerpos quedaron abandonados en una cuneta. Los cadáveres parecían bárbaramente maltratados. A Jesús Goyena le destrozaron las mandíbulas para arrancarle unos dientes de oro, y a Juan Ferrer le destrozaron la cabeza con un azadón. Ni siquiera permitieron que fueran llevados al cementerio de Vilanna. Dejaron sus cadáveres en una finca propiedad de Tomás Carreras Artau, cerca de Trullàs. Antes de sepultarlos, prendieron fuego a sus cadáveres.

El mismo fin tendría tres días después Jaime Pí, director de uno de los colegios de Sabadell. Estaba refugiado con Jerónimo Hors, procedente de la Comunidad de Denia

(Alicante), en una pensión de la calle Escudellers. Allí fueron detenidos, junto con el dueño de la pensión y un hermano suyo, religioso carmelita. El día 17 de septiembre, el dueño de la pensión fue puesto en libertad pero los otros fueron asesinados por arma de fuego.

Buscando nuevas soluciones

La situación no podía ser más alarmante y lo peor es que no se vislumbraba una salida posible. Los dos infatigables delegados buscaron ayuda o posibles pistas de solución entre amigos o antiguos alumnos significados y con alguna influencia o responsabilidad política. Buscaron en los consulados que aún no habían visitado. Todo fue en vano.

Los directores de los colegios que quedaban, viendo el abatimiento del hermano Provincial, le aconsejaron que se trasladara al colegio marista en la calle Sant Josep de Mataró, ciudad cercana a Barcelona y bien comunicada, donde los Comités revolucionarios no se mostraban tan agresivos.

Trifón Lacunza sugirió a los maristas con cierta responsabilidad que, cercano el comienzo del curso escolar, propusieran al hermano Provincial pasarse a la zona nacional en la primera ocasión favorable. Allí su presencia era necesaria, mientras que, en la zona republicana, su salud se debilitaba y su actividad se veía anulada por las circunstancias. Para sustituirle se propuso a Émile Aragou que, por su condición de francés, su experiencia e intrepidez, podría servir de gran ayuda en tan difíciles momentos.

Los maristas consultados apoyaron la idea de Trifón Lacunza. Hubo momentos en los que el Provincial parecía decidido a seguir este consejo, sin embargo dejó pasar todas las oportunidades de salir de la España Republicana. Siguió en Mataró, donde disfrutó de relativa tranquilidad.

Ante el ritmo creciente de las detenciones, Lacunza y Arizu no cesaron de moverse para conseguir documentación que garantizase la seguridad de los maristas que aún gozaban de libertad. Lo intentaron otra vez en la Generalitat, a través de la señora Sarina, madre de varios alumnos del colegio de la calle de Llúria, quien había logrado sacar al extranjero a varios religiosos capuchinos y a otras personas comprometidas. Este intento terminó abortado porque la CNT-FAI redoblaba la vigilancia del puerto.

Se hizo entonces un nuevo intento con personas del partido Estat Català, gente religiosa y en desacuerdo con el estado de violencia por el que estaba pasando Cataluña. El joven Doménech Gironés, exalumno del colegio Sant Josep de Mataró, sirvió de interlocutor ante el independentista Francesc Millet, dirigente de Estat Català. Este lo intentó en uno de los embarques que de vez en cuando solían

efectuarse, pero no pudo lograrlo para los maristas. Cada vez se hacía más difícil la salida, la situación se hacía cada día más insostenible. Eso afectaba el ánimo de los superiores y de sus colaboradores.



Nave central de la iglesia Santa María del Mar, incendiada, con posterior saqueo y violación de tumbas (Barcelona).



Sindicalistas por las calles de Barcelona.

Comienza el éxodo

Continuaba la implacable persecución a civiles y eclesiásticos. Diversos consulados de naciones extranjeras acreditados en Barcelona, al igual que algunos de Madrid, Valencia o Alicante, trataron de protegerlos. Ampliaron las dependencias consulares y repartieron pasaportes para que pudieran salvar los controles fronterizos.

En dos años, salieron en barco desde el puerto de Barcelona, y en menor medida de Tarragona, varios miles de españoles. En Génova desembarcaron unas 15 372 personas. Muchos eran eclesiásticos y religiosos. Fueron 32 los barcos: 23 de alemanes y 9 de italianos.

Desde Barcelona hacia Marsella escaparon 6630 personas, entre ellas 2142 religiosas y 868 niños. Salieron también barcos por los puertos de San Sebastián, Bilbao, Málaga, Valencia, Alicante. Estos barcos tenían una capacidad entre 1000 y 1500 pasajeros.

Faltan cifras exactas de evacuados pero fueron miles de personas. Fueron ayudados por los consulados y, sobre todo, les dieron visados las embajadas en Madrid. Huyeron en barcos de bandera francesa, alemana o italiana. Otros lo hicieron, camuflados, a través de pasos fronterizos, carretera y avión.



Ventura Gassol i Rovira, consejero de Educación de la Generalitat.

Hay una lista de 515 personas evacuadas entre julio y diciembre de 1936. Son generales, jefes y oficiales del ejército y de la armada, altos funcionarios, políticos y sus familiares... El consulado general de Francia en Barcelona logró evacuar 1598 personas.

En el Gobierno de la Generalitat de Catalunya, sus consejeros, Josep Maria España, de Gobernación, Ventura Gassol, de Cultura, y Frederic Escofet, comisario general de Orden Público, también ayudaron a escapar a perseguidos. Hay que destacar la obra de Josep Dencàs, antiguo consejero de Gobernación, Joan Casanovas, presidente del Parlamento Catalán y Carles Pi Sunyer, alcalde de Barcelona. A ellos hay que sumar otras personas anónimas que, por iniciativa propia, buscaron visados para que pudieran salir.

El gobierno catalán expidió centenares de visados y salvoconductos. Favoreció a personas influyentes, amigos políticos y a eclesiásticos. Luego protegió a personas con profesiones liberales, industriales, fabricantes, clérigos, religiosos y religiosas que pudieron escapar y salvarse entre ellos el cardenal Francesc Vidal i Barraquer, el obispo de Gerona Josep Cartanyá, el obispo de Tortosa Félix Bilbao, etcétera.

Ventura Gassol, consejero de Cultura en 1931, 1934 y en 1936, conocía

directamente a la Institución Marista y su aportación docente y cultural en Cataluña a través de sus colegios, la editorial y el Instituto Geográfico.

Hemos visto que, a finales de agosto, le habían informado Trifón Lacunza y Elías Arizu sobre los asesinatos de maristas y le suplican, que tuviera a bien extender visados a los miembros de esta institución. ¿Cómo es que los maristas no salieron favorecidos como otras personas? La respuesta no es sencilla. De todas maneras, todo indica que Ventura Gassol dio prioridad a los religiosos conocidos suyos por vínculos de amistad y político. A los que profesaban el catalanismo les tendía la mano proporcionándoles un lugar en las listas de embarque o un salvoconducto, para poder salvar la vida, pero desoyó a los que no eran de su opinión y excluyó a los de la Comunidad Marista.

Ante la suerte de los maristas, aun teniendo, en cuenta el contexto y el momento, las autoridades del gobierno Catalán, Ventura Gassol y Josep Maria España, fueron responsables por su inhibición y falta de voluntad en socorrerlos, por juzgar que no estaban identificados con el nacionalismo catalán.

Entre la evasión y el cautiverio

Los revolucionarios continuaban intentando localizar a los superiores de los maristas. A primeros de septiembre y después de tantos intentos de negociar con representantes de la Generalitat de Catalunya y en los consulados, haciendo valer el origen francés de la Institución Marista y la nacionalidad francesa de algunos de sus miembros afincados en España, no encontraron ayuda. Carentes de ayuda y de respuesta del cónsul de Francia en Barcelona, no les quedaba más que acudir a la FAI, la organización que en aquellos momentos controlaba el poder.

La ocasión se presentó inesperadamente. Entre los numerosos detenidos en torno al 20 de septiembre estaba Fernando Suñer, consejero y colaborador del Provincial. Suñer era natural de Tayala, provincia de Gerona, de 62 años, persona seria, responsable y muy querida. Ocupaba en julio de 1936 la dirección del colegio de la calle de Llúria, 58, de Barcelona.

Suñer, como los demás maristas, tuvo que abandonar su residencia. Los patrulleros le detuvieron en dos ocasiones en compañía de otros compañeros. Fue a parar a la jefatura de la Vía Laietana. Lo detuvieron de nuevo el 17 de agosto, y pero también lo dejaron libre. Su salud se resentía. Una familia conocida y domiciliada en la calle Sant Doménech del Call, cerca del ayuntamiento, le recibió en su casa. Por temor a ser detenido, apenas salía. Un día se presentaron los patrulleros y se lo llevaron al Canódromo del Guinardó en la calle de Mare de Déu de Montserrat, una de tantas prisiones improvisadas en Barcelona, dependiente del Comité de Defensa de Sant Martí de Provençals, en la Rambla Volart, 3.

Uno de los jefes de este Comité de Defensa era Antonio Ordaz, este oyó que entre los detenidos del Canódromo había algún superior de los maristas. Hechas las averiguaciones descubrió a Fernando Suñer. Ordaz logró sacarle debido a su ingenuidad, datos sobre su vida. Había estudiado en Francia y había sido director en algunos colegios maristas importantes como los de Lérida, Toledo, Igualada, Gerona, Logroño y el de Barcelona de la calle Llúria. Se enteró además de que era del Consejo de la Provincia marista de España.

Suñer, con su bondad, le comentó la difícil situación de sus compañeros maristas. Además le dijo a Ordaz que no se encontraba bien de salud, que era diabético, y le pidió algunas medicinas que necesitaba. El anarquista le prometió ayuda.

Ordaz se informó al detalle de quiénes eran los maristas y llegó a la conclusión de que eran frailes o curas, que habían venido de Francia y que tenían colegios de pago en Cataluña y en el resto de España. También se enteró de todo el jefe de la Sección novena de las patrullas de control con sede en calle Major de Sant Andreu. Era un valenciano de Xátiva, llamado José Pérez Ibáñez, alias *El Valencia*. Había pertenecido a los grupos anarquistas «Los Solidarios» y «Nosotros». Había participado en detenciones de maristas. Dijo a Antonio Ordaz que los de su patrulla ya habían detenido a muchos y asesinado a bastantes de esos frailes, y además habían incendiado una imprenta y un almacén de libros de religión que tenían en la calle Sicilia.

Pronto se les ocurrió a Antonio Ordaz y a José Pérez un plan para hacerse con dinero a costa de aquellos frailes. Comentó Ordaz a Fernando Suñer que sería relativamente fácil resolver la difícil situación de sus compañeros. Para ello le proponía un encuentro entre los dirigentes de la FAI y los maristas para tratar de buscar una solución al tema. No le pareció mal la idea a Fernando Suñer. Si se lo permitían, informaría a sus superiores.



Ordaz comunicó a Aurelio Fernández que habían detenido a un marista importante y que podrían sacar mucho dinero ya que tenían negocios en todo el mundo. Precisamente Aurelio llevaba algún tiempo con sus colaboradores tratando de encontrar a su jefe en Barcelona, porque a él también se le había ocurrido algo parecido. Parecía ser un negocio redondo. Las muchas detenciones de maristas, efectuadas por las Patrullas de Control en las tres primeras semanas de septiembre, serían un buen cebo para entrar en conversaciones y pedir una recompensa a cambio de resolver la difícil situación de la institución.

La FAI se dispone a negociar

El día 20 de septiembre, Fernando Suñer fue llevado al Departamento de Investigación y Patrullas en la Gran Vía, 617. En los interrogatorios, hechos con mucha habilidad, consiguieron que Suñer comentara a grandes rasgos lo que ya había declarado un poco forzado en el Comité de Defensa de la rambla Volart.

Después de escucharle, Aurelio Fernández y Antonio Ordaz prometieron a Suñer buscar una solución para sus compañeros a cambio de dinero y así conseguir los fines de la revolución iniciada.

¿Quiénes eran estos dos anarquistas? De Aurelio Fernández Sánchez, dice Manuel de Irujo, el nacionalista vasco, ministro en el gobierno de Largo Caballero: «Era un perfecto culebra, capaz de las mayores villanías. Yo conocí varias de ellas». Antonio Ordaz, que tenía la confianza de Aurelio Fernández, propuso a Suñer que escribiera una carta a sus superiores invitándoles a entrar en conversaciones con el Comité de Investigación de la FAI, para analizar y tratar de buscar una solución. Le pidieron a Suñer que reflejara en la carta la confianza que tenía de haber llegado el momento de poner fin a tanta inseguridad y sufrimientos por la que estaban pasando los maristas.

Escrita la carta^[1], encargaron a Suñer que pensara la forma de hacérsela llegar a sus superiores. Antonio Ordaz le ofreció los medios necesarios. Suñer les pidió algo de tiempo. Así lo acordaron.

Al volver al preventorio del Canódromo, se encontró Fernando Suñer con la sorpresa de ver allí a cuatro compañeros: Félix Ayúcar, Feliciano Ayúcar, Santiago Saiz y Julio García, detenidos por los patrulleros el día 20 de septiembre durante un registro en la pensión de la calle Tallers.

Suñer les contó su detención, el buen trato recibido de Aurelio Fernández, responsable del Departamento de Investigación y Patrullas, y la conversación mantenida con él y con Antonio Ordaz. Les expuso el contenido de la carta y la forma de hacérsela llegar al Superior Provincial. Aun siendo jóvenes, pues ninguno pasaba

de los veintiséis años, los cuatro maristas se percataron del peligro que suponía convocar a los responsables de la provincia para tratar con la FAI. Le contaron que en los últimos días, habían desaparecido, tal vez asesinados por los anarquistas, al menos ocho maristas. Ellos también corrían el mismo peligro. Entonces Suñer, empezó a dudar de si no se habría comprometido demasiado con Antonio Ordaz y con Aurelio Fernández. Quiso volverse atrás, pero ya no pudo.

Por la mañana sacaron en un taxi a Suñer del Canódromo del Guinardó en la calle de Mare de Déu de Montserrat acompañado de dos patrulleros y seguidos por otro coche con gente de la FAI. Recorrieron las calles de Barcelona por donde solían pasear y encontrarse los maristas ocultos en pensiones para comentar lo sucedido. La finalidad era la de entregar a alguno la carta, con el ruego de hacérsela llegar a los superiores responsables.

En la plaza de Cataluña, Suñer vio paseando por la acera entre las Ramblas y el Portal de l'Angel, ante el consulado francés, a un joven marista, Javier Zudaire, profesor del colegio de la calle de Llúria, 38. Bajándose del taxi le hizo señas para que se acercase, le entregó la carta con el ruego de que se la hiciera llegar a Trifón Lacunza o a Elías Arizu. Lo más disimuladamente que pudo le dijo que era una propuesta del Comité de Investigación de la FAI. Javier, en medio del susto y de la sorpresa por ver de nuevo a su director del que todos sabían que estaba detenido, quiso saber más de él, solo consiguió que le dijera: «la carta lo dice todo, vete tranquilo, no saben la casa donde estás hospedado... Adiós, hijo mío». Y se marchó.

Javier Zudaire le siguió a distancia con el deseo de saber algo más pero al verse cercano al taxi, uno de los patrulleros del segundo coche le impidió acercarse y hablar con Suñer. Al meterse en el taxi, pudo decirle: «Cuídese mucho, que me da mucha pena lo delgado que está». De cuantas cosas pasaron por su cabeza no pudo ni preguntarle ni comentarle nada más.

Todavía impresionado y tembloroso, el joven Zudaire merodeó por la plaza de Cataluña encontrándose con el compañero Daniel Gutiérrez. Ambos se escabulleron por las calles cercanas, mirando si les seguían. Fueron a la calle de Sant Doménech del Call, donde Fernando Suñer había pasado los últimos días y en donde Javier seguía viviendo con otros dos compañeros. Allí comentó lo ocurrido con su amigo Fernando Bartolomé. Los tres se pusieron de acuerdo en ir a buscar después de comer a Trifón Lacunza, colaborador del Superior Provincial. Tras la comida se acercaron al Paseo de Gracia, por donde solía transitar Lacunza vestido con un mono de color caqui distintivo por el cual era conocido por los maristas. Al encontrarlo le entregaron la carta.



En la requisita en domicilios particulares, se llevaban hasta los colchones.

Lacunza buscó a su compañero Arizu en la pensión Capell, de la calle Ferrán. Allí abrieron la carta y muy detenidamente la leyeron. La comentaron y analizaron su contenido. Vieron el membrete del Departamento de Investigación y Patrullas de la Gran Vía, 617. Citaba a los jefes de los maristas a una entrevista con dirigentes de la FAI, a las diez de la mañana del día 25 de septiembre, en el café El Tostadero de la Plaza Universidad.

Los maristas desconfían de la FAI

Hacía dos meses que Trifón Lacunza y Elías Arizu llevaban buscando el modo de sacar de la cárcel a sus compañeros y tratando de lograr el modo de obtener pasaportes para evacuarlos al extranjero. No llegaban a comprender lo propuesto por la FAI. ¿Qué había detrás de todo esto? ¿Qué hacer ante tan inesperada oferta?

Lo primero era comunicar esta sorprendente propuesta al Superior Provincial, refugiado desde el día 16 de septiembre en el colegio San José de Mataró. Mientras, pensaron aprovechar la tarde para consultar a dos personas de confianza y desinteresadas para exponerles la propuesta recibida y pedirles su consejo. Recurrieron a Mercedes Setoaín, mujer de gran intuición, experiencia y conocedora de la honradez de estas personas debido al cargo que desempeñaba.

El contenido de esta entrevista la deja escrita Elías Arizu en los siguientes términos: «Mercedes se leyó la carta escrita por Fernando Suñer muy despacio, parándose en el parágrafo que decía: no deberíamos perder la ocasión que se nos presenta y las posibilidades que nos ofrecen y continuó, no os dejéis engañar por esa gentuza, es una emboscada en la que os quieren meter para cogeros a todos y

arrebatáros el dinero. Yo que trato todos los días a esos criminales los considero incapaces de un rasgo de lealtad».

Quedamos los dos de una pieza ante aquellas categóricas afirmaciones. Elías Arizu replicó: «Lo que afirmas puede ser verdad, pero ahora escucha lo que te voy a decir sobre nuestra situación verdadera en Barcelona, que siempre te la he ocultado para no hacerte sufrir. Llevamos quince días de continuas detenciones pero con el agravante de que van a las pensiones con los nombres de los que tienen que detener. Además a uno de los nuestros sabemos que le han sorprendido con la lista de bastantes compañeros maristas con sus domicilios. Puede suceder lo que tú dices, pero en este caso solo algunos días habremos anticipado nuestras detenciones. Y si esos hombres acuciados por el ansia del dinero cumplieran su compromiso habríamos vuelto a nacer. Además se nos invita a una entrevista para estudiar el asunto, aún tenemos tiempo de volver sobre nuestros pasos; los únicos que peligramos somos los que acudimos a la misma». Ella respondió: «Bueno, si es así y os sentís con ánimo de jugaros la vida a cara y cruz, mirad a lo que os exponéis». A lo que Arizu respondió: «Tú bien sabes que hemos dado todos los pasos, movido todo los resortes y tocado todas las teclas que la prudencia humana aconseja en estas circunstancias. Esta determinación la someteremos a maduro examen con nuestro superior y con personas conocedoras de la gravedad del momento, lo de si iremos o no dependerá de lo que se determine con nuestro superior».

Al atardecer, no fiándonos de nosotros mismos en aquel grave asunto, consultamos el caso con el abogado Francesc Maspons Anglasell, un prestigioso jurista y estudioso del derecho catalán, que había dirigido la oficina de estudios jurídicos de la Mancomunidad de Cataluña. A este abogado le pedimos nos diese su consejo antes de llegar al trato con la FAI. Leyó detenidamente la carta, reflexionó largo rato sobre su contenido, «Mi parecer —nos dijo— es que no solo pueden sino que deben acudir a la cita. Ellos, y dado el poder que tienen, son los únicos que, si se lo proponen de veras, podrán sacarles a ustedes de la situación por la que están pasando». De tener la entrevista nos dio oportunas instrucciones sobre las condiciones que deberíamos presentar.

Tras esta visita y fortalecidos con los consejos recibidos, prosigue Elías, llenos de aliento por las palabras y consejos de persona tan cualificada como era el señor Francesc Maspons, tratamos de planear algunos detalles relacionados con una posible entrevista con los dirigentes de la FAI. Creímos dar a conocer alguien la entrevista que íbamos a mantener, el objeto y el lugar por si resultaba ser una emboscada, elaborar la logística correspondiente para dar la señal de alerta a todos los maristas de Barcelona y efectuaran el cambio de domicilio aquel mismo día.

Continúan las malas noticias

En la mañana del 24 de septiembre, Trifón Lacunza con la carta en el bolsillo y el plan establecido salió en el primer tren hacia Mataró, para comunicar aquella importante noticia al Provincial. Lo primero que le explicó fue que venía él solo ya que Fernando Suñer, consejero, estaba detenido y en una delicada situación.

De inmediato le informó de las últimas noticias que le proporcionaron los maristas hospedados en la fonda Capell:

En estos pocos días han desaparecido de sus pensiones, probablemente asesinados, unos ocho maristas, entre ellos, su gran colaborador y consejero Cecilio Gómez. Sabíamos que estaba acusado de actividades fascistas y tuvo que cambiar varias veces de pensión con rapidez para así escapar a las pesquisas de las patrullas de control, posteriormente fue detenido en tres ocasiones. Gracias a las gestiones de Antonio Moles, funcionario de la Generalitat y amigo suyo, pudo dos semanas después abandonar los calabozos de la Vía Laietana; la tercera y última detención fue en un hotel de la Plaza Letamendi, adonde se había retirado. La señora encargada, una francesa, nos ha informado recientemente: «Que de mañana bien temprano, se presentaron los patrulleros de la FAI preguntando por él y se lo llevaron, estos delincuentes eran unos cobardes que le trataron con desprecio y se mofaban de él. Cuando quiso coger algo de ropa interior le dijeron: “para el viaje que tienes que hacer te basta la que llevas puesta, y se lo llevaron”». También ha desaparecido el director de la revista Stella Maris, Eloy Díez y todos los que residían en la pensión cercana a la Gran Vía de les Corts Catalanes y la calle de Llúria, pensión Cortes (Hotel Francés). No nos cabe la menor duda de que nos tienen a todos fichados y localizados. Es lo que deducimos nosotros, dados los numerosos registros que se están efectuando en estos días. Los patrulleros se presentan cuando menos uno lo piensa con el vehículo delante de la pensión o casa, armados con fusiles y pistolas, exigiendo a los porteros o propietarios que abran todas las estancias del edificio. Si alguien se les enfrenta o pone resistencia, le amenazan diciéndole que no están para historias y en caso de resistirse emplearán sus pistolas. En ningún caso valen las protestas y es muy peligroso emplear la fuerza. Con frecuencia llegan a efectuar unos disparos con el fin de sembrar el miedo entre las personas de la casa y del edificio. Estos disparos les sirven luego para acusar a los sospechosos de haber disparado contra ellos. Ya en el interior proceden a efectuar un registro minucioso de personas, obligando a los sospechosos a que les acompañen para prestar declaración. Al ser detenidos e introducidos en el vehículo, algunos gritan: «¡Ayudadme, que me llevan para matarme!», otros sin proferir palabra y en silencio suben... Bastantes y por medida de prudencia han permanecido días sin ver la luz del sol y sobreviviendo gracias a sus amigos o familiares que les llevan comida y de quienes recibían aviso en caso de posibles registros. Los encubridores en caso de ser descubiertos también son arrestados.

Ante las insistentes demandas de información que el Superior Provincial le hizo, Trifón Lacunza se vio obligado a comunicarle algo que tenía pensado ocultarle. La noticia era que Lucio Izquierdo había recibido una carta de Madrid en la que le comunicaban que todos los maristas de la comunidad de Toledo habían sido asesinados.

Además le informó de que en La Arrabassada de Barcelona, lugar propicio para los crímenes ignotos, situado en las faldas del Tibidabo, caían asesinados el día 19 de septiembre Florencio Gil, Lucinio Elena y Martín Ojanguren del colegio de Sant Josep Oriol de Barcelona. En una inspección, los patrulleros encontraron en el cacheo que hicieron a Benilde Breyse, de nacionalidad francesa y director del colegio Sant Josep Oriol, una lista de los maristas de esta comunidad y sus domicilios. Este, como era francés, pudo salir para su país, pero el resto de la comunidad del colegio, empezando por los tres anteriores, fueron cayendo en manos de los revolucionarios.

En estos días son también asesinados Valentín López, Bienvenido Portugal y Silvano González en Barcelona. El primero se hallaba refugiado en una pensión de la

Plaza Tetuán cuando los patrulleros vinieron y se lo llevaron. Silvano González vivió oculto cuarenta y cinco días en casa de unos amigos franceses, hasta que Pablo Bonifaz lo condujo a una pensión de la calle Aribau, donde residió. El día 20 fue detenido y trasladado al Comité de Sant Martí de Provençals. Los patrulleros asesinos hablaban de su entereza en las respuestas que les daba. Le acribillaron a balazos de ametralladora, empezando por los pies y subiendo hasta la cabeza, y una vez en el suelo, siguieron disparándole.

La intensa actividad de las Patrullas de Control en Barcelona añadiría el 21 de septiembre seis nuevas víctimas. La lista encontrada a Benilde Breyse orientó a los patrulleros a la Pensión Cortes, cerca de la Gran Vía de les Corts Catalanes, esquina con la calle de Llúria, frente al Hotel Ritz. Buscaban solo a Narciso Girbau pero, al registrar las maletas de los huéspedes, encontraron unas estampas a Eloy Díez, Celedonio Redondo y Blas Gil sospechando que estos eran curas, los detienen juntamente con Narciso Girbau. Como en tantos otros casos, el resto de la tragedia queda envuelta en las sombras. Se supone que, conforme a una regla casi general, les darían la muerte en las cunetas de la carretera de la Arrabassada.

Nº de la carte :

Valable pour les années 19 __, 19 __, ou jusqu'au (1) __

Délivrée par M. le Préfet de H. Sonne

le _____ en remplacement de la carte n° 100 délivrée le _____

Pièces d'identité fournies : Passport espagnol n° 14-634

Je certifie exactes les déclarations ci-contre.
(Signature de l'étranger.)
Mario Gallud

Date de la demande de carte: 8 Novembre 1937

CASE réservée au Service central.

(1) Date d'expiration de la validité du visa pour les étrangers titulaires de visa à durée limitée.

S.N. 308 E

Ficha de Mario Gallud.

Nos comentaron: el 23 de septiembre, eran asesinados en Vic dos religiosos maristas pertenecientes a esta comunidad. Su superior, Joaquín Delmás, que había abandonado la población en las primeras horas del 20 de julio porque había recibido varios avisos de que le buscaban para matarle, fue detenido por fin en Barcelona y

devuelto a Vic, donde fue asesinado juntamente con Jesús Leal, en las cercanías del pueblo de Senforas, y este mismo día 23 caía la tercera víctima de esta casa, el religioso Ramón Panadés, que como bien sabe estaba refugiado en casa de su madre en el mismo Vic. Fue detenido con su hermano carnal el 3 de septiembre y confinados en la cárcel sita en el ayuntamiento de Vic hasta el día 23. Se ofreció por salvar la vida de su hermano carnal casado. Por la noche era asesinado cerca del pueblo de Malla a cinco kilómetros de Vic, en el cruce de la carretera nacional Barcelona-Vic con la de Manresa. Sepa su reverencia que de esta misma casa nos llega la noticia del asesinato en Barcelona del joven José Francisco Paniagua. No puedo comunicarle nada nuevo de la situación de los maristas en Lérida.

Preparando las negociaciones con la FAI

Ante estos acontecimientos que Trifón Lacunza comentó al Superior Provincial, este le pidió que le siguiera informando del resto de los asuntos que le habían traído a Mataró. Empezó dándole los detalles de cómo le llegó la carta de la que era portador. A continuación la leyeron. La primera lectura, y después de todo lo oído y padecido, parecía traer algo de esperanza. Volvieron a leerla, y bien enterados de su contenido, se dieron cuenta de la enorme responsabilidad que se les venía encima. Hubiera querido el Provincial contar con el parecer de algún miembro de su consejo, pero cómo hacerlo si todos estaban desaparecidos: dos en Francia reclamados por las autoridades de su país, su directo y gran colaborador Cecilio Gómez ya había caído asesinado y el otro, Fernando Suñer, autor de la carta, estaba detenido. Tuvo que recurrir a los más próximos.

Pidió entonces que se llamara al director del colegio internado Valldemía de Mataró, centro educativo de renombre en toda Cataluña. Después de la comida, Émile Aragou, de nacionalidad francesa, excombatiente de la Guerra Mundial y con mucha experiencia y de carácter emprendedor y decidido, acudió a la llamada. Comenzó Émile informando sobre lo acontecido en la ciudad y en el colegio de Valldemía. Les dijo que el día 1 de septiembre miembros de unos de los Comités de Mataró por orden de sus jefes habían asesinado al rector de Santa María el Dr. José Samsó i Elías, sacerdote de gran prestigio, querido y amado por sus feligreses. Por lo respecta al colegio, algunas dependencias habían sido requisadas tales como la cocina, las despensas y los comedores para el servicio de los milicianos, el resto de dependencias gozaba de cierta independencia por el momento. «Así estamos desde el 19 de julio, cierto que hace tres días el Comité de la Escuela Unificada se ha incautado de todo el edificio. Ignoro todavía si podremos seguir ocupando estos lugares. Este colegio — les dijo — es de los pocos centros religiosos de la ciudad que se ha librado de ser incendiado. En Mataró los revolucionarios incendiaron los conventos de las benedictinas, de las capuchinas y fueron saqueados los colegios de los escolapios y el del Corazón de María, el colegio dirigido por los padres Salesianos fue convertido en Hospital de Sangre. Cierto que hasta el momento en Mataró los revolucionarios se

han mostrado menos agresivos que en otras ciudades».

Recibido el informe de Émile Aragou, volvieron a leer la carta los tres. Durante toda la tarde reflexionaron sobre su contenido, posibles consecuencias... Examinada y reflexionada, no lograban superar la desconfianza que les provocaba la posibilidad de que sus liberadores fueran los anarquistas, máxime teniendo en cuenta que los asesinatos que habían sufrido en los últimos meses fueron cometidos por ellos.

Ponderaron los consejos recibidos, los pros y los contras de tan extraña oferta, los datos que tenían sobre las detenciones y víctimas de los quince últimos días, la situación de los maristas, los informes que el día anterior habían recogido sobre el Departamento de Investigación y Patrullas, y de su responsable Aurelio Fernández. Algunas personas de las consultadas lo tenían por un atracador y anarquista muy peligroso.

Los reunidos estaban sorprendidos. No les pareció lógico que el responsable del Departamento de Investigación y Patrullas los hubiera dado cita en un café-restaurant.

Las palabras de consejo pronunciadas por Francesc Maspons fueron recordadas por Trifón Lacunza: «Los de la FAI eran los únicos que podían sacarles de este atolladero».

Se preguntaban: ¿No será un engaño para apresar más fácilmente a los superiores? Y si no acudimos, ¿no habrá represalias por parte de la FAI? Ya nos tienen fichados. ¿No será un riesgo para los que se acerquen a dialogar? De no ir, ¿qué será de nuestros seminaristas de Les Avellanes y de Vic?

Todo iba muy deprisa. Estaban abrumados por la incertidumbre. Su esperanza se fundaba en que la propuesta venía de una autoridad con despacho en la sede del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña.

Creyeron que debían aceptar en principio la invitación y acudir al lugar el día y hora que se fijaba en la carta. No consideró conveniente Trifón Lacunza que el Provincial tratara directamente con los dirigentes de la FAI. Razón por la que acordaron que Émile Aragou figurara como Superior de los maristas y Trifón Lacunza actuara como administrador.

No quiso el Provincial que aceptaran este encargo como una obligación por él impuesta. Se hacía cargo del peligro que corrían. Les rogó encarecidamente que no se olvidaran del centenar y medio de personas del Convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, la mayoría de ellos jóvenes y enfermos, refugiados en los pueblos y montes de los pueblos de los alrededores. Si se llegaba a un acuerdo, debían recordar que ellos saldrían los primeros.

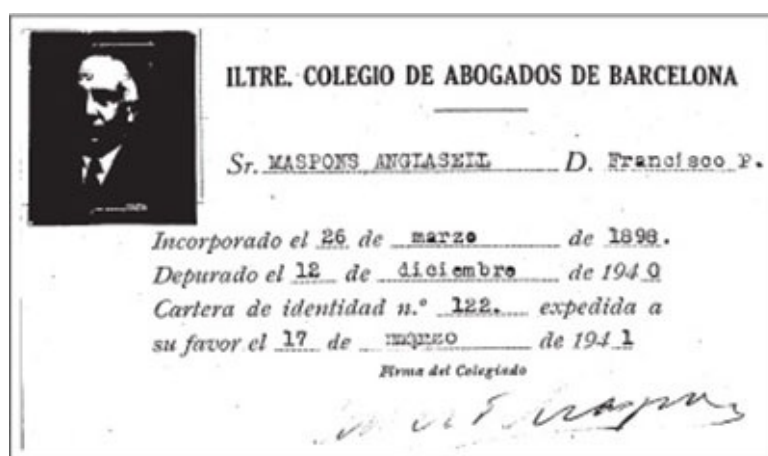
Planearon, siguiendo los consejos de Francesc Maspons, cómo debían presentarse ante los dirigentes de la FAI, las preguntas que habían de hacer para saber con quiénes estaban hablando y ver las garantías que ofrecían. Se analizó la conveniencia de que acudiera alguno más en el grupo representativo. Por indicación del Provincial, pedirían a Lucio Izquierdo que participara. Si los anarquistas admitían a algún otro,

iría el Provincial. Y por si se trataba de una emboscada, se necesitaba algún testigo que pudiera dar la voz de alarma. Se acordó que Elías Arizu se hallara, como por casualidad, en aquel café.

Con este plan, se animaron mutuamente deseándose éxito. Aquella misma tarde Émile y Trifón viajaron a Barcelona.

A las diez de la noche llegaban a la pensión Capell, en la calle Ferrán, 42 de Barcelona. Trifón Lacunza se puso en contacto por teléfono con Antonio Ordaz comunicándole que estaban dispuestos a acudir él y otra persona al lugar y hora que se les indicaba. Explicó a los compañeros allí residentes que Émile Aragou y él se entrevistarían con los representantes de la FAI en el café El Tostadero, recomendándoles que no divulgaran la noticia entre el resto de compañeros. Se pidió ayuda a Lucio Izquierdo. Avisaron a Elías Arizu para que estuviera cerca del café lo más disimuladamente posible y a Fernando Bartolomé, que desde lejos observara cuanto ocurría.

El café El Tostadero, en el número 3 de la plaza de la Universidad, con el número de teléfono 19 581, era propiedad de Ramón Bagués, más conocido como *El Tino*. Disponía de billares: «Lugar donde había jugado unas carambolas con su primo Lluís Companys Jover, *El Pajarito*, en su investidura parlamentaria». Era lugar de encuentro de los sindicalistas, grupos de la CNT-FAI. Manel Aisa Pampols lo menciona cuando escribe: «Salvador Seguí fue asesinado por los sicarios de la patronal (Sindicato Libre) el 10 de marzo de 1923 en la calle Cadena esquina San Rafael. Aquel día Seguí y Peronas habían quedado en el Bar El Tostadero de la plaza Universidad con Lluís Companys para que este le abonará el importe del trabajo que Seguí le había realizado pintándole la vivienda». En los primeros días de la ocupación fue almacén, depósito, comedor y oficina central.



Carnet de Francisco Maspons Anglasell.



Cartel en llamas de la editorial Luis Vives en Barcelona.

Comienzan las negociaciones con la FAI

Ultimados los detalles, a las diez de la mañana del viernes 25 de septiembre, salen de la fonda Capell Émile Aragou y Trifón Lacunza hacia la Plaza de la Universidad. Esperaron fuera de El Tostadero como medida de prudencia ya que no se fiaban de los anarquistas.

Hacia las once de la mañana llegan en un Studebaker americano los anarquistas Antonio Ordaz con una carpeta bajo el brazo, acompañado de Vicente Gil y sus dos guardaespaldas. Con ellos venía el marista Fernando Suñer.

Los dos escoltas suben al coche desde donde vigilan todo movimiento. Antonio Ordaz, Vicente Gil y Fernando Suñer penetraron en el café. Les siguieron Émile Aragou y Trifón Lacunza que saludaron a su compañero Suñer con muestras visibles de cansancio y emoción.

Antonio Ordaz, de baja estatura pero de complexión fuerte y de mirada torva, se dirigió al responsable del café con quien habla durante unos momentos. De los varios locales de que disponía el café-restaurant le indicó uno que ofrecía mas intimidad.

Elías Arizu, acompañado de su sobrino Víctor Apezteguía, de catorce años, observaba al grupo desde un lugar estratégico, mientras tomaban el desayuno. En otra mesa solo, se situó Lucio Izquierdo tomando café y leyendo el periódico. Fernando Bartolomé situado en el centro de la plaza observaba los movimientos de los patrulleros y lo que ocurría en el café.

Ya en el salón reservado, tras un breve saludo, Antonio Ordaz les pidió que tomaran asiento alrededor de una mesa y les invitó a una consumición. El camarero tomó nota y se retiró, tras servirles.

Hacen las presentaciones. Antonio Ordaz como delegado de Aurelio Fernández, secretario del Departamento de Investigación y Patrullas, y Vicente Gil del Departamento de Autorizaciones y Pasaportes y delegado para Servicios de Control de Puertos y Aeropuertos, hombre de confianza de Aurelio Fernández, serán los interlocutores por parte de la FAI. Joan Pons, en sus memorias, deja el siguiente retrato de Vicente Gil:

Era un canalla y bandido, un sectario cien por cien, le considero el hombre más peligroso y cínico de la FAI que, al lado de Aurelio Fernández, Escorza, Eroles y Asens, formaban un equipo capaz de asesinar sin ningún escrúpulo ni remordimiento a quien se pusiera por delante pues poseían una sangre fría inimaginable.

Memorias de Joan Pons i Garlandí

Por parte de la institución marista: Émile Aragou como superior de los maristas y Trifón Lacunza como administrador de los bienes en España. Suñer presenciaba emocionado lo que allí ocurría enjugándose muy disimuladamente las lágrimas.

Se exigió guardar la más estricta reserva de la reunión y de lo que en ella se tratase. Antonio Ordaz advirtió que no quería observadores extraños ni espías. Si se descubriera alguno, recibiría el castigo merecido. «He de manifestarles que los anarquistas no se andan con historias, pues muchos de nosotros en repetidas ocasiones hemos pagado con la cárcel y calabozos las injusticias de los fascistas y estamos ansiosos de venganza contra los poderosos».

Tras estas palabras, en los allí reunidos se produjo durante unos instantes un plomizo silencio. Mientras tanto los dos anarquistas colocaron sus pistolas sobre la mesa.

Pero a pesar de las precauciones tomadas por el responsable del establecimiento, los maristas encargados de controlar a los reunidos y patrulleros, pudieron desde sus puestos presenciar los prolegómenos de la reunión.

De inmediato abordaron el asunto. Émile Aragou leyó unas líneas a los dos representantes de la FAI:

Acudimos a la cita solicitada por la FAI, con el deseo de llegar a un acuerdo, porque en pocos días habían sido detenidos treinta y seis maristas en diferentes pensiones y lugares de la ciudad con el presentimiento de que todos habían sido asesinados. Ponemos como condición preliminar antes de toda discusión que las Patrullas de Control deben suspender las detenciones y liberar a los prisioneros que pudieran estar en manos de la FAI. También pedimos seguridad para los que se hallan alojados en pensiones o en domicilios particulares, pues sabemos que el Departamento de Investigación y Patrullas posee la lista y domicilio de los maristas. Si nos aceptan estas peticiones estamos en disposición de llegar a un acuerdo económico con el fin de permitir salir al extranjero a los seminaristas y maristas que lo deseen.

Antonio Ordaz escuchó atentamente. Dialogaron y, finalmente, el delegado de Aurelio Fernández les contestó que podían fiarse. La FAI cumplía siempre sus promesas. «Acepto sus condiciones en nombre de la organización previo acuerdo de la cantidad a pagar por la salida».

Habló entonces Trifón Lacunza, como administrador de los maristas. Manifestó la

fidelidad y honradez de la institución. Garantizaba la entrega de la cantidad de dinero que previamente se acordara. Trifón les manifestó que en principio estaban dispuestos a ofrecerles trescientas mil pesetas en moneda española, pero que dadas las dificultades derivadas de los controles a que estaban sometidos los bancos pedían se hicieran cargo de resolver las dificultades los dirigentes de la FAI. Si la operación tenía que hacerse en moneda extranjera, las posibilidades eran menores por presentarse muchas más dificultades; en todo caso, solo podían alcanzar una cifra equivalente a pagar en francos franceses.



Fotografías de los maristas que intervinieron en las conversaciones con los consulados y con los dirigentes de la Generalitat y de la FAI. De izquierda a derecha: H. Izquierdo, H. Arizu, H. Virgilio, H. Alonso, H. Suñer y F. Adjuteur.

No se sorprendió Antonio Ordaz al oír las cifras dadas por Trifón Lacunza. Por lo que se refería a los maristas encarcelados y a los que estaban en peligro de ser detenidos, se acordó seguir las conversaciones ya que en ese momento no disponía de datos. Sin embargo les dijo que todo lo acordado se tenía que discutir y valorar entre los miembros del Comité de Investigación de la FAI, que le había mandado.

Así terminó la entrevista, dándose cita para recibir la respuesta el día siguiente, sábado, a las once de la mañana en la sede del Departamento de Investigación y Patrullas, en la Gran Vía, 617.

Los delegados maristas, acabada la reunión, tomaron el primer tren con destino Mataró para informar detalladamente al Provincial. Tenían esperanza de que todo fuera bien.

A las once de la mañana del sábado 26 de septiembre, acudieron Émile Aragou y Trifón Lacunza a la sede del departamento, en la Gran Vía. Les esperaba en la puerta Antonio Ordaz. Los condujo al despacho de Aurelio Fernández, de aspecto joven y bien vestido, emprendedor, decidido y autoritario, quien muy amable los invitó a

tomar asiento. Sin protocolos abordaron lo acordado en el café El Tostadero. Les manifestó que en principio aceptaba lo acordado pero que, al no estar muy al tanto de las cuestiones financieras, no podía darles una respuesta definitiva y solicitaba unas horas para consultarlo personalmente con el responsable del Comité de Investigación de la FAI. Se verían el lunes a las nueve de la mañana allí mismo.

Por no haber recibido confirmación a las propuestas y estar pendientes de las consultas que tenía que realizar Aurelio Fernández, Émile Aragou y Trifón Lacunza salieron bastante decepcionados y con dudas sobre el éxito de la operación.

Volvieron a Mataró e informaron al Superior Provincial. El domingo lo pasaron reunidos en el piso alto del colegio de Sant Josep, intercambiando pareceres, interpretando actitudes y tratando de ubicar a todos los maristas con el intento de no olvidar a nadie en caso de llevar a término la salida. Fueron horas de intenso y pesado trabajo, pues no era fácil hacer el listado debido a los continuos cambios de domicilio que tenían que efectuar obligados por los temidos registros y controles, a los recelos a dar señas por miedo a los registros de los patrulleros en los que se chequeaba detenidamente a los detenidos. Se preguntaron: ¿Es conveniente entregar una relación de los maristas? ¿No sería un peligro en caso de que no se pudiera llevar a cabo la salida de España? ¿En qué situación quedarían los que no quisieran marchar?



El café bar Tostadero, en la plaza de la Universidad, fue el escenario de las negociaciones para sacar a los maristas del país.

El Superior Provincial pretendía que, sin obligar a nadie, todos tuvieran conocimiento de la salida para Francia y cada uno decidiera con libertad. Así las cosas y con muchas dudas, el lunes día 28 de septiembre, a las nueve de la mañana, los delegados maristas ya estaban delante de la sede del departamento. No tuvieron que esperar. Un patrullero les acompañó al despacho de Aurelio Fernández. Tras los saludos, Aurelio manifestó que la condición precisa y absoluta era que la cantidad a entregar debería ser de doscientos mil francos franceses pagados en moneda extranjera, pues lo nacional no les interesaba. En cuanto a las modalidades lo dejaba al criterio de Antonio Ordaz, con quien debían reunirse a las once en el café El Tostadero.

Allí estaban a esa hora. Después de una discusión bastante larga, en la que se puntualizaron todos los extremos, se convino que los doscientos mil francos se

efectuarían en dos entregas, una de cien mil francos antes de comenzar la primera salida de España y la segunda de otros cien mil francos antes de la última expedición. Por su parte, el Departamento de Investigación y Patrullas adquiría el compromiso de suspender las detenciones de los maristas y liberar a los que estuvieran presos. Garantizaban el viaje seguro de los que tenían que desplazarse a diversas ciudades dominadas por el Frente Popular para comunicar lo acordado a los maristas allí residentes.

Como el tiempo urgía y era necesario aprovechar al máximo todas las horas, y disponiendo Trifón Lacunza de pasaporte concedido por el Comité de Murcia autorizándole a marchar al extranjero para ampliar estudios, se creyó que eso simplificaría los tramites y Lacunza podría salir el mismo día, aunque fuera acompañado de algún patrullero. Antonio Ordaz solicitó unas horas para poder consultarlo con el Comité de Investigación de la FAI, y quedaron para el día siguiente a las cuatro de la tarde en la Gran Vía, 617.

En esta reunión del martes 29 de septiembre, celebrada en la sede del Departamento de Patrullas, se estudió quién debía ir a Francia a buscar el dinero. Aurelio Fernández, que en todo este negocio parecía que actuaba solamente en representación del Comité de Investigación de la FAI, descartó a Trifón Lacunza, a pesar de que tenía pasaporte válido aduciendo que por ser español suscitaría muchas suspicacias. Exigió que viajara Émile Aragou. Aurelio le advirtió de posibles dificultades en los puestos fronterizos, si viajaba en tren. Le recomendó que lo hiciera, sobre todo a la vuelta, en avión y, como precaución, le recomendó que les notificara la hora de su regreso.

La FAI recibe los primeros cien mil francos franceses

Émile Aragou trató de poner su pasaporte rápidamente en regla. Acudió al Consulado francés, pero lo halló cerrado. Se disgustó Trifón Lacunza que, impaciente por ver a sus compañeros fuera de peligro, no podía tolerar la menor dilación. Al día siguiente fue muy bien atendido por los funcionarios consulares. A las doce y media ya estaba en su poder el pasaporte debidamente diligenciado. Fue a la sede del Departamento de Patrullas e Investigación, en donde Antonio Ordaz se encargó de hacerlo pasar por las distintas oficinas con el fin de obtener el permiso de salida de España, de modo que a las cuatro de la tarde ya lo tenía todo arreglado. Tomó el tren Expres de las cinco en dirección a Francia.

Pasó fácilmente la aduana de Port-Bou, y a las doce y cuarto de la noche llegaba a Perpignan. A la mañana siguiente tomó el tren recorriendo treinta kilómetros para llegar a Espira de l'Agly, donde le esperaba el suizo Alexis Pierre Frily, responsable de las finanzas de la Provincia marista de España y de la sociedad editorial Luis

Vives y de la Immobilière Mondiale. Intentaron resolver la operación en Perpignan, pero no les fue posible. Tuvo que trasladarse Alexis Pierre Frily a Lyon. Émile Aragou se quedó esperando sus indicaciones en Perpignan. A las veinticuatro horas ya tenía aviso de trasladarse a Toulouse, donde reservó un billete en la compañía Air France. Muy cumplidor, Émile puso un telegrama a Trifón Lacunza anunciándole su llegada al aeropuerto del Prat de Barcelona, el viernes día 2 a las ocho de la mañana.

A las siete de la tarde llegaba de Toulouse Alexis Pierre Frily, portador de los cien mil francos. Émile Aragou se fue a dormir al Hotel de la Gare de la Compañía Aérea. Por la mañana, después de las formalidades acostumbradas, tomó el avión a las siete en compañía de varios funcionarios franceses que volvían para reintegrarse a sus despachos y oficinas de Marruecos. En el mismo avión viajaba Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado y Negocios extranjeros con el gobierno de Largo Caballero. Regresaba de la Sociedad de Naciones de Ginebra, descorazonado y triste por no haber encontrado ayuda de los países aliados. Tras la caída de Cataluña marchará a Francia junto con Juan Negrín.

A las ocho de la mañana, Émile Aragou llegaba al aeropuerto del Prat. Fue uno de los pocos viajeros que bajaron del avión. Allí le esperaban Trifón Lacunza, Elías Arizu, Lucio Izquierdo y Aurelio Fernández con cuatro patrulleros. Émile Aragou entregó su pasaporte a Aurelio, que se encargó de hacerle todas las formalidades exigidas a los viajeros. En dos coches se dirigieron a la sede del comité, en la puerta se despidieron Elías Arizu y Lucio Izquierdo. Solo Émile Aragou y Trifón Lacunza entraron en el edificio con Aurelio Fernández, a quien entregaron, en su despacho, cien billetes de mil francos^[2] que llevaba Émile Aragou en el bolsillo de la americana. Contento y satisfecho, Aurelio Fernández los felicitó por el favorable inicio de las conversaciones y propuso una nueva reunión con Antonio Ordaz en el café El Tostadero para organizar los detalles de salida de la primera expedición.

Émile Aragou y Trifón Lacunza comunicaron al Superior Provincial y a los compañeros de la pensión Capell de la calle Ferrán esta primera buena noticia. Todos se congratularon. Las cosas parecían tomar un buen camino.

Preparando la primera expedición a Francia

El Superior Provincial y sus colaboradores, sin tiempo que perder, comenzaron a preparar la reunión que debían mantener con los dirigentes de la FAI para concretar la primera salida. Quiso Mariano Alonso que, dada la situación por la que estaban pasando los seminaristas y los enfermos y profesores de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, fueran ellos los primeros en salir de España.

A pesar de su interés, algunos de sus deseos no pudieron cumplirse. El día 25 de septiembre, Magín Palau, enfermo en el Dispensario de Balaguer, fue sacado de allí y

asesinado en el cementerio de Vallfogona junto con los sacerdotes José Roma y Ramón Camarasa.

Baudilio Nozal y Gerardo Vergara y otros maristas que estaban prestando los servicios de enfermeros en el Colegio-Hospital de Lérida se vieron obligados a salir el 29 de septiembre, casi todos dirección Barcelona. Parecía que la documentación que les habían facilitado y el carné de la UGT acreditándoles como profesores de enseñanza les auguraba un viaje tranquilo. Esperaban que una vez en Barcelona, podrían aposentarse y vivir más seguros. El primer grupo formado por seis maristas tomó el tren, con tan mala suerte que en el mismo vagón viajaban cuatro milicianos. Estos parece que se dieron cuenta por su forma de vestir y de comportarse de que los seis eran frailes. En sus conversaciones se les oía decir: «En Manresa nos podremos divertir».

Llegados a Manresa los seis maristas ante las sospechas se cambiaron de vagón. Los milicianos hacen lo mismo. Les siguen y, tras los formulismos de pedirles la documentación, los detienen y no se supo más de ellos. Se trataba de Lorenzo García y Benjamín Porras.

A pesar de estas desconcertantes noticias, se sigue con el plan elaborado. Los dos delegados fueron a las once de la mañana al café El Tostadero. En la entrevista con Antonio Ordaz expusieron la triste y lamentable situación en que estaban los moradores de la casa de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, en la provincia de Lérida, razón por la que pedían que los primeros en salir debían ser ellos.

En un segundo grupo saldrían desde Barcelona los maristas dispersos por distintas ciudades dominadas por el Frente Popular. Le expusieron la situación de que había religiosos comprendidos entre los dieciocho y cuarenta años y que quizás, tenían que incorporarse a filas. Antonio Ordaz por lo que él sabía les comunicó que posiblemente el 4 de octubre lo publicaría el Diario Oficial de la Generalitat, asunto que lo trataría con Aurelio Fernández.

Acordaron que la primera expedición estaría formada por los moradores de Les Avellanes y que saldría de esta casa camino de Puigcerdá (Gerona). La segunda expedición debía salir del Puerto de Barcelona a Marsella. A los encargados de avisar a los religiosos en ciudades dominadas por el Frente Popular, el Comité de Milicias les extendería un salvoconducto para que nadie los molestase indicando que iban a cumplir una misión en beneficio de la revolución.

Convinieron que al día siguiente, sábado 3 de octubre, Trifón Lacunza, en compañía de Antonio Ordaz, de varios patrulleros y de un marista que conociera los lugares y personas del Convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, saldrían de Barcelona en coches. Comerían en Balaguer. Por la tarde se avisaría a los seminaristas y a los profesores escondidos, con el ruego de concentrarse en la casa de Les Avellanes, para desde allí, el domingo día 4, trasladarlos en dos autobuses hacia Puigcerdá para desde esta población pasar la frontera, tomar el tren hacia la Tour de Carol y aquí la tarde del domingo poder salir dirección Toulouse y Hendaya.

Aurelio Fernández recomendó no olvidarse de avisar a las autoridades francesas de la llegada de un grupo numeroso de españoles. Encargó a Émile Aragou que regresase a Francia para allanar las dificultades con el prefecto de Perpignan. Aquella misma tarde tomaba el tren para Port-Bou. El viaje le duró toda la noche. En Espira de l'Agly le esperaba Alexis Pierre Frily. Los dos se desplazaron a Perpignan, donde Alexis Pierre Frily era muy conocido en la prefectura. Gracias a su buena relación pudo conseguir una entrevista con el secretario general. Este les manifestó que las autoridades francesas facilitarían el paso a Francia de los profesores y seminaristas, pero con la condición de ser entregados a las autoridades españolas de la zona nacional por la frontera francesa de Hendaya.



Aurelio Fernández, a la izquierda, en una foto con su amigo Buenaventura Durruti.

Solucionada la entrada de la primera expedición con las autoridades francesas, Émile Aragou sigue viaje en tren para Hendaya llegando el domingo por la mañana. Habló con el comisario. Por nuestra parte no había inconveniente alguno. Las dificultades pueden venir de la parte española. Émile pasó el puente internacional para entrevistarse en Dancharinea (Navarra) con el jefe de Policía. La respuesta fue lacónica:

Sin autorización especial del Jefe de los Ejércitos del Norte no había posibilidad alguna de franquear la frontera... Le recomiendo y tratándose del caso que me explica la solución es que se desplace a Bayona, hable con el obispo y consiga de él la acreditación con su firma y sello de que todos los expedicionarios pertenecen a una comunidad religiosa. Con estos requisitos podrían entrar fácilmente en España.

Émile Aragou salió en el tren de las nueve y media de la mañana para Bayona. Recién llegado y sin perder tiempo se dirigió al Palacio Episcopal, donde el conserje le notificó que el obispo, ya muy anciano y achacoso, se encontraba descansando fuera de la ciudad. Ante esta noticia solicitó ver al vicario general. Le dijeron que estaba celebrando la santa misa en la catedral. Allí dirigió sus pasos. Esperó a que

terminara la misa para acercarse a la sacristía. Se presentó y le expuso el problema y la posibilidad de poder pasar la frontera española. El vicario general escuchó muy atento, comprendió la situación y ambos se dirigieron al Palacio para redactar la autorización.

Tranquilo por haber resuelto otro problema, Émile Aragou se encaminó a una agencia de transportes para alquilar los autobuses que trasladarían a los seminaristas y profesores desde Toulouse a Hendaya. Acabadas sus gestiones, se puso en contacto para saber cómo se desarrollaban los acontecimientos al otro lado de los Pirineos. Informado desde España, viajó en tren hasta Toulouse.

Salida de la primera expedición

En Barcelona, a primeras horas de la mañana del sábado día 3, salían de la sede del Comité de Milicias dos vehículos con los signos de la FAI, la bandera roja y negra y la leyenda «Libertad para todos». En la comitiva iban los anarquistas Antonio Ordaz, Vicente Gil y Trifón Lacunza, vestido de patrullero: cazadora de piel, pantalones de pana, gorro de miliciano, alpargatas sujetas con una cinta negra y un pañuelo rojo y negro. Moisés Ruiz iba de acompañante por conocer personalmente a todos los residentes y conocer dónde estaban escondidos los profesores y los domicilios donde estaban los seminaristas. Iban en la comitiva otros patrulleros. Marchan hacia Balaguer (Lérida). Después de comer requisaron los autocares para trasladar a Puigcerdá el personal que al día siguiente recogerían en la casa de Les Avellanes.

En Balaguer, Antonio Ordaz se presentó en la sede del Comité Local, cuyos jefes habían recibido la llamada del Comité de Barcelona anunciando su llegada y recibiendo órdenes para que le facilitaran las cosas. El Comité Local, con recelos, se puso a su disposición. Ordaz les mandó dieran órdenes para que todos los comités de los pueblos de Os, Les Avellanes y pedanías dieran el correspondiente pregón indicando que el día 4 de octubre en la plaza del pueblo o de la iglesia estuvieran todos los seminaristas y profesores del convento provistos con sus pertenencias para acudir al convento.

Los miembros del Comité de Balaguer cumplieron lo mandado. Los alcaldes recibieron la orden y proclamaron el bando.

Al oír el pregón los vecinos quedaron perplejos y asombrados. No salían de su asombro al oír las explicaciones de Trifón Lacunza y de Moisés Ruiz sobre lo acordado entre las autoridades maristas con los jefes de la FAI.

La dificultad mayor era localizar a los profesores ocultos en la montaña. Moisés Ruiz, profesor de los seminaristas y conocido de los otros profesores, fue quien lo hizo con la ayuda de los amigos y conocidos de los pueblos del entorno. Con

prudencia le ofrecieron informes de los lugares donde se encontraban. Pudo así ponerse en contacto con todos para explicarles el motivo de su visita y citarlos para el 4 de octubre en el convento.

Los seminaristas, unos por lo que oyeron al alguacil, otros por lo que les comentaron los compañeros y familias donde se albergaban, rápidamente se enteraron de la noticia.

Los profesores maristas y familias amigas eran los que no creían del todo en la oferta. ¿Cómo podían fiarse de la FAI? Pero, al oír las razones y fraternales explicaciones dadas por Trifón Lacunza, decidieron acudir al lugar de salida, fijada para las nueve de la mañana del día 4.

Ciertamente era una aventura que nadie sabía cómo terminaría, pero la situación en la que se encontraban no podía mantenerse.

Muy de mañana el 4 de octubre fueron llegando al convento los seminaristas, algunos acompañados por los familiares que les habían dado cobijo, y los profesores. No parecían los mismos que el 25 de julio, día que fueron obligados a abandonar la casa. Algunos apenas se sostenían en pie como consecuencia de no haber podido salir de los lugares donde estaban ocultos. Sus famélicas caras reflejaban el sufrimiento y el hambre que habían pasado. Venían sucios, harapientos. La mayoría con espesa barba y larga cabellera. Los jóvenes seminaristas llegaron acompañados de sus protectores. Las personas protectoras y los amigos del convento les decían: «¡No olvidéis dónde tenéis vuestra casa, sabéis que siempre seréis bien recibidos, el pan que tengamos nos lo repartiremos! ¡Cuidado! ¡Estos os engañan!». Pero el verse juntos les animaba, aunque seguían dudando.

Subieron a los autocares. Mientras, Antonio Ordaz mantenía conversaciones tensas con los miembros de los comités revolucionarios locales. Parece que no todos los miembros de los comités eran partidarios de autorizar la expedición. Al final, hacia las diez de la mañana del domingo 4 de octubre iniciaron la marcha en dos autobuses vigilados por patrulleros y dos coches ocupados por Ordaz, Gil, Lacunza, Moisés y guardaespaldas.

Una avería en uno de los autocares les obligó a detenerse en Balaguer. La reparación duraba más de lo previsto. Los viajeros sacaron las viandas que las familias les habían preparado para el viaje y comieron en hermandad.

Reparado el autocar, emprendieron la marcha destino de la Seu d'Urgell. Pasaron por Artesa de Segre y Pons sin novedad. Hacia las nueve de la noche llegaron a La Seu. Los Comités de Control de esta ciudad no querían dejarles pasar. Ordaz, como jefe, logró imponerse y, pudieron seguir la marcha hasta Puigcerdá, adonde llegaron pasada la medianoche y aunque estaban avisados en la frontera, no les permitieron pasarla.

Se alojaron esa noche en el requisado hotel Terminus. Al día siguiente y de mañanita el Jefe del Comité de Puigcerdá se negó a autorizar el paso a Francia, argumentándole que cualquier individuo que lograra pasar al otro lado, era un

enemigo más de la causa revolucionaria. Los periodistas y corresponsales ávidos de dar noticias les asedian y ellos al verse libres y en tierra extranjera les dan explicaciones del por qué huyen... de cómo están las cosas en España, trato recibido por los revolucionarios... Son razones que desprestigian la revolución que pretendemos llevar a cabo.

Entonces Antonio Martín Escudero^[3], famoso sindicalista y militante anarquista de la CNT-FAI en la comarca, en funciones de alcalde de Puigcerdá, conocido como *El Cojo de Málaga* y amigo de Aurelio Fernández, ante la rebeldía de algunos miembros del Comité de Puigcerdá^[4], puso orden entre ellos y les dejaron llegar a la frontera.

Una vez en la aduana los seminaristas y profesores recibieron orden de formar en filas de a cuatro. Les registran y toman la afiliación. Los profesores intentan colocarse entre las filas de los seminaristas, pero los patrulleros tuvieron gran cuidado en apartar y retener a los mayores de dieciocho años. Diecisiete quedaron sin poder pasar la aduana. Los menores de dieciocho años, después de un minucioso registro y largo interrogatorio, fueron autorizados a pasar el puente internacional. Eran ciento diecisiete.

Trifón Lacunza, muy disgustado y enfadado, exigió el cumplimiento de lo pactado con Antonio Ordaz. Este y los patrulleros de Barcelona hicieron ver que defendían a los profesores frente a los miembros del Comité de Puigcerdá y lograron al fin el pase de Moisés Ruiz, en calidad de acompañante.

Los seminaristas pasan la frontera

Para estos ciento diecisiete el paso por la aduana fue un momento de intensa alegría, aunque marchitada por dejar a sus profesores en territorio español. En Bourg-Madame los gendarmes franceses les trataron con mucha cortesía. El paso lo hacían de cuatro en cuatro, un superficial registro y cacheo era suficiente. A las once de la mañana ya habían franqueado la aduana. Las autoridades les exigieron escuchar en silencio la Marsellesa. Acto seguido se dirigieron a la estación de ferrocarriles franceses situada a poca distancia, toman el tren que les traslada a la estación internacional de Tour de Carol. Los maristas franceses Ernest-Jean Fél Lapeyre y François Bonaventure Boutet, venidos de Espira de l'Agly, les estaban esperando.

De la Tour de Carol, el lunes 5 de octubre marcharon a Toulouse, donde los maristas franceses dirigen el colegio de Montalembert. Émile Aragou y los maristas del colegio los recibieron con emoción y entusiasmo. Émile había previsto hasta los más insignificantes detalles. Para evitar el menor error les dio las instrucciones necesarias para que, llegados al paso fronterizo de Hendaya, pudieran pasar sin dificultad a España.

El viaje a Hendaya fue tranquilo. Émile y Moisés Ruiz hicieron los trámites con las autoridades españolas para efectuar el paso por la frontera de Dancharinea (Navarra).

Les esperaban unos autocares. Algunos han dejado escrito sus recuerdos. «El jefe de la frontera nos da la bienvenida con un ¡Viva España! y antes de subir a los autobuses nos entregó unos bocadillos». «Nuestro recuerdo es para los profesores y familias amigas que durante el duro cautiverio nos han tratado y despedido como hijos». «Nuestro agradecimiento es para Émile Aragou y en él a los compañeros que han gestionado nuestra liberación».



Vagones de tren pintados con signos revolucionarios.

Llegaron a Pamplona y fueron recibidos, sobre la diez de la noche, en el colegio marista Eslava. Cenaron en la casa de la Misericordia y durmieron en el colegio.

Al día siguiente, los hospitalarios pamplonicas les proporcionaron cuanto necesitaban. Después visitaron la ciudad. Después de comer, fueron a descansar unos días a Burlada. El sábado día 10 de octubre por la tarde se dispersaron para visitar a sus familias, que con angustiosa incertidumbre les estaban esperando. Más de una familia dudaba de ver a su hijo con vida. Fue un encuentro lleno de emoción y lágrimas. Contar a los suyos las mil peripecias por las que pasaron, el trato recibido y las ocupaciones ejercidas en las familias de los vecinos de los pueblos donde habían sido acogidos, la vida que llevaban sus profesores ocultos en el monte, fueron el objeto de sus conversaciones. Los familiares al verlos sanos y salvos daban por olvidadas las penas sufridas. Pasados unos días con los familiares, regresaron a Villafranca (Navarra) para seguir su formación marista.

Contratiempos... los profesores camino de Barcelona

¿Qué le ocurrió a los profesores que no pasaron a Francia? Trifón Lacunza quedó

muy preocupado. Tras negociar con el jefe del Comité de Puigcerdá, decidió telefonar a Aurelio Fernández. Le comunicaron que se encontraba ausente y que hasta el día siguiente no volvería. Antonio Ordaz le comunicó que aquella misma noche tenía que llegar con sus compañeros a Barcelona:

Te prometo, Trifón, que el contratiempo ocurrido con los del Comité Local no me lo esperaba. Ustedes pueden quedarse aquí hasta ponerse en contacto con Aurelio y lograr su intervención y lograr la autorización para que los profesores puedan pasar la frontera, cosa que dudo consigan.

Trifón habla con los profesores y les expone su conversación con Antonio Ordaz. La poca confianza que les daban los milicianos del Comité de Puigcerdá le hizo tomar la decisión de viajar a Barcelona para juntarse con el resto de compañeros. Entre ellos decían: «De morir, preferimos morir con el resto de maristas, esperamos embarcarnos, rumbo a Marsella con los demás». Al oír esto Antonio Ordaz les dijo: «Montémonos en los autocares que nos han traído, y a Barcelona».

Durante el trayecto siguieron comentando las vivencias vividas: los sobresaltos y sufrimientos que les producían los registros y los asesinatos llevados a cabo por los milicianos de los comités; el comportamiento de los vecinos; el riesgo que corrían al llevarles la comida...

Comentaron cómo se enteraron de lo ocurrido el 19 de julio en Barcelona por un fugitivo que venía de Lérida y fue cobijado en el convento. Les dijo la tragedia que estaban pasando los religiosos y sacerdotes. Otros se enteraron de la situación en Balaguer por lo ocurrido y narrado por Fermín Latienda, profesor de los seminaristas, y por el administrador del convento, Emeterio Goñi,... al llegar a Balaguer, un grupo de milicianos les impidió el paso y hubieran terminado en el cementerio de no haber intervenido Francesc Verdaguer, médico y alcalde de la ciudad que logró devolverlos al convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes.

Este mismo señor el día 21 de julio, como alcalde de Balaguer y como tal en aquellos días jefe del comité de Balaguer, llega a la casa noviciado y pregunta por el Director. Como presentación le dice: «No vengo como médico, vengo como delegado del Comité de Balaguer para exigirle que de forma voluntaria evacuen la casa, de lo contrario los milicianos de forma violenta se harán cargo de ella». El alcalde se exilió a Francia.

Comentaban cómo el director reunido con su consejo les informa de la orden que le ha transmitido el alcalde. Los reunidos no sabían qué alternativa sería la mejor para la casa y sus moradores. Al final como medida de prudencia acuerdan no ofrecer resistencia y evacuar a los ancianos a casas de amigos de Josep Gregori del pueblo de Villamajó, y también a la de Miquel Alleu y Modest Fortuna del pueblo de Os de Balaguer.

Como recibieron los seminaristas y miembros de las distintas secciones la noticia del levantamiento militar en Barcelona, Lérida, Balaguer, etc..., y la exigencia por parte de los revolucionarios de la evacuación forzosa de la casa. Medidas de

prudencia que tomaron los responsables para aguantar la tempestad que se les avecinaba. Alguno recordó el buen cuidado de ocultar los vasos sagrados y las cosas de valor. Todos nos vestimos como pudimos de seglar.

Recordaron aquel día 25, bien caída la tarde, cómo se presentaron unos milicianos de los Comités de Os y de Balaguer para comunicarles la orden de que al día siguiente a las ocho horas de la mañana todo el personal debía evacuar la casa.

El día 26, bien de mañana, oída la misa, desayunados y muy nerviosos y con un pequeño hatillo conteniendo los enseres más precisos, se despidieron camino de los pueblos vecinos ignorando lo que podría pasarles.

Los detalles de los vecinos de Vilanova de la Sal en relación a la acogida que hicieron a los seminaristas más jóvenes y algunos maristas que formaban parte de la comunidad, así como la de los vecinos de Les Avellanes, en especial la familia de Miquel Baldomá, panadero del convento, lo relata por escrito uno de estos jóvenes con estas palabras: «Mientras haya trigo en esta casa, no tengan cuidado que nos lo repartiremos; el día que falte, la carestía será tanto para ustedes como para nosotros».

No faltó la buena acogida facilitada por familias amigas de Os de Balaguer donde permanecieron ocultos.

A las diez de la mañana no quedaban en el convento más que los enfermos imposibilitados y algunos maristas para cuidarles. La casa y los pocos moradores quedaron bajo la vigilancia de los miembros de los comités.

Comentaban las idas y venidas de los comités de Balaguer, de Os y hasta de alguno llegado de Lérida. Con mucha admiración recordaron el gran esfuerzo y sacrificio de las familias para buscar soluciones con los alcaldes de los pueblos que les habían acogido que consistió en distribuir a los profesores y seminaristas en las familias dispuestas a recibirlos. Los jóvenes como contraprestación trabajarían como un miembro de la familia.

El grupo de jóvenes que se hospedó en el pueblo de Les Avellanes era muy numeroso. Tuvo que desdoblarse e ir al pueblo vecino de Santa Lina. Los seminaristas más jóvenes y su director fueron acogidos con generosidad en Tartareu. De momento parecía resuelto el alojamiento, la alimentación y la ocupación de jóvenes y profesores.

Alguno recordó el interés y dificultades para comunicar a los familiares la situación de los seminaristas. Para los seminaristas oriundos de Cataluña, creyeron que lo más práctico y seguro era que sus familias los pasaran a recoger.

Así disminuyó el grupo de seminaristas hospedados en las casas del pueblo. Los que quedaron, según estaba previsto, prestaban sus servicios a las familias y trabajaban como uno más en las faenas agrícolas: recogiendo y pelando almendras, haciendo paredes, arreglando caminos, serrando árboles, cortando cardos, leña, iban a buscar agua, metían paja y más de una noche alguno dormía en el pajar para evitar robos.

El ayuntamiento puso a un miembro del comité del pueblo para controlar el

comportamiento de los jóvenes y en ocasiones les hacía trabajar en la mejora de los caminos. Un seminarista deja escrito:

Uno de ellos, Josep el de la faja, de carácter duro, no nos dejaba descansar ni un solo momento. La jornada empezaba a las 6 de mañana y terminaba a las 12 y por la tarde de 2 a 7. Ningún vecino pudo quejarse de nuestro comportamiento y trabajo, todos cumplíamos cuanto se nos ordenaba. Con estos trabajos no nos dejaban tiempo para el ocio, y así contribuimos y de una manera barata a las mejoras del pueblo. Arreglamos el camino de unos tres kilómetros que conduce a las Fontanellas y otro que comunica el Prat con las Fontanellas. Tras el largo día de trabajo manual, también nos ocupaban en la recogida de la cosecha... Muchas noches tuvimos que dormir en la era para evitar robos.

Comentaban la vigilancia que los miembros de los comités, sobre todo el del pueblo de Les Avellanes ejercía en especial sobre los profesores. *No les quitaban el ojo*. Como consecuencia tuvieron que buscar un refugio seguro para salvar sus vidas.

Todos recordaban la tarde del 6 de agosto cuando el responsable les convocó en un lugar apartado. En esta reunión les expuso que lo mejor era esconderse o huir, ahora que los seminaristas estaban seguros. De continuar así se arriesgaban a ser detenidos y aparecer muertos en la cuneta de la carretera o en el convento como les había sucedido a Amador González y Antonio Comas. Algunos, como Casimiro González y Baldomero Baró, no aceptaron la propuesta, por creer que sus encuentros con los seminaristas les animaba y podían subvenir a alguna de sus necesidades.

Los profesores que optaron por salir de los pueblos tuvieron que refugiarse en cuevas ocultas de los montes próximos a los pueblos. Los miembros de los comités locales al notar la ausencia de los profesores avisaron a los comités de Balaguer^[5] y de Os^[6] y comenzaron una minuciosa búsqueda con batidas por los montes. Los profesores tuvieron que ir emigrando de un escondite a otro, buscando los lugares más ocultos e inaccesibles del monte.

Los seminaristas serían sometidos a un detallado interrogatorio para tratar de descubrir el paradero de sus profesores. Alguno de estos nos ha dejado en sus memorias la descripción de los lugares, necesidades, estados de ánimo, el nombre de las personas que les ayudaban y cómo lo hacían.

Uno describe el lugar del escondite donde vivieron cinco: «Una hoyo de unos trece metros de largo, nueve de ancho y diez de profundidad, sin otro techo que el duro y húmedo suelo, allí permanecimos durante treinta días...». No es de extrañar que, al aproximarse el cambio de tiempo y de cara al invierno y la carencia de esperanza de no ver días mejores, prefirieran arriesgar sus vidas y arrastrar todos los peligros antes que continuar en aquella tumba. Otro grupo se escondió en los términos municipales de los pueblos de Alberola y Tartareu. Por la noche, se protegían de las inclemencias del tiempo introduciéndose en cuevas, el suelo era su colchón y por cabecera una gavilla de sarmientos. Su protector, Josep Pou, les traía la comida a escondidas durante la noche. Otros se fueron al término de Santa Lina. Solo conocían el lugar unos pocos amigos de la máxima confianza, como el joven Andreuet, que les llevaba la comida y el pan que les proporcionaba el panadero

Miquel Baldomá. Con esta ayuda pudieron salvar la vida. En estas circunstancias se encontraban cuando les llegó la noticia de la llegada de Trifón Lacunza y Moisés Ruiz.

Preparando la segunda expedición

El primer objetivo parecía que estaba cumplido. Trifón Lacunza regresaba con un sabor agridulce después de haber conseguido pasar a territorio francés a los seminaristas de la casa de noviciado Santa María de Bellpuig de Les Avellanes. Una vez en Barcelona visita e informa al Provincial. Este, hombre previsor, había llamado ya a sus colaboradores Lucio Izquierdo y Elías Arizu para ir preparando la nueva expedición. Con Trifón y estos colaboradores fueron varias veces y se reunieron distintas pensiones. La fonda Capell situada en la calle Ferrán, calle vecina de Sant Domènec del Call, era el lugar más seguro. Según lo convenido el 2 de octubre con Antonio Ordaz, desde el puerto de Barcelona y en barco partiría una segunda expedición.

Preparar la logística resultaba complicado y la misión albergaba graves riesgos. Se trataba de hacer llegar a los maristas que vivían en ciudades dominadas por el Frente Popular el plan acordado con los miembros de la FAI, la forma de llegar a Barcelona, para desde esta ciudad salir para el extranjero.

El Superior Provincial llamó y preparó a los emisarios que debían trasladarse para transmitir la noticia en las diversas ciudades. Les insistió que ninguno se sintiera forzado y que la decisión de acudir a la cita dependía de cada uno y que las negociaciones llevadas a cabo no tenían otra finalidad que la de salvar la vida.

Se encomendó a Miguel Revilla que se trasladara a Gerona, a Elías Arizu a Murcia y Alicante, a Carlos Paris y Manuel Solá trasladarse a Valencia, José Mir y Leoncio Pérez se encargarían de comunicárselo a los de Barcelona y Fernando Bartolomé y Javier Zudaire harían de correos.

El día 3 de octubre estos emisarios comieron en la pensión Capell con el Superior Provincial y después de recomendarles prudencia y diligencia y el mejor de los éxitos, a cada uno les entregó un salvoconducto firmado por el Comité Central de Milicias Antifascistas^[7] para que pudieran viajar en cumplimiento de una misión especial en beneficio de la revolución.

Miguel Revilla sale para Gerona el mismo día 3. Su cometido era comunicar a los maristas alojados con sus familias el embarque. Con tal motivo se trasladó a Figueres donde se entrevistó con Amadeo Clos Pagés y a continuación a San Feliú de Pallerols; otro de sus cometidos era liberar a los maristas prisioneros en Gerona. Conseguida la libertad de estos maristas les ofreció la posibilidad de acudir a Barcelona para el embarque. Debían viajar en ferrocarril el día 5 de octubre. Les

recomendó por precaución y para evitar sospechas que se distribuyeran en dos grupos. En el primer grupo formado por tres, viajaría él. Llegados a la estación y sin mayores problemas logran sacar billete y acomodarse en el primer tren hacia Barcelona.

Los otros cinco y, por evitar aglomeraciones sospechosas, deciden salir en el siguiente tren, ignorando que este tren era muy vigilado por las famosas brigadas llamadas del tren. Estando en la estación, con los billetes sacados y a punto de tomar el tren, se les acercan dos patrulleros. Uno de ellos, Juan López, los retiene y pide la documentación, la examina detenidamente, observa que todos la llevan en regla. No obstante quedan retenidos. Tras preguntar el por qué de la detención reciben rápida contestación: «Porque son frailes». Después se supo que Víctor Calzada, Máximo Esaín, Ángel Sagredo, Lucio Robredo y Fernando San Martín fueron asesinados.

Enterado el patrullero Juan López de la salida del primer grupo en el que viajaba Miguel Revilla, acude al teléfono para dar parte al jefe del comité de la estación de Francia de Barcelona de la llegada de un grupo de curas. Fueron detenidos junto con Fernando Bartolomé, que había acudido a esperarles. En relación a esta detención nos queda el testimonio de Émile Aragou que a las doce del día 6 de octubre vio a Miguel Revilla en una de las dependencias de la estación vigilado por un patrullero. La narración de Émile es como sigue:

«Pero ¡oh! sorpresa en una de las estancias de la Estación de Francia vi encerrado dando señales de agobio a Miguel Revilla. No pude evitar mi extrañeza, lo que manifesté con un gesto. Gesto que fue notado por el patrullero que le vigilaba. A este patrullero le faltó tiempo para agarrarme por el hombro al mismo tiempo me decía: “Queda usted detenido”. Me preguntó si le conocía, mi respuesta fue: “Le he visto en ocasiones en el Comité de Licenciados. Es un señor muy profesional y capacitado que siempre despertó en mi admiración por los juicios que emitía y al verle detenido, me ha sorprendido y así lo he manifestado con este gesto”. El patrullero, no fiándose de lo que oía, me condujo al despacho del Jefe del Comité de la Estación que por toda presentación dice: “Aquí hay un fulano que seguramente es de la misma ralea que el que tenemos encerrado allá abajo; ¿no habría posibilidad de deshacernos de ellos?”. El jefe del Comité me pide la documentación, le extiendo el billete con el pasaporte. Le explico la urgencia en marchar al extranjero para cumplir una delicada misión en beneficio de la causa revolucionaria y le insto a que telefonara al Comité Central de la Gran Vía 617, para que corrobore cuanto manifiesto».

Con dirección a Valencia salió de mañana Carlos Paris y al atardecer lo hizo Manuel Solá. Llegados a Valencia, hablaron con los maristas Antonino, director de la comunidad y Jesús Delgado, exponiéndoles la oportunidad de embarcarse en Barcelona con destino Marsella. Ambos se encargaron de comunicárselo al resto de maristas de las otras comunidades de la ciudad de Valencia. ¿Qué sucedió? Que la mayoría no se fiaban y no creyeron conveniente viajar a Barcelona. Prefirieron esperar los resultados del primer embarco, ya que los delegados en sus conversaciones parece que les insinuaron la posibilidad de un segundo embarque. Rafael Iriberry San Martín, Jesús Delgado Fuente, Crispín López Sancho, Eloy Rodríguez Gutiérrez e Isidro Serrano, aunque con algo de recelo, se decidieron a salir para Barcelona, pero con tal mala fortuna que en el camino entre Castellón y Barcelona fueron descubiertos como frailes: Eloy Rodríguez Gutiérrez y Jesús

Delgado Fuente fueron asesinados. Los otros llegaron sin problemas a Barcelona.

Si complicadas eran todas estas misiones, la encomendada a Elías Arizu lo era en extremo. Cincuenta y seis maristas de las comunidades de Murcia y Cartagena estaban en prisión y tenía que lograr como primer objetivo sacarles a todos de la cárcel y después conducirles a Barcelona. Llegado a Murcia lo primero que hizo Arizu fue visitar en la cárcel al director de la comunidad de Murcia, Macario Alonso, burgalés, de carácter austero y no muy efusivo. Era hermano carnal de Mariano, Provincial, ambos fueron dos personas extraordinarias entre los maristas. En mayo de 1936 cuando se crea la Inmobiliaria Madrileña, S. A. con sede en Madrid, en la calle Cisne, 3. Él será el primer patrón y quien la regente. Pasada la Guerra Civil será el director de la editorial Luis Vives, propiedad de los maristas.

Sin tiempo que perder, Elías se puso en contacto con el abogado Mariano Sánchez Roca, presidente del Tribunal Popular con el que intentó tramitar la puesta en libertad de los maristas encarcelados. Sin tiempo que perder Arizu salió para encontrarse con los maristas de Alicante y Madrid y transmitirles el mensaje. En la escala que el tren hizo en Albacete y escuchando los comentarios que la gente hacía de la situación que se vivía en Madrid después de la liberación del Alcázar de Toledo por los nacionales, temió meterse en un callejón sin salida, y decide regresar a Murcia. De nuevo en Murcia indaga si le ha llegado alguna noticia de Barcelona, parece que no. Cursa varios telegramas. Vuelve a entrevistarse con Mariano Sánchez Roca, de quien recibe la buena noticia de que estaba dispuesto a conceder la salida a los cincuenta y seis maristas encarcelados. Con la alegría por la noticia, acuerdan verse para coordinar con los de Barcelona el viaje. Pasan los días 9 y 10 de octubre. El día 11 a las diez de la mañana recibe un telegrama de Barcelona que decía: «Devuelto el telegrama por ignorarse el paradero del interesado». Empiezan los temores que se acrecientan en la mañana del día 12 al recibir otro telegrama de Barcelona con el siguiente texto: «Niños gravísimos, no interesa que vengas. Mercedes».

¿Qué significado tenían estos telegramas? ¿Qué procedía hacer? Elías Arizu pide ver al preso Macario Alonso y de forma velada le expone el fracaso de las gestiones llevadas a cabo en Barcelona. Con la prudencia y atisbando lo que podía suceder, Elías Arizu dirige un telegrama a la pensión Capell de Barcelona con la seguridad de que sería intervenido por los anarquistas, en el que decía: «Salgo para Madrid, dirijan correspondencia Amor de Dios 16». A las nueve de la mañana dirige sus pasos para Alicante. En el trayecto pudo leer y releer los telegramas que había recibido. La conclusión era evidente: «Hemos sido traicionados por aquellos desalmados».

En Alicante se entrevista con Lorenzo Barrera, cónsul de Argentina, que tenía cobijado al marista Aurelio Linaje Oca. En conversación privada les explica lo ocurrido y la situación, pues se siente seguido por la policía revolucionaria. El muy astuto de Elías Arizu se presenta al Comité del Puerto, haciendo valer su misión reservada a favor de la revolución confiada por el Comité y avalando cuanto dice por el salvoconducto firmado por el responsable del comité Central de Milicias

Antifascistas. Hechas las oportunas gestiones logra introducirse en un buque francés y así llegar a Francia. Elías Arizu desde la zona nacional colaboró muy eficazmente con el Servicio de Información y Policía Militar organizando una red de contactos a lo largo de la frontera franco-española con antiguos alumnos suyos que introducía en colegios como internos y servían de enlaces. La eficacia de la red creada por Elías, así como su carácter abierto, le granjeó la amistad y reconocimiento del jefe del Servicio de Información y Policía Militar, José Ungría Jiménez.

Los maristas prisioneros en Murcia ignorando lo ocurrido esperaban la noticia de su liberación, creían que todo era cuestión de horas. Vana ilusión, esa misma mañana Macario Alonso les comunicó lo ocurrido. Cabizbajos y tristes quedaron en la cárcel esperando tiempos mejores.

Lugar y fecha de la segunda expedición

Los diecisiete profesores maristas de la casa de Santa María de Bellpuig de les Avellanes que no habían podido pasar el puesto fronterizo de Puigcerdá, llegaban a Barcelona, acompañados por Trifón Lacunza, el martes día 6, conmemoración del famoso 6 de octubre de 1934. La ciudad la encontraron engalanada con banderas rojas y negras, letreros antifascistas, recordando el acontecimiento. La mayoría de estos maristas no conocía Barcelona. Carecían de pases para moverse, tampoco tenían dinero y les era difícil encontrar alojamiento. Antonio Ordaz, quizá por evitar otro desacuerdo con Trifón, les invitó a pernoctar en las dependencias que tenía la FAI en el Canódromo, cerca del Guinardó. Todas estas dependencias estaban controladas por el comité del que era jefe Antonio Ordaz y donde aún estaban presos Fernando Suñer y otros cuatro maristas.

Enterado el Provincial de su llegada y lugar en donde habían pasado la noche, le faltó tiempo para personarse allí y abrazarles. Conversó con ellos, les entregó dinero para que se compraran ropas, zapatos, artículos de aseo, toallas, medicinas, y se llevó a los más delicados de salud a la Fonda Española y al resto a otras pensiones conocidas.

Este mismo día 6 y de mañana también llegaba de Francia Émile Aragou, procedente de Toulouse. Tuvo de compañeros de viaje a vascos republicanos que huían de San Sebastián camino de Barcelona donde el Gobierno Catalán les ofrecía cobijo. Apresuradamente va a ver al Superior Provincial, que lo recibió con los brazos abiertos. En el coloquio le informó detenidamente de las gestiones ante las autoridades francesas a favor de los ciento diecisiete seminaristas para entrar en Francia, para luego salir por la zona norte de España. No tuvo tiempo Émile Aragou para explicarle muchas más noticias pues, estando dándole los pormenores de las gestiones realizadas, fue requerido con urgencia para acudir con Trifón Lacunza y

Lucio Izquierdo a una reunión en el Departamento de Patrullas de la Gran Vía. Reunión de suma importancia, ya que en ella se fijarían el lugar y la fecha de la segunda salida.

Les estaban esperando en el Departamento de Patrullas, concretamente en el despacho de Aurelio Fernández y en presencia de Antonio Ordaz hablaron muy brevemente de la primera salida y sobre el cuándo y lugar de la segunda expedición. Fijaron el embarque el día 8 en el muelle de la Barceloneta. La conversación transcurrió ultimando detalles. Aurelio Fernández le urgía el cobro de la segunda parte del rescate y recomendó a Émile Aragou que con urgencia saliera para Francia y trajera el dinero convenido para esta segunda salida. Le aconsejó que avisara por telegrama el día y la hora de llegada del avión que le traía a Barcelona.

Antes de marchar, Émile Aragou, muy cauto, pasó por el Consulado francés solicitando información de la salida de barcos y supo que el jueves día 8, a las cuatro de la tarde, salía del puerto de Barcelona un barco francés de pasajeros con destino a Marsella. Por tranquilizar al Superior Provincial y antes de comenzar sus preparativos, fue a informarle.

Preparó su pasaporte con el encargado de estos trámites, Vicente Gil. No todo fue fácil, Vicente Gil le comentó que sus frecuentes pasos por la frontera de Port-Bou le podrían crear algún problema. Émile le aconsejó avisar a Aurelio Fernández; sin mediar palabra Vicente tomó el teléfono y al acabar la conversación con Aurelio le extendió la autorización correspondiente. Con todo en regla, se dirige a la estación de Francia para tomar el tren de las doce para Mataró, donde pensaba comer y tomar los enseres indispensables. En una dependencia de la estación vio vigilado por un patrullero a Miguel Revilla. Émile fue interrogado por el jefe del comité de la estación que le explicó que era francés residente en España y que se dirigía a Francia para cumplir misiones confidenciales del Comité Central. Hechas las indagaciones oportunas y leído el salvoconducto expedido en la sede del Comité Central, el jefe del comité se dio por satisfecho y con muestras de deferencia hizo que el subjefe lo acompañara al tren y así pudo llegar a Mataró. Por la tarde tomó el tren que le conduciría a la frontera.

Trifón Lacunza y Lucio Izquierdo quedaron encargados por el Superior Provincial de ultimar los detalles del embarque y de informar a los maristas que, de otras poblaciones y ciudades, iban llegando a Barcelona. Diligentes llevaban el control de los maristas de las comunidades de Cataluña y fuera de ella. Les hacían conocedores de los detalles del embarque e iban instalando a los recién llegados.

Con extrañeza observaban que eran pocos los que iban llegando de fuera de Barcelona para el embarque, y desconocían si viajaban o no.

Embarco en el muelle de la Barceloneta

El anarquista Antonio Ordaz convocó a una reunión a Trifón Lacunza y Lucio Izquierdo para anunciarles que circunstancias de último momento les habían impedido conseguir embarcar directamente a todos los maristas en un barco francés, circunstancias que les hacían cambiar el embarque, se haría primero en el barco español Cabo de San Agustín situado en el muelle Baleares, de la Barceloneta, para luego, durante la noche, pasar al barco francés Enfa que debía partir para Marsella. El Cabo de San Agustín era un barco incautado a la Compañía Ibarra, con sede en Sevilla, su gemelo era el Santo Tomé, tal era su parecido que todos lo confundían. En el Cabo de San Agustín se había celebrado un Congreso Eucarístico.

Los dos delegados no veían clara esta determinación y así se lo hicieron ver a Antonio Ordaz, pero este mantuvo la decisión tomada por los representantes de la FAI. «El embarque se haría el día 7 de octubre al anochecer en el barco español, Cabo de San Agustín». Trifón y Lucio se fueron a comunicarlo al Superior Provincial.

Durante la comida y buena parte de la tarde estuvieron reunidos los tres, deliberando sobre si convendría continuar fiándose de esta gente, ¿qué pasaría si se suspendía esta salida? Analizaron el pase de los seminaristas a Francia. Analizaron las actuaciones de las Patrullas de Control. Había hechos muy confusos e inexplicables. Tenían motivos para dudar de estos anarquistas y eso que ignoraban lo ocurrido a sus compañeros de Gerona, de las dificultades encontradas por Émile Aragou en la estación de Francia y en el paso fronterizo de Port-Bou.

Por otra parte eran conocedores de que la mayoría de los maristas residentes en ciudades de la zona dominada por el Frente Popular ya estaban en Barcelona dispuestos a salir de España aprovechando la oferta de la FAI.

Ponderados los hechos, Trifón Lacunza era partidario de proseguir los planes trazados, mientras que Lucio Izquierdo se mostraba muy reticente, sobre todo por el cambio de barco por uno español. El Provincial quiso ponerse en contacto con Miguel Revilla, pero le fue imposible. Intentó llamar a Fernando Bartolomé pensando que hubiera vuelto de cumplir el encargo que le había encomendado a media mañana, pero también le fue imposible.

Los tres hubieran deseado disponer de más tiempo. Al final decidieron proseguir las gestiones, aun no estando seguros de la lealtad de la FAI.

A la mañana siguiente, respondiendo a una nueva consulta de Trifón Lacunza y Lucio Izquierdo hecha en el comité sobre los detalles del embarque, Ordaz les dijo muy amablemente:

La operación se realizará tal y como les indiqué en la reunión de ayer. Les esperamos a todos en el barco Cabo de San Agustín a las ocho de la noche y que no se asusten si ven patrulleros por los muelles, si algún problema tienen no se olviden de dar la consigna acordada: Asunto Ordaz.

Los delegados maristas ansiosos de verse libres de los revolucionarios y confiados en Aurelio Fernández, recién nombrado secretario general de la Junta de

Seguretat Interior de la Generalitat de Catalunya y en la presencia de Vicente Gil, responsable del Departamento de Autorizaciones y Pasaportes y delegado por Aurelio Fernández para los servicios de control de puertos y aeropuertos, creyeron en las palabras de Ordaz y recobraron la tranquilidad. Los maristas ni pensaron pedir un documento que justificara el embarque y su salida al extranjero para presentarla a las autoridades correspondientes.

Los maristas de fuera de Barcelona iban acercándose cautelosamente al paseo de Gracia, donde el Superior Provincial y Trifón Lacunza les proporcionaban los detalles para el embarque. El Superior les recibía con un fuerte abrazo y de inmediato eran preguntados sobre su salud, problemas que habían tenido, sobre la situación del resto de compañeros. ¿Tienen ya alojamiento? Trifón intentaba aconsejar y animar a todos. No faltaba quien le manifestaba sus dudas y sospechas sobre los interlocutores de la FAI. En situaciones así pronto corren comentarios y la gente hace sus cábalas.

Andrés Martínez Pérez, que vivía en Barcelona escondido en casa de un antiguo alumno andorrano, les comentaba lo que le había narrado una amistad muy relacionada con una señora francesa, *Madame Bourge*, empleada en el consulado francés y por tanto al corriente de la expedición de pasaportes y salida de pasajeros para Francia. Ella misma había diligenciado algunas salidas para Francia y Andorra. Al comentarle su amigo que los maristas, previo acuerdo con la FAI, iban a salir del puerto de Barcelona en un barco francés, le contestó: «¡Qué extraño!, ¿no será esto una artimaña que se les pone para darles caza? Que no se fíen de la FAI, sabemos de casos concretos de traición. Dígame usted a su amigo que no se vaya». Sabiendo estos detalles, mañana me informaré en el consulado qué hay de esa salida. Le repito: «Todo eso huele a chamusquina». Estas palabras no hicieron más que confirmar las dudas de Andrés Martínez Pérez, pero fiado de las buenas palabras de la FAI y en la invitación de sus superiores se fue al barco.

Muchos se interrogan, ¿es posible que la FAI sea capaz de autorizarnos a salir? Algunos comentaban lo dudoso de la operación; otros mantenían que la oportunidad había que aprovecharla. Otros pensaban que el gobierno francés estaba al corriente del embarque y eso les daba confianza. Cuando se encontraban, se recordaban no faltar a la cita de la tarde del día 7 de octubre en el muelle Baleares, lugar donde estaba anclado el Cabo de San Agustín.

Llegaba el tiempo de actuar y dejar a un lado los temores. Lucio Izquierdo, que conocía a Antonio Ordaz y a algunos de los patrulleros que había tratado en el comité, les pidió permiso para estar en el barco antes de la hora señalada y así recibir y poder orientar, ayudar y socorrer a sus compañeros.

Por su parte Trifón Lacunza también quiso pasar la noche en el barco. Muy de mañana se acercaría a la pensión para ver si, por fin, había llegado el ansiado telegrama de Émile Aragou para salir, con Antonio Ordaz, a esperarle al aeropuerto.

Los maristas iban llegando al muelle Baleares, en la Barceloneta. Una vez pronunciada la consigna bien memorizada: «Vamos al barco Cabo San Agustín,

Asunto Ordaz, Aurelio Fernández ya está enterado» o el salto y seña: «Asunto Ordaz», era suficiente para que los patrulleros les abrieran paso y se les solucionara cualquier problema.

Allí estaba Lucio Izquierdo. Una vez saludados, como anfitrión les indicaba la escalerilla de subida. Trifón Lacunza acompañaba a los hermanos hasta los patrulleros, quienes una vez les habían tomado los datos personales les señalaban el camarote.

Aquella noche la pasaron en sus camarotes tratando de descansar un poco pero las vivencias del día y las emociones experimentadas fueron tan grandes que muy pocos pudieron conciliar el sueño. El solo pensamiento de verse libres de los revolucionarios y poder pisar los colegios de Pamplona, Burgos, Logroño o Zaragoza era un sueño que querían que fuera pronto realidad.

El barco es una ratonera

Amaneció el nuevo día, era jueves día 8. Uno de los primeros en salir del camarote fue Trifón Lacunza para acercarse a la pensión Capell, en busca del esperado telegrama de Émile Aragou. Este telegrama debía indicar día, hora y compañía en la que viajaba. Recogido el mensaje debía acudir junto con Aurelio Fernández y Antonio Ordaz al aeropuerto. Ya preparado se dispone a tomar la escalera de salida, cuando el patrullero de guardia le pone el fusil en la cintura y con modales bruscos le dice que tiene orden de no dejar salir a nadie.

Trifón Lacunza trató de convencerle aduciendo que era el responsable de la expedición y que tenía que hablar con Antonio Ordaz. El patrullero le respondió: «Las órdenes son órdenes. Nadie puede salir del barco». El decidido Lacunza corre a poner en conocimiento del Superior Provincial cuanto le ha sucedido. Los dos se mira fijamente, y ¿qué hacer? Una serie de interrogantes les vienen a la mente: ¿qué le habrá sucedido a Émile Aragou?, ¿habrá llegado el telegrama?

Después se supo que el telegrama de Émile llegó, pero fue devuelto a su origen por no encontrarse al destinatario en la dirección señalada, el telegrama llevaba la siguiente nota: «Marsella, 9-10-1936. Correo, Telégrafos y Teléfonos, Señor Émile Aragou, calle Santa Victoria, 24. Tengo el honor de informarle que el telegrama 96 206, puesto por usted en esta oficina el 8-10-1936 dirigido a Trifón Lacunza, Pensión Capell, Fivaller, Barcelona, no ha podido ser entregado porque el destinatario estaba ausente».

El resto de maristas, desconocedores de lo sucedido a Lacunza, esperaban órdenes para pasar al barco francés, pero estas no llegaban. La impaciencia se apoderaba de los religiosos y en algunos era notorio el desánimo. Por la mente de alguno pasaba lo oído a amigos y familiares sobre la FAI.

Lacunza y el Provincial fueron a buscar al jefe de los patrulleros que hacían guardia, preguntaban... uno no sabía, el otro les decía: vaya y pregúntele a aquel... Pero mientras los patrulleros no dejaban salir a nadie del barco, sí permitían la entrada a aquellos que, previa identificación con el santo y seña «Asunto Ordaz», subían sin dificultad alguna, tal es el caso de José Mir Pons, hijo de Igualada, y la de otros compañeros que acompañados en coche por los patrulleros, procedentes del Comité de San Martín del Provençals en la Ronda Volart, 3. Traían a Jacinto Sanz, Francisco Peruchena y Ladislao Martínez. Lo mismo sucedió con los alojados en el Canódromo, entre los que se encontraba Fernando Suñer. Caso curioso es el narrado por Félix Ayúcar, quien pudo observar con sorpresa que dos patrulleros iban vestidos con su traje y el de su hermano que se los habían quitados en un registro en la casa donde se hospedaban.



El barco Cabo de San Agustín, donde estuvieron retenidos los maristas antes de ser enviados al cuartel de San Elías.

El Provincial, Trifón Lacunza, Lucio Izquierdo y el resto de maristas pensaron: «Estamos metidos en una ratonera de la cual no podemos salir». Es la estrategia empleada por los dirigentes de las Patrullas de Control.

Las conversaciones y comentarios en pasillos y en cubierta se multiplicaron. Los patrulleros, temiendo un motín, ordenaron que fueran a sus camarotes y esperaran allí hasta que se les diera la orden de salir. Al poco rato les mandan sacar el equipaje a los pasillos. Les dicen que, como eran muchos, así ganaban tiempo. Allí mismo se haría la tramitación de papeles en vez de hacerlo en la aduana. Pasaron varios patrulleros registrándoles el equipaje, fijándose si había algún objeto de valor, si había dinero... No satisfechos con el botín encontrado, les obligaron a entregar lo que llevaban encima: estilográficas, relojes, etc., y hasta el poco dinero que llevaban consigo. La razón que les daban era que había órdenes muy severas y que todos estos objetos les podrían crear dificultades en la aduana. Estos registros y sobre todo la forma de llevarlos a cabo aumentaron la inquietud. La situación en el barco empezaba a ser

angustiosa.

Mientras esto ocurría en el barco Cabo de San Agustín, Aurelio Fernández y Antonio Ordaz fueron al aeropuerto a esperar al francés que debía traerles la segunda parte del dinero acordado. Émile Aragou no llegó el día 8 de octubre en ninguno de los aviones procedentes de Francia. Aurelio Fernández y Antonio Ordaz, cansados por la espera y viendo que Émile no llegaba, se desplazaron al barco Cabo de San Agustín acompañados de gente armada. Fingen una inspección a bordo. Trifón Lacunza y Lucio Izquierdo tratan de pedirles sobre lo que está pasando. Ni caso.

Hacia el mediodía, los patrulleros entendidos en letra, van tomando uno a uno la dirección de su domicilio, lugar de donde venían, etc. Acabado este trámite, les ordenan recoger los equipajes ya registrados. Les mandan descender por la escalera del barco. En tierra les obligan a subir a los dos autobuses de dos pisos. En el interior de los autobuses había en la parte posterior y en la delantera patrulleros armados. Los maristas toman asiento. Los trabajadores del puerto informados de que eran frailes comenzaron a proferir insultos y amenazas: «A estos, que son unos parásitos, se les ha de matar a todos con una descarga de fusil. Ya era hora que se les acabe la lotería de tantos santos. No más farsa católica, hay que ahorcarles con las tripas de los curas...».

Los maristas estaban ansiosos por llegar a la aduana. Llegado el momento de la salida, el primero en hacerlo es un coche con patrulleros y jefes del Comité de Control, Trifón y Lucio Izquierdo, que colocándose en cabeza de la comitiva, son seguidos de los dos grandes autobuses. Los conocedores de Barcelona se aperciben de que no toman la dirección de la aduana. De súbito se levanta con valentía el joven Moisés Pérez de Albéniz y desde su mismo puesto dirigiéndose a un patrullero con energía le dijo: ¿Se puede saber dónde nos llevan? Se oyó una fuerte voz: «¡Siéntese!, al primero que chiste, se le levanta la tapa de los sesos, ¿piensas que te vamos a matar?». Un silencio sepulcral se apoderó de todos.

Los otros cien mil francos

Un decreto publicado la víspera de viajar Émile a Francia en busca de los cien mil francos restantes obligaba a los viajeros que pasasen la frontera a depositar una cantidad de dinero. Al llegar a la frontera obligaron a Émile Aragou a entregarla. Este ignoraba esa norma. Émile presentó sus alegatos y como favor le consintieron que depositara solo seiscientos francos. En el registro obligatorio a los viajeros, le encontraron una libreta con algunas anotaciones que parecían sospechosas y lo retuvieron.

En vano insistió y recordó la necesidad urgente que tenía de trasladarse a Francia. Les rogó se pusieran al habla con Vicente Gil, para que aportase datos sobre su

persona y la misión que se le había encomendado. De momento no le autorizaron a pasar la frontera y como consecuencia tuvo que pernoctar sentado en un banco de la estación. Con el nuevo día pudieron conectar telefónicamente con Vicente Gil.

Por fin a las once de la mañana un miliciano le comunicó que podía tomar el primer tren con dirección Francia. Al final respiró.

A las siete de la tarde llegaba a Marsella, se dirigió al Colegio Saint Josep de la calle Roma. Allí se encontraba Alexis Pierre Frily, encargado de las finanzas maristas en España. Enterado de todo por telegrama, le entregó inmediatamente los cien mil francos. Sin pérdida de tiempo, Émile Aragou preparó el viaje de retorno en la compañía de aviación Lufthansa. Confirmado su billete, envió un telegrama a Barcelona notificando su llegada al aeropuerto del Prat para el viernes día 9 de octubre a las nueve de la mañana.

Desde Marsella, el viernes día 9 de octubre Émile Aragou salía a las cinco y media de la mañana del Hotel Voailles. Subió en un taxi para desplazarse al campo de Marignane, distante a unos cuarenta kilómetros. A las siete llegaba al aeropuerto de Marsella, el policía encargado de visar los pasaportes lo dejó pasar, sin ningún problema emprendió viaje de retorno. Salió en un trimotor y a las nueve de la mañana aterrizaba en el aeropuerto del Prat de Barcelona. Allí le esperaba Antonio Ordaz, acompañado de cuatro patrulleros. El francés manifiesta su extrañeza al no ver a Trifón Lacunza, Ordaz le dijo que le estaban esperando impacientemente en el comité. Los propios patrulleros se encargaron del arreglo del pasaporte, cumplido este requisito subieron al coche que les esperaba.

Durante el trayecto, Émile Aragou amigablemente contestaba a las preguntas que le hacía Ordaz. Le explicó el motivo de no haber podido venir el día anterior: «Al salir de Barcelona el día 6 ya me detuvieron unos patrulleros en la estación de Francia; en Port-Bou todavía me fue peor, porque no me dejaron pasar la frontera hasta las once de la mañana del día siete, mi llegada a Marsella fue en la tarde y el banco, ya avisado, nos entregó el dinero el día ocho por la mañana. Así las cosas desde Marsella envié un telegrama diciendo que llegaría a Barcelona el viernes día nueve». Antonio Ordaz le escuchaba cínicamente atento.

El coche fue a parar, no a la sede del comité, sino a un edificio de la calle Provença 389, colegio incautado a las hijas de San Vicente de Paúl, situado casi frente al templo de la Sagrada Familia, donde se habían ubicado las Juventudes Libertarias. Este local es hoy colegio Patronato Escolar Obrero, dirigido por las Hijas de la Caridad. Émile Aragou entre patrulleros armados fue conducido a una sala del primer piso donde Antonio Ordaz indeciso y con titubeos le dijo: «Con mucha pena y sentimiento he de manifestarle que el trato mantenido con ustedes para esta segunda salida ha sido una farsa; hemos dejado salir a los seminaristas, pero ninguno de tus compañeros se ha embarcado ni se embarcarán. La FAI y la CNT no se venden ni se compran». Al sentir estas palabras, Émile Aragou quedó como anonadado y sin fuerzas teniendo que apoyarse contra la pared para no caer. Pero recuperadas sus

energías, y ya no importándole la vida, contestó: «Es verdad, la FAI y la CNT no se venden ni se compran, pero roban y asesinan».



El preventorio Juventudes Libertarias donde F. Adjuteur entregó los últimos 100 000 francos.

Enfurecido, Antonio Ordaz gritó: «Registradle». Émile le contestó: «No tienes derecho, porque soy francés». Ordaz, le contesto: «Suerte tienes de ser francés, de lo contrario dentro de media hora serías hombre muerto. De todos modos esta noche el comité decidirá tu suerte». Entonces dos patrulleros le sujetaron fuertemente los brazos, mientras que otro, José Pérez Ibáñez *el Valencia*^[8], le sacaba de los bolsillos de la americana los cien mil francos correspondientes al pago de la segunda salida y mil doscientos veinticinco francos que llevaba para cubrir necesidades. Se apoderaron igualmente de su pasaporte, de su cartilla militar, de todos los documentos y salvoconductos que le habían sido entregados; no le dejaron ni la pluma estilográfica, ni el recibo que le dieron en la estación de Port-Bou cuando depositó los seiscientos francos junto con ciento cuarenta pesetas. El nerviosismo y las prisas de los patrulleros impidieron ver el reloj de bolsillo Longines, regalo de dos antiguos alumnos de Mataró. Así, despojado, sin pertenencias personales quedó retenido en el Centro de las Juventudes Libertarias de la calle Provença de Barcelona.

En San Elías

¿Qué ruta emprende la comitiva portadora de los 107 maristas? Al salir del

muelle de la Barceloneta pasan por delante de la Estación de Francia, junto al parque, siguiendo por el Arc de Triomf, el paseo de Sant Joan, la avenida Diagonal, subiendo por la calle Balmes y al poco rato torció a la izquierda metiéndose en una calle aún no urbanizada donde estaba el cuartel más importante de la FAI. El edificio en la barriada de San Gervasio lo construyeron las monjas clarisas de Santa María de Jerusalén en 1885. Era un edificio de sólida construcción, tenía un gran patio rectangular rodeado de galerías de dos pisos, con amplios y tenebrosos sótanos, además estaba en un lugar aislado y silencioso. En la puerta principal siempre había patrulleros que controlaban a toda persona que entraba y salía. Por regla general, las personas que allí llegaban como detenidas eran los considerados enemigos de la revolución. Este convento la FAI lo había convertido en su cuartel general.

Pasado el mediodía del 8 de octubre fue cuando los maristas entraban en él. Los medios desplegados fueron importantes. Uno de los jóvenes patrulleros narra:

Ante un grupo tan numeroso, las órdenes recibidas y los dispositivos adoptados, nos puso a todos a la defensiva y nerviosos. Nos preguntábamos y, si se amotinan ¿cómo respondemos...? Ante esta gran redada de frailes todos estábamos armados con pistola y fusil y moviéndonos de una parte para otra sin poder disimular y calmar el nerviosismo. Los frailes iban descendiendo de los autobuses. Se oye un grito seguido de la orden de «Pónganse en fila».



Claustro del convento de San Elías en Barcelona, convertido en cuartel de las Patrullas de Control.



Puerta de entrada del convento de San Elías en Barcelona, convertido en cuartel de las Patrullas de Control.

Ligeros murmullos se oyeron, pero los frailes cabizbajos obedecen a los patrulleros, una vez formados, fueron conducidos en fila hasta el interior. En la explanada rodeada por el claustro había un pozo; a su alrededor se colocaron algunos patrulleros. Las escaleras de acceso a la primera galería del claustro estaban ocupadas por otros patrulleros que fusil en mano debían controlar todos los movimientos del personal detenido. Llegados al claustro del convento fueron colocándose según las indicaciones que les daban. Al no caber en una sola fila tuvieron que formar varias. La explanada del claustro quedó ocupada en su tercera parte.

Los patrulleros, nerviosos, pues no las tenían todas consigo, no dejaban de manifestar, con murmullos, risas y gestos, satisfacción. En medio del silencio, se oyó la voz de Pedro Ciordia diciendo: «Nosotros somos inocentes, no hemos hecho nada». Los patrulleros con rapidez le rodean y, a punta de fusil, lo acallan.

El sol era aplastante, la tensión vivida hace mella, tal es así que alguno se desmayó y tuvo que ser asistido. Alguno de los presentes recuerda lo oído a los vigilantes patrulleros: «Esto no es el barco francés. De poco os han servido vuestros rezos, ya veis el resultado. Los anarquistas nos hemos propuesto acabar con todo lo que huelga a cera. Los hombres de la FAI nunca dejan incumplidas sus promesas».

Bajo el poder de la FAI

Serían las tres de tarde y en medio del cuadro descrito se nota movimiento de patrulleros y se oye algún grito. De pronto se ve aparecer a tres dirigentes de las Patrullas de Control: Aurelio Fernández, Antonio Ordaz y Dionisio Eroles, rodeados de patrulleros. Aurelio Fernández dirigiéndose a los patrulleros y por saludo les dice:

«Vengo a daros las gracias en nombre de la revolución por la gran labor que habéis realizado y elevando la voz les dice: ¡Buena caza, compañeros! Os felicitamos. ¡Cómo vais a disfrutar con estos conejitos! ¡Os deseamos buena puntería!». Al oír estas palabras el Superior Provincial se adelanta dirigiéndose a Aurelio Fernández para protestar de aquella traición y, ante el rechazo brusco de los agentes del séquito de Aurelio, pudo oírsele: «Si alguna responsabilidad existe, que caiga sobre mí que soy el Superior; pero a estos dejadlos, pues no han hecho ningún mal y son inocentes». Los patrulleros lo sujetan... Quiso despedirse pero no le permitieron pronunciar ni una palabra más y con un gesto les señaló el cielo... Se lo llevaron y lo encerraron aparte del grupo.

El que actuaba de cabecilla en el barco y guardador de la lista allí confeccionada procedió a la distribución de los detenidos. Formó tres grupos: uno de 42, otro de 12 y un tercero, el más numeroso, de 50. El primer grupo fue conducido a la primera galería donde se les encerró. A este grupo se unieron al anochecer el Superior Provincial, Trifón Lacunza, Lucio Izquierdo y Jaime Morella.

Al segundo grupo lo colocaron en los calabozos de la galería superior. El tercer grupo fue sacado del claustro y trasladado a una sala próxima que parecía ser el lavadero o ropería de lo que fue convento. Traspasada la puerta, bastante alta y de dos hojas, a su derecha tenía tres ventanas que daban a un jardín, y enfrente dos. Los únicos asientos eran los salientes de las ventanas y una rinconera. Frente a la primera ventana de la derecha y a un metro de la pared había un listón de madera, apoyado por los extremos con dos estacas sujetas al suelo. El pavimento muy desigual era de baldosas cuadradas y desgastadas.

En este recinto y previo recuento, fueron introducidos los cincuenta maristas. Luego cerraron las puertas y quedaron aislados. Momentos después se volvió a abrir la puerta. Los patrulleros empezaron un nuevo registro. Algún detenido dijo: «Ya nos lo han quitado todo en el barco». No importa, algo les habrán dejado y sin más les despojaron hasta de la documentación particular que llevaban. Lo sustraído lo iban colocando en sobres sobre el cual escribían el nombre del interesado, si alguno la reclamaba se le decía: «No se preocupe que ya se le devolverá». Todo pura farsa.

Era este un procedimiento empleado por los patrulleros para no dejar rastro de identificación de los asesinados. Acabada su faena se marcharon. Algún patrullero dijo en voz baja: «A las cuatro de la tarde». Al oír semejante recado todos se miraban, ninguno osaba hablar, la interpretación era que esa era la hora de la ejecución. Durante bastante rato cada marista a solas hacía su preparación para la muerte. Menos mal que la interpretación era equivocada. A las cuatro abrieron la puerta y un patrullero les dijo: «Ahora, a comer». Les mandaron salir para formar fila. Pasaron por un vestíbulo, donde estaban un grupo de patrulleros armados.

Llegados al comedor les sirvieron en una vajilla bastante lujosa: sopa, garbanzos con un poco de pescado y tocino, y por postre un racimo de uvas. Unas mujeres se encargaban de servir el agua y el pan. Los patrulleros bien armados y

estratégicamente colocados vigilaban. Poco ruido se oía. Los maristas si hablaban era en tono tan bajo que solo lo percibía su vecino. El lenguaje más usado era el de la mirada y algún signo disimulado. El ambiente era tenso.

Terminada la comida, les condujeron a las salas de su destino por grupos, donde estuvieron hasta llegada la hora de la cena. Aquí al verse solos y por pasar el tiempo aprovecharon para comentar entre ellos lo que habían visto y oído. Fueron horas de preocupación y temor. Todos pensaban y comentaban que de un momento a otro les llamarían para darles el «paseíto». Alguno dio muestras de serenidad, sacando la petaca para liar un cigarrillo mientras comentaba: «Con este cigarro calmamos los nervios». Otros, cansados de pasear por la sala, buscaron un acomodo en el duro suelo para descansar. Para algunos el saber que para hacer las necesidades tenían que subir al principal y aunque fueran acompañados y vigilados por los patrulleros, aprovechaban para salir y darse una vuelta.

A las nueve les llaman para la cena, todos se encuentran en el comedor. Su cena fue sopa, un primer plato y el correspondiente postre. Durante la cena notaron algunas ausencias. Vieron a Jaime Morella Bruguera detenido hacía tiempo y cuyo paradero desconocían, que por unas señas que les hizo le entendieron que le dieran como desconocido. No vieron al Superior Provincial, ni a Trifón Lacunza ni a Lucio Izquierdo. Más de uno pensó en que aquel encuentro era el último. Todos sabían que de noche actuaban los piquetes.

Una vez cenados y devueltos a su encierro, intentaron descansar, pero ¿dónde? No había cama, ni ropa, ni un asiento. Tuvieron que tirarse en el suelo. Algunos exhaustos llegaron a cerrar los ojos. El menor ruido o respiro profundo les desvelaba súbitamente. La imaginación maquinaba... Otros seguían cuchicheando. ¿Qué habrán hecho a Mariano, Trifón y Lucio? Imaginaban lo peor. Los patrulleros, al oír musitar oraciones, decían: «De muy poco os servirán».

Varias veces se abrió la puerta. Siempre se oía cómo la gente se revolvía y hasta los que habían logrado conciliar el sueño se despertaban bruscamente. En una de ellas un patrullero en voz alta pronunció el nombre de «Federico Castresana Baranda». El demandado con paso lento acudió ante el patrullero. Algunos pensaban que alguno de sus amigos, pues era una persona muy conocida por su cargo de administrador del colegio de la Inmaculada, de la calle Llúria, 58, que le había conseguido su libertad. Al cabo de media hora regresó acompañado por un patrullero que le decía: «No olvides, lo que dice la FAI se cumple».

Una vez Federico se serenó un poco se fue a los más próximos, les contó lo sucedido: fue un careo tenido con el patrullero Jaime Riera. En este careo le dijo que los maristas eran unos embaucadores de niños. Le preguntó por el paradero de David Ibáñez. Le amenazó diciéndole que si no le daba respuesta lo pagaría con la vida. Federico se mostró valiente e intrépido en su contestación y sin temor le espetó: «Ya me puedes matar ahora mismo, pues no puedo decir nada de David Ibáñez pues no sé dónde se encuentra».

David Ibáñez Padilla, en 1931 estaba en el colegio de la calle Llúria, 58. Se retiró de marista en 1932. Se interesaba mucho por sus compañeros visitándoles en la cárcel o en las comisarías en las que estaban detenidos.

Las horas pasaban lentas y en silencio. El 9 de octubre una vez aseados como pudieron, fueron a desayunar. Hay muchos ausentes. ¿Dónde estaban? ¿Qué les había ocurrido? ¿No habría habido alguna saca? Con esta incertidumbre, se les lleva de nuevo a la sala de reclusión.

La ejecución de cuarenta y seis maristas

El paradero de los ausentes no se supo hasta pasado noviembre. Buen cuidado tuvieron los responsables en ocultarlo. Los hechos ocurridos en la noche del día 8 de octubre en la cárcel de San Elías fueron como sigue.

En aquella noche, los patrulleros sacaron al grupo de cuarenta y dos maristas y a otros cuatro, a quienes consideraron los superiores y como tales los habían separado a mediodía del jueves. Cuarenta y cuatro fueron transportados en vehículos camino a Montcada. El itinerario realizado desde el cuartel general de la FAI fue el siguiente: salieron de la estrecha calle de San Elías, bajan por la calle Balmes para entrar en la Diagonal pero no tuercen por el paseo de Sant Joan, sino que siguiendo la Diagonal y luego toman la Meridiana. Dejan Barcelona y alrededores para llegar a Montcada.

El cementerio de Montcada estaba situado al norte de Barcelona, a unos ocho kilómetros. Allí los patrulleros obligaron a los maristas a bajar de los vehículos, caminaron hasta las paredes del recinto, los patrulleros cargaron sus metralletas y, recibidas las órdenes de fuego, dispararon. Los maristas cayeron acribillados.

Buen cuidado tuvieron los dirigentes de las Patrullas de Control de no dejar señal alguna en los asesinados y en quiénes habían sido los autores de las ejecuciones, todo con la intención de no correr el riesgo de ser descubiertos y no ofrecer pistas a los familiares para reconocer sus cuerpos. Se dio el caso de volverlos a cargar en el camión y, de vuelta, llevarlos a la fábrica de cemento Asland en el término del pueblo de Montcada y quitárselos de encima con el consentimiento de los trabajadores anarquistas en las trituradoras, para así hacerlos desaparecer en sus hornos.

De los maristas asesinados en las tapias del cementerio de Montcada, uno de ellos, José Blanch Roca, malherido, se levantó cuando los patrulleros ya se habían retirado y andando como pudo, bordeando campos y malos caminos, llegó hasta una casa particular de la calle Provença, 1 de Montcada. Allí le abrió la puerta la señora Paula Auladell Gaspar, y después de explicarle su tragedia, le pidió auxilio. Al ver su estado, le dio un par de alpargatas de su marido pero como le iban excesivamente grandes, le dio unas de las suyas de color blanco. Al verle hambriento y extenuado, le limpió y curó, le preparó alimento, pero no pudo esconderlo en su casa porque su

marido, de empleo, guardagujas, y conocido como un hombre de derechas, era buscado de continuo aquellos días. Habían hecho ya cinco o seis registros en la casa y siempre anunciando que volverían.

José trató de buscar el camino para Barcelona. Por seguridad preguntó en casa de Juan y Luis Carrasco por el verdadero camino, quienes le abrieron y en vez de señalarle el camino que buscaba, lo delataron al Comité revolucionario de Montcada. Los del comité actuaron con toda rapidez, le detienen y custodiado lo llevaron al lugar donde la noche anterior habían muerto sus compañeros y donde él había sido herido. Allí mismo le dispararon.

A este grupo de cuarenta y cuatro debe sumarse: Victoriano Gómez y Fernando Suñer, que fueron llevados al cementerio de les Corts de Barcelona y asesinados esa misma noche.

Cosa curiosa, se tienen noticias oficiales de la detención de 62 maristas. El portavoz del gobierno de la Generalitat, Josep Tarradellas, así lo informó el 10 de octubre de 1936: «Han ingresado en prisión 62 religiosos detenidos en el muelle cuando iban a embarcar en el vapor Cabo de San Agustín». Nada dijo de los 46 maristas asesinados. Había que salvar la apariencia y hacer creer que en Barcelona había orden y que las autoridades garantizaban la vida y los bienes de las personas.

Se truncan los planes de la FAI

Los planes de los dirigentes de la FAI no acababan con la desaparición en la noche del 8 de octubre de los 46 maristas, sus planes eran hacer desaparecer al resto y estaban decididos a seguir adelante con su plan. Les quedaba hacer desaparecer a los otros 62 maristas. Lo harían en las dos noches siguientes en el mismo sitio y del mismo modo. En 24 horas el plan se frustra. Es a través del patrullero de vigilancia Vicenç Subirats, militante de Esquerra Republicana de Catalunya.

Entre los patrulleros que hacían guardia aquel día en el cuartel de San Elías, uno conocía muy bien a Esteve Soler, teniente de Intendencia de la Generalitat de Catalunya y hermano carnal de Pedro Soler, ya que compartía pensión con ellos. El patrullero Vicenç Subirats jugará un papel primordial en esta odisea. Vicenç reconoció a Pedro Soler nada más entrar en San Elías. Lo confirmó al ver a Pedro en los servicios, donde Vicenç estaba de vigilante. Por su amistad con Esteve, pensó la forma de salvarle. Logró convencer al jefe del cuartel de que las ejecuciones de aquella noche sería conveniente empezarlas por los encerrados en las salas de la galería de arriba, en vez de empezar por los situados en los calabozos. ¿Es esta la razón o motivo de que aquella noche comenzaran por los del grupo de cuarenta y dos?

Apenas terminada su guardia, entre las cinco y las seis de la mañana, Vicenç

Subirats comienza sus gestiones. Los patrulleros eran transportados en coche al centro de la ciudad y de aquí cada uno se dirigía a sus domicilios. Vicenç al llegar cerca de la plaza de Sant Jaume 11, se bajó allí simulando que la pensión en donde estaba hospedado estaba muy próxima. Vicenç, en lugar de ir a la pensión, se encaminó a las dependencias de los Mossos d'Esquadra situadas en el mismo edificio de la Generalitat. Se presentó como un miembro de las Patrullas de Control y amigo del teniente Esteve Soler, con quien quería hablar. Le comentaron que el teniente acababa de terminar la guardia y se hallaba descansando. Vicenç insistió al jefe de guardia, pues tenía algo muy importante que comunicarle. Fueron a despertarle y al cabo de unos minutos apareció Esteve en pijama. El patrullero después de pedirle mil excusas por presentarse a aquellas horas, le dijo que tenía noticias de su hermano Pedro que le explicó: «En mi turno de vigilancia en la cárcel de San Elías, a la hora de la cena vi a tu hermano con un gran número de presos que parecían curas, su tipo, su forma de hablar y comportarse así los delatan».

El teniente Soler le comentó que su hermano había embarcado el día 7 por la tarde para ir a Francia. Vicenç Subirats le explicó que sobre eso no le podía decir nada. Solo puedo decirte que a tu hermano Pedro lo he visto en varios lugares de las dependencias del cuartel de San Elías y estoy seguro de que era tu hermano.

También te transmito la orden que Aurelio Fernández ha transmitido a los responsables: «Empezad por los de arriba». Llegada la medianoche se llevaron a unos cuarenta que había en el piso de la entrada y a otros cuatro que bajaron del piso de arriba. Me parece que los han llevado a Montcada para allí hacerlos desaparecer.

Sorprendido, Soler comentó:

«Ya le dije a mi hermano que no fuera con sus compañeros, que todo podía ser una trampa de Aurelio Fernández y su comparsa. Pero el día 7 de octubre vino a la fonda un conocido y amigo suyo a avisarle para que se presentara en el muelle Balears a partir de las ocho, para embarcarse en un barco francés. Le comentó que se había llegado a un acuerdo con Aurelio Fernández y con Vicente Gil, responsable del Departamento de Autorizaciones y Pasaportes, que se comprometían a llevarlos al puerto de Marsella. Los argumentos parecían tan convincentes que mi hermano los creyó. Le di ochocientas pesetas y se fue al puerto.

Pues mira, amigo Esteve —replicó Vicenç Subirat— en estos momentos ya nadie tiene nada, y le explicó cómo se lo habían quitado, por decirte no tienen dinero, ni relojes... lo sé porque así me lo han contado los del turno de tarde. Por favor, Esteve, bien sabes que me estoy jugando la cabeza, no digas de donde te viene la noticia. Para más seguridad te diré que la última vez que he visto a tu hermano ha sido hacia las cuatro de la mañana. Como en el sótano no hay lavabos, de vez en cuando subían escoltados en grupos de tres o cuatro para hacer sus necesidades al piso donde yo estaba. Vi a tu hermano que subía en uno de los grupos y antes de que él me viera, me senté de prisa en un sofá, con los brazos delante de la cara, agachado, apoyado en el fusil, como que dormía. Creo que no me reconoció, aunque me parece que miró hacia mí. Me llevé un buen susto».

Confirmado que su hermano estaba preso en los calabozos de San Elías y corría el peligro de que se lo llevaran en la próxima salida para el cementerio de Montcada, el teniente Soler se puso inmediatamente en marcha. Visitó primero la sede del Departamento de Autorizaciones y Pasaportes, situada en la avenida Diagonal esquina paseo de Gracia, en una torre requisada a la familia Bertrand Serra. Como conocía a Vicente Gil, lugarteniente de Aurelio Fernández, que había liberado en otra

ocasión a su hermano Pedro, detenido por las Patrullas de Control, a él se dirigió. Llegado a su despacho, Esteve le dijo: «Te vengo a molestar por segunda vez y a pedirte otro favor para mi hermano que está preso en San Elías». Vicente Gil le respondió que en este asunto nada podía hacer él, todo dependía de Aurelio Fernández, y que fuese a verle. El mismo Vicente le telefoneó.

Personado Esteve Soler en el despacho de Aurelio, le manifestó: «que había oído comentarios entre los agentes del encarcelamiento de un grupo de frailes maristas en San Elías, entre los cuales se encuentra un hermano mío, por quien vengo a interceder». Aurelio le respondió: «Es verdad lo que dices. Esta noche hemos hecho desaparecer a un grupo de ellos, si en él está tu hermano, mala suerte; y si está vivo aún, que lo dejen salir. Le entregó una autorización firmada».

Esteve Soler se trasladó en un coche de la Generalitat a San Elías. Eran las cuatro de la tarde cuando habló con el responsable del cuartel y le mostró la autorización de Aurelio Fernández. El responsable de la cárcel accedió a conceder la libertad de su hermano Pedro Soler. Acompañado de un patrullero, entró con pistola en mano en el calabozo y en alta voz gritó: ¿Hay aquí algún empleado de la Generalitat? Nadie contestó. Salió luego y volviendo al cabo de poco tiempo, y en voz alta pronunció el nombre y apellido del detenido Pedro Soler. Desde el lugar donde estaba sentado que era en la primera ventana de la derecha, contestó y levantándose fue siguiendo al patrullero que le comentó que su hermano, oficial de los Mossos d'Esquadra, le había venido a buscar ya que había conseguido su liberación y sin más preámbulos se lo llevó en el mismo coche de la Generalitat que le había traído. Pedro Soler permaneció oculto en las dependencias de la Generalitat hasta el 3 de mayo de 1937. La salida de Pedro Soler de San Elías resultó ser la salvación de los otros maristas. Más adelante veremos cómo.

Cómo se escribe la historia...

Intervención de Juan García Oliver

Este caso de los maristas pasó a la Comisión Asesora Política formada por militantes anarquistas de prestigio en la organización —tales como Juan García Oliver— quien tenía como misión pasar información al Comité Federal Anarquista de las actuaciones de personas y hechos.

Uno de los hechos analizados, según testimonio del propio Juan García Oliver, fue la participación de los dirigentes de las Patrullas de Control en el chantaje a los maristas. En sus memorias así lo narra:

Sobre aquel enojoso caso de los maristas, cuando me enteré pormenorizadamente, sentí indignación contra mí mismo. Me reprochaba haber hecho desistir a Mariano Vázquez alias *Marianet* de pasar el asunto a Irujo a la expedita acción de su Comisión de Investigación que tan eficientemente dirigía Manuel Escorza.

El asunto de los maristas fue un desdichado episodio de la revolución en Cataluña. Aún existía el Comité de Milicias y los servicios de orden público estaban bajo la responsabilidad de Aurelio Fernández. Al tener noticias la Generalitat del hecho de la posibilidad de ser asesinados por los patrulleros llamaron a Aurelio Fernández para que tratara de impedirlo. Surgió entonces la idea de que pagasen en francos una fuerte multa, pues eran portadores de mucho dinero en divisas extranjeras.

La intervención de Aurelio fue eficaz. Logró impedir el fusilamiento. Aurelio recibió el importe de la multa cuyo importe entregó al Consejero de Hacienda de la Generalitat, Josep Tarradellas, dando opción a los maristas de trasladarse a Francia por carretera o por mar. Ellos prefirieron ir por carretera en ómnibus. Ya cerca de la frontera, el ómnibus fue sorprendido por una fuerte patrulla, que se supuso ser del PSUC o del POUM, sin descartar a la misma FAI, acto seguido procedieron a fusilar a todos los maristas, al tiempo que decían a sus custodios: Para que aprendáis cómo se hace la revolución.

Juan García Oliver deja escrito:

En el CAP entendimos que había que parar aquel golpe, pero dando la cara, no huyendo. El inculpado, Aurelio Fernández, debía presentarse al juez instructor a declarar. Si este ordenaba la detención, debía dejarse detener, y a nosotros, al CAP y a la CNT, nos correspondía demostrar su inocencia. En el caso de que el compañero no lo hiciera así, se ponía en situación de fugitivo, corriendo el riesgo de aplicarle la ley de fugas, o de ser detenido en el extranjero y extraditado. Con ello solo demostraríamos que éramos unos miedosos habladores. Y después seguirán otros casos. Aurelio Fernández se constituyó voluntariamente como preso. Su asunto pasó a la comisión de procesos (la Jurídica, como se la llamaba), que contaba con los servicios de muy buenos abogados y de buenos compañeros, como José Batlle Salvat y Segarra.

El tiempo pasaba y nada se resolvía en el asunto de los maristas. Aurelio Fernández ya empezaba a impacientarse en la prisión y considerando muy desacertada la decisión de la CAP, especialmente mi firme actitud de que debía afrontar jurídicamente su situación en España (...).

En relación a este asunto, «Tuve una entrevista con Tarradellas. No en la Generalitat sino en su oficina de Industria de Guerra (...).

¿Qué te trae por aquí? Espero que sean buenas noticias.

Lo siento mucho, Tarradellas. No se trata de buenas noticias, sino de un disgusto muy grande y que espero resolver contigo. Tú sabes que Aurelio Fernández, exconsejero de tu gobierno, ha sido detenido y procesado y que está preso. Pudo haber huido pero hubiese sido un acto vergonzoso por parte suya y humillante para el gobierno de la Generalitat. Es lamentable que a estas horas la Generalitat no esté roja de vergüenza. Porque ha sido Irujo, el actual ministro de Justicia de España, el que ha osado manchar la dignidad de un exconsejero de la Generalitat y ha sido por el asunto de los maristas que fue tratado contigo y con el gobierno de la Generalitat. Acto que si tuvo un lamentable final no se debió a culpa de Aurelio ni vuestra, por lo que resulta injusto y vergonzoso que él esté preso.

No salgo de mi asombro, me comentó Tarradellas. Me hablas de asuntos que ignoro totalmente. Aquellos eran tiempos del Comité de Milicias, único organismo que tenía autoridad en esa clase de asuntos. Yo te repito, estoy en la más absoluta ignorancia.

¡Tarradellas! No he venido a divagar. Y tengo una memoria muy feliz. Si Aurelio Fernández no sale en libertad en ocho días, el proceso que se le sigue tendrá que ampliarse a Josep Tarradellas y a alguno más, pues estoy dispuesto a atestiguar que tú y Companys participasteis en la iniciativa de negociar la libertad de los maristas mediante el pago de unos centenares de miles de francos y que durante el traslado a la frontera fueron asesinados unos cuantos por una patrulla de irresponsables.

¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

Recuerda, Josep Tarradellas, que con ocasión de visitarte para pedirte cinco mil francos para asuntos externos del Comité de Milicias, estabas con Aurelio Fernández en tu oficina de la Generalitat. Al recibir mi pedido, encargaste a tu secretario Martí Rouret que me los diese. Al entregármelos me dijiste: «Toma los cinco mil francos. Todavía están calientes, pues pertenecen al paquete de miles de francos que acaba de entregarme Aurelio, procedentes del canje por la libertad de los Maristas».

Está bien, Juan. Tienes demasiada memoria. Te prometo que el gobierno de la Generalitat hará suyo el asunto de Aurelio Fernández.

El eco de los pasos. Juan García Oliver

Obligada intervención del presidente Lluís Companys

Para el teniente Esteve Soler las cosas no podían quedar así. El teniente coronel de los Mossos d'Esquadra, que era el superior de Esteve Soler, que gozaba de la confianza del presidente de la Generalitat Lluís Companys —que era su paje honorario— le pidió hablar con él. Pero antes quiso saber de primera mano lo sucedido al hermano de Esteve, Pedro Soler y a los otros maristas. Aprovechándose de la confianza que le unía a Lluís Companys, pidió despachar con él. Oídos los detalles, mandó llamar a su despacho a los consejeros Tarradellas, Gassol y Aiguadé. Los tres escucharon atentamente al teniente Esteve Soler sobre todo lo ocurrido en la noche del día 8 y del peligro de muerte en que se hallaban los sesenta y dos maristas que aún quedaban detenidos en San Elías. El relato no podía ser más macabro. Todos estaban cabizbajos y avergonzados. Ventura Gassol seguramente recordó la entrevista que había tenido con los dos delegados maristas en la que le explicaron cuanto les estaba sucediendo y de su negligencia en buscarles una ayuda.

Más impresionado quedó Lluís Companys. Si no actuaba rápidamente para evitar la muerte de los sesenta y dos restantes, su ejecución sería de gran desprestigio para él y su gobierno.

El presidente de la Generalitat, no estando de acuerdo en cómo se llevaba a cabo la revolución, ni con el rumbo que tomaban las cosas y la mala imagen que estas masacres producían ante los gobiernos del extranjero, convocó con urgencia para aquella misma noche a los consejeros de su gobierno con el fin de tratar este deshonesto asunto. Entre los acuerdos tomados destaca: tomar la custodia y el procesamiento de los sesenta y dos detenidos en San Elías. Esto conllevaba su traslado al Palacio de Justicia con el fin de que se les tomaran las oportunas declaraciones.

Es importante resaltar la intervención de Lluís Companys para salvar a estos sesenta y dos maristas. Esta intervención fue el principio del fortalecimiento del poder de la Generalitat de Catalunya frente a la CNT y la FAI. Recordemos que el día 1 de octubre de 1936, la Generalitat había disuelto el Comité Central de Milicias Antifascistas. Para ejercer las funciones de orden público creó la Junta de Seguridad Interior de Cataluña y Aurelio Fernández pasó a ser secretario general, pero esta vez con nombramiento oficial del gobierno catalán. Con este cargo, Aurelio gozaba de una influencia enorme en todos los ámbitos de la vida política interior de Cataluña.

La Generalitat de Catalunya recupera el poder

El ambiente en San Elías la madrugada del 9 de octubre era de sorpresa. Las órdenes recibidas sobre los maristas detenidos habían cambiado. Sobre las ocho de la mañana un patrullero sin fusil y con voz amable invita a los detenidos a asearse. Se les sirve el desayuno. Vuelta a su lugar de encierro. Siguen los rumores y comentarios sobre lo observado. Hasta la comida, todo sigue igual. A las cuatro de la tarde, entró un patrullero, los hizo poner en fila y provisto de un listado fue nombrando grupos de unos veinte. No había transcurrido una hora cuando se les dio orden para salir de San Elías. En la calle les estaban esperando tres vehículos. Reciben la orden de subir. Se cierran las puertas. A los conductores se les dice: «al Palacio de Justicia». Al oír esto los maristas respiran con más tranquilidad y se preguntaban sobre el motivo de semejante cambio.

Llegados al Palacio de Justicia de Barcelona, situado al lado de l'Arc de Triomf, los patrulleros les mandaron bajar. Los guardias de asalto en doble cordón les conducen a los calabozos del Juzgado de Guardia. Según lo escrito por algunos de los maristas, el lugar no era acogedor. Sus paredes estaban llenas de pintadas con vivas y muertas. En un rincón había un váter de turca, sin agua y muy sucio. Solo había un banco de obra pegado a la pared. Apenas había luz. Estaban casi en penumbra. Había muchos piojos. A pesar de todo, estábamos más tranquilos.

Bien entrada la tarde del 10 de octubre, el juez especial, magistrado Alfonso Rodríguez Dranguet, recibió el aviso de que en los calabozos del Juzgado de Guardia, sito en el Palacio de Justicia habían ingresado sesenta y dos detenidos por rebelión, según denuncia verbal del Comité de Investigación. El juez y otros delegados del Juzgado de Instrucción n.º 3 y Juzgado de Instrucción n.º 16, nombrados al efecto por el juez especial, se encargan, después de enterarles de las obligaciones de comparecer para declarar ante el tribunal competente previa citación individual. Son interrogados sobre su edad, domicilio, profesión, quién era su jefe, motivos por los cuales se encontraban en Barcelona, contactos que mantenía en esta ciudad, cómo llegaron y el por qué estaban en el barco Cabo de San Agustín, tiempo que permaneció en el barco, cómo salio y dónde fueron conducidos, consignas que habían recibido. Cuanto exponía el detenido era recogido y después leído por el secretario al declarante y después el interesado estampaba su firma en la declaración.

Terminada la toma de declaraciones de los sesenta y dos maristas, se decreta su detención. Por Auto del 12 de octubre de 1936, a los comprendidos entre los dieciocho y los cuarenta años se les imputa un delito de deserción según el decreto del día 4 de octubre aparecido en el Diario de la Generalidad de Cataluña. Al resto se les declara también procesados en este mismo sumario 52/36 al que se unirá la pieza separada 172/37 y posteriormente la de Émile Aragou. Se decreta su prisión provisional por rebelión militar y sus incidencias. Así lo acuerda y firma el juez instructor don Alfonso Rodríguez Dranguet.

Conocedor Manuel Escorza de las órdenes emanadas del gobierno de Companys

y consultado el directorio anarquista encabezado por Juan García Oliver, creyeron que se debía desistir de la operación contra los maristas planeada por Escorza y el Comité de Investigación de la FAI, y parar el golpe por entender que continuar con este asunto les podría suponer un gran desgaste para la organización y para ellos mismos.

De todas formas el Comité de Investigación de la FAI, que tan eficientemente dirigía Escorza, preparó nueva logística. Encargó a Aurelio Fernández, Antonio Ordaz y José Asens que siguieran trabajando en este asunto, que no dejaran de buscar justificantes a la detención de los sesenta y dos maristas y que hicieran desaparecer a los representantes que habían intervenido en las negociaciones con la FAI. Sabían demasiadas cosas. Tres de ellos —Trifón Lacunza, Lucio Izquierdo y el Provincial— ya habían sido asesinados la noche del 8 de octubre. Faltaba encontrar a Émile Aragou y Elías Arizu.

La cárcel Modelo de Barcelona

A medianoche, los maristas salen de los calabozos del Palacio de Justicia según lo ordenado por el juez especial. Iban formados de dos en dos y custodiados por guardias hasta los vehículos que debían trasladarlos a la cárcel Modelo. El director de la cárcel los recibe con estas palabras:

¿Con que vienen ustedes del Palacio de Justicia procedentes de San Elías? Por lo que he leído, vienen en calidad de detenidos preventivos por haber sido apresados cuando intentaban embarcarse para el extranjero y estar acusados de fascistas y enemigos de la República. Ya verán que esto es muy distinto de San Elías y de los calabozos del Palacio de Justicia. Espero que su estancia aquí les dé seguridad y se les atienda con dignidad. Al principio notarán tal vez alguna deficiencia en las celdas ya que están aún en vía de arreglo. Lo que más siento es no poder servirles la cena, pues el cocinero se ha ido ya a descansar.

Después de tomarles los nombres y datos de rigor para confeccionar la ficha de ingreso, les hicieron entregar los objetos y la poca calderilla que tenían. Los funcionarios de la prisión les trasladaron a las celdas de la cuarta galería, estas celdas en principio se compartían entre dos. En la práctica no era así. Lo corriente era que en cada celda se alojaran tres o cuatro.

Se hizo el primer recuento. El reglamento de la prisión ordenaba efectuar tres y en ocasiones hasta cuatro a lo largo del día. Para el recuento, los llamaba un funcionario que pitaba y luego gritaba: «Recuento». Acto seguido el oficial de la galería junto con su ayudante daban una vuelta por toda la galería e iban sumando los presos. Mientras duraba el recuento todos debían permanecer a la puerta de su celda. Terminado el recuento los presos se colocaban dentro de la celda. El ayudante del oficial iba torneando con tres vueltas los cerrojos de cada celda.



La prisión Modelo de Barcelona, donde fueron recluidos los hermanos maristas.

Las celdas de la cuarta galería eran de dos por tres metros cuadrados, había un mal catre con dos mugrientas mantas para cada dos presos, poca luz, ventanas sin cristales, un lavabo y váter, todo muy deteriorado y sucio. Todas estas carencias no afectaron al grupo de maristas ingresados, las tres noches sin descansar y las grandes emociones vividas les había producido un gran cansancio y fatiga, lo único que deseaban era reposar.

Pasados unos días se dieron cuenta de que el lenguaje del director y de los funcionarios de la prisión era muy distinto al escuchado en San Elías. No les cabía la menor duda de que el hecho de pasar a la cárcel Modelo hacía cambiar totalmente su situación. Por lo pronto dependían de una autoridad y no de los jefes anarquistas ni de los patrulleros. Pero aún tenían sus dudas. No podían quitarse de sus mentes que podrían ser asesinados.

La primera vez que los maristas se vieron en el patio, se contaron y solo salían sesenta y un maristas y Marcelino, el empleado de la casa noviciado de Les Avellanes, total sesenta y dos. Todos se preguntaban: ¿Dónde estarán los que faltan? Pensaron que posiblemente llegarían el lunes, o a más tardar el martes, ya que los domingos no había ni juicios ni toma de declaraciones.

Pasa el lunes y el martes sin tener noticias de los ausentes. Días después se enteran por algún periódico de que en la cárcel Modelo habían ingresado sesenta y dos maristas por haber sido detenidos y apresados en el barco Cabo de San Agustín, cuando intentaban huir de España para el extranjero. A partir de esta noticia es cuando comienzan las cábalas de lo ocurrido con sus compañeros.

A día de hoy y tras múltiples consultas en la prensa de la época, constatamos que los periódicos apenas recogen el caso de los maristas. *Treball* y *Diari de Barcelona* de los días 11 y 13 de octubre publican la noticia de la detención de sesenta y dos maristas cuando intentaban embarcarse para el extranjero. La noticia reproduce, con algunas variantes, la comunicación que, como portavoz del Consejo del gobierno de la Generalitat de Catalunya, Josep Tarradellas había dado en rueda de prensa el día 10

de octubre. Pero ni Tarradellas ni los dos diarios mencionan a los otros cuarenta y seis maristas asesinados dos días antes.

El ambiente en la cárcel Modelo

La cárcel Modelo de Barcelona era un edificio hexagonal construida en 1903, con seis pabellones en forma de estrella, todos ellos con un largo corredor. Se pensó para seiscientos internos. De haber funcionado con ese número hubiera sido realmente una cárcel Modelo, ya que disponía de luz, agua y otras comodidades. Durante la Guerra Civil llegó a albergar 1500 internos y contó con sesenta guardianes. Hubo meses que llegó a tener 2000 internos. Es importante recordar que el día 19 de julio de 1936 se decretó la libertad de todos los presos encarcelados para celebrar el triunfo de los partidos revolucionarios. Antes de irse, quemaron los colchones de las celdas y destrozaron puertas, servicios...

En aquellos días en que se encontraban detenidos los maristas, la mayor parte de los presos de la cuarta galería era gente de derechas y católicos. Había entre ellos buena convivencia, tranquilidad, respeto y ayuda mutua. Poco a poco comenzaron a llegar los acusados de robos y asesinatos, es entonces cuando empezaron los incidentes y los problemas.

El único trabajo de los presos era la limpieza de la prisión. Los maristas se buscaron otras. En el patio de la prisión, con frecuencia, se encontraban huesos de melocotón. Un preso toma alguno, lo observa y tuvo la idea de rascar uno en la pared hasta que formó de él un disco. Valiéndose de un trozo de cristal lo taladró y llegó a formar un anillo. En las estrías naturales hizo unas grabaciones. Estos anillos fueron muy apreciados por las personas que acudían a la prisión los días de visita. Así nació la industria del anillo, que llegó a ocupar a muchos de los presos y recaudar algunas pesetas. Cuando el reglamento aflojó se confeccionaron pequeñas limas y punzones, instrumentos que favorecían la fabricación de diversos tipos de anillos, incluso de colores.

Trabajaban en cadena. Un marista se dedicaba solamente a grabar iniciales en los anillos terminados. Juntó más de cuatrocientas pesetas. Algunos anillos eran verdaderas obras de orfebrería. Incrustaban banderas españolas, italiana, alemana, argentina y marroquí. Se llegaron a pagar hasta ocho y diez pesetas la pieza.

Al director de la prisión le llegaban noticias del comportamiento y organización interna del grupo marista. Las instalaciones de la prisión se beneficiaron de su buen hacer. El director les encomendaba reparaciones en las galerías. Se les autorizó para organizarse en brigadas de carpinteros, electricistas, herreros, cristaleros y albañiles. Al frente de cada brigada se colocó un jefe, bajo el control de un oficial de prisiones, y su misión era vigilarlos, coordinarlos y proporcionarles material.

Los presos podían tener visita dos o tres veces por semana en los locutorios; los presos los llamaban «jaulas de perros rabiosos». Se comunicaban unos cuarenta a la vez y a distancia de un metro, así que todos gritaban y nadie se entendía. Los trabajadores de alguna de esta brigada cuando desempeñaban algún trabajo en alguna dependencia de la entrada que aunque estaba prohibido, con un poco de astucia y vista gorda del oficial se conseguía algún trabajillo, era un lugar y medio para poder abrazar al familiar o visitante, recibir noticias confidenciales y algún paquete.

Muchos maristas de los sesenta y dos encarcelados no tenían familiares que les visitaran y que pudieran atender las carencias de su situación carcelaria. Su única ayuda venía de antiguos alumnos, familias de alumnos y personas caritativas que, desafiando los peligros, se encargaron de llevarles ropa y de visitarlos.

El ambiente revolucionario que se vivía en la calle se recibía e influía en los reclusos que les hacían vivir en continuo sobresalto.

Todo hubiera ido mejor si los revolucionarios no hubieran amenazado al gobierno de Cataluña con apoderarse de la Modelo como hizo en Lérida una de sus columnas de milicianos que se dirigía al frente de Aragón. Un hecho parecido pasó en Gerona, tras un bombardeo que sufrió el pueblo de Rosas.

Frecuentemente los ponían en fila, ya en el patio, ya al lado de las celdas y pasaban revista fijándose atentamente en las caras como quien buscaba a alguno. Más de una vez sucedió que con muestras de liberarlos, lo que se les hacía era ponerlos en manos de su asesino. Estas amenazas crecieron en noviembre de 1936, cuando murió Durruti en el frente de Madrid, y en Barcelona durante los Hechos de Mayo de 1937, en los cuales murieron más de quinientas personas. A la prisión llegaban noticias. Los maristas se enteraron de algunas cosas, suficientes para aumentar su zozobra. Esos días se presentó en camiones un grupo de revolucionarios en la Modelo para exigir al director la entrega de prisioneros. El director dio su consentimiento, pero el teniente que en ese momento mandaba la guardia de servicio de vigilancia en la cárcel, se opuso declarando que la guardia resistiría.



Barricada en las ramblas de Barcelona, el 19 de julio de 1936.

Los revolucionarios fueron a buscar refuerzos, pero no regresaron. Para ellos los sucesos de mayo fueron una derrota. Anarquistas y militantes del POUM fueron encarcelados. Por razones de seguridad aumentaron los registros en las celdas y a los presos. Se tuvieron que esconder los objetos religiosos que usaban para la celebración de la misa.

Por otra parte los Tribunales Populares estaban en plena actuación. A diario dictaban numerosas sentencias, casi todas de penas de muerte. Los maristas estaban pendientes de juicio, motivo este que les aumentaba su inquietud. A esto se ha de añadir las amenazas que en ocasiones recibían. Lo fueron especialmente cuando las tropas de Franco llegaron a las afueras de Madrid. Había rumores de que, si caía Madrid, los ejecutarían a todos.

Émile Aragou ingresa en la cárcel Modelo

Inesperado y sorprendente fue para los maristas encontrar a Émile Aragou como un preso más. El por qué y el cómo lo dejó escrito el mismo Émile.

El día 20 de octubre y desde su celda vio con asombro a una persona que parecía Leónidas Fuente Arce y dio un grito. Leónidas se volvió y lo miró fijamente, y reconoció a Émile Aragou a pesar de hallarse desfigurado por tener la cara pálida y las pupilas muy dilatadas. Se saludaron a través de los barrotes. Leónidas corrió la voz de que Émile se encontraba prisionero en la cárcel. Ante la noticia, todos querían verle e interesarse por su estado y saber lo que le había ocurrido. Estos interrogantes se despejaron cuando a la mañana siguiente Émile se juntó con ellos. Se abrazaron muy efusivamente y por más de uno corrió las lágrimas, pues lo daban por desaparecido. Pasada la emoción del tan inesperado encuentro, les tuvo que contar poco a poco y con mucha discreción todas las desgracias que le habían pasado. Los maristas allí presos también le detallaron su embarque fallido, sus angustias, sus temores... en la mente de todos estaban los cuarenta y seis ausentes entre ellos Mariano Alonso, el amado Superior, Trifón Lacunza, Lucio Izquierdo y Fernando Suñer, de los cuales ya tenían noticias de su asesinato. Émile comenzó por explicarles su llegada al Prat, su ingreso en el calabozo de la calle Provença, 389, cerca de la Sagrada Familia, donde estuvo hasta ser conducido el día 12 al Palacio de Justicia por Antonio Ordaz. El juez de guardia ordenó al alguacil conducirlo al calabozo por una deserción múltiple.

En el calabozo estuve una semana, sin poder descansar ni dormir, sin ver un rayo de sol y casi sin agua, un guardia me proporcionaba una botella de agua cada mañana. ¡Qué largos se me hacían los días! Sentía el frío hasta en los huesos y comenzaba a sentir principio de bronquitis. En vano solicité hablar con el juez, nadie atendía a mi petición.

El viernes supe que la noticia de mi detención había llegado al consulado francés. Un funcionario del consulado se presentó en el juzgado y recibió la siguiente respuesta: está en el calabozo incomunicado y sin

autorización del señor juez no puede verle.

Al fin, el lunes día 19 fui conducido por dos empleados del Juzgado especial al despacho del juez encargado del asunto. En su presencia y asistido por el secretario, me tomaron declaración, en la que manifesté: «Que había enviado un telegrama a Trifón Lacunza en el que le comunicaba que mi llegada al aeropuerto del Prat sería el viernes a las ocho y media horas. Grande fue mi por sorpresa que al llegar al Prat me esperaba Antonio Ordaz con cuatro o cinco patrulleros y no estaba Trifón. Que del aeropuerto me trasladaron en automóvil a un colegio cercano a la Sagrada Familia en cuya fachada había un letrero que decía: Juventudes Libertarias. Allí me dice Antonio Ordaz que todo había sido un engaño... me quitaron los cien mil francos, los bienes personales y la documentación... donde permanecí hasta mi ingreso en este Palacio de Justicia que fue el 12 de corriente».

Pude declarar con toda libertad y, al final, firmé mi declaración.

Al retirarse no pude contenerme y le dije al señor: «He estado cuatro años en la guerra europea y he peleado en muchas batallas, pero no había sufrido tanto como en los ocho días que acabo de pasar en los calabozos de este Palacio». El juez me miró sorprendido y con cierta benevolencia me comentó: «Crea usted que lo siento, pero nadie me había avisado de su estancia hasta esta mañana; no volverá a este calabozo, pero deberá seguir como preso en la cárcel».

El mismo día 19 de octubre el juez decretó que pasase a la cárcel Modelo en calidad de preso por favorecer una desertión múltiple. Llegado a la Modelo inscribieron mis datos, mi nacionalidad, edad y residencia. Terminado este protocolo, firmé y puse mis huellas dactilares.

Me ubicaron en la galería con el resto de presos donde estuve encerrado e incomunicado. Al día siguiente fue cuando con asombro vi a Leónidas Fuente Arce. Después me trasladaron con vosotros.

Durante los meses que estuvo preso Émile, compartió la vida con sus compañeros. Quizá sea el momento de describir con algunas pinceladas lo que le pasó a Émile a partir de su llegada a España con los otros cien mil francos, cantidad convenida por la salida de los profesores a un puerto francés, y su ingreso en el Centro de Juventudes Libertarias de la calle Provença.

Para los jefes anarquistas que habían negociado la salida de los maristas las cosas empezaban a enrarecerse. La actitud de Antonio Ordaz en el aeropuerto del Prat y la comunicación que las negociaciones habían sido un engaño encienden a Émile y apela a su condición de súbdito francés. Aquí empiezan los recelos de los anarquistas y sus posibles complicaciones. A esto hemos de añadir el acuerdo al que llegaron los consulados extranjeros como consecuencia de las circunstancias a que estaban sometidos sus súbditos y su personal. Todos los cónsules querían saber los motivos de las detenciones y la situación en que se hallaban los presos de su nacionalidad.

Por aquellos días, había en la cárcel unos treinta belgas llegados voluntarios a España para trabajar haciendo trincheras. Una vez en España les obligaron a integrarse como soldados y marchar al frente. Se negaron y fueron encarcelados. El cónsul belga obtuvo su repatriación.

Alertado el cónsul de Francia en Barcelona envió a la cárcel a un delegado suyo para saludar a sus compatriotas detenidos. El delegado invitó a cada uno a que le expusiera algunos datos personales y los motivos de su detención. Como lo que tenía que aportar Émile Aragou era muy extenso, pidió hacerlo por escrito. Buscó un lugar apartado del patio. Un detenido, médico judío de Salónica, que sin duda actuaba de espía a sueldo en la cárcel, logró enterarse de algunas frases del contenido de la nota, lo que comunicó al director del establecimiento. Quedó, pues, muy sorprendido el delegado consular cuando al terminar su cometido, fue invitado a pasar al despacho

del director e instado para que entregara la nota que le había dado el detenido.

Se negó. Y aunque eran las nueve de la noche Émile fue requerido en compañía del denunciante por el director para que en su presencia y en la del jefe del Comité se ratificara en sus declaraciones escritas, ya que contenían graves acusaciones contra una de las principales autoridades de la Generalitat de Catalunya.

Tomó entonces la palabra el delegado del consulado, expresando que había venido a la cárcel como representante oficial del gobierno francés, y suponía que su visita no causaría perjuicio ninguno a los franceses. El director y el presidente del comité ordenaron nuevamente a Émile que declarara la veracidad del escrito. Esta fue su respuesta:

Antes de entrar en la cárcel hice un detallado sumario al juez especial que instruye la causa. Además, por indicación del camarada Sánchez, entregué una relación completa de los hechos al Comité de la cárcel, y que era cierto que el 2 de octubre, a las nueve de la mañana, entregaba en la sede del comité Central, en la Gran Vía 617, cien mil francos a Aurelio Fernández.

Al escuchar estas declaraciones, el secretario del comité comentó: «No vale la pena hablar del asunto denominado maristas. En esa circunstancia, hizo muy bien el camarada Aurelio de valerse de su astucia, engaño y mentira para cazar a estos individuos pues todos merecían ser fusilados».

Terminado el interrogatorio, el enviado consular comentó: que ni en los graves sucesos de la Guerra Mundial había experimentado tanto miedo como delante de aquel comité de la cárcel Modelo. Algunos días más tarde salieron de la cárcel todos los franceses y belgas. Émile no logró de la Dirección de Seguridad su puesta en libertad.

Complicada libertad de Émile Aragou

No cabe duda de que las gestiones de Eugène Bonnafox a favor de Émile Aragou, llevadas a cabo en el ministerio de Asuntos Exteriores francés, iban bien. Su libertad fue inesperada y accidentada. Vamos a narrarla para ver cómo se despejan los interrogantes.

La causa contra Émile Aragou la manda unir el juez especial, por orden del 19 de octubre de 1936, al sumario que instruye contra los 62 maristas el magistrado Alfonso Rodríguez Dranguet. Quedó sobreseído el 18 de enero de 1937. Recordemos que a Émile Aragou, al igual que al resto de los sesenta y dos maristas, se les imputaba delito de rebelión militar y desertión y estaba avalado con el acta de fecha 20 de septiembre de 1936, firmada por Aurelio Fernández y la declaración de Antonio Ordaz. Al ser Aragou francés no se le podía acusar de desertión. Con esto y con todo siguió bajo vigilancia hasta su llegada a Francia el 12 de febrero de 1937.

¿Qué pasó con Émile Aragou desde su salida de la cárcel Modelo tras el sobreseimiento el 18 de enero de 1937? Sus memorias recogen su libertad y su permanencia en el Palacio de Justicia y Consulado francés.

Hacia las once y media del 19 de enero de 1937, fue llamado para acudir al Palacio de Justicia. Allí fue conducido al calabozo, mientras se hacen los trámites. Un oficial le toma su nombre, el motivo y fecha de su detención. Marcha el oficial y al poco rato vuelve con el siguiente oficio: le comunico que no hallaban nada referente a su asunto y que por consiguiente tenía que esperar. Émile preguntó si sería larga o corta la espera, la contestación fue: «más bien larga». Lo conducen al calabozo y después de seis horas lo trasladan a la Modelo.

Al día siguiente, 20 de enero, nueva cita en el Palacio de Justicia. Nada más llegar y, como la otra vez, fue llevado directamente al calabozo. Dos policías lo sacan al poco rato y lo acompañan al despacho del secretario del Tribunal Popular. Este le lee la sentencia:

El Tribunal Popular n.º 3 declara al súbdito francés Émile Aragou absuelto de todo delito y responsabilidad civil y criminal. El interesado permanecerá en el Palacio de Justicia a disposición exclusiva del presidente de la Audiencia y del Consulado de Francia. No debiendo ser entregado bajo ningún pretexto a ninguna entidad ni organización política.

El secretario llamó al jefe de guardia y avisó de que se le tratase con mucho respeto y consideración. Le leyó el siguiente oficio:

El 20 de enero de 1937 el juez de instrucción en funciones de Guardia comienza las diligencias legales para dar cumplimiento de lo ordenado por el Presidente del Tribunal Popular n.º 3. En esta misma fecha se dan órdenes escritas al agente judicial de guardia para que haga entrega al detenido Émile Aragou al cónsul general de Francia y que se ponga en conocimiento del director de la Prisión Celular por medio del oportuno oficio.

Salía Émile del despacho cuando se encontró en el pasillo con el Presidente de la Audiencia y el cónsul de Francia que afectuosamente le saludaron. Le prometen una pronta libertad y le recomendaron que estuviera muy tranquilo por la suerte de sus compañeros de la cárcel Modelo: «Nos ocuparemos de inmediato de su situación».

Émile siguió custodiado y vigilado por los guardias de seguridad hasta las tres de la mañana, hora en que terminaba la guardia. El resto lo tuvo que pasar en el calabozo. A las nueve de la mañana, hora del relevo del juez de guardia, fue llamado Émile a su despacho. Este le dio las instrucciones especiales referentes a su seguridad durante los días que estuviera en el Palacio de Justicia. Para su seguridad, lo mejor era que permaneciera en el calabozo.

Allí estuvo desde el 21 al 30 de enero. Hubo anomalías notables: la no comparecencia del cónsul general de Francia para hacerse cargo de Émile Aragou. De ello deja constancia en providencia Francisco Javier Chaparro Riera, juez de instrucción n.º 14 en funciones de guardia poniendo en conocimiento del presidente del Tribunal Popular n.º 3 que «sigue detenido Émile Aragou por no haberse personado el cónsul general de Francia para hacerse cargo del detenido y que, en

vista del tiempo transcurrido, lo haga saber al presidente de la Audiencia a los efectos que crea conveniente».

Durante días se dictan providencias y diligencias en las que se hace constar la no presentación del agente consular. Al final lo visita el Cónsul y le comunica que a él no le había llegado ninguna notificación para que se hiciera cargo de Émile Aragou. Por todo lo ocurrido le pidió mil perdones. También le dijo que su vida corría peligro. Le comentó que el poder judicial fue profundamente transformado desde que los anarquistas ocuparon el Palacio de Justicia. Baste decir que comenzaron por quemar los archivos y por expulsar a los magistrados sospechosos de confabulación con los insurrectos, tratando de organizar otra justicia.

El cónsul le recomendó permanecer vigilado en los calabozos. Por la tarde y cuando no había personal de servicio en los despachos, volvió el cónsul. Émile tuvo la oportunidad de relatarle detalladamente todas sus actuaciones, quedando el cónsul muy impresionado y asustado.

Al día siguiente el presidente de la Audiencia, Josep Andreu Abelló, al tener noticias de que Émile aún estaba encerrado, se enfadó extraordinariamente. Llamó al juez y le ordenó que lo trasladaran a los aposentos del piso superior del palacio, destinados al secretario Agustín Juandó. Aquí y en compañía de Juan Cadira estuvo bien tratado y tranquilo. Durante su estancia, mantuvo una conversación con el secretario de la Audiencia Agustín Juandó. Hablaron de los sesenta y dos detenidos en la cárcel Modelo. Agustín le dijo: «Tú, Émile, marcharás pronto para Francia. Pues bien, desde allí podrás ayudarles. Yo tengo a la mujer e hijos en Amèlie-les-Bains, los sábados y domingos los paso con ellos. Vuelvo a Barcelona el lunes por la mañana. Los lunes de mañana estoy en el restaurante de la estación de Perpignan, allí puedes encontrarme». Confiesa Émile Aragou que recogió el consejo y le dijo: «Si el caso lo requiere, lo tendremos en cuenta».

Durante los días de su estancia en las dependencias de la Audiencia, todas las medidas de prudencia y seguridad eran pocas. Se le advirtió que cuando se anunciaba una vista tenía que retirarse a lugares destinados al conserje.

Es el día 31 de enero de 1937 y ante el instructor y el secretario comparece con el oportuno nombramiento el vicecónsul de Francia de Barcelona, Julio Bouyseel, para que se haga cargo del súbdito francés Émile Aragou. Eran las once horas cuando el Vicecónsul de Francia pudo conducirlo a las dependencias del consulado francés sito en la Plaza Cataluña, 12.

A primeros de febrero, tras repetidas intervenciones del cónsul francés y de una larga reunión del consejo del gobierno de la Generalitat de Catalunya, se lograron las autorizaciones correspondientes para que Émile Aragou pudiera salir de España. El 10 de febrero el mismo cónsul dio instrucciones a un agente especial del consulado para que se valiese de todos los medios e influencias para diligenciar de inmediato el pasaporte y los requisitos necesarios para su urgente salida. El agente colocó su documentación debidamente sellada en la valija diplomática.

El día 11 de febrero de 1937 a las diez de la mañana y con su documentación en regla, Émile Aragou en compañía de un empleado del consulado francés pasó sin ninguna dificultad la aduana del puerto y minutos después ya se encontraba a bordo del barco Chasseur de Sousmarins n.º 11.

Por la mañana del 12, Émile desembarcaba en Port-Vendres. Al pisar suelo francés y al realizar los trámites oportunos, los agentes al ver la foto y leer su nombre le conducen al despacho del Director del puerto quien le entregó un telegrama de Quai d'Orsay de París, que le ordenaba presentarse lo antes posible en París, en el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Émile marchó enseguida hacia la capital francesa.

Recompensa de la FAI a los delegados en las negociaciones

Con la excusa de unos ideales por los que se luchaba y para salvaguardar la honradez de la CNT-FAI, muchos dirigentes revolucionarios creían que todos los medios estaban justificados, entre ellos, eliminar a los que se oponían a la revolución. A los fascistas —entre los que incluían a militares, empresarios y a la Iglesia: sacerdotes, religiosos, católicos— había que hacerles desaparecer e incautarse de sus bienes. Lo ocurrido el 7 de octubre en el barco de San Agustín con Trifón Lacunza y Lucio Izquierdo, y lo acontecido con Mariano Alonso y Fernando Suñer y el resto de sus compañeros el día 8 de octubre así lo demuestra.

Buen cuidado tuvieron Manuel Escorza, Aurelio Fernández y Antonio Ordaz^[9] en que sus agentes siguieran a Émile Aragou y Elías Arizu.

Émile Aragou intervino en las negociaciones y fue el portador de los 200 000 francos. Por su condición de ser ciudadano francés lo respetaron.

Émile así lo narra: «El cónsul, después de recibirme con mucha amabilidad y compadecerse mucho de mis desgracias, me dijo que mi vida peligraba muchísimo por el odio que me tenían algunas organizaciones anarquistas. Concedor de todo esto, el presidente de la Audiencia mandó que se me trasladara al piso superior del Palacio de Justicia que estaba destinado al Secretario donde se me recomendó permanecer completamente oculto. Obligándome a guardar suma discreción y a retirarme a lo más recóndito cuando se anunciaba alguna visita particular».

Da otros detalles: «Después de la larga detención fui liberado por intervención del gobierno de París y, llegado a Marsella, fui advertido por un amigo de la oficina central de la policía que de Barcelona había sido enviado un comando de cuatro anarquistas con la misión de matarme. Para no caer en sus manos, obtuve la autorización, a través de uno de mis amigos para pasar la frontera y marchar a España, fijando mi residencia en San Sebastián».

La situación y vicisitudes de Elías Arizu nos las narra él mismo:

Mi situación en Alicante no podía ser más comprometida. Esperaba de un momento a otro la detención y traslado a Barcelona por haber intervenido directamente en las conversaciones con la FAI. Decidí presentarme al Comité de Control del Puerto y hacer valer la misión reservada que me confiaba el Comité Central Revolucionario de Barcelona avalado por el Salvoconducto. Supe que el próximo embarque era a las dos y media. Tras una larga y angustiosa odisea, logré, apelando a la misión reservada que me confiaba el Comité Central Revolucionario de Barcelona, salir de Alicante. Embarqué en un contratorpedero extranjero que me llevó hasta Francia. Rápidamente me trasladé a Perpignan y de allí a Espira de l'Agly, para emprender negociaciones para intentar sacar de la prisión a los compañeros de Murcia, Barcelona y liberar a los maristas en zona roja.

Acta del Consejero Provincial Zaragoza, 11 de marzo de 1938

Los presos se organizan en la cárcel

Hemos visto como era la vida diaria y algunas actividades que los maristas presos llevaban en la Modelo. Trabajaban en la limpieza y en la pequeña industria de los anillos. Viendo el éxito que iban alcanzando y la simpatía con que los oficiales las veían, muy pronto comenzaron otra industria: fabricaban medallas, cruces, rosarios... También se dedicaron, aunque algo menos, a la industria textil: fabricaron bastantes manteles de lana con diseños muy caprichosos y bolsas de malla.

Rafael Martínez, Luis Escorihuela, Francisco Peruchena y Deogracias Fernández formaron parte del servicio técnico que tenía por finalidad realizar trabajos para mejorar las instalaciones de la cárcel, lo que en ocasiones les proporcionaba alguna propina. Este servicio técnico en un principio lo formaban unos veinte, pero poco a poco y dadas las facilidades de que disfrutaban tales como el movimiento por las distintas dependencias de la cárcel llegaron a formar un centenar. Coordinaba el grupo un oficial de prisiones, nombrado por el director, que les proporcionaba material y les mantenía controlados y vigilados.

La dirección del centro penitenciario se convenció de que estos reclusos y sus trabajos debían tener una organización propia y lugar apropiado. Se pensó en la segunda galería. Se les clasificó por secciones/brigadas de fontaneros, electricistas, herreros, carpinteros, pintores, cristaleros, sanitarios y albañiles. Cada brigada escogió un jefe y todos estos jefes dependían de un oficial y un ingeniero, ambos nombrados por el director. Los 125 reclusos de este servicio técnico funcionaban como una empresa. Llegó a tener 10 reclusos como administrativos. La dirección, interesada en el funcionamiento del servicio, hizo un presupuesto que oscilaba entre 15 000 y 30 000 pesetas, para la compra de material y honorarios, que presentaba al correspondiente departamento de la Generalitat para su aprobación. A cada recluso perteneciente a estas secciones se le pagaban unas 10 pesetas mensuales.

Como indicamos, los trabajos en dependencias de funcionarios, situadas muy próximas al vestíbulo de entrada, les facilitaban abrazar a familiares y personas

amigas. Allí recibían el parte de noticias de Salamanca. Rafael Martínez, Luis Escorihuela, Francisco Peruchena y Desgracias Fernández, en la brigada de electricistas, con alguna frecuencia salían de la prisión para realizar trabajos en los domicilios de algún funcionario, ocasión que aprovechaban para colocar en la caja de herramientas los elementos necesarios para la celebración de la misa.

Cuando familiares o amigos de los maristas les visitaban y les traían algún paquete con comida, los entregaban a Fortunato García o a Ángel Castrillo, dos maristas que ejercían como coordinadores, una de sus misiones era guardar estas provisiones y repartirlas entre los maristas y necesitados. Gracias a estos bienhechores muchos de ellos vecinos de Mataró, del Colegio de San José, los maristas encarcelados estuvieron atendidos y pudieron mitigar sus necesidades. Todos tuvieron mantas para la cama, ropa interior de verano y de invierno. Les traían hasta zapatos que les daban para arreglar, les compraban alpargatas, calcetines, pañuelos y hasta les lavaban la ropa. A los enfermos y delicados de salud les traían medicinas, reforzantes tales como huevos, leche, tisanas... Se hicieron apreciar las famosas madras, señoras caritativas que, desafiando los peligros, se encargaron de socorrer con medicinas y comida a los presos más abandonados^[10].

Uno de los maristas relata lo siguiente: «Hacia el mes de mayo hizo su aparición Pilar Comas, señora muy caritativa y aún estando vigilada por la policía, ella visitaba todos los días la cárcel. En sus visitas llamaba a uno, después a otro, para hacerle entrega de algún paquete y consuelo espiritual».

Los hechos ocurridos en Barcelona en mayo de 1937 dio como resultado el encarcelamiento de muchos anarquistas entre ellos Antonio Ordaz y otros. A estos presos los colocaron en la 5.^a galería. Pronto se percataron de los privilegios que gozaban algunos de la segunda galería. Hablaron con el director para pedirle estos mismos privilegios.

Gestiones institucionales desde el extranjero

Los informes y noticias que recibían los Superiores del Instituto de sus religiosos en España les tenían impresionados y conmocionados. La noticia del asesinato del Superior Provincial y cuarenta y cinco de sus religiosos maristas y la detención de los sesenta y dos presos en la Modelo de Barcelona y de los otros cincuenta y seis maristas en la cárcel de Murcia, y el terrible acoso a que estaban sometidos era su preocupación constante.

Trataron de buscar el modo de socorrerles por medio de personas de confianza, nada escatimaron. Acudieron a diplomáticos y políticos, a los consulados y ministerios, informándoles de la situación de los maristas presos en cárceles republicanas. Trataron con abogados. Otorgaron a algunos maristas funciones de

Superior Provincial para llevar a cabo las gestiones.

Se trasladan a la zona nacional el asistente general, Fr. Michaëlis, y a la zona republicana Eugène Bonnafoux, los dos franceses. Con el fin de favorecer su movimiento fija este su residencia en Espira de l'Agly, a escasos kilómetros de Perpignan. Este pequeño pueblo será el centro de sus actividades. La primera era hacer llegar ayudas económicas a los maristas encarcelados, a los que están en el ejército y los escondidos en pensiones o casas de amigos. Establecen a tal objeto una red contando con maristas residentes en zona republicana, que gozaban de una cierta libertad y preparación.

Eugène Bonnafoux inicia relaciones con agentes consulares, principalmente franceses. El agente consular de Francia en Gerona, Josep Esteve, le ayudó mucho. Esteve era antiguo alumno del colegio marista de esta ciudad y apreciaba a sus educadores. En diciembre de 1936, se entrevistó con él en Perpignan. Josep Esteve se prestó, desde el primer momento, a colaborar en el paso de dinero a Barcelona por sí mismo o por otro agente de su confianza. Sospecharon de él los agentes secretos de la Generalitat. Fue detenido, pero puesto en libertad a las pocas horas gracias a la rápida intervención del ministerio de Asuntos Extranjeros francés, aunque tuvo que dimitir de su cargo de agente consular. Nombrado el sustituto de Josep Esteve, Monneret siguió sirviendo de puente a través de Dionisio Alonso, marista y profesor de lenguas clásicas en la universidad. Este cargo le facilitaba realizar estos servicios.

Eugène Bonnafoux también tuvo relaciones con otros agentes consulares. Uno de ellos fue Alberto Castro Gauche, cónsul de Argentina en San Juan de Luz. Este hacía de puente con su colega en Alicante donde actuaba de enlace Aurelio Linaje, socorriendo a los maristas de Valencia, Murcia, Alicante. La agencia Ferrán de Perpignan también le prestaba estos servicios. Eugène Bonnafoux visitó a otras personas, uno fue Josep Maria Xammar, antiguo alumno suyo del Colegio Lérída. Eugène lo describe así: «Espíritu inquieto y ambicioso, apenas acabada la carrera de abogado, se metió en la parte extrema catalanista, fue un poco el abogado de los prisioneros. Un complot contra el gobierno de Madrid del que él formaba parte le obligó a pasar la frontera en diciembre de 1936. Después, en enero de 1937 le encontré en la residencia de Santa Catalina II, en Perpignan, con el señor Baladeros, antiguo alumno de Valldemía y el canónigo Bodda. Xammar se extrañó al verme, pensaba, creo, le iba a recordar su pasado y recordarle los principios en los que había sido formado. Delante del señor Baladeros me habló de Fernando Suñer y de nuestros prisioneros de la cárcel Modelo de Barcelona. El señor Baladeros prometió insistentemente a Josep Maria Xammar ocuparse activamente de la liberación de los maristas. El asunto de los prisioneros de Barcelona nos parecía entonces fácil de resolver, ¡vana ilusión! Los servicios que nos prestó en la solución de nuestros presos nos hacían albergar gratas esperanzas. Algunos días después me mandó un telegrama, desde París, anunciando el indulto en favor de Ramón Bañuelos de la Iglesia. Este marista había sido condenado a muerte por el tribunal supremo de Barcelona detalle

que me animó. Se preocupó de encontrar algunos abogados de confianza para que estudiaran y defendieran la causa de nuestros prisioneros. Josep Maria Xammar trató de buscar salida para los prisioneros por Perpignan, a través de una oficina de información. Esfuerzos inútiles ya que las comunicaciones desde Barcelona eran difíciles y carecía de fondos para cubrir los costos. Nos pidió ayuda, el superior marista H. Michaëlis me autorizó para hacerle entrega de 1000 francos».

El gobierno de la Generalitat parecía sentirse seguro y encargó misiones especiales a Josep Maria Xammar, misiones que le permitía cruzar fácilmente la frontera. El primer viaje que hizo le entregué 1000 pesetas para el enlace Juan Mariscal Espiga, misión que cumplió fielmente. Mariscal me envió el recibo con una preciosa carta. En el segundo viaje Xammar fue detenido, después condenado a muerte y gracias a la intervención directa de Companys fue indultado, pero continuó en prisión. La familia residía en Perpignan muy desolada.

El empresario francés Henri Scherdel, con industrias en Barcelona, también ayudó a Eugène Bonnafoux como prestamista para los enlaces maristas: Andrés Martínez Pérez, Fortunato García y Emilio Escorihuela residentes en Barcelona. Los honorarios de estos agentes se fijaban según las cantidades recibidas y prestadas.

Eugène Bonnafoux, acompañado de Adaberon Sachaut, pidió poder visitar al cónsul de Francia Georges Monjoux, pero al sentirse vigilado en Barcelona se trasladó a Perpignan donde lo recibió. Intervinieron para conseguir esa visita unos amigos del cónsul. Le expusieron la situación de los maristas presos en Barcelona y en concreto de Émile Aragou.

Georges Monjoux dijo: «Diga a sus superiores que pueden estar tranquilos sobre la suerte de sus compañeros prisioneros, están bajo mi custodia, y saldrán todos de la prisión para ser trasladados a Francia. Pondré en libertad a Émile Aragou y le daré pasaporte como francés... Si veo en peligro a Émile Aragou le sacaré inmediatamente». Eugène Bonnafoux comenta: «En efecto Émile salió pocos días después». Y añade: «Creo que Georges Monjoux hablaba sinceramente, él tenía sus planes y la disposición era actuar conforme a ellos».

Cierto que a lo largo de estas gestiones salió de la cárcel Émile Aragou y se recibieron noticias y hasta telegramas que hacían albergar esperanzas de ver libres a los demás maristas presos en Barcelona. Recibimos una comunicación que nos llenó de esperanza, en ella se leía: «Llegada a Toulouse o Marsella de 60 paquetes». El telegrama, emitido en julio de 1937, que venía de Quay d'Orsay y recibido en Grugliasco (Italia), ciudad donde estaba el gobierno general del Instituto marista, decía: «Donnons ordre Consul de Barcelona préparer tantes choses pour embarquement prisonniers. Ne mentionnez pas argent». Parecía que, en breve, los maristas estarían libres. No fue así. Seguían como «Detenidos Gubernativos», acusados de traidores a la República.

En octubre de 1938, Eugène Bonnafoux visitó el ministerio de Relaciones Exteriores en París. Se entrevistó con el señor Chambrun encargado de las relaciones

con España:

Le hablé de los presos maristas en la cárcel de Murcia y medios de hacerles llegar nuestra ayuda. Muy amable me dice: «Esto no es posible, pero Vd. siga insistiendo». Le hablé de los maristas encarcelados en Barcelona y de los pasos dados en relación a conseguir su libertad a través del gobierno de Burgos por un intercambio de prisioneros. Me dijo: «Hoy es muy difícil, quizás en un futuro sea posible». Me aconsejó conseguir una relación escrita en que figuraran todos los maristas presos, lista que debería estar recomendada y llevar la aprobación del gobierno de Burgos. Con estos requisitos me la hacen llegar para que yo la presente al ministro que se encargará de cursarla y hacérsela llegar al gobierno de Barcelona para que dé su conformidad. Me dio ánimos para proseguir en el camino emprendido.

Volvamos a Émile Aragou. Tras llegar a Port-Vendres, con el telegrama que le entregó el director del puerto, se presentó en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue recibido por un agente que le preguntó por el motivo de su visita, le mostró el telegrama diciéndole que venía de España. El oficial con mucha amabilidad le contestó: «¡Perfecto! Por favor sígame». En el tercer piso, despacho 482, le recibió un funcionario. Émile Aragou explicó lo sucedido con sus compañeros y la situación en que se hallaban. Insistió en que interviniera el gobierno francés. El funcionario le respondió:

Sabemos poco de la situación de la España republicana, pero mucho menos de la de Cataluña, donde al parecer los anarquistas controlan el gobierno. Ante algunas puntualizaciones de Émile, la persona con la que hablaba le confesó: cierto que hemos ayudado al gobierno republicano español porque el oro no tiene olor, y de este modo hemos recuperado los millones entregados a España durante la Primera Guerra Mundial, pero en el asunto que usted me plantea intentaremos hacer algo por sus amigos detenidos en la cárcel de Barcelona.

El gobierno francés tenía problemas para hablar con una autoridad española para tratar formalmente de este asunto. El gran poder que los revolucionarios tenían era un obstáculo insalvable. En aquellos momentos ni Manuel Azaña como presidente de la Republica, ni Lluís Companys como presidente de la Generalitat de Catalunya, podían ejercer su autoridad y carecían de prestigio en el exterior.

Acabada su misión en París, Émile Aragou salió en tren hacia Lyon. El destino final era Saint-Genis, donde le esperaban sus superiores. Llegado a Saint-Genis, explicó detenidamente a los superiores el número de víctimas, los increíbles sufrimientos, el valor y la paciencia de los maristas españoles, sus negociaciones con la FAI. Les comentó la conversación con Agustín Juandó que era el secretario de la Audiencia de Barcelona y su ofrecimiento. Los superiores maristas aceptaron la propuesta que Émile les hizo y, acompañado del ecónomo, fue al banco Crèdit Lyonnais para retirar los sesenta mil francos. Era sábado y con esta suma de dinero tomó el tren para Cervère; el domingo por la mañana llegó a Perpignan y a las cuatro de la tarde en una sala del hotel de la estación, ante una mesa del rincón lejana de la puerta, se encontró con Agustín Juandó, hablaron de su mediación en el seguimiento del juicio de los 62 detenidos en la cárcel Modelo de Barcelona y luego de su liberación. Agustín Juandó le prometió retrasar su *dossier* o causa hasta el fin de la guerra y hacerlos salir de la cárcel uno a uno distanciadamente. Todo quedó aclarado,

Émile le entrega el dinero, estrechan sus manos y se despiden.

Los superiores maristas, con la mediación de amigos y del Consulado Francés, encontraron en Barcelona a los abogados Enrique Galofré Haeffner y Joaquín Amat Focos, a quienes encargaron la defensa de los sesenta y dos maristas. Esta es la constancia de las diligencias hechas por Émile Aragou: «Fue a primeros de febrero de 1937 cuando nos fue encargada por el Consulado de Francia en Barcelona la defensa de los hermanos maristas que en lista aparte se mencionan, detenidos en la cárcel Modelo a disposición del llamado Tribunal Popular n.º 3, acusados de desafectos al régimen y por haber tratado de huir de la zona roja. A tal efecto ambos letrados nos entrevistamos en dicha cárcel con los directivos de dichos religiosos que eran Fortunato García, Leandro Martiola, Federico Castresana y Felipe Fernández, a quienes entregamos la carta de otro marista llamado Émile Aragou, de nacionalidad francesa, que nos fue proporcionada por el mismo consulado y que nos acreditaba como designados para la defensa de todos ellos».

Los maristas españoles también realizaron gestiones ante el Ministerio de Relaciones Exteriores francés. Uno de estos fue Leónidas Fuente Arce, que gracias a influencias salió de la cárcel Modelo de Barcelona donde estaba detenido desde el día 1 de septiembre. Una vez libre y con pasaporte, salió para Francia. Se trasladó a París para dedicarse intensamente a conseguir, por mediación del Ministerio de Negocios Extranjeros del gobierno francés, la libertad de los maristas. Comenzó informando en el ministerio de la desaparición de cuarenta y seis maristas, detallando lo ocurrido. Insistía sobre todo en que el pago del rescate se había realizado en moneda francesa y por un súbdito francés y a personas con responsabilidades en el gobierno de la Generalitat de Catalunya, tal era el caso de Aurelio Fernández, secretario General de la Junta de Seguridad Interior. Todas las gestiones que hizo no dieron resultado. ¿Por qué? Las palabras que oyó Émile Aragou en el Ministerio de Asuntos Exteriores quizás lo aclaren: «Sabemos poco de la situación de la España republicana, pero mucho menos de la de Cataluña donde al parecer los anarquistas controlan la situación y el Gobierno».

En Londres, los maristas hablaron con el Foreign Office. La carta del hermano James Liguori, provincial, del mes de octubre de 1936 dirigida al hermano secretario general le comunica:

He visitado el Foreign Office en Whiteland, Londres, con el fin de liberar a nuestros hermanos españoles. Me han prometido hacer todo lo posible. Me han dicho que su encargado de Negocios en Madrid intentó intervenir para ayudar a la evacuación de españoles, el resultado ha sido contraproducente, pues a varios los han arrestado y maltratado. Ellos no pueden hacer nada si se trata de españoles. Su decisión ha sido una gran desilusión para mí.

Sobreseimiento de la causa de los sesenta y dos maristas encartados

La vida en la Modelo, con las carencias propias de una prisión, era más o menos calmada. Eso no era suficiente para quedar tranquilos. Los delitos, recogidos en el proceso con fecha 12 de octubre de 1936, eran muy graves. Abierto el juicio, podrían ser condenados a muerte. Por eso había que evitarlo. Hemos visto la gestión de Agustín Juandó, a quien se le entregó sesenta mil francos para evitar el juicio. Este no llegó a celebrarse. ¿Fue por esta gestión y gracias a otros contactos? ¿Fue por la complejidad del procedimiento o la condición de las personas en él involucradas? ¿Fue por la disolución de los Tribunales Populares y la creación de los nuevos tribunales? No lo sabemos, pero el 3 de julio de 1937, en virtud del artículo 632 reformado de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, se estima sobreseer la causa, quedando «sin efecto en todas sus partes recogidas el Auto de procesamiento dictado por el Juez Especial con fecha del 12 de octubre del pasado año. Como consecuencia se ha de poner seguidamente en libertad a los sesenta y dos encartados, así lo ordenan los jueces Eduardo Sanjuán, José María Torre de Mer y J. Boronat, dictando la correspondiente resolución dirigida al jefe del Preventorio Judicial y ordenando al Juez Instructor el archivo de la causa».



Manifestación organizada por la CNT en Barcelona el 2 de junio de 1937 contra los bombardeos aéreos.

Al día siguiente el secretario de la Audiencia, Agustín Juandó, notificó en forma legal a los sesenta y dos encartados lo ordenado por los jueces y tomó nota de los domicilios donde pensaban residir. Notificada la libertad, los sesenta y un maristas

(Laureano Vicente Sierra había fallecido en la cárcel Modelo) continúan en la Modelo como presos gubernativos. «La libertad se nos concedía escalonada y aisladamente». Caso curioso: Saturnino Conde García sale el 3 de julio de 1937.

Los maristas en libertad

Al verse libres y poder disfrutar de la libertad, cada uno se fue colocando donde pudo, casi siempre en casas de amigos y personas conocidas de la cárcel. Unos trabajaron como maestros y otros fueron hechos prisioneros de nuevo. Bastantes de ellos se hallaban comprendidos en quintas, cosa que significaba que, de un momento a otro, serían llamados a filas.

En sus memorias algunos maristas relatan las aventuras, sufrimientos que padecieron después de verse libres. A modo de ejemplo, seleccionamos las de Pedro Soler, Francisco Peruchena, Salvador Oller Angelats, Fortunato García, Cástor Lizarduy y Honorato Pujol.

Pedro Soler es el hermano carnal del Mosso d'Esquadra, Esteve Soler, que con permiso de Aurelio Fernández logra salir de San Elías.

Pedro se alojó con Esteve en las dependencias de la Generalitat hasta que su hermano cayó en desgracia. Es a partir de ese momento cuando comienza su segunda odisea:

Al salir de San Elías estuve escondido durante tres meses en las dependencias de la Generalitat, pero al ser declarado mi hermano Esteve desafecto al régimen y con sueldo muy reducido tuvimos que buscarnos pensión y tratar de ganarnos la vida. Yo comencé a dar clases particulares yendo de casa en casa, así pasé desde noviembre de 1937 al 28 de marzo de 1938, día en que fui preso por tercera vez por los del Servicio de Investigación Militar junto con mi hermano Esteve y llevados al buque prisión Argentina, anclado en el puerto de Barcelona. Aquí permanecimos hasta el 13 de mayo de 1938. Del buque prisión Argentina pasé al preventorio ubicado en el pueblo español. El 29 de agosto me recluyeron en el Castillo de Montjuïc y el 9 de septiembre me vuelven al pueblo español donde permanecí hasta el 16 de septiembre, fecha en que me conducen al Seminario de Barcelona convertido en preventorio donde estoy hasta el 24 de enero de 1939. Dada la carencia de alimento y el no poder descansar, me iba debilitando, de 85 kilogramos que pesaba bajé a 45. En esta situación tuvimos que marchar huidos para Francia pasando por Arenys de Mar, de Munt, el Collell, Las Presas, Montagut, Baget; en Francia pasé por Lamanière, Arles-sur-Tech, Amèlie-les-Bains en donde me hospitalizaron. El 17 de marzo de 1939 me trasladan en autobús a Figueres y de aquí a Barcelona. Mi hermano Esteve lo primero que hace es llevarme al Hospital de Santa Cruz y San Pablo donde permanecí setenta días en cama. Salgo del hospital el 27 de mayo y me retiro primero al colegio marista de la calle Llúria, 58 y después a mi pueblo natal con mi madre y mi hermana. En septiembre de 1939 tomé la dirección del colegio marista de Canet de Mar. En todas estas peripecias he podido ver muy claramente la protección de Dios y de la Virgen María.

Testigos mártires maristas n.º 29, mayo 2000; septiembre 2000

Francisco Peruchena, de 21 años, es acogido a su salida de la Modelo por una familia amiga del barrio de Sants en Barcelona.

El mismo relata sus aventuras, su incorporación a filas en el ejército del Frente

Popular, el campo de batalla, la huida a Francia con el ejército republicano, el rescate, etcétera.

A principios de agosto de 1937 comenzaron a darnos la libertad. Yo salí de la cárcel el 16 de noviembre, estuve en prisión catorce meses. Fui a casa de la familia de Julián Garbayo con quien estuve antes de ir al barco; con ellos estuve los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero. Fue Montserrat, amiga de la familia, la que me proporcionó la documentación necesaria a nombre de Juan Almirall Font; con ella me atreví a salir a la calle. El marista Fortunato García me proporcionó unos dineros que entregué a la familia de Julián Garbayo. El padre del alumno Juan Serradell me ayudó a sindicarme en UGT, condición indispensable para encontrar trabajo. Mientras lo encontré hice de cobrador ambulante de recibos a los afiliados ugetistas. Eran dos pesetas por recibo más quince céntimos, que eran para mí. Dada la situación que se vivía en Barcelona y en concreto en la familia Garbayo decidí alistarme en el ejército republicano, sección de sanidad. Al comunicar mi decisión a la familia Garbayo, el disgusto fue enorme, pero creí que era la mejor forma de no comprometerlos y de no volver a la cárcel. Mi primer destino fue Tona, cerca de Vic, donde me hicieron cabo interino. De aquí pasé a Taradell, después a Manlleu, Cerdanyola y de aquí al frente de Balaguer, Camarasa... siempre en la sección de sanidad [...] El 26 de enero de 1939 me encontraba ya de huida en La Junquera (Gerona). El 28 de enero de 1939 llego a Francia. Los gendarmes nos llevaron a Argelès-sur-Mer, una gran playa donde estaba el campo de refugiados republicanos españoles [...] allí seríamos unas ciento cincuenta mil personas. El 7 de febrero, serían las 8 de la tarde cuando montamos unas tras mil personas en un tren con dirección a Irún, donde las autoridades españolas nos llevaron a un campo de concentración próximo a Estella (Navarra). Como buen navarrico me encontraba satisfecho por encontrarme en mi tierra, escribí a mis padres, vinieron a verme pero no les autorizaron la visita. A su regreso pasaron por el colegio marista San Luis de Pamplona, el director se puso en contacto con los jefes del campo de concentración de Estella para ver lo que se tenía que hacer para que me dejaran salir. Al día siguiente me llamaron para prestar declaración y el capitán me dio la libertad provisional lo que me impedía salir fuera de los contornos de Estella (Navarra), debiéndome presentar diariamente a la Guardia Civil, así lo hice durante quince días. Mi primera salida fue ir a visitar a mis padres. Después me destinaron a Burgos para incorporarme al ejército nacional. Mientras estuve en Burgos mi residencia era el colegio marista Liceo Castilla. El curso 1940-1941 lo pasé en Burgos, al final de este curso fui llamado nuevamente a filas, no quise incorporarme y pedí ser destinado como docente fuera de la península. En los dos años que estuve en África estuve como maestro en las poblaciones de Larache y Alcazarquivil.

Testigos mártires maristas, 22 de noviembre de 1998, 23 de febrero, 24 de abril y 25 de octubre de 1999

Salvador Oller Angelats, director del colegio de San José de Mataró en 1935, conoció al político anarquista, no violento, Joan Peiró. Salvador era muy respetado y conocido por la gente de Mataró, fue de los setenta y dos prisioneros encerrados en la cárcel Modelo de Barcelona. Con la responsabilidad y conocimiento que tiene, escribe el 31 de diciembre de 1937 a su superior, el hermano Michaëlis, asistente general, informándole detalladamente de la situación de los maristas a la salida de la cárcel Modelo:

Seguramente que lo que más le interesará en estos momentos es saber cómo están los recién salidos de la cárcel Modelo de Barcelona: los de más de edad, cinco o seis, han alcanzado una plaza de maestro nacional. Los licenciados ganan buen sueldo, unos dando lecciones en la universidad, otros en casas particulares. Los maristas catalanes casi todos están en sus familias; Mataró cobija, alimenta y guarda como un tesoro y desinteresadamente a seis. Estos no necesitan nada: solamente que alguien les visite de cuando en cuando en nombre de los superiores, preguntarles que necesitan... [...] Los demás, es decir la mayoría de la juventud casi toda comprendida en quintas, viven escondidos en Barcelona, en pisos de familias amigas, parientes o conocidos, naturalmente apretados, mal alojados y mal alimentados, haciendo las familias un gran sacrificio a tenerlos en casa. Tres han sido detenidos de nuevo y conducidos al cuartel. Se teme los manden al frente.

Positio H. Laurentino, Virgilio y Compañeros

Fortunato García pertenecía a la comunidad del colegio Montserrat de Lérida. Acude al barco de San Agustín que está en San Elías, y finalmente preso en la cárcel Modelo. Sus compañeros de prisión lo eligieron como su representante.

Al salir de la cárcel se fue a vivir muy cerca del Borne. Al verse inseguro, marcha a casa de una familia amiga, situada en la Plaza Medinaceli, que escondía en su piso a tres sacerdotes. Se hace con un carné de la UGT y con el resguardo de licenciado que pudo conservar. Se le ofreció un puesto de químico en unos laboratorios que elaboraban productos bélicos, pero no aceptó. Poco después consiguió dar algunas lecciones particulares bien retribuidas con lo que pudo vivir y ayudar a sus compañeros. Salido de la cárcel, hace de enlace entre Eugène Bonnafoux y los maristas escondidos en Barcelona a quienes ayuda. Es detenido por los del SIM. De nuevo en prisión, vivió con personas llegadas de los campos de concentración y oía cuanto narraban de los tormentos a los que les habían sometido (...) también recogió testimonios de los anarquistas encarcelados tras los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona. Así fue la segunda etapa:

Después de cinco meses de cierta paz, a eso de medianoche del 5 de mayo de 1938, estando todos en casa suenan unos fuertes golpes en la puerta y se presentan los del SIM con una denuncia formulada por el portero. Nos hacen poner a todos de cara hacia la pared y con los brazos en alto, mientras registran armarios (...) se acercan a mí, me hacen bajarme los pantalones, me los bajo junto con los calzoncillos, llevaba 9000 pesetas en una bolsita sostenida a los calzoncillos por un imperdible para distribuir las entre los maristas... no valió el escondite, al verlo el que me registraba exclama: “¡Esto es lo que me interesaba!” las cuenta con otro y se las reparten. Me detiene y me llevan a la comisaría de San Andrés. Al día siguiente me toman declaración en el Palacio de Justicia, en sus calabozos paso quince días inolvidables: dormía en el suelo, eso sí con muchos piojos. A las tres de la mañana, un día se abre la puerta y me llaman. Me conducen ante los jueces, me hacen sentar en un banquillo (...) me acomodo con mucha tranquilidad y dueño de mí. El tribunal presidido por Rodríguez Dranguet me interroga y después de una serie de consideraciones dicta sentencia condenándome a muerte. Me pregunta si tengo algo que alegar. No recuerdo lo que dije pero sí les demostré mi inocencia. El presidente dio por terminado el juicio con el listo para sentencia y de allí vuelta al calabozo. A eso de las seis de la mañana del día siguiente unos guardias me acompañan al Tribunal de Alta Traición y Espionaje. Larga espera: nueva declaración, firma de papeles; luego me dicen: “quedas procesado; esta mañana irás a la cárcel” y heme de nuevo en mi anterior y conocido hotel. Me fichan y me suman al resto de prisioneros que esperaban ubicación. Me destinan a la quinta galería. En la celda me toca con un comandante de artillería y un técnico de la Azucarera de Poveda (Madrid). Como no llevo nada, unos buenos presos de Mataró me dejaron un colchón y me dan algo de comida.

En la prisión volvió a padecer las privaciones a las que estaban sometidos todos los presos. Poco a poco fue llegando algún subsidio a través de otros maristas enterados y personas caritativas que supieron de mi encierro.

Fortunato García continua su relato:

De nuevo soy citado a juicio en el Palacio de Justicia y ante el Tribunal de Alta Traición y Espionaje. Voy a parar a una sala donde nos encontramos más de ciento cincuenta reclusos, entre ellos el marista Juan Mariscal Espiga, también detenido por segunda vez. ¡Qué cierto es que en estos momentos uno más se da cuenta de lo que es la fraternidad, ella es un consuelo inaudito! Llegado el momento del juicio, me sientan en el banquillo de cara a varios jueces. Comienza el fiscal y después de unas breves palabras concluye que mantiene y pide mi pena de muerte. Actúa el abogado defensor. Después de hacer la defensa me autorizan a tomar la palabra. Creo que lo hice bien, pues me asistía la verdad y el presidente un poco amoscado toma la palabra y en tono alto dice: «Bien, ha probado su inocencia, pero es Vd. un elemento peligroso. Por eso y para prevenir otras cosas,

le condeno a siete años de trabajos forzosos que realizará en un campo de concentración». Y con esta sentencia se acabó el juicio. Al calabozo, y de allí a la cárcel. Esto ocurría a finales de septiembre de 1938. Llega diciembre de 1938 lleno de interrogantes, incertidumbres, ansiedades: ofensivas del ejército nacional. El 22 de enero de 1939 los nacionales siguen avanzando, más de cuatro mil hombres salen de los lugares de detención: cárcel Modelo, el Castillo de Montjuïc y de las checas. Los de la Modelo salimos el día 23, nos llevaron a la Estación del Norte y de aquí en tren a Centellas, el 25 otra vez en marcha unos cuarenta Kilómetros, pasamos por La Garriga, Aiguafreda, etc. En nuestro camino, por supuesto estrechamente vigilados, íbamos pasando por pueblos como Tona, Seva, donde pasamos una noche de perros hasta tal extremo que la gente pedía morir. De madrugada a formar de cinco en cinco y por carretera hasta Viladrau, siguiendo hasta San Hilario Sacalm, donde nos quedamos dos días. Y vino lo inesperado: unos soldados de ingenieros pidieron a nuestros jefes permiso para curarnos, yo fui de los afortunados. Seguimos caminando con hambre, sobresaltos y con algún que otro descanso. Formar y de nuevo en marcha. De Gerona salimos para Bañolas, Besalú y de aquí a Castellfollit de la Roca. En el camino dejamos a muchos de nuestros compañeros. Parecemos un rebaño trashumante, y todo sin saber donde nos trasladaban. ¿Cuánto durará nuestro calvario? ¿Cuál será nuestro fin? Nuestra agonía se prolonga impunemente, nuestro sistema nervioso empezaba a deshacerse. Los ochocientos que quedábamos emprendimos camino hacia Oix, a unos diez kilómetros de Castellfollit, allí en la hondonada estuvimos cuatro días al raso, ¡que frío! ¡Qué heladas! En este pueblo se pretendió darnos muerte a todos, pero hubo discusiones entre los guardianes y una compañía de carabineros. Se impusieron los cuerdos y los guardianes huyeron para ganar la frontera. A la mañana siguiente somos todo ojos y oídos. No vimos ningún enemigo. Nos agrupamos por amistades para organizar nuestra huida. De nuevo en marcha, qué espectáculo ofrecía aquella caravana de prisioneros, custodiados por guardianes armados, carros llenos de colchones, bicis, ganado... Estábamos a dieciséis kilómetros de la frontera. ¿Nos quedarían fuerzas para llegar? Pensada y sopesada la situación, la mayoría creyó ser la frontera el camino más seguro. Un grupo pequeño de unos cuarenta iniciamos el ascenso de las montañas. Encontramos muchas personas que huían y nos daban consejos: “mucho cuidado que nadie sepa nada de vuestra historia”. Por fin llegamos a Baget, en una casita abandonada nos preparamos un sitio para descansar. En la casita se nos metieron algunos y con ellos la intranquilidad. Ni ellos ni nosotros soltamos prenda. A la mañana siguiente emprendimos la marcha. En el camino encontrábamos comida abandonada. Hacia las dos de la tarde pisamos la frontera y nos unimos a una multitud desesperada que aguardaba con impaciencia a que la abrieran. Se oyen los cañoneos de las tropas de Franco que avanzan. La aviación sigue al ejército rojo. Hacia las seis de la tarde se abrió la frontera con enorme júbilo de todos. En fila india nos van registrando los gendarmes. Después, una bifurcación en la que dos jueces apostados preguntaban: ¿Negrín o Franco? Y según la contestación aquí o allá. Nos vamos encontrando por afinidades, llegamos al pueblo francés de Manaire, donde los gendarmes nos impiden la entrada. El 8 de febrero a media mañana en una camioneta hacemos los cuarenta kilómetros que nos separan de Amélieles-Bains y, nos colocan en su castillo de Santa Engracia. Los dos primeros días por la mañana nos dan un trozo de pan. Estando aquí, vino un marista de Espirà que se había enterado de la llegada de refugiados españoles. Logró entrevistarse conmigo, mas no pudo sacarme. En coches de la Cruz Roja y en varias expediciones nos trasladaron a Figueras. ¡Qué locos de contentos llegamos! De Figueras y en camiones hacia Barcelona. Llegamos a las dos de la madrugada. Los que tenían familia se fueron directos a sus casas; los que no, marchamos donde pudimos, bastantes a hospitales, es lo que yo hice. Hechas las curas y unos días de convalecencia salgo del hospital. En el camino veo a mi compañero Andrés Martínez ¡Qué abrazos! Algo indescriptible. Me lleva a nuestro colegio de Llúria, 58, donde saludé al nuevo Superior Provincial, Luis Gonzaga. El colegio estaba destartalado y tuve que pasar unos días en una fonda frente al Hotel Ritz, pero no podía ni comer ni dormir. Mis compañeros me vieron tan decaído que me buscaron en Mataró una familia Can Pusa. A los dos meses estaba en el colegio Valldemia, aún ocupado como hospital militar y donde se había instalado el marista Luis Escorihuela con el fin de recuperar todo lo recuperable del colegio, ya que todo había quedado desperdigado al dejarlo abandonado los republicanos... En vísperas de iniciarse el curso, recibo el encargo de trasladarme a Logroño como director.

Páginas de Historia Marista 1936-1939. E. Corredera Gutiérrez

Cástor Lizarduy formaba parte de la comunidad de la Casa de Santa María de Bellpuig de les Avellanes. Cayó enfermo como consecuencia de las penalidades sufridas durante su escondite en las cuevas de los montes que rodeaban el convento, secuelas que arrastra durante su estancia en la cárcel Modelo. En sus memorias

escribe:

El dos de noviembre me llegó la libertad estando enfermo de gravedad, el 15 me llevó a su casa en ambulancia una buena señora, por resultar su casa pequeña, hice cuanto pude para que me ingresaran en el hospital, una religiosa Clarisa de Mataró fue mi valedora. Durante mi estancia como enfermo tuve muchas atenciones, entre otras destaco: el médico que me visitó me dejó 50 pesetas. Varias señoras enteradas de mi situación venían a visitarme y me daban consuelo. El obispado tuvo conocimiento de ello y en su nombre vino un señor para interesarse por el caso y me dejó una limosna. También me socorrieron un sacerdote compañero de cárcel, un padre redentorista, un escolapio, un sacerdote me traía la comunión por la noche.

El 12 de mayo de 1938 me llevaron al asilo de Arenys de Mar, don de pasé 466 días, del 12 de mayo a fines de julio, sin poderme levantar. En una silla de ruedas me sacaban a la galería para tomar el sol; por Navidad comencé a ponerme en pie. El día 26 de enero de 1938 empecé a andar con muletas, así hasta julio de 1939. A finales de agosto mi compañero Francisco Pijuán me llevó a tomar baños a Caldas de Montbui que me sentaron muy bien. Después de 28 días me llevó a Barcelona y, días después, pude visitar a la familia, quedándome luego en Logroño.

Páginas de historia marista 1936-1939. E. Corredera Gutiérrez

Honorato Pujol, al obtener la libertad, se marchó para su pueblo de San Feliú de Pallerols, en la provincia de Gerona, donde trató de adaptarse a la nueva situación. Ayudaba a su familia en las labores del campo e impartía algunas clases particulares. El 5 de mayo de 1938 llaman a las quintas de los años 1927, 1926 y 1925 y él debe enrolarse. En Olot y durante un mes, recibe la instrucción militar. Al no estar bien de salud solicita una revisión médica y es trasladado al hospital militar de Gerona, donde el 4 de julio, se le somete a una operación quirúrgica. El 30 de julio le dan de alta y diez días de permiso que los pasa con su familia. Tras este tiempo se presenta en Gerona y le adscriben a la 43 División 4.^a Brigada, con sede en Falset en la provincia de Tarragona, de donde pasa con la 2.^a Compañía al pueblo de Pradell donde comienza la campaña.

Honorato pasó en la cárcel 396 días. Incluido en quintas tuvo que incorporarse en el ejército del Frente Popular. Luchó en el frente de la provincia de Tarragona, contrae profunda amistad con Vila, que murió en combate, circunstancia que le marca. Ante la poca convicción que ve en sus jefes y desilusionado como otros compañeros, decide pasarse al bando nacional.

Así relata los que le sucedió desde el día 23 de agosto hasta su deserción del ejército republicano:

El 23 de agosto nos entregan un Máuser que al día siguiente nos lo cambian por un fusil checo, nuevecito, mal síntoma. Efectivamente, apenas anochecido, se oye: «¡A prepararse!». Tomamos los bártulos y formados comenzamos a caminar por carretera hacia Pradell, Mora, Benissanet con algún pequeño descanso en la cuneta y vuelta a caminar. Llegan camiones. Silencio, orden de montar en silencio, malos augurios. Montamos en los camiones tristes y desalentados en dirección hacia aquel río... Todos nos miramos llenos de preocupación. Aparece la aviación enemiga y como consecuencia se suspende la marcha, y así dos veces más. Ya estamos en Mora la Nueva, descendemos de los camiones, es de noche, no se ve un alma. Al amanecer del día 24 emprendemos la marcha. Paramos en unos viñedos, probamos las uvas... allí descansamos hasta caer la tarde; ya oscurecido emprendemos la marcha hacia el Pinell donde acampamos por espacio de dos días. Los nacionales se ven cerca... el 27 de nuevo en marcha, hacia la famosa sierra de Pandols. Las doce serían cuando comienza un tiroteo intensísimo acompañado de obuses y morteros. El momento es de verdadera tragedia. Nosotros, cuerpo a tierra, tratando rápidamente de buscar un escondrijo próximo y seguro, poco a poco

llegamos a las trincheras. Hubo reemplazo, los que marchan lo hacen con júbilo y nos advierten: «¡Cuidado, que los fascistas están allí, y tiran mucho!». Era el 28 de agosto, cuando hacia las tres de la tarde los nacionales toman por objetivo nuestra posición, sobre nosotros, una lluvia de morteros y elementos mortíferos: a veces nuestra posición parece un infierno. Me obligan a salir de la chabola, pero rápidamente vuelvo a ella, otro tanto hace el amigo José Famades con quien he contraído verdadera amistad. Hasta las ocho de la noche nos vemos en esa danza peligrosa. De mi compañía han resultado tres muertos y 25 heridos.

Preparando la huida:

A las once de la noche comienza mi escucha, pues estoy en transmisiones. Me cambian de compañero y por fortuna viene en su sustitución el amigo Famades que, al ver lo que está ocurriendo, me dice: Aquí no va quedar títere con cabeza; hay que buscar una solución. ¿Cuál? Huir. ¿Pero a dónde? En el mejor de los casos llegarás al Ebro, y ¿luego? Yo callo, pero estoy deseoso de encontrar la primera ocasión...

Los bombardeos arrecian sobre nuestra compañía, nos deshacen las trincheras y hasta el agua escasea.

Durante el 29 se desarrolla una actividad inusitada, la aviación de los nacionales nos producen daños y víctimas, ante esta situación cada uno tuvo que esconderse como pudo y muchos compañeros perdieron la vida, entre ellos mi otro amigo Vila con quien habría llegado a tener gran confianza, tal era nuestra amistad que le comenté la conversación mantenida con Famades en la que hablamos sobre el intento de huida y le llegué a proponer que nos acompañara, a tal propuesta me respondió: si os sale bien, pronto iré yo. Tengo miedo por mi esposa y mis dos hijitos esto me lo decía llorando, al tiempo que señala su cercano pueblo.

Su muerte me llenó de pena, esto y lo que estaba viendo y oyendo a mis jefes, junto con algunas sospechas que sobre mí recaían, me decidí, fuera como fuera, a desertar huyendo.

Desde mi lugar de escondite y puesto de vigilancia observaba los lugares que debido a los bombardeos parecía más fácil poder llegar al ejército nacional. Así se los expongo a Famades... hacemos el plan. Nos queda media hora de guardia, momento que nos parece el más oportuno.

¡Oye, Famades, reza un padrenuestro que nos vamos! ambos rezamos juntos, enrollamos las mantas figurando a una persona y las dejamos apoyadas en las piedras de modo que semejaban a dos personas de nuestro parapeto.

Me pongo el primero, Famades me sigue... con dificultades vamos sorteando las alambradas, rápidos por el pedregal donde los cantos rodados chocan con bulla y sin embargo nadie se da por enterado. Llegamos al fondo del valle, comenzamos a sentirnos seguros y a respirar, pasamos una lomita que dividía los dos campos, anda que andarás buscamos la línea de las tropas nacionales, nos sentíamos casi seguros. Eran tantas las ansias de vernos con las tropas nacionales. Nos parábamos de cuando en cuando a escuchar. Por fin, oímos a dos que hablan. Silbamos, nos adelantamos y gritamos:

—¡Centinela!

—¡Alto! ¿Quién va? —oímos.

—¡Dos evadidos! —respondimos.

—¿Llevan armas?

—¡No, señor!

—Den palmadas y no se muevan.

Al poco oímos gritar:

—¡Cabo guardia...!

Vuelven a preguntarnos:

—¿Cuántos son?

—¡Dos!

—Suba uno dando palmas.

Famades dudó: ¿y si son rojos? Titubeos... yo pregunto:

—¿Son rojos ustedes?

—Nosotros no somos rojos.

Me adelanto sin dejar de picar palmas. Me ayudan a pasar la alambrada. Lo propio hizo mi compañero Famades.

Al ver nuestra alegría, uno nos grita:

—¡Están ustedes salvos!

¡Y tanto!

Era el 30 de agosto de 1938.

Desde allí Honorato Pujol se fue a la 4.^a Brigada de Navarra, y el 16 de julio del 1939 se incorporaba de nuevo al Instituto marista.

Identificación de cadáveres en los cementerios

Finalizada la Guerra Civil, las autoridades a petición de las asociaciones de familiares fallecidos autorizan la recuperación de los restos mortales de las víctimas que en ella se ocasionaron. Una de las primeras que se crearon fue la Asociación de Familiares de los Desaparecidos, conseguidos los permisos legales para la exhumación de restos de personas y asumiendo el coste de las investigaciones comenzaron los trabajos en el cementerio de Montcada.

La finalidad de esta Asociación era proceder a la identificación segura de los cadáveres para que los familiares se hicieran cargo de ellos. De cada uno de los cadáveres hallados se confeccionaba una ficha individual en la que se recogían y anotaban los detalles de los restos hallados como sexo, edad aproximada, estatura, color del pelo, prótesis dentales, vestidos y calzado que llevaban en el momento de la muerte, marcas de la ropa y demás detalles que pudieran aportar información sobre la persona a quien correspondía el cadáver examinado para luego proceder a su identificación.

Los encargados de la exhumación elaboraron y confeccionaron fichas con las informaciones recogidas, observaron que bastantes de los cadáveres hallados tenían características muy parecidas: misma marca de prendas y vestidos, parecidas letras y números, lo que les llevó a pensar que pudieran ser cadáveres de personas de un mismo grupo. Los colocaron aparte junto con sus fichas elaboradas previamente.

A medida que se iban descubriendo cadáveres y recogiendo detalles, la asociación los publicaba.

Enterados los superiores de los maristas de los trabajos realizados en el cementerio de Montcada por esta Asociación nombraron a un equipo de cuatro personas: Paul Bonifay, Ángel Castrillo, Narcís Sobrerroca y Josep Campasols con el fin de identificar a los maristas allí asesinados. También se personaron familiares de maristas; destacamos a la señora Francisca Mercadal, madre de Josep Cesari Mercadal, a los señores Joan Pelfort y Geroni Messegué. Acreditada su identidad comenzaron su tarea. Les fueron muy útiles los datos recogidos en las fichas que, cotejados con los datos que aportaban los delegados del Instituto marista y familiares, tales como iniciales de sus nombres y apellidos, número del registro general, lograron identificar a veinticuatro cadáveres de maristas desaparecidos en la noche del 8 al 9 de octubre de 1936.

¿Cómo los identificaron? A modo de ejemplo, contamos el procedimiento empleado en varios cadáveres de maristas con el testimonio del secretario provincial

Paul Bonifaz sobre el procedimiento realizado con el cadáver de Mariano Alonso, Superior Provincial: «Se tuvo la suerte de encontrar una ficha con los siguientes datos: traje gris marrón, una cazadora de cremallera, en la boca tres piezas de oro en el lado derecho superior que posteriormente se pudo verificar que le pertenecían».

Francisca Mercadal, madre de Josep Cesari Mercadal, reconoció la marca J. C. M. en unas prendas que ella misma había elaborado y emocionada pudo ver los restos de su hijo de 33 años, desaparecido en octubre de 1936.

Los familiares de los asesinados, Joan Pelfort y Geroni Messegué, identificaron sus restos.



1168 personas asesinadas y exhumadas. Mayo 1940. Puerta del cementerio de Montcada, Barcelona.

Así identificaron a veinticuatro de los cuarenta y seis desaparecidos en la noche del 8 de octubre. De los restos de los otros veintidós cadáveres, no se pudo certificar la identificación de veinte por hallarse sus cuerpos ya muy deteriorados y sin señal alguna; con seguridad reposaban en una de las fosas comunes del cementerio de Montcada; donde, según estadísticas, fueron inhumados más de mil seiscientos cadáveres. En el verano de 1940, y en el cementerio de Les Corts de Barcelona, siguiendo el mismo método y con la documentación existente en el Hospital Clínico, fueron identificados los cadáveres de los maristas Cecilio Gómez, Eloy diez, Fernando Suñer y Victoriano Gómez. Que junto con los veinticuatro anteriores hacen un total de veintiocho cadáveres de maristas identificados en los cementerios de Montcada y de Les Corts.

El sábado 5 de octubre de 1940, a las seis de la mañana salieron de Barcelona seis ambulancias con los veintiocho ataúdes destino a la casa noviciado de Santa María de Bellpuig de les Avellanes (Lérida), donde fueron recibidos con repique de campanas. Hubo una conmovedora ceremonia religiosa. Concluido el funeral los cuerpos de las

víctimas fueron solemnemente acompañados al cementerio del convento donde recibieron sepultura. En años posteriores fueron trasladados a la iglesia conventual, capilla de los mártires, donde reposan en la actualidad.



Reconocimiento de cadáveres en el cementerio de Montcada, Barcelona.



Unas 50 cajas identificadas con su ficha. Mayo 1940. Cementerio de Montcada, Barcelona.

Fueron tantas las personas desaparecidas desde julio de 1936 que comenzaron a sentirse protestas por no saber nada de los detenidos, no solo en Barcelona, sino en otras partes de Cataluña. A mediados del año 1937, la gente reclama responsabilidades a las autoridades judiciales de la Generalitat. La consecuencia fue la orden del consejero de Justicia, Pere Bosch Gimpera, por la que creaba un Juzgado Especial, a cuyo frente colocaron al magistrado José Bertrán de Quintana, cuyo

objetivo era investigar las reclamaciones y la verdad de los rumores sobre desaparecidos.

De las averiguaciones que este Juzgado Especial llevó a cabo, llama la atención la gran cantidad de cadáveres sin identificar en los cementerios de Montcada, Les Corts y otros depósitos clandestinos de toda Cataluña. Se abrió un sumario para esclarecer el nombre de personas enterradas y los responsables de estos asesinatos.

Las indagaciones fueron al principio públicas y las páginas de los diarios, en los meses de julio y agosto, hablaban de imputados por asesinatos y detenciones, pero como estas personas habían ocupado cargos destacados en organismos oficiales, se suspendieron las investigaciones y se sobreseyeron los procesos incoados por las presiones, amenazas y chantajes de personas notables de la vida política catalana y de gran influencia en el gobierno de la Generalitat.



Obrero excavando una de las fosas en mayo de 1940. Cementerio de Montcada, Barcelona.

El material informativo recogido y elaborado quedó depositado en el Hospital Clínico de Barcelona y en las dependencias de la antigua sede del Parlamento de Cataluña, documentación que sirvió para la identificación de cadáveres llevada a cabo en el año 1940.

Cementerios clandestinos

Hoy, con la aprobación de la Ley sobre la memoria histórica/democrática los familiares investigan y reivindican los cadáveres de quienes fueron asesinados en los años de la Guerra Civil.

También nosotros aportamos nuestros descubrimientos, tales como los de los

cuarenta y seis maristas exhumados en Montcada y cementerio de Les Corts y con la notificación al Comité de Montcada para que enterraran a los cadáveres que yacían en las tapias del cementerio. Los empleados del cementerio inmediatamente trasladaron los cuerpos de las numerosas víctimas a las fosas cavadas en el interior del cementerio. De las 8352 víctimas de la represión en la retaguardia catalana, 1197 lo fueron en el cementerio de Montcada.

No podemos ocultar los horribles asesinatos cometidos en el más estricto secreto siguiendo las consignas de Manuel Escorza y su equipo, cometidos por los patrulleros de su Brigada de Investigación, previo despojo de toda señal de identidad.

Hemos podido averiguar que la Brigada de Manuel Escorza vendía, a cambio de dinero o joyas, a los detenidos la libertad con la promesa de sacarlos fuera de España. Pagado su rescate, se les llevaba a una torre que Manuel Escorza y su equipo tenía en la Avenida del Tibidabo, a unos cincuenta metros del Consulado Soviético, anunciándoles que al alba serían trasladados en vehículos a la frontera de Francia. Los patrulleros, aprovechando la noche, los montaban en una camioneta escoltada por uno o dos vehículos. El convoy tomaba la salida de la ciudad de Barcelona. En vez de seguir la carretera nacional que llevaba a Francia, giraban por el camino del cementerio de Montcada y en un lugar apartado les hacían bajar del vehículo. Les decían que caminaran y, cuando estaban a una cierta distancia, les disparaban con sus ametralladoras y les daban el tiro de gracia. En ocasiones los patrulleros siguiendo órdenes los volvían a cargar en los vehículos y se dirigían a la fábrica de cemento Asland para depositarlos en las incineradoras de los hornos. Así no dejaban rastro alguno.

Receptores de los doscientos mil francos

Ya hemos consignado el acuerdo al que llegaron los delegados maristas con los responsables de la FAI para sacar a los seminaristas y religiosos de su institución, residentes en la zona dominada por el Frente Popular.

Comenzamos diciendo que el Superior Provincial y su consejo, ante el ambiente que se palpaba durante el gobierno de la República, estudiaron estrategias para la supervivencia de los centros escolares. Buscaron campos de enseñanza fuera de Cataluña, reordenaron y consolidaron la actividad financiera y dedicaron especial atención a la vida religiosa de sus miembros. Viendo venir los acontecimientos políticos e imprevisibles consecuencias en personas e inmuebles, el Superior Provincial y su consejo autorizaron al administrador Alexis Pierre Frily, de nacionalidad suiza, a transferir fuera de España, a una entidad bancaria con garantías de seguridad, dinero para subvenir a posibles emergencias. Los documentos de la institución de la época así lo avalan:

A Dios gracias, Alexis Pierre Frily, de nacionalidad suiza, era el administrador de la provincia de España y de la editorial Luis Vives. Tuvo que marchar obligado el 26 de agosto de 1936, primero a Francia y después a Suiza. Terminada la contienda vuelve a España. Disponía de fondos para ayudar y que pudiéramos vivir sin mendigar; además, ayudas caritativas auxiliaron a algunos que no sabían a quien acudir suplicando socorro. Creo que ningún marista pasó largas temporadas en situación de apuros.

Los hermanos maristas en la Guerra Civil. H. Moisés

Durante la persecución, Alexis Pierre Frily tuvo siempre fondos suficientes, depositados en Francia, para hacer frente a los grandes gastos que se presentaban y las apremiantes necesidades cotidianas de los más de quinientos maristas refugiados, escondidos, perseguidos y encarcelados en la zona republicana durante la Guerra Civil. Podemos pensar que la mayor parte de esos recursos provenían de las cuentas de la Societé Immobiliériére Mondiale y de los depósitos de la editorial en el extranjero.

Recordamos las conversaciones en el Café El Tostadero: «Habló Trifón Lacunza como administrador de las finanzas maristas, manifestando que en correspondencia al servicio y favor que nos dispensaban estábamos dispuestos a ofrecer trescientas mil pesetas en moneda española, pero eso sí encargándose la FAI de llevar a cabo las transferencias bancarias. Si se trataba de moneda extranjera, nuestras posibilidades eran menores y las dificultades mayores, solo podíamos alcanzar la cifra de docientos mil francos. Los delegados de la FAI se limitaron a responder que presentarían tales proposiciones al Comité Central. Así terminó la entrevista, dándonos cita para oír la respuesta a las once de la mañana en la sede del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, situado en la Gran Vía, 617».

En la siguiente reunión Aurelio Fernández nos manifestó que la condición precisa y absoluta era que las cantidades acordadas fueran en moneda extranjera y que debía ser Émile Aragou, ciudadano francés, quien tenía que salir a buscarlas.

A las once horas en El Tostadero (...) con Antonio Ordaz y después de una conversación bastante larga puntualizamos todos los extremos se convino que la entrega de los primeros cien mil francos los debíamos entregar antes de iniciarse cualquier salida y la segunda mitad después de la última.

¿Quiénes recibieron los doscientos francos franceses? La primera entrega se hace en el despacho de Aurelio Fernández situado en la sede del Comité Central, en la Gran Vía, 617. Así lo declara Émile Aragou ante el juez:

Solo Trifón Lacunza y servidor entramos en el edificio con Aurelio Fernández. Y en su despacho le entregamos los cien billetes de mil francos que yo llevaba en el bolsillo de la americana. Contento y satisfecho Aurelio Fernández por percibir la cantidad convenida para la primera salida, nos felicitó por el buen inicio del plan acordado.

La segunda entrega se realiza en el Centro de las Juventudes Libertarias, situado en la calle Provença, 389, después del accidentado viaje, en que Émile Aragou fue detenido. Los detalles los cuenta en sus memorias Émile Aragou:

Entonces dos patrulleros me sujetaron fuertemente los brazos, mientras que otro, José Pérez *el Valencia* me sacaba de los bolsillos de la americana, los cien mil francos correspondientes al pago de la segunda salida y mil doscientos veinticinco francos que llevaba para cubrir necesidades.

A Émile le sustrajeron igualmente su pasaporte, su cartilla militar, todos los documentos y salvoconductos que le habían sido entregados, no le dejaron ni la pluma estilográfica, ni el recibo que le dieron en la estación de Port-Bou cuando depositó los seiscientos francos junto con ciento cuarenta pesetas. El nerviosismo y las prisas de los patrulleros les impidieron ver el reloj de bolsillo Longines, regalo de dos antiguos alumnos de Mataró.

Aurelio Fernández entrega los doscientos mil francos franceses a Josep Tarradellas. Su destino: la compra de armas en Suiza

Los testimonios, memorias de patrulleros y jefes de Comités y las declaraciones de personas emitidas ante los jueces son lo bastante sólidas como para poder asegurar que los doscientos mil francos franceses procedentes de los maristas fueron entregadas a Aurelio Fernández y Antonio Ordaz, quienes entregaron a Josep Tarradellas, consejero de Economía de la Generalitat. Los documentos hallados así lo avalan:

Declaración de Antonio Ordaz Lázaro fechada el 27 de octubre de 1936 ante el juez: Se ratifica el declarante (Antonio Ordaz) en que los otros cien mil francos los entregó a Aurelio Fernández y que este ya había recibido otros cien mil francos.

Juan García Oliver a Tarradellas:

Recuerda, Josep Tarradellas, que con ocasión de visitarte para pedirte cinco mil francos para asuntos externos del Comité de Milicias, estabas con Aurelio Fernández en tu oficina de la Generalitat. Al recibir mi pedido, encargaste a tu secretario, Martí Rouret, que me los diese. Al entregármelos, sonriendo y dirigiéndote a Aurelio Fernández y a mí, dijiste: «Toma los cinco mil francos. Todavía están calientes, pues pertenecen al paquete de miles de francos que acaba de entregarme Aurelio, procedentes del canje por la libertad de los maristas. Está bien, Juan, veo que tienes demasiada memoria».

El eco de los pasos. J. García Oliver

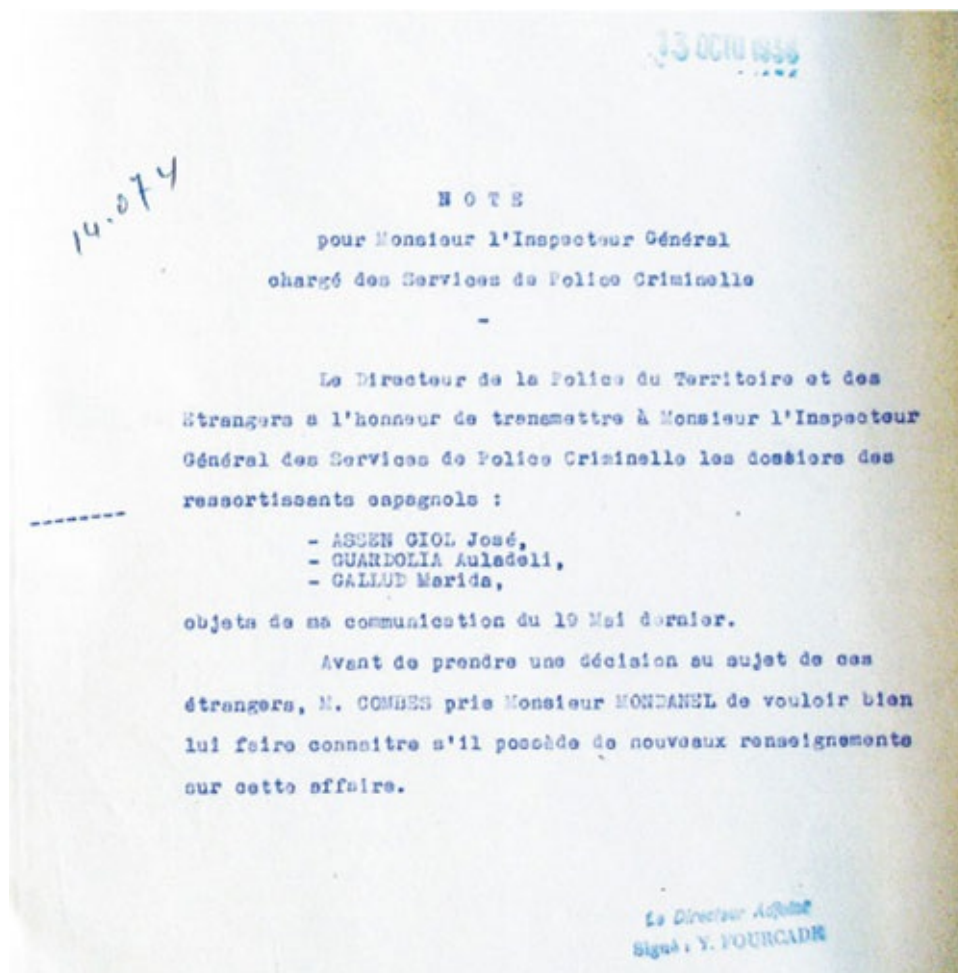
enñalando horrores cometido
saron la complicidad de este me presentaba como a responsable de Patrullas era el de que ca
era de una arma para defenderse, las pocas que se fabricaban en
nada podíamos hacer para
nto se tenían que enviar al frente de Aragón así como las municio
do
me presentaba como a res por parte de unos buenos compañeros franceses, esta fue aceptada
ar, era de una arma para def, daban con entusiasmo en la organización de Patrullas que
nto se tenían que enviar al adquisición de dichas armas y municiones hacia falta dinero
res por parte de unos buenos o por la Generalidad de Cataluña a la cual entregábamos todo lo
ef, daban con entusiasmo y confiscaciones que efectuábamos en las casas de fascistas
al adquisición de dichas armas y municiones, unos días de la sublevación militar habían logrado huir al extran
os o por la Generalidad de Cataluña, Tarradellas Consejero a la Generalidad al cual entregaba
asos y confiscaciones que ef, las Patrullas nos facilitó una cantidad de francos franceses y sui
os días de la sublevación) nos bastó para hacer una primera compra de armas y municio
Caaquista, Tarradellas Consejero efectuada la adquisición pues en aquellos momentos de confusi.
ef, las Patrullas nos facilitó engaños así es que las compras debían ser pagadas no antes
on) nos bastó para hacer una verificar si la cantidad de armas y municiones correspondía a la
vez efectuada la adquisición uniones diarias del Comité de Milicias analizábamos si lo acord
to engaños así es que las compr se había realizado sin ningun contrato tiempo al mismo ti
nificar si la cantidad de armas y municiones correspondía a la
uniones diarias del Comité por la prensa extranjera con relación a la marcha de la lucha en
mps se había realizado sin De la prensa extranjera solo la de tendencia izquier
amos un estudio de acontecimientos que se desarrollaban en España tal cual era la
por la prensa extranjera co: derecha lo hacía con parcialidad favoreciendo a los fascistas e
De la prensañalando horrores cometidos por los (rojos) en las personas d
de acontecimientos que se desaron la complicidad de estos con los militares sublevados. Estas
co: derecha lo hacía con par nada podíamos hacer para desmentirlas la realidad era que tant

Fragmento de las memorias inéditas de José Asens, en donde explica la formación de las Patrullas de Control y la entrega de dinero por parte de Josep Tarradellas para comprar armas.

En las memorias escritas en el exilio por José Asens Giol, recordamos que Asens es el máximo responsable de los Servicios de las Patrullas de Control y subordinado de Aurelio Fernández, jefe del Departamento de Patrullas de Control y de Investigación y secretario general de la Junta de Seguretat de la Generalitat de Catalunya. Las memorias que él titula: *Del sindicato al Comité de Milicia* afirman que los dineros requisados por las Patrullas de Control los guardaba como depositario el consejero de Economía de la Generalitat de Catalunya, Josep Tarradellas. En ellas José Asens aclara el destino de todas las requisas y confiscaciones que efectuaban las Patrullas de Control:

Al formarse las Patrullas de Control por el Comité de Milicias Antifascistas, los delegados de dicho Comité de los partidos y organizaciones que lo componían nombraron para formar parte de las patrullas a sus mejores militantes y sin distinción de edad. Al serme confiada la dirección de patrullas por el comité de Milicias, me di cuenta de la responsabilidad que asumía ante dicho comité y también ante la Generalidad de Cataluña, esta debía efectuar el pago de la mensualidad de los hombres que componían las patrullas, así dinero para procurar el armamento y los uniformes [...]. Un problema se me presentaba como responsable de patrullas, era el de que cada uno de nosotros dispusiera de un arma para defenderse, las pocas que se fabricaban en territorio dominado por el Frente Popular en aquel momento se tenían que enviar al frente de Aragón, lo mismo ocurría con las municiones. Una oferta se me hizo por parte de unos buenos compañeros franceses, esta fue aceptada por todos los que me secundaban con entusiasmo en la organización de patrullas, qué duda cabe que para la adquisición de dichas armas y municiones hacía falta dinero, este podía ser facilitado por la Generalidad de Cataluña a la cual entregábamos todo lo que procedía de los registros y confiscaciones que efectuábamos en las casas de fascistas conocidos que en los primeros días de la sublevación militar habían logrado huir al extranjero o pasar a la zona franquista. Tarradellas, consejero de la Generalidad, al cual entregábamos todo lo que requisaban las patrullas. Él nos facilitó una cantidad de francos franceses y suizos, no recuerdo a cuál pero nos bastó para hacer una primera compra de armas y municiones, que fueron pagadas una vez efectuada la adquisición pues en aquellos momentos de confusión se practicaban muchos engaños así es que las compras debían ser pagadas no antes de recibir la mercancía y verificar si la cantidad de armas y municiones correspondía a la compra efectuada.

El dinero para la compra de armamento en Suiza se recibió en dos entregas: la primera de quinientas mil pesetas y la segunda de unos ciento noventa mil francos franceses. Josep Tarradellas, consejero de Economía de la Generalitat, fue quien las entregó a José Asens, jefe de Servicios de las Patrullas de Control. La primera se efectuó a finales de septiembre de 1936, por una solicitud por parte de José Asens y Tomás Fábregas, jefes responsables de las Patrullas de Control, que exponen al consejero de Economía de la Generalitat en estos términos:



Comunicación del director de la policía territorial y extranjería al inspector general del departamento de policía criminal sobre la residencia de José Asens y sus compañeros.

Que, de acuerdo con el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, y teniendo necesidad este Departamento de una reorganización a fondo y para la buena marcha del mismo, nos dirigimos a usted para que tenga a bien dar las órdenes oportunas, a fin de que nos sea entregada la cantidad de quinientas mil pesetas, con cargo a este departamento. Esperando ser atendidos en esta petición, somos vuestros y de la Revolución. Barcelona, 24 de septiembre de 1936.

Con estas quinientas mil pesetas, José Asens realizó el primer viaje a Suiza con el fin de comprar armamento para las Patrullas de Control, lo relata en sus memorias José Asens:

Salí^[11] hacia Francia y Suiza, junto con los compañeros que com ponían mi escolta para pagar una compra de armas que habían adquirido en Alemania, el comprador de dichas armas un buen compañero francés

residente en Ginebra. Viajábamos en un auto marca Buick, con matrícula B-4-P. Modelo 1937, este auto fue comprado por la Generalidad de Cataluña a la General Motors, inscrito a mi nombre el permiso de circulación. Desde que cruzamos la frontera en Annemasse, dirección de Ginebra, la policía no cesó de seguirnos como si fuera nuestra sombra. El lugar de cita con el compañero al que habíamos comprado las armas era un café situado en el centro de Ginebra. Aparcamos el coche delante de un café, la policía lo hizo en la acera del otro lado de la calzada. Como teníamos que internarnos hacia Neuchâtel, decidí que mi coche regresara a Francia, en Lyon debían hospedarse en el Hotel Terminus y esperar allí hasta recibir noticias mías. Con el compañero Espert, el que compró las armas y yo salimos del café por una puerta que daba en otra calle y con el auto del compañero nos fuimos a Neuchâtel. La policía no se dio cuenta de que en el Buick subían cuatro personas en vez de seis. Un accidente inesperado se produjo, el compañero González que conducía el Buick no se dio cuenta de que en Saint-Julian, el carabinero suizo salió del puesto y tocó el pito, González frenó el coche con fuerza y por estar el suelo helado el coche se fue contra un árbol. Todos los ocupantes del Buick resultaron heridos, el compañero Mateu de gravedad. Fueron conducidos al hospital de Ginebra, donde se presentó inmediatamente el cónsul de España, señor Rivas Cherif, quien se hizo cargo de los heridos leves bajo su protección; quedó en el hospital el herido grave Mateu, quien por ser diabético no resistió a la operación, murió a los catorce días después de haber ingresado en él.

En Neuchâtel nos reunimos en una casa particular con el que debía facilitarnos las armas después de haberlas escogido de un álbum, ajustados los precios, quedó bien concretado que las armas se pagarían en francos suizos después de ser depositadas en Machylli, Francia, en un albergue situado en zona franca. El dueño del albergue era francés y pertenecía al Partido Socialista de Annemasse, llevábamos el dinero para hacer el pago de las armas y la confianza que teníamos con el representante del vendedor, decidimos hacer efectivo el pago. Al ser depositadas aquellas en el albergue de Machylli. Pasamos la noche en un hotel de Neuchâtel ignorando el accidente ocurrido a nuestros compañeros. Del hotel fuimos a la estación para tomar el tren que debía conducirnos a Ginebra. Como no sabía yo si en Neuchâtel estaríamos unos días antes de separarnos en el café de Ginebra, di al compañero González mi dirección: Poste Restante Neuchâtel, por si tenían que comunicarme algo desde Lyon.

Al ocurrir el accidente en la frontera de Saint-Julien fue cuando los policías que seguían al Buick se dieron cuenta de que faltaban dos pasajeros en el coche o sea mi compañero Espert y yo. Los policías preguntaron por el paradero de los otros dos, pero la respuesta fue: lo ignoramos. Al hacer el registro habitual y en el interior del coche, debajo de los asientos, la policía encontró cuatro pistolas y en la cartera de González mi dirección Poste Restante Neuchâtel. Esta pista sirvió a la policía para detenernos. Fuimos llevados a la Subprefectura de la Policía para prestar declaración. Terminada esta y sin ninguna explicación nos condujeron a la cárcel donde permanecemos incomunicados. Iban pasando los días y seguíamos incomunicados. Los nervios los tenía de punta, el no saber nada de Cataluña ni de España acrecentaba mi nerviosismo. Al final me decidí a actuar. Pedí a otro preso un lápiz y una hoja de papel de su libreta y escribí un mensaje para el cónsul de España en Ginebra el señor Cipriano Rivas Cherif^[12] con el ruego de que se lo hiciera llegar a Aurelio Fernández, el mensaje decía: «Te ruego que al recibir este mensaje, detengas: primero al director de la Hispano Suiza, señor Braget, y segundo a los pocos suizos que residen en Barcelona, a excepción del cónsul. Espero que después de estas detenciones verá la cara al juez».

En manos de Aurelio Fernández este mensaje, de inmediato dio las órdenes correspondientes para efectuar las detenciones que le indicaba en el mensaje. Estas detenciones dieron su resultado, de la cárcel me llevaron a la Sala de Audiencia, allí me encontré frente a un juez, tres magistrados y un intérprete. Comenzado el interrogatorio, la primera pregunta que me formuló el juez fue la de donde están las armas. Mi respuesta fue contundente: no se de que me habla. ¡Usted ha venido a Neuchâtel a comprar armas! Le respondí: que si yo había venido a Suiza era con la intención de comprar leche condensada para los ancianos y niños de Cataluña. ¿Cómo quiere usted que pretenda comprar armas en Suiza, donde solo existe una única fábrica de armas, la Manufactura Nacional de Berna? A mi contestación cambió de tema inmediatamente y me anunció la detención en Barcelona del señor Braget, sujeto suizo acusado de espionaje y en peligro de ser fusilado. El Presidente de la Republica Helvética ha telefonado al presidente Companys, quien le ha contestado que el señor Braget, había sido detenido por las Patrullas de Control y que solo usted, refiriéndose a mí, podía mediar para conseguir su libertad. Lo siento mucho le respondí, yo no intervendré nunca para conseguir la libertad de un espía. Mis palabras cayeron como una bomba en la sala. El juez dio un salto en el sillón y dijo: el señor Braget no es ningún espía, es un empresario y no tiene necesidad de hacer espionaje y si algo grave le ocurriera a él, piense que usted señor José Asens está en manos de la justicia suiza. Al oír estas palabras me dirigí al intérprete y le dije que me tradujera las palabras del juez. Así lo hizo. Dirigiéndome al juez, le dije: a pesar de sus amenazas le repito que en tiempo de paz como en la guerra a los espías se les fusila, y si en Suiza existe la justicia a mí no se me puede fusilar ya que no soy ningún espía, ni asesino, ni ladrón. Y hace ya 12

días que estoy detenido con mi compañero, los dos incomunicados. Sepa usted señor juez que hemos entrado en Suiza con un pasaporte legal visado por el cónsul de Suiza, en Barcelona. ¿Como quiere usted que yo firme la libertad del señor Braget, a mil kilómetros de distancia? No esperen de mí esta tan suplicada firma, que hagan con el señor Braget lo que proceda y a mi llévenme a la celda, mi presencia aquí sobra. El intérprete leyó mi deposición con un mutismo absoluto en la Sala. Terminada dicha lectura, el Juez se ausentó en unos diez minutos. Tomó asiento y dijo: Por expresa voluntad del presidente Motta^[13], decreto su libertad y la de su compañero, le permito que por teléfono lo comunique al presidente Companys. Así lo hice al instante sin darle otra consigna.

La orden fue dada al director de la cárcel para que se nos diera la libertad inmediatamente, me opuse a salir de noche y les dije: saldremos mañana por la mañana y en compañía del cónsul de España en Ginebra.

Después de las dificultades de este primer viaje a Suiza para la compra de armamento para las Patrullas de Control, José Asens comunicó a Aurelio Fernández que los traficantes de armas Lucien Tronchet de nacionalidad suiza, y Edmon Déturche de nacionalidad francesa exigían que se pagasen los cargamentos de armas en francos franceses o suizos y no en pesetas españolas.

A partir de estas exigencias de pagar las compras de armas en francos franceses o suizos, fue cuando Aurelio Fernández, jefe del Departamento de Patrullas de Control exigió a Josep Tarradellas, consejero de Economía de la Generalitat, que se le devolviesen los docientos mil francos franceses procedentes de los maristas que le había entregado personalmente, ya que los necesitaba para la compra de armas y municiones en Suiza para el Departamento de Patrullas de Control.

Si ya en tiempo de paz es complicado el tráfico de armas, qué no será en tiempos de guerra; sin embargo es un hecho real. Por estas circunstancias parece de interés tratar cómo se llevó a cabo en este período. Varios eran los lugares donde se realizaba este tráfico. El elegido por los anarquistas catalanes a merced de unos amigos fue Ginebra. Este tráfico se realizaba entre Ginebra y Barcelona a través de las conexiones existentes en el territorio helvético. Según testimonios de Mauricio Bundó Puig, de su hermano militante de la FAI, Juan Bundó Puig^[14], de José Asens Giol y de Aurelio Fernández, la necesidad de armar a cada uno de los integrantes de las Patrullas de Control hizo que José Asens se pusiera en contacto con traficantes franceses y suizos para comprar armamento. Tenemos constancia que se realizaron un mínimo de 18 viajes de compras de cargamentos de armas efectuados de Ginebra a Barcelona. En el primer viaje había: 6 ametralladoras, 9 pistolas, 4000 cartucheras; en el segundo viaje: 96 metralletas; en el tercer viaje: 81 ametralladoras, 41 *Parabellum*, 23 pistolas, 200 kilogramos de cartuchos; en el cuarto viaje: 51 ametralladoras, 13 *Parabellum*, 36 400 cartuchos; en el quinto viaje: 400 kilogramos de diverso armamento; en el sexto viaje: 117 *Parabellum*, 12 ametralladoras, 44 000 cartuchos, 10 pistolas; en el séptimo viaje: 74 pistolas Walter, 32 ametralladoras, 16 *Parabellum*, 4 cartucheras, 32 400 cartuchos; en el octavo viaje realizado el 6 de enero de 1937: 40 ametralladoras, 68 *Parabellum*, 39 250 cartuchos; en el noveno viaje realizado el 16 de febrero de 1937: 170 pistolas Walter, 51 ametralladoras, 59 *Parabellum*, 2 fusiles ametralladoras, 8000 cartuchos, 15 cargadores ametralladoras; en el décimo viaje realizado el 20 de febrero: 114 pistolas Walter, 12 ametralladoras, 42 000

cartuchos, 4 paquetes de cargadores Walter; en el décimo primer viaje realizado: 12 ametralladoras, 42.00 cartuchos, 4 paquetes de cargadores Walter; en el décimo segundo viaje: 233 fusiles Máuser, 7500 cartuchos, 24 *Parabellum*, 20 pistolas Walter; en el décimo tercero viaje: 120 ametralladoras, 9 fusiles Máuser, 14 fusiles Walter, 10 000 paquetes de municiones, 7000 cartuchos; en el viaje décimo cuarto realizado el 28 de marzo: 142 pistolas, 40 ametralladoras, 3500 cartuchos, 140 cargadores FM, 24 pistolas Walter, 1 *Parabellum*; en el viaje décimo quinto realizado el 5 de abril: 200 pistolas Walter, 11 cargadores *Parabellum*, 10 pistolas *Parabellum*, 15 200 cartuchos, 5 fusiles ametralladoras con cargadores; en el décimo sexto viaje realizado el 26 de abril de 1937: 118 pistolas Walter, 29 500 cartuchos, 76 cargadores Walter, 70 fusiles italianos Beretta, 6 pistolas FN; en el décimo séptimo viaje: 64 pistolas Walter, 26 500 cartuchos, 250 cargadores metralletas, 46 cargadores Walter; en el décimo octavo viaje: 44 fusiles metralletas Bergmann, 14 pistolas Walter, 110 cargadores metralletas, 153 cargadores FM Bergmann y piezas de recambio.

Estos cargamentos de armamento se realizaban entre Ginebra y Barcelona. Vamos a tratar de exponer la logística y los enlaces empleados para abastecer de armas al Departamento de Patrullas de Control de la Generalitat de Catalunya. El principal enlace de este tráfico de armas para abastecer el Departamento de Patrullas de Control era Lucien Tronchet de nacionalidad suiza, secretario del Sindicato de la Construcción. Este señor era el encargado de comprar armas a los armeros con domicilio en Neuchâtel, Berna y Ginebra. Uno de sus principales colaboradores era Edmond Déturche, de profesión comerciante de frutas y hortalizas, anarquista de nacionalidad francesa, con domicilio en el barrio Ambilly de Annemasse, ciudad fronteriza entre Francia y Suiza. Su profesión de comerciante de frutas y hortalizas le permitía transportar camufladas en su camioneta las armas que desde Ginebra le enviaba Lucien Tronchet. Cuando había almacenado la cantidad aproximada a mil kilogramos las transportaba a Barcelona con su camioneta, llegando a realizar un mínimo de dieciocho viajes de armamento y municiones; estos cargamentos de armas eran entregados a José Asens, Jefe de Servicios del Departamento de Patrullas de Control.



José Asens Giol, jefe de Servicios del Departamento de Patrullas de Control.

Gracias a las notas que ha dejado Lucien Tronchet escritas en una libreta, disponemos de documentación relacionada con los viajes trasportando las armas, el lugar y la fecha de compra, lugar donde las ocultaban. También consigna los nombres de los cabecillas, exiliados, colaboradores, las dificultades por las que en ocasiones tuvo que pasar. Destacamos la documentación hallada en los archivos de la Prefectura de Policía de París. La nota lleva fecha de septiembre de 1938, y va dirigida al Gabinete del Prefecto:

Desde el principio de la Revolución española, en agosto de 1936, varios miembros de la Federación Anarquista Ibérica fueron enviados a Francia para adquirir armas y material. (...) Los hechos ocurridos en Barcelona en mayo de 1937 producen una rotura de relaciones entre el gobierno de la Generalitat y los jefes anarquistas de la FAI; como consecuencia, los anarquistas españoles dejaron de actuar, ignorándose lo que hicieron con las armas que tenían almacenadas. Creemos que fueron revendidas en gran parte a CSAR, cuyos diversos almacenes fueron descubiertos en París.

Lo cierto es que a día de hoy y consultada la documentación relacionada con el destino de estas armas, tales como la correspondencia que Lucien Tronchet mantiene con Déturche, el dossier de la Seguridad Nacional que lleva fecha del 16 de diciembre de 1938 de Maurice Derouet y la documentación incautada a Conrado Guardiola, queda demostrado el activismo de personas en el tráfico de armas relacionadas con los anarquistas españoles y en concreto José Asens, jefe de servicios de las Patrullas

de Control de la Generalitat de Catalunya. Podemos señalar a Maurice Déturche como militante anarquista muy conocido implicado en julio de 1938 en un asunto de tráfico de armas en provecho de los republicanos españoles, y condenado el 11 de febrero de 1939 a siete meses de prisión y a docientos francos de multa. También podemos nombrar a *Prosper*, socialista de Ginebra; Maurice Derouet; Conrado Guardiola, al que le cayeron ocho meses de prisión por tráfico de armas; Paul Margantin; Jean Maubert y Ramón Matteo Chavanel, que estuvo implicado en Suiza en varios asuntos de exportación de armas.

Aportamos más datos sobre personas que intervienen en las negociaciones: en la Prefectura de los Pirineos Orientales y con fecha 30 de julio de 1937 encontramos un informe del prefecto dirigido al ministro del Interior de la República Francesa sobre Conrado Guardiola Auladell, súbdito español, nacido el 22 de enero de 1900 en Malgrat (Barcelona), hijo de Esteban y Mercedes, que entró en Francia el 11 de diciembre de 1936 procedente de Ginebra. En dicho informe, cuando se refiere a sus haberes, encontramos un dato que llama la atención. Dice así: «En esta época Conrado declara poseer docientos mil francos en valores depositados en Crédit Lyonnais».

Con fecha del 29 de diciembre 1937, al consejero de la Generalitat Josep Tarradellas se le pide información sobre el ingreso de los docientos mil francos franceses que en el mes de septiembre de 1936^[15] recibió de la Junta de Seguridad Interior, como también su intervención en la detención de unos directores y miembros de la comunidad marista, ocurrida en aquellas fechas. Se le insiste en que estos antecedentes son esenciales para juzgar sobre la situación del mencionado Aurelio Fernández, objeto del sumario 533 de 1937^[16].

Josep Tarradellas, el 4 de enero de 1938, dirigiéndose al juez de Instrucción del juzgado número 2, contesta a la providencia del sumario 533 de 1937 con fecha 18 de diciembre:

Me es grato informar, en cuanto al primer extremo, que ignoro lo que se me pide, y en cuanto a los demás extremos que con posterioridad a la detención de los maristas, por mi cargo de consejero primero del gobierno de la Generalitat, me enteré del asunto y estoy en la creencia de que fue uno de los muchos que tramitaba el señor Aurelio Fernández por razón de su cargo de secretario general de la Junta de Seguridad, que en aquellos tiempos tenía intervención de las cuestiones de orden público.

Comportamiento de los superiores ante la incoación del proceso ante los tribunales

En los años posteriores a la guerra la Fiscalía del Estado comenzó a estudiar casos y situaciones ocurridos en el territorio dominado por el Frente Popular. Entre estos

destaca el pago efectuado, la forma en que se realizaron las detenciones y el asesinato de los maristas. El fiscal de la Audiencia Territorial de Barcelona, en virtud de los deberes que le imponían, ejerció la acción penal, formulando querrela por estafa en base a los requisitos que le exigía la Ley contra Aurelio Fernández Sánchez y Antonio Ordaz Lázaro. Los hechos delictivos que el fiscal expone los sintetizamos así:

Pago de doscientos mil francos efectuado por los responsables de los maristas a condición de poder pasar al extranjero los seminaristas y miembros de la Orden (...) y posterior muerte a varios de los maristas entregados por ellos a las Patrullas de Control (...). Cantidad que fue hecha efectiva por Émile Aragou a Aurelio Fernández y Antonio Ordaz. Por informes verídicos, estos dieron órdenes de ejecutar a los maristas que esperaban su salida a Francia en el barco Cabo de San Agustín, enterrándolos en uno de los cementerios clandestinos, cubriendo sus cuerpos con una gruesa capa de cal.

El 8 de agosto de 1939 el juez Ramón Osorio Martínez, del Juzgado de Instrucción n.º 6, ordena que se proceda a la formación del oportuno sumario para averiguar y constatar la perpetración del mismo con todas sus consecuencias y la culpabilidad de los delincuentes asegurando sus personas y responsabilidades. Quedaba así admitida la querrela presentada por el fiscal.

Cumplidas las formalidades, el juez comienza a convocar a los testigos el 23 de agosto de 1939 y a recabar los informes y documentación que el caso requiere. En Auto de 20 de noviembre de 1939, tras el cumplimiento de las normas establecidas, el juez Ramón Osorio Martínez, juez de Instrucción n.º 6 dicta: «Se declaran procesados en esta causa a Aurelio Fernández Sánchez y Antonio Ordaz Lázaro y decreta prisión provisional sin fianza de Aurelio Fernández Sánchez y Antonio Ordaz Lázaro». También acuerda pedir la extradición a la autoridad competente de Francia de los referidos procesados para ser puestos a disposición de este juzgado.

De inmediato se comienzan las gestiones siguiendo los convenios entre España y Francia. El 6 de abril desde la Fiscalía de la audiencia de Barcelona se comunica al juez instructor que, con fecha 5 de marzo de 1940 el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, Aurelio Fernández fue detenido. La comunicación decía: «Aurelio Fernández Sánchez ha sido detenido en Reims el 15 de febrero último».

Desde el juzgado se hacen las oportunas gestiones legales para su extradición. Con fecha 18 de junio de 1940 se remite al juez instructor de la secretaría de la Audiencia Territorial de Barcelona, el comunicado fechado el 1 de mayo de 1940 es recibido en la Embajada de España en París con el siguiente texto: «Ha sido denegada la referida extradición pedida por ese Juzgado. El juez Osorio con fecha de 20 de junio de 1940: “(...) con tan infructuosas gestiones practicadas (...) llámeseles por requerimiento que se publicarán en el Boletín Oficial de esta provincia y en el del Estado”».

Cumplido cuanto se ha dispuesto con fecha 14 de junio de 1941 el juez instructor, viendo los resultados negativos obtenidos sobre Antonio Ordaz Lázaro por encontrarse en paradero desconocido y Aurelio Fernández Sánchez, les declara

rebeldes. Ordena que se ponga en conocimiento de lo decretado al Ministerio Fiscal.

El 24 de mayo de 1945 el tribunal ha tenido a bien confirmar, declarar terminado el sumario por estafa de docientos mil francos y la querrela del fiscal de la Audiencia Territorial de Barcelona n.º 104, contra Aurelio Fernández Sánchez y Antonio Ordaz Lázaro. Queda enterado de la rebeldía de los procesados Aurelio Fernández Sánchez y Antonio Ordaz Lázaro y acuerda que se le devuelva el sumario para su archivo.

Con un nuevo régimen político, aparentemente favorable, los maristas no utilizaron esta circunstancia para exigir que se haga justicia. No interponen por su parte ningún procedimiento judicial contra los asesinos; es más, no fuerzan a las autoridades civiles a actuar contra los ejecutores de este desdichado, funesto, odioso, sucio episodio y de los más turbios de los ocurridos durante la revolución.

Los superiores maristas, a petición de los supervivientes de la contienda, en especial los que habían padecido la detención en San Elías y en la cárcel Modelo de Barcelona, inician un largo proceso de recogida de información sobre las circunstancias y las vicisitudes por las que pasaron. Buscaron testimonios directos sobre sus muertes: lugar, fecha. Se pidió a los supervivientes que escribieran sus memorias describiendo los padecimientos pasados durante el tiempo que duró la contienda. Considerando todo esto, llegado el tiempo oportuno, se pidió al obispo de Barcelona abrir un proceso de instrucción diocesano conducente a solicitar su beatificación.

¿Conocía el gobierno de la Generalitat las negociaciones entre la FAI y los maristas?

Con un somero repaso de los hechos expuestos, recordamos las visitas de los dos delegados maristas a los consejeros de la Generalitat, Josep Maria España y Ventura Gassol, y nos inclinamos a dar una respuesta afirmativa. Para confirmar los hechos apuntamos que Lluís Companys, como presidente de la Generalitat, y Josep Tarradellas conocían a los máximos dirigentes de la CNT-FAI y con ellos negociaron el control del orden público en Cataluña y consideraban a los anarquistas unos buenos aliados, pues ellos formaron parte de todos los gobiernos de la Generalitat hasta junio de 1937. Lluís Companys y Josep Tarradellas los conocían a todos y estaban al tanto de registros, ejecuciones, entre ellas la de los maristas, confiscaciones de patrimonios y de dinero. Conocían y muy bien a Manuel Escorza, jefe del Comité de Investigación de la CNT-FAI; a Dionisio Eroles, jefe de Servicios de la Comisaría General de Orden Público de la Generalitat de Catalunya; a Aurelio Fernández, jefe del Comité Central de Patrullas e Investigación y secretario general de la Junta de Seguridad Interior de la Generalitat de Catalunya.



El presidente de la Generalitat Lluís Companys con Vladimir Antonov Ovssenko, cónsul de la URSS en Barcelona.

Muy significativo es lo que escribió José Asens en sus memorias y que hemos transcrito en el apartado: *El tráfico de armas Ginebra-Barcelona*. En él menciona a Lluís Companys.

Abundando en el buen entendimiento de Tarradellas con los anarquistas, basta recordar el período de la retaguardia. Durante este difícil período, Tarradellas en varias ocasiones afirmó que prefirió entenderse con el anarcosindicalismo, fuerza que consideraba históricamente catalana, antes que con los comunistas por considerarlos demasiado mediatizados por extraños intereses.

Hemos de mencionar las excelentes relaciones de control del poder económico existentes entre Companys y Tarradellas. Desde el alzamiento militar en Barcelona, Companys se refugió en la Dirección General de la Policía. Allí se presentó Tarradellas poniéndose al servicio del presidente, con quien no se hablaba desde hacía tiempo.

Prueba de las buenas relaciones entre Companys y Tarradellas fue que, con fecha del 21 de julio de 1936, Companys propuso a Josep Tarradellas y a Josep Soler Arumí^[17] para representar a Esquerra Republicana de Cataluña en el Comité Central de Milicias Antifascistas, de reciente creación. Esta alianza con los anarcosindicalistas en el Comité le proporcionó conocimiento de lo que ocurría, poder y gran influencia política.

No se puede olvidar que Tarradellas participó plenamente en la política económica de Cataluña ya que, como dirigente de ERC, era el máximo representante de este partido en el Comité de Milicias.

Sus principales actuaciones en economía fueron las siguientes:

- El día 23 de julio, decretó el control de los bancos privados de Barcelona a fin de evitar la evasión de capitales; decretó que todas las operaciones realizadas en los bancos tenían que ser exclusivamente destinadas al pago de los salarios creando la Oficina de Pago de Salarios.

- El día 31 de julio fue nombrado consejero de Servicios Públicos de la Generalitat de Catalunya.
- El día 6 de agosto pasó a ocupar también la Consejería de Economía y mantuvo la de Servicios Públicos.
- El día 7 de agosto creó la Comisión de Industrias de Guerra.
- El 8 de agosto firmó un decreto para intervenir empresas.
- El día 11 de agosto creó el Consejo de Economía de la Generalitat y expropió en su beneficio las industrias de guerra de Cataluña.
- El día 19 de agosto se hizo cargo interinamente de la Consejería de Finanzas.
- El día 20 de agosto pide al gobernador del Banco de España un crédito de cincuenta millones de pesetas para la Generalitat destinados a gastos de guerra y otro de treinta millones de francos en París a nombre de la Generalitat para la compra de material y una autorización de divisas hasta cien millones de pesetas.
- El día 21 de agosto firmó un decreto, como Consejero de Finanzas, permitiendo hacer una emisión de billetes de la Generalitat ante la desaparición de la moneda.
- El día 27 de agosto Tarradellas respondió, de acuerdo con el consejo de la Generalitat, para intervenir los fondos del Banco de España en Cataluña para salvar la economía catalana e incorporar las Delegaciones de Hacienda del Estado en Cataluña.
- El día 26 de septiembre fue nombrado consejero primero de la Generalitat de Catalunya hasta abril de 1937.
- El día 27 de septiembre se disolvió el Comité Central de Milicias Antifascistas al formarse un nuevo gobierno de la Generalitat. Tarradellas fue designado consejero primero. En este mandato se publicó un decreto de facultades excepcionales por el que se le otorgaban facultades excepcionales tanto en el orden fiscal como en el propiamente financiero y administrativo.



La Generalitat asumió a partir de este momento prácticamente el control exclusivo del nuevo orden económico bajo la responsabilidad de Tarradellas, ya que como consejero primero consiguió el control total de los fondos financieros, fiscales y tributarios.

Para conseguir todo este poder, Tarradellas tuvo que contar con la alianza de Juan García Oliver, con quien en agosto había estado en el Comité. Esta proximidad con los dirigentes anarquistas, que controlaban el orden público y las Patrullas de Control, hizo de Tarradellas un punto de confluencia y un gran negociador con el núcleo duro de la CNT-FAI, formado por Juan García Oliver y Aurelio Fernández. El primero tenía responsabilidades fundamentales en las secretarías generales del Departamento de Defensa y Aurelio, en el Orden Público. Siempre mantuvieron ambos una directa y buena relación con Tarradellas. Durante toda la segunda mitad de 1936, la política de orden público fue como un campo de minas para el gobierno de la Generalitat. En este terreno la conducta de Tarradellas como consejero primero se basaba en las soluciones de compromiso, en los juegos de alianzas de Esquerra Republicana, preocupado de contrapesar con los anarquistas la creciente influencia comunista.

Varias veces declaró Josep Tarradellas durante la guerra y en el exilio: «Me place agradecer, en nombre del gobierno de la Generalitat y en el mío propio, la labor realizada en la Junta de Seguridad de Cataluña y de una manera especial a su secretario, el compañero Aurelio Fernández^[18]».

El día 21 de enero de 1939 se celebró la última reunión del gobierno de la Generalitat en Barcelona. A la mañana siguiente Josep Tarradellas abandona Barcelona para dirigirse a Francia, en Saint-Raphaël, cerca de Niza donde tenía a sus padres, esposa e hija. Lluís Companys se instaló en Darnius, donde se traslada toda la documentación y fondos de la Generalitat. En una carta del que fue comisario de orden público de la Generalitat y que en enero de 1939 ocupaba la comandancia de los Mossos d'Esquadra, Frederic Escofet, al abogado Josep Maria Malagelada se explican estos acontecimientos:

En Darnius, los Mossos d'Esquadra protegían un edificio donde se guardaba una inestimable fortuna religiosa trasladada de Barcelona y de otros lugares para salvaguardar su destrucción. Pero también se guardaba allí la mayor parte de los bienes incautados por el gobierno a particulares y bancos. El Gobierno de la Generalitat, representado por Josep Tarradellas, consejero de Finanzas y Carles Pi Suñer, decidió entregar el tesoro compuesto de piezas de joyería de gran valor y de todos los bienes custodiados por la Generalitat al presidente de la Republica Española, Juan Negrín, y a su ministro de Hacienda, Menéndez Aspe, a cambio de una compensación monetaria. La Generalitat ingresó 1 638 000 francos con sede en Francia. El anunciado cambio de los Mossos d'Esquadra por los carabineros de Negrín para la custodia del tesoro fue la causa del malestar que resolvimos fácilmente el señor Tarradellas y yo.



Josep Tarradellas tras una reunión en su despacho.



Aurelio Fernández Sánchez en su despacho.

El día 9 de febrero de 1939 Tarradellas pasó la frontera francesa con el presidente Companys, otros consejeros y altos cargos de la Generalitat y del gobierno de la República Española y el presidente del Gobierno Vasco. Cataluña había perdido la guerra. Tarradellas se dirigió a Saint-Raphaël, donde le aguardaba su familia en la torre Canto Cigalo, en la Costa Azul francesa.

El 19 de mayo de 1940 empezó la invasión alemana en Francia. Companys es detenido por los alemanes y los servicios secretos franquistas. El 15 de octubre de 1940 el presidente de la Generalitat fue asesinado en el Castillo de Montjuïc en Barcelona. En este mes, también Tarradellas es detenido en Le Violon, pero al cabo de cinco días lo dejan libre. Tarradellas le dijo a su padre que quemara todos los documentos de la Generalitat, pero Salvador Tarradellas decidió guardarlos en bidones metálicos escondidos en una zanja excavada en su casa de Saint-Martin-le-

Beau, ante el miedo de los registros alemanes.

El 3 de mayo de 1941, el gobierno del general Franco pide la extradición de Tarradellas al gobierno del Mariscal Pétain, pero este no lo autoriza. El gobierno de México presionó para que dejaran en libertad a Tarradellas, pero aun así estuvo detenido durante tres meses en la prisión de Aix-en-Provence, cerca de Marsella. El 27 de noviembre de 1942, Tarradellas se traslada a Grenoble; entró clandestinamente en Suiza, donde fue detenido, y consiguió la libertad gracias a las gestiones del gobierno de México. Vivió en la pensión Georgette, de Lausana, con Ventura Gassol y Carles Martí Meced. En la primavera de 1943, su mujer Antonia Maciá y sus dos hijos se reunieron con Tarradellas en Suiza.

Con la liberación de Francia por los alemanes, Tarradellas vuelve a París y viaja por Francia para reconstruir Esquerra Republicana de Cataluña, hasta conseguir reagrupar el partido a su entorno. El 7 de agosto de 1954, con la dimisión de Josep Irla, Josep Tarradellas es nombrado presidente de la Generalitat de Catalunya. Supo sobrevivir en el exilio haciendo uso de un poder que solo se reflejaba en las cartas, ostentando el poder al precio que fuera.

En sus memorias Joan Pons Garlandí^[19], uno de los fundadores de Esquerra Republicana de Cataluña y miembro del Comité Central de Milicias Antifascistas y de la Junta de Seguridad de Cataluña, habla del caso de los maristas:

Aurelio Fernández presentó al Pleno del Comité Central (en los plenos siempre había representantes de la Generalitat, de derecho lo eran Josep Tarradellas y Josep Soler Arumí) un asunto muy delicado y fue de los primeros y el único que sacó de esta naturaleza. Nos pidió que el Pleno del Comité Central juzgase a once frailes maristas. Aún hoy no acabo de comprender por qué presentó este asunto al pleno. Hubo disputas violentas entre faistas y republicanos del comité. El caso no fue juzgado por el Pleno del Comité. No era de su incumbencia por un acto de conciencia de no intervenir en casos de esta naturaleza. Más tarde y por orden de Aurelio, sus «nanos» se encargaron de sustituir los escrúpulos de conciencia y de jurisdicción del Comité Central.

El ministro de Justicia Manuel de Irujo en el informe sobre la situación que se vive en Barcelona cita también el caso de los maristas:

El asesinato de varias decenas de maristas. Estos señores contrataron por dinero, varios cientos de miles de francos franceses, sus pasaportes, con un tal Aurelio Fernández. Este comenzó a extraer a los maristas, cumpliendo lo convenido. Depuesto el enjuague, mandó fusilar a los que quedaban. Me costó mucho trabajo y la ayuda eficaz del presidente de la Audiencia, del juez de instrucción correspondiente y de otras gentes, el impedir que fusilaran a setenta que primero quedaron encarcelados y después fueron puestos en libertad.

Memorias. Versión Castellana. J. Pons i Garlandí

La escena que recoge en *El eco de los pasos* entre Juan García Oliver y Josep Tarradellas demuestra conocer el caso de los maristas.

Josep Tarradellas a Juan García Oliver: «No salgo de mi asombro. Me hablas de asuntos que ignoro totalmente. Aquellos eran tiempos del Comité de Milicias, único organismo que tenía autoridad en esa clase de asuntos. Yo te repito, estoy en la más absoluta ignorancia». Juan García Oliver, persona de carácter, le contesta:

«¡Tarradellas! no he venido a divagar. Y tengo una memoria muy feliz. Si Aurelio Fernández no sale en libertad en ocho días, el proceso que se le sigue tendrá que ampliarse a Josep Tarradellas y a alguno más. Porque estoy dispuesto a atestiguar que tú y Lluís Companys participasteis en la iniciativa de negociar la libertad de los maristas mediante pago. Que por parte de ellos, de unos centenares de miles de francos franceses».

Las pruebas expuestas son lo bastante elocuentes como para poder afirmar que los gobernantes de la Generalitat de Catalunya estaban al corriente de la persecución y el chantaje de docientos mil francos franceses que los dirigentes de la CNT-FAI —con cargos de responsabilidad en la Consejería de Interior de la Generalitat de Catalunya y en el gobierno de la República Española— estaban realizando a la Institución Marista, y que este dinero cobrado por Aurelio Fernández fue entregado a Josep Tarradellas, que entregó a José Asens para ser trasladado y depositado en Suiza para la compra de armas.

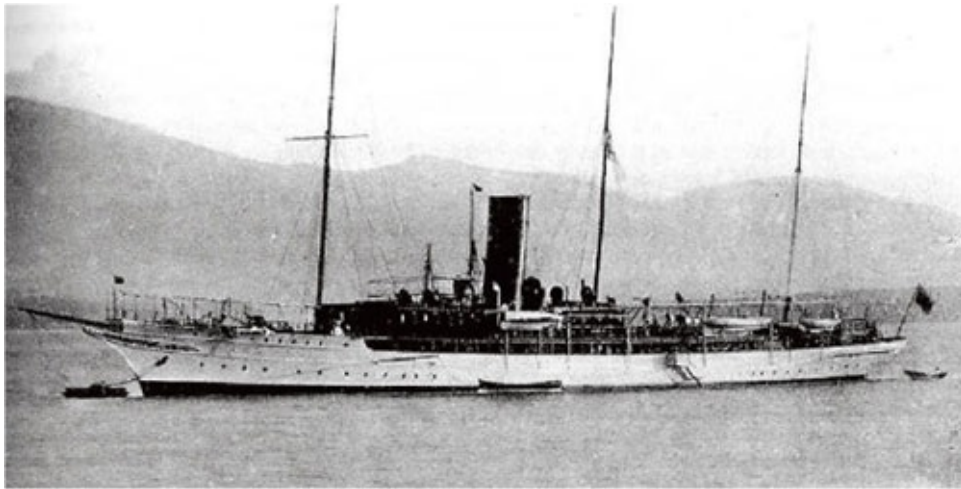
Otros acontecimientos relevantes

El «Tesoro de guerra» de la República

No solo fueron estos doscientos francos franceses pagados por la Institución marista los que fueron a parar a Ginebra (Suiza), también lo fue una sección importante de las colecciones artísticas del Museo del Prado, de la Casa de Alba, etc. Estos fondos estaban compuestos de unos 350 cuadros (115 obras de Goya, 85 de Velázquez, 43 de El Greco, 38 de Tiziano, 25 Rubens, Murillos, etc.), también unos 1900 tapices, manuscritos, etc. En febrero de 1939, veintidós vagones de la Sociedad Ferroviaria Francesa llegaron a Ginebra con la carga de uno de los mayores traslados de obras de arte de nuestra historia. Tras finalizar la guerra, las obras depositadas en la sede de la Sociedad de Naciones por el gobierno republicano fueron devueltas al gobierno de Franco. En 1942, el capital español depositado en Suiza se elevaba entre mil quinientos y dos mil millones de francos, superando los fondos franceses.

Cabe recordar que el gobierno republicano obligó por decreto a la banca privada a entregar la cantidad de 5 026 613 pesetas y moneda extranjera; se ordenó vaciar todas las cajas de seguridad de todos los bancos, etc. La previsión y diligencia de Juan Negrín había consistido en el sistemático expolio de bienes privados y públicos. Desde alhajas, monedas de oro y plata del Museo Arqueológico de Madrid. En estas incautaciones habían quedado destruidas invalorable obras artísticas.

Pero la más importante decisión fue la utilización de los fondos obtenidos y los sucesivos envíos de bienes incautados a lo largo de la contienda por orden del gobierno de la República, presidido por Francisco Largo Caballero, a iniciativa de su ministro de Hacienda, Juan Negrín. La más nefasta fue la operación de traslado de las reservas de oro del Banco de España desde su depósito en Madrid hacia la Unión Soviética. A medida que empeoraba la situación bélica, Negrín se extralimitó en sus facultades y en el mes de septiembre de 1936 se transportaron, desde los depósitos del Banco de España en Madrid a Cartagena, diez mil cajas de oro fino que contenían más de quinientas toneladas de oro puro, casi todo en monedas, junto con todas las reservas de plata. Cerca de una cuarta parte de todo el oro se envió a Francia para usos comerciales. El total fue de 174 toneladas de oro puro.



El barco VITA en su ruta hacia México portando una parte del tesoro robado al pueblo español.

El 25 de octubre de 1936 se embarcaron en Cartagena con destino a Rusia la mayor parte de las reservas del Banco de España: siete mil ochocientas cajas llenas de oro, amonedado y en barras. Llegado el cargamento a su destino, el 5 de febrero de 1937 las autoridades soviéticas extendieron un recibo por 7800 cajas, firmado por el embajador español Marcelino Pascua, el comisario del Pueblo para las Finanzas G. F. Grinko y el comisario del Pueblo suplente para Asuntos Exteriores N. N. Krestinsky.

Sin contar el valor numismático de las monedas y piezas que configuraban la mayor parte del oro, dado que solo trece cajas contenían lingotes, únicamente el valor del oro puro en el mercado equivalía a unos 518 000 000 de dólares de la época. En las 7787 cajas que no contenían lingotes había millones de piezas de oro: dólares americanos, pesos argentinos, chilenos y mexicanos, francos austriacos, belgas, franceses y suizos, florines holandeses, soberanos ingleses, marcos alemanes, liras italianas, escudos portugueses, rublos rusos y pesetas españolas. Que tal como lo describe José María Zavala, con esta inmensa fortuna se habría alfombrado casi toda la superficie de la Plaza Roja de Moscú. Con el traslado y entrega de las reservas del Banco de España en oro a Moscú, la República quedó hipotecada financiera y militarmente con la Unión Soviética.

Un expolio fue también el traslado de cerca de doscientos bultos a París; entre cajas y maletas repletas de joyas, valores y otros objetos procedentes de depósitos bancarios y del desvalijamiento de cajas particulares ordenado por el propio gobierno republicano, dinero y bienes que pertenecían a los ciudadanos españoles cuyos domicilios fueron saqueados. En estas cajas y maletas había oro en lingotes y acuñadas colecciones de monedas también de oro de gran valor numismático, objetos artísticos, de culto, etc. Con parte de estos recursos Negrín fundó el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles, que era al mismo tiempo un medio de control político sobre la emigración.



Detalle de una iglesia saqueada en 1936 en Barcelona.



Desfile de niños con signos comunistas.

En marzo de 1939, poco antes de terminar la guerra, parte de lo expoliado fue embarcado en Francia con rumbo a Veracruz en México, en el barco Vita^[20] con unos doscientos veinte bultos. Llegado este cargamento a México, Indalecio Prieto se adelantó a todos: de acuerdo con el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, conocido por su extrema corrupción, se apropió del barco a poco de llegar este a Tampico. Luego frustró las maniobras de Negrín recurriendo a las Cortes en el exilio para disponer de este dinero. Este auténtico tesoro, unas ciento diez maletas y una gran cantidad de cajas, le reportaron unos 9 500 000 dólares. Con los fondos así obtenidos, Prieto montó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, que disputaría al Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles el control sobre los políticos exiliados mediante pensiones más elevadas, y sufriría también acusaciones de corrupción y favoritismo.

Un informe del Banco de México confirma que entre enero y mayo de 1940, la JARE de Indalecio Prieto envió al Banco de México un cargamento de oro fino de 1 488 105 kilogramos para que procediera a fundirlo; una parte fue expedida a Estados Unidos.

Otro ejemplo del llamado «tesoro de guerra» acumulado fuera de España desde el inicio de la contienda fueron las remesas de divisas que Juan Negrín consiguió que el Banco de España transfiriese al Banco de Francia. La primera suma transferida se

elevaba a 21 964 444 libras esterlinas que fueron a parar a cuentas privadas de personas identificadas con la República; entre los beneficiarios figuran:

- Luis Araquistain y Alberto Otero compartían un saldo de 851 millones de francos repartidos entre el Chase Bank, Crédit Lyonnais, Banque de L'Europe, Banque Commerciale, Eurobank, y Dreyfus.
- Álvaro de Albornoz era titular de 125 000 000 francos en el Chase Bank.
- Félix Gordón y Rafael Méndez disponían de 823 638 265 de francos en el Midland londinense y en el Eurobank de México, además de 129 000 000 de francos en el Banco de México compartidos con Luis Prieto, hijo de Indalecio Prieto.
- Pedro Brá, P. Brea y Rafael Méndez eran titulares de 254 105 000 de francos repartidos entre los bancos Unión Parisienne, Eurobank, Crédit Lyonnais, y Banque d'Europe du Nord.
- Rafael Méndez tenía 144 730 000 de francos en el Crédit Lyonnais de París y en el de Nueva York, de cuya cuenta era también titular Luis Prieto.
- Daniel Fernández Shaw disponía de 13 249 070 de francos en el Midland londinense y en el Eurobank.
- Fernando de los Ríos y Rafael Méndez eran titulares de 225 645 000 de francos en el Banco Comercial de Washington.
- Juan Negrín, titular de una cuenta en el Eurobank con un saldo de 370 000 000 francos, según constaba en libros y documentos del Banco de España. Así puede entenderse cómo, a punto de finalizar la guerra, el jefe del gobierno republicano residía en una lujosa vivienda situada en el número 24 de la Avenue Charles Floquet, en el Champ de Mars, por la que pagaba una renta mensual de 3200 francos.

Los refugiados

A continuación exponemos otra serie de datos con el fin de establecer una sencilla comparación.

Entre finales de enero hasta el 10 de febrero de 1939 pasaron la frontera de Francia 353 000 personas, 180 000 de las cuales eran soldados; el resto personal civil: 68 000 niños, 64 000 mujeres, 11 000 hombres adultos y 9000 ancianos. El gobierno francés se vio ante un crudo problema: ¿cómo alojar a los cientos de miles de desdichados que llegaban de España? La mayor parte de los refugiados republicanos fueron internados miserablemente en campos de concentración: en Argelès-Sur-Mer llegaron a ser 65 000 hombres, en Saint-Cyprien 80 000, en Barcares 35 000, en

Agde 18 000, en Gurs 12 000, etc. Estos lugares quedaron grabados en muchas memorias como lugares de tormento.

Bastantes refugiados lograron eludir los campos o fugarse de ellos, pero en un país con idioma desconocido para casi todos y sin trabajo no pocos cayeron en la indigencia. Aumentaba su amargura los rumores sobre pingües tesoros procedentes de saqueos llevados a cabo en España, repartidos con arbitrariedad y en beneficio de los dirigentes republicanos. Los anarquistas catalanes habían entregado a la Generalitat de Companys, algo ingenuamente, gran parte del producto de sus expolios. Pese a todo, la CNT-FAI había retenido un botín considerable que también se esfumó. Elocuente es la afirmación que hace Juan García Oliver: «Los depositarios se estaban comportando como propietarios de los fondos». En sus memorias Cipriano Mera, el dirigente anarquista, es mucho más contundente: «Los dirigentes republicanos estáis manejando un tesoro que no os pertenece y del que tendréis que rendir cuentas el día de mañana. ¡No lo olvidéis!». Por desgracia estos dirigentes nunca rindieron tales cuentas.



Caricatura de Indalecio Prieto estableciéndose en América.

Lo cierto es que para la gran mayoría de los exiliados su éxodo fue un drama. La situación de los españoles en Francia se agravó con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. El 1 de septiembre de 1939 Francia fue prácticamente ocupada por las

tropas alemanas, situación que daña terriblemente a los españoles amontonados en campos de concentración.

De todas las dificultades que sufrieron estos exiliados cabe remarcar el gran número de españoles republicanos desaparecidos en los campos de concentración alemanes. De los 25 000 reclusos sobrevivieron la quinta parte. Estos detenidos llegaron a los campos como prisioneros de guerra o como detenidos políticos. En quince de los veintidós campos de concentración dirigidos por el aparato represivo alemán donde se vivía una larga agonía y muerte lenta, hubo muchos prisioneros de nacionalidad española, solo superados por judíos y soviéticos.

El Genocidio de Paracuellos de Jarama *(Madrid)*

El hombre, por su naturaleza, está deseoso conocer su pasado. A lo largo de los últimos años ha surgido en España un movimiento para «la recuperación de la memoria histórica» relacionada con los hechos de la Guerra Civil de una forma sesgada y deformada. Al estudiar la España de este período, que bien lo podemos calificar de triste y cruel, nos percatamos de que en los dos bandos, con distintos fines, está plagada de intrigas y episodios que acabaron con la Segunda República.

Nos vamos a centrar en el episodio más emblemático de represión republicana ocurrido en el territorio dominado por el Frente Popular^[21]: Paracuellos de Jarama.

El tiempo transcurrido nos da una perspectiva adecuada para sintetizar lo acontecido en Paracuellos de Jarama. Vamos a detenernos en las circunstancias, las personas allí asesinadas sin previo juicio o por la mera sospecha de ser acusados de fascistas o de derechas y en los responsables de esta masacre. Dejamos constancia de que los responsables directos que ordenaron los asesinatos masivos prohibieron la toma de fotos, filmaciones estos asesinatos y hicieron lo posible por hacer desaparecer la documentación y los testimonios.

Quizás lo que escribe Antonio Montero Moreno al hablar de Paracuellos de Jarama sea la mejor síntesis de lo allí ocurrido: «Las ejecuciones llevadas a cabo en Paracuellos de Jarama constituyen un capítulo aparte tanto en la historia de Madrid como en el resto de las provincias afectadas por la persecución... impresionante holocausto».

Paracuellos de Jarama, Torrejón de Ardoz...

Paracuellos de Jarama está situado en un municipio situado en la Comunidad Autónoma de Madrid, a unos veinte kilómetros al nordeste de la capital. Se ubica al pie del Cerro de San Miguel, en la proximidad del aeropuerto de Madrid-Barajas.

Por lo sucedido en Paracuellos, vale la pena que hagamos una sucinta descripción del lugar donde ocurrieron los hechos.

Era un lugar con caminos poco transitados y suelo arenoso y suelto, fácil de excavar. Existía allí un grupo de pinos dentro de su recinto. Bajo esos pinos se detenían los camiones. Se entrecruzaban la carretera local de Madrid a Belvis y Cobeña y el arroyo seco de San José. En él hacían bajar a los presos y allí aguardaban su turno, presenciando el fusilamiento de sus compañeros.

En este municipio madrileño se cometió el mayor genocidio llevado a cabo por las fuerzas del Frente Popular y de todos los tiempos de la Historia de España. En la actualidad se han contabilizado más de cinco mil personas allí asesinadas. Tal como lo escribe el doctor en Historia César Vidal en su obra *Paracuellos Katyn*, estudio que nos ha servido de referencia en estas investigaciones.

Las ejecuciones llevadas a cabo en Paracuellos no constituyen un hecho aislado en el Madrid de 1936, se dan muchos otros en la zona ocupada por el Frente Popular.

La consigna de esta masacre nos la ofrece el ejecutor material, Enrique Castro Delgado, creador del 5.º Regimiento de Milicias en el libro por él escrito con el título *Hombres made in Moscú*:

Allí están los que no han escapado, serios, lívidos, rígidos... Castro sonrío al recordar la fórmula: Matar... matar, seguir matando hasta que el cansancio impida matar más [...] Después [...] Después construir el socialismo. Que salgan en filas y se vayan colocando junto a aquella pared de enfrente, y que se queden allí de cara a la pared... ¡Daos prisa! La fórmula se convirtió en síntesis de aquella hora [...] Luego un disparo... Luego muchos disparos... La fórmula se había aplicado con una exactitud casi maravillosa. Y por si aún fuera posible ensombrecer la tragedia, la Pasionaria le dice: «Camarada Castro, el Partido se siente orgulloso de ti... toma esta pistola que te regala el Partido. ¿Qué sentiste en los primeros momentos? ¿No dudaste?». Y el contestó «No había razón para ello, Dolores». Ella se rio, todos reían. Él se sentó, recordaba a los muertos y sonrió. Estaba satisfecho. Estaba contento.



Una pancarta a favor de la URSS.

Los sucesos se repiten, basta recordar el 20 de julio, fecha en que fueron

ejecutados más de doscientos defensores del Cuartel de la Montaña; la masacre de los días 11 y 12 de agosto en Villaverde (Madrid) en los «trenes de la muerte» de Jaén. Los doscientos presos con el obispo, doctor Basalto, su hermana y su vicario general fueron ametrallados en el Pozo del Tío Raimundo. Diez días después, primera matanza colectiva en la cárcel Modelo, con unas cien víctimas muy seleccionadas.

Y no solo esas, también hay que recordar las numerosas matanzas colectivas tales como la ocurrida en el pueblo de El Arahal (Sevilla), donde las fuerzas populistas anticipándose a la entrada de las fuerzas nacionales rociaron de gasolina la prisión y la incendiaron. Todos menos uno perecieron abrasados vivos. Casos parecidos se dan en otros lugares de España. Como ejemplos traemos al recuerdo los marinos de Cartagena arrojados al mar; los fusilamientos masivos de las prisiones de Úbeda, Ciudad Real, Toledo, Almería, Lérida, Málaga, San Sebastián, Guadalupe, Castellón, Ibiza, Fuenteovejuna, Albacete, Consuegra, Cebreros, Ocaña, Monasterio de Cóbreces, Guadalajara, Bilbao (prisiones de Ángeles Custodios, Larrinaga, La Galera y Carmelo) y Martos. Y en los barcos-prisión Uruguay en Barcelona; Río Segre de Tarragona; Isla de Menorca de Castellón; Astoy Mendi de Almería; Cabo Quilates y Altuna Mendi de Bilbao; Atlante de Mahón, y Alfonso Pérez de Santander, así como en los terroríficos pozos de Tahal y de La Lagarta en Almería, y los de Carrión de Calatrava y Herencia (Ciudad Real).

Torrejón de Ardoz

Torrejón de Ardoz es otro de los lugares emblemáticos que junto con Aravaca guardan restos mortales de las barbaries que en estas fechas se cometieron. Allí eran trasladadas personas en camiones procedentes de Porlier.

Las expediciones de la noche del 7 al 8 de noviembre procedentes de la cárcel de Porlier iban también destinadas a Paracuellos, pero la magnitud de los asesinatos de los días anteriores había desbordado las previsiones hasta el punto de no disponer de fosas en Paracuellos, donde permanecían sangrantes e insepultos los cadáveres del día 7.

Debido a esta saturación, las expediciones las encaminaron a Castillo o Soto de Aldovea, en el término de Torrejón de Ardoz, donde había una acequia en desuso de más de 150 metros de longitud, lugar donde les dieron muerte y cubrieron de tierra. Acabada la guerra se construyó un monumento en el lugar, se exhumaron con toda formalidad los 414 cadáveres, de los que solo algunos pudieron ser identificados. En féretros individualizados se trasladaron al Camposanto de Paracuellos.

¿Cuántas víctimas reposan en el Camposanto de Paracuellos?

No nos es posible, a pesar de nuestro deseo e investigaciones, señalar cifras exactas. El número de sepultados en Paracuellos, incluidos los traídos de Boadilla del Monte, Rivas-Vaciamadrid, Torrejón de Ardoz y de otros lugares próximos (excluyendo los 800 del cementerio de Aravaca) supera con mucho las cifras señaladas por recientes estudios.

Para dar una cifra exacta y fiable sobre el número de personas allí enterradas, tropezamos con el hecho de que al número de presos sacados de las cárceles madrileñas mediante listas nominativas se deben sumar los innumerables que allí se ejecutaron en pequeños grupos o individualmente y por el traslado a nuevas zonas contiguas a las de Paracuellos de los que no se conserva referencia escrita.

Siguiendo estudios recientes y escrupulosos como los efectuados por Jaime Alvar. Ezquerro, la cifra de personas identificadas y fusiladas en Paracuellos y Torrejón debe cifrarse en 4200 personas. A este número escalofriante, habría que añadir los que no se han podido identificar.



¿Cuántas víctimas reposan en el Camposanto de Paracuellos de Jarama? Madrid.

La cifra de 8354 personas es la que cita el Archivero-Historiador de la Real Academia de la Historia, que fue testigo de cargo al haber estado en checas, calabozos y prisiones.

¿Cómo hacían desaparecer a las personas allí trasladadas?

El medio de transporte empleado habitualmente eran los camiones. Llegados estos al grupo de pinos en el campo de Paracuellos, bajaban a los detenidos en grupos de 10 a 25, los conducían atados caminando a unos doscientos metros, en dirección al cerro junto al borde de las fosas, donde piquetes de treinta o cuarenta milicianos les disparaban; luego los arrojaban a las fosas sin comprobar si estaban muertos o no. Los encargados de realizar este trabajo eran los enterradores y personal reclutado por la fuerza en el pueblo de Paracuellos que les cubrían de tierra.

Las zanjas en las que se sepultaron a tantos miles de personas fueron siete, la n.º 4 de 160 x 4 metros, era la mayor; la n.º 6 tiene 120 x 8 m; la n.º 5, 80 x 8 m.

Poder político en el Madrid de 1936

Llegados aquí se nos abren interrogantes entre ellos, el siguiente: ¿Pero cómo es posible llegar a estos extremos? No encontramos explicación a tanta violencia. Algunas nos pueden ayudar a comprenderlo. Si observamos y nos detenemos en las doctrinas y actos llevados a cabo por los representantes de ciertos partidos políticos que ejercían el poder, nos pueden ayudar a entenderlo. Con este fin y sin entrar en su desarrollo mostramos algunos ítems de reflexión, tres en concreto.

Las memorias de Winston Churchill recogen uno de los juicios más lúcidos relacionados con la España de entonces:

Lenin afirmó que los comunistas debían prestar su ayuda a todo movimiento orientado hacia la izquierda, promover la implantación de gobiernos constitucionales débiles, de signo radical o socialista. Después socavarían esos gobiernos y les arrancarían de sus manos vacilantes el poder absoluto instituyendo un estado marxista. El procedimiento es bien conocido y ha sido comprobado... ha sido seguido de manera casi literal por los comunistas en España.

No olvidemos que el Madrid de los meses de julio de 1936 y sucesivos estaba bajo el control de dirigentes del Frente Popular.



Propaganda de los antifascistas españoles.

Las personas que estaban al frente fueron colocadas por el gobierno republicano, con la finalidad de implantar o establecer los principios revolucionarios, entre ellos, hacer desaparecer segmentos enteros de población no afines a estos principios, motivo por el cual actuaban premeditadamente deteniendo a personas sospechosas de antirrepublicanas, los llamados fascistas. Figuraban en primera línea: empresarios, militares, sacerdotes, religiosos y gente que iba a misa. Cualquier sospecha o delación de fascista sobre una persona era motivo de detención y encarcelamiento.



Propaganda comunista en Madrid.

Los verdaderos responsables

No pretendemos enumerar a todas las personas que tuvieron responsabilidades en el genocidio de Paracuellos, pero no podemos dejar de citar algunas.

Comenzamos diciendo que la responsabilidad de los asesinatos de Paracuellos parece haberse centrado de manera principal o casi exclusiva en Santiago Carrillo. A día de hoy debemos constatar que semejante enfoque resulta confuso. Es verdad que Carrillo fue culpable de las matanzas llevadas a cabo en el Madrid de estos días. Sin embargo, sería un grave error intentar limitar la responsabilidad a este personaje. Con todo debe afirmarse que sobre la responsabilidad ejecutoria de Carrillo no hay duda de que sabía lo que estaba sucediendo, ya que él formaba parte del cuerpo diplomático como lo era Félix Schlayer y autoridades republicanas^[22].

El Estudiante, vecino de Aranjuez, antiguo enterrador del cementerio de Paracuellos y antiguo miliciano presente en la checa Escuadrilla del Amanecer de la calle Marqués de Cubas, 17 de Madrid y en el cuartel de Asalto de la calle Pontones, en una carta imputa a Carrillo y a otros de sus colaboradores, tales como a la

miliciana Sagrario Ramírez, Santiago Escolana y Ramírez Roig de matanzas y hechos violentos y crueles. La responsabilidad de Carrillo en a las matanzas de Para cuellos está más que demostrada en documentos.

Carlos Semprún Maura afirma que Carrillo reconoció en el exilio y *off the record* su responsabilidad en dichas matanzas.

Sin embargo si bien Carrillo se mostró un eficaz ejecutor, las responsabilidades no recaen solo sobre él.

Margarita Nelken colaboró en la operación de sacas obteniendo del director general de Seguridad Muñoz, masón y de Izquierda Republicana, un mandato para proceder a realizar las que deseara.

Las cárceles de Madrid y el ambiente que en ellas se vivía

No llegaremos a comprender lo que fue Paracuellos sin detenernos en la población reclusa y las sacas que desde ellas salían.

Vamos a tratar de dar una idea del ambiente de pánico que se vivía en la España dominada por el Frente Popular deteniéndonos en Madrid capital y ciudades colindantes, basándonos en las memorias que relatan algunos de sus supervivientes.

Las cinco cárceles más famosas, y sobre las que el Frente Popular de Madrid ejercía su control y mando, eran: la Modelo, hoy desaparecida, en la que se hacinaban unos ocho mil presos. Estaba situada en la plaza de la Moncloa, en el mismo emplazamiento del actual Ministerio del Aire.

La de Ventas, también desaparecida, en la calle del Marqués de Mondéjar, construida como prisión de mujeres. Desde el 24 de julio fue habilitada para hombres, con unos mil quinientos presos.

Las de los colegios escolapios de San Antón, en la calle de Hortaleza y de General Díaz Porlier, habilitadas para prisiones. En cada una de las cuales se amontonaban en aulas, galerías y pasillos más de dos mil quinientos detenidos.

La población reclusa de Madrid a fines de octubre era de unos quince mil presos. Cifra que crecía cada día a causa de las numerosas detenciones.

El trato recibido y el ambiente de los reclusos era muy parecido en las prisiones mencionadas.

El hacinamiento de presos era evidente, faltaba superficie para poder reposar, no lo podían hacer ni en el suelo. Los presos carecían de comunicación alguna con el exterior y familiares; el hambre, el frío, la falta absoluta de higiene, vejaciones y padecimientos, era lo que allí se vivía. A todo esto hemos de añadir el temor de ser ejecutados, lo que les hacía vivir en una agonía permanente.

Cuanto se diga del fervor religioso respirado en aquellas prisiones es pálido reflejo de la realidad. Desde el momento de ingresar en la cárcel la primera

preocupación de todos era la de dirigirse a un sacerdote para encontrar consuelo espiritual y pedir la absolución. La regla que los confesores impartían era esta: «Si te preguntan si eres católico, no puedes negarlo, si te preguntan sobre materias políticas o de otra naturaleza es lícito desfigurar la verdad, la vida es lo fundamental y todo ser viviente debe luchar por ella». No se sabe de nadie, entre la multitud de presos asesinados o interrogados, que apostatará o renegará de su fe ante el riesgo de morir.

De continuo y disimuladamente, sentados en el suelo, tumbados en los petates o dando vueltas por el patio, se rezaba, principalmente el rosario y otras oraciones. En este aspecto el anecdotario carcelario es inacabable y espléndido.

El académico de la historia y almirante Julio Guillén Tato, en su libro *Los últimos días de la cárcel Modelo* al referirse a la matanza del 22 de agosto en la Modelo escribe lo siguiente: «Después de confesarme y puesto a bien con Dios y con los hombres, siento en mi alma una inmensa ternura [...], y como para morir en gracia de Dios es preciso perdonar, yo perdono a mis verdugos, como Cristo perdonó en la cruz».

Y el archivero-historiador Arsenio de Izaga, en su obra *Los presos de Madrid*, escribió: «La cárcel fue el yunque moral en que se forjaron las almas de aquellos héroes y de aquellos mártires».

Tan contagioso resultaba este fervor que alcanzó a muchos que tenían olvidadas sus prácticas religiosas, como sucedió a los políticos Melquíades Álvarez y Rafael Salazar Alonso, ambos con antecedentes masónicos, que murieron absueltos y en el seno de la Iglesia. Igualmente contagioso y ejemplar fue el espíritu de patriotismo del que fueron figuras destacadas multitud de militares y seglares, singularmente el teniente coronel Carlos Noreña, cuyo ejemplo imitaron muchos de sus compañeros.

Ramiro de Maeztu, filósofo, humanista, político, exembajador en Argentina y diputado por Guipúzcoa, fue detenido el 28 de julio en el domicilio de su amigo Vázquez Doderó y posteriormente asesinado. Él mismo relata las vicisitudes vividas como prisionero en Ventas:

Entraron unos milicianos con la orden de detención en la que constaba tener un oratorio en el piso. Golpearon la puerta con los fusiles y preguntaron por Ramiro. Se les presentó espontáneamente: «Aquí me tenéis, soy Maeztu»; los milicianos nada sabían de Maeztu, le creían el cura del oratorio. Para asegurarse, los milicianos vuelven a llamar por teléfono a la Dirección General de Seguridad, que les confirma su detención. El comisario de Buenavista, y estando el coche de los milicianos a la puerta, le anunció su libertad, pero siendo ya la medianoche Ramiro optó por quedar detenido y conducido a la cárcel de Ventas en la que ocupó una celda del piso 3.º. Tuvo por compañeros, entre otros, a Federico Santander, Santiago Magariños, Vázquez Doderó y el Doctor Lemus.

Su celda parecía una cátedra en la que se olvidaban de la condición carcelaria.

En la cárcel de Ventas, el día 27 se mandó formar a los militares pidiéndoles con amenazas que dieran un paso los que deseaban ser fieles a la República, nadie lo dio. Los compañeros de cautiverio aplaudieron su gallardía. Las represalias no se hicieron esperar. Durante la noche, por orden de la Dirección General de Seguridad, 32 presos

de esta cárcel fueron llamados para salir, entre ellos Ramiro de Maeztu.

Indalecio Prieto escribió más tarde: «El fusilamiento de Ramiro de Maeztu fue uno de tantos crímenes injustificables y estúpidos».

Otro acontecimiento a reseñar es el vivido en la cárcel de Porlier el día 3 de noviembre: entraron en la 2.^a galería a las seis y media de la tarde, catorce o quince milicianos armados con el jefe de la checa de Bellas Artes o de Fomento. Formaron en filas a los militares, en medio del profundo silencio y firmes. Los carcelarios pasan revista, les tomaron sus nombres y graduación. Hecho el recuento: eran 162. El jefe les dirige estas palabras: «La Patria invadida por el fascismo está en peligro, todos deben defenderla», y pide un paso al frente a los que quieran hacerlo. Solo lo dan cuatro: un coronel, un capitán de la Guardia Civil, otro de Oficinas y un cadete. Indignado el jefe grita: «¿No hay más? ¿Os negáis a luchar en defensa de la patria? Por última vez lo repito». Nadie se mueve.

Se dirige al soldado Arsenio Yelves Muñoz con estas palabras: «¡Eh, tú, soldado!, ¡hijo del pueblo!, ¿por qué te quedas con esos canallas? ¿Te han coaccionado?». El muchacho da un paso al frente, se cuadra y le pregunta: «¿En cuántos combates has participado tú, hijo del pueblo? ¿Por qué me mandas a luchar contra los míos? Ve tú, yo no voy». El cabecilla queda desconcertado. Entonces el capitán de la Guardia Civil y el cadete que dieron el paso al frente vuelven con sus compañeros. Ambos y el soldado Arsenio recibieron una brutal paliza.

Las sacas

Las famosas «sacas» es un hecho que nos ayuda a comprender el genocidio de Paracuellos.

Muy resumidamente citaremos su número, quién las organizaba, de algunas de ellas sus componentes y la, consternación de los presos cuando se presagiaba alguna.

Al producirse algún descalabro bélico en el ejército del Frente Popular, la reacción no se hacía esperar. La consecuencia eran las sacas, siempre con el pretexto de trasladar a los presos a lugares más seguros.

Durante la noche y la madrugada, las prisiones permanecían en penumbra por temor a la aviación nacional. Se obligaba a los presos a mantenerse en absoluto silencio. Se les reunía en la galería o patio y de repente un miliciano acompañado de otros, aparatosamente armados, leía a gritos, linterna en mano, la larga lista que llevaba. Podemos imaginar la zozobra y los sentimientos de angustia que esta lectura producía en los reclusos. A los nominados se les mandaba recoger sus cosas. Con el hatillo al hombro se despedían de sus amigos y compañeros a los que les hacían algún encargo de últimas voluntades y a medianoche o al amanecer salían silenciosos, resignados. Ya en filas, se les ordenaba dejar en el suelo sus envoltorios, se les

cacheaba por si aún llevan algo consigo, les ataban las manos con alambre o cable eléctrico, y amarrados de dos en dos por los codos subían a los camiones y bajo estrecha vigilancia se les anunciaba que iban a ser trasladados a otro lugar más seguro. Los camiones partían para su destino.

Referimos a continuación el movimiento de presos que por el sistema de sacas fueron conducidos al lugar elegido para ser asesinados.

El 29 de octubre salieron de la checa de Fomento cincuenta de los allí retenidos, siendo ejecutados en el camino de Boadilla. Sus restos, una vez acabada la contienda, fueron exhumados y trasladados a Paracuellos.

El primer día de noviembre, con las tropas nacionales próximas a Madrid, el agente soviético Koltsov, asesor de las autoridades del Frente Popular y desde agosto miembro de la Junta de Defensa, saca 79 presos de la cárcel de Ventas, en su mayoría estudiantes, obreros y labradores de los pueblos cercanos para fusilarlos en Aravaca.

En el mismo día sale de Ventas una saca de 29 presos llegados de la cárcel Modelo que, también fueron asesinados e inhumados en Aravaca.

En la madrugada del día 5 salen de la cárcel de San Antón dos camiones cargados por orden de la Dirección de Seguridad y de la Modelo otra larga expedición de la que forman parte el periodista Manuel Delgado Barreto, Director de *La Nación*; el futbolista del Real Madrid Monchín Triana, y el jefe Territorial de F. E. de Galicia, Juan Canalejo. Y de la cárcel de Porlier otro más en la que iban el magistrado Pablo Callejo y un auditor de Guerra.

En la tarde del día 6, después de la toma de posesión del nuevo delegado de Orden Público, hay nuevas sacas de las cárceles Modelo y de Porlier. Los organizadores ya habían abandonado también el campo de ejecuciones de Rivas-Vaciamadrid, sustituyéndolo por el de Paracuellos.

En la saca del día 7 de la cárcel Modelo, se ejecutaron 1300 hombres pertenecientes a las Fuerzas Armadas de los tres ejércitos. En este grupo se perdieron cuantiosos generales, jefes y oficiales. La Iglesia perdió a más de cuarenta religiosos y sacerdotes. Numerosas familias perdieron a todos sus miembros varones. Quedaron viudas unas 800 mujeres, y huérfanos de padre, unos dos mil hijos de distintas edades. Se dispone de datos que certifican casos de padres, hijos y hermanos asesinados juntos.

Sirvan de ejemplo: el farmacéutico Luis Madariaga Moras y sus hijos Ángel y Luis Madariaga Cenedese, abogados; los cuatro hermanos Antonio, Carlos, Emilio y José María Paramés de Casa Buylla, de ellos dos abogados, un arquitecto y un ingeniero; Gregorio Sáenz de Heredia y sus hijos José y Joaquín, estudiantes, de 21 y 20 años; el militar Francisco Serrano Alguacil y sus hijos Manuel y Alfonso Serrano y García-Ibáñez, también militares; el militar Enrique Sicluna Burgos y sus hijos Luis y Enrique, estudiantes de 23 y 16 años; el abogado Mariano Soria Monje y sus tres hijos, Rufino, Mariano y Luis, de 24, 22 y 19 años; los hermanos Enrique e Ignacio Triana Arroyo, hermanos del antes nombrado Monchín, jugador del Real Madrid; y

los hermanos Florencio y José Luis Vadillo Alcalde, estudiantes de 17 y 21 años.

En la misma expedición salieron también los abogados Jesús Cánovas del Castillo, Agustín Minguijón (hijo del catedrático aragonés de Historia del Derecho), Manuel Sarrión (del bufete de José Antonio), el exministro de Trabajo de la República Federico Salmón, el estudiante de 16 años Manuel Ruiz Gómez y Ricardo de la Cierva Codorniú, padre del actual historiador.

Los tenientes generales José Rodríguez Casademunt y Jorge Fernández-Heredia Adalid, este formando pareja con el coronel de E. M. Francisco Zamorra Agustina; el Almirante Juan Magaz Fernández de Henestrosa, el general de Marina Esteban Martínez Cabañas, el intendente Pedro Pombo y Romero Robledo; los coroneles: de Artillería, Alfonso Cano Orozco; de caballería, Victoriano Moreno Pérez-Brito; de infantería, José Salcedo Cárdenas, y de E. M. Nicolás Prat Court, e infinidad de jefes, oficiales, clases e individuos de los cuerpos armados, como el capitán aviador Juan Ponce de León, más seis padres dominicos, cinco agustinos, tres escolapios, tres sacerdotes seculares, dos franciscanos, dos paúles, un canónigo de Alcalá de Henares y un padre de las ordenes de redentoristas, oblatos, jerónimos, y miembros de las congregaciones de los padres pasionistas, corazón de María y hermanos maristas.

En el mismo día 7 salió de la cárcel de San Antón otra enorme expedición en la que figuraban numerosos militares, marinos y estudiantes: el capitán de navío Gabriel Ferrer Otero; coronel de infantería Sinforiano Gómez Hernández y de Caballería José Góngora Rodríguez, el capellán castrense Rogelio López Arribas y los capitanes aviadores José Lorente Cancio y Guillermo Romero Hume, y otro militar, Carlos Hernández Herrera, con dos de sus hijos estudiantes.

Protesta diplomática^[23]

La extrema gravedad del crimen continuado en los días 6, 7 y 8 de noviembre tampoco pasó desapercibida para los diplomáticos extranjeros en Madrid, que puestos en movimiento investigaron los hechos y protestaron con energía ante la Junta de Defensa. Entre los diplomáticos, siempre respaldados por su decano el embajador de Chile, Aurelio Núñez Morgado, hemos de destacar por su eficacia, tenacidad y energía al encargado de Negocios de Noruega, Félix Schlayer, alemán de nacionalidad; además de obtener la presencia de la Cruz Roja Internacional representada por Schlayer, con el doctor Henny se trasladaron a los campos de muerte, excavaron, obtuvieron fotografías y testimonios. También visitaron las prisiones y a la Junta de Defensa.

A causa de la intervención diplomática, temiendo un escándalo mundial, se interrumpieron por entonces las sacas y matanzas de los presos que quedaban en la Modelo. Se les evacuó entre los días 14 a 16 de noviembre a las prisiones de Porlier,

Reanudación de las sacas

Parecía que con la intervención de Ginebra y su representante, las sacas se pararían. ¡Qué va! Al poco tiempo se vuelven a reanudar.

Tras breve paréntesis, fue el día 17 noviembre la cárcel de Porlier la escogida para sacar numerosos presos y maniatados fueron trasladados a las fosas de Paracuellos; el día 22 vuelven a su negra actividad las otras prisiones. Actividad que no se interrumpe hasta el 4 de diciembre en el que el nuevo delegado de Prisiones de Madrid, el sevillano Melchor Rodríguez, nombrado por el anarquista Juan García Oliver, hombre enérgico y de sentimientos humanitarios —si bien desgraciadamente no exento de antecedentes criminales como jefe del grupo Los Libertos— cortó radicalmente las sacas.

Pero lo que no pudo evitarse fue que el avión francés, que regresaba a Ginebra vía Toulouse con los representantes de la Cruz Roja, con informes, documentos y fotografías, fuera interceptado por un caza republicano. El avión pudo tomar tierra cerca de Pastrana, ya en tierra varios pasajeros fueron heridos entre ellos el doctor Henny.

Otro centro carcelario que hemos de recordar es el llamado cuartel o checa Spartacus, establecido en un convento de la calle de Santa Engracia. Servía de prisión a los que consideraban desafectos. En la tarde del día 19 de noviembre «sacaron» dos centenares de jefes, oficiales, con el pretexto de ser trasladados a Guadalajara. Su destino fueron las tapias de los cementerios de la Almudena y de Vicálvaro.

En San Antón hay otra nueva saca, el día 22, empleando un nuevo método para decidir sobre la vida de los detenidos. Basándose en los informes emanados de la Dirección General de Seguridad se interrogaba al preso que comparecía en pie ante la mesa presidida por dos, tres o cuatro milicianos pertenecientes al Comité de Vigilancia de Retaguardia, vestidos con cazadoras de cuero, correaes y cinturones repletos de balas al estilo mexicano. De entrada y en tono amenazante el presidente les decía: «¡Si no lo confieras todo, ya sabes lo que te espera!». Les interrogan sobre cosas y hechos absurdos. Para ellos ser católico equivalía a ser un fascista; la persona que iba a misa que confesaba creer en Dios era considerado enemigo del pueblo, no digamos si era militar o empresario. En pocos minutos terminaba el «juicio». En la mayoría de los casos los que hablaban eran los que constituían la mesa. Con este método dictaban sentencia. Como resultado de las sentencias así dictadas, recordamos lo acontecido en la cárcel de Porlier el 24 con la salida para Paracuellos de centenares de presos de todas las edades, profesiones y oficios.

En los siguientes días 25, 26, 28 y 29, hay nuevas sacas masivas de Porlier. En

una de ellas la familia madrileña del notario Alejandro Arizcun Moreno, de 56 años, con sus cuatro hijos: Ramón, 28 años, ingeniero; Francisco, 26, abogado; Luis, 24, médico; y Carlos, 17, estudiante.

En la cárcel de San Antón se organiza una gran saca, en la que van Muñoz Seca, de 55 años, casado con doña Asunción Ariza y con 9 hijos, creyente fervoroso, funcionario del Estado, autor de infinidad de obras teatrales. Por su prestigio y profesión pudo acceder a los despachos oficiales, tuvo conocimiento de lo que se preparaba, llegó a leer el listado de los componentes de la misma entre los que se encontraba. Ya detenido y encarcelado, su primera precaución fue la de acercarse a Tomás Ruiz del Rey a través de esta contraseña: «Padre, mañana nos matan; arreglemos nuestra alma con Dios». Escribió a su mujer: «Queridísima Asun: Cuando recibas estos renglones estaré fuera de Madrid. Voy resignado y contento...». Y al fin esta posdata: «Como comprenderás, voy muy bien preparado y limpio de culpas». A Francisco Javier de Burgos, también preso, le dijo: «Se me acusa de monárquico, por haber llevado a Roma para don Alfonso XIII el manto de la Virgen del Pilar. Con este manto voy a morir yo también...».

Entre los incluidos en esta saca del día 28 iba como compañero de Pedro Muñoz Seca, Guillermo Llop, prior de los hermanos de San Juan de Dios de Ciempozuelos, quien se despidió de sus doce religiosos con un simple: «Hasta el Cielo».

A las cinco de la madrugada, parte la comitiva camino de Paracuellos con un total de ciento diez compañeros: catorce hermanos de San Juan de Dios, el padre Juan Jesús Adrados, maestro de novicios, y otro padre con cinco hermanos de la comunidad, entre ellos el hermano Clemente Díaz, de 75 años, cuatro novicios, dos postulantes y un donado. Y el artista-pintor José María Angoloti, de 69 años, y los hermanos carnales Diego y Manuel MacCrohon Jarava, de 23 y 24 años.

Al mediodía hay una nueva expedición que llega a salvo a la prisión de Alcalá de Henares. La orden que la autorizaba sale de la Dirección General de Seguridad y redactada en los siguientes términos: «Sírvese poner en libertad a los presos que se mencionan en la hoja adjunta y hoja 2.^a». Madrid, 27 de noviembre de 1936. El delegado de Orden Público con firma de Serrano Poncela.

De la prisión de Ventas y de San Antón salen los días 28 y 29. Forman parte el abogado José M^a del Sol Jaquotot y sus hijos estudiantes José María y Luis, de 20 y 18 años, y Arturo Soria, creador de la Ciudad Lineal.

Se prosigue el día 30 con otra enorme saca de más de doscientos presos, en la que se ejecuta a los miembros de la provincia agustiniana de Castilla, encabezados por el M. I. P. Mariano Revilla, asistente general, y cincuenta y un religiosos, de ellos veinticinco padres, veinte estudiantes o novicios y seis hermanos. De los primeros, cinco eran académicos de la Real Academia de la Historia y diez y siete Profesores de Universidad. Marcharon con extraordinario fervor, ejemplarizados por el padre asistente general. Con ellos fueron otros siete religiosos de San Juan de Dios, los padres Diego de Cádiz García y Román Toncada, secretario general y Vicerector

respectivamente, quienes en emocionante acto de catacumbas confirieron la confesión *in articulo mortis* a sus novicios. Y también un hombre modesto y bueno, Agustín García Fuentes, portero de Velázquez 89, casa donde vivía José Calvo Sotelo.

En los primeros días de diciembre salen de Ventas y de San Antón las últimas sacas con sesenta y cuatro presos.

En la mañana del 4 fue el día en que salieron las tres últimas expediciones, camino de Paracuellos.

Síntesis sobre el gran holocausto

Cuanto hemos relatado es, en síntesis, la historia trágica de los asesinados en Paracuellos de Jarama, el mayor holocausto de todos los tiempos de la historia sucedido en España. Inicua y gigantesca carnicería de hombres inermes, indefensos, plenos de espíritu cristiano y patriótico. De esta carnicería los responsables intentaron encubrirla con el silencio y excusas frívolas. En honor a la verdad téngase muy presente que el pueblo de Madrid ignoró los hechos allí ocurridos hasta concluida la guerra. Un montaje de esta magnitud no se puede llevar a cabo sin la anuencia y consentimiento de los órganos de poder, desde el Ministerio de la Gobernación a la Dirección General de Seguridad y desde la Junta de Defensa a su Delegado de Orden Público. Las listas y órdenes de salida de las prisiones, la conducción de los presos ya en camiones de servicio oficial u otros medios, la apertura de zanjas, los piquetes preparados con abundancia de armas y de municiones no las confeccionaron los incontrolados. Con certeza podemos asegurar que todo estaba previsto y ordenado de antemano.

Lo escrito por Arsenio de Izaga, que convivió en prisión con muchos de los asesinados, puede ayudarnos a comprender y recordar desde el rechazo y el dolor a los asesinados en Paracuellos:

Cuadro espantoso, espectáculo escalofriante con el terrible piquete de forajidos que disparaba sus fusiles o sus ametralladoras sobre unos hombres de bien de toda edad, sacerdotes y seglares, militares y civiles, ricos y pobres, patronos y obreros, mientras sus compañeros de infortunio, hacinados sobre los vehículos o apelotonados a la vera del camino, esperaban el turno fatal y contemplaban indefensos el suplicio que poco después iban a sufrir.

Paracuellos Katyn. César Vidal.

La fosa de la mina de Camuñas (Toledo)

Las fosas, lugar donde se enterraba a los no afectos a la revolución, extendidas por la geografía europea desde España a Alemania y la antigua URSS, son más numerosas de lo que pensamos. En el caso de España marca una división clara entre los lugares donde triunfó el golpe de estado militar del 18 de julio de 1936 y aquellos en que no triunfó. En el caso del bando nacional se inicia muy pronto, el 18 de julio, y se prolonga hasta después de acabada la Guerra Civil; en la fase de represión republicana creemos que lo ocurrido en la mina de Camuñas puede ser ejemplo emblemático de las fosas en el territorio dominado por el Frente Popular.



Restos de cadáveres en una fosa.

Aproximadamente a la altura del kilómetro 131 de la carretera Madrid-Cádiz, y a unos dos de la misma en dirección oeste, dentro del término municipal de Camuñas, en la provincia de Toledo, se encuentra la mina conocida como El Quijote, (nosotros la denominaremos mina de Camuñas). Se halla situada en la finca Las Cabezuelas; por ello, muchas personas la conocen también por ese nombre.

Su término se extiende por una amplia meseta con barrancos, gargantas y montañas que casi llegan a los mil metros de altitud. A la derecha de la carretera y en la ladera de una colina rodeada de viñedos hay tres bocas de las antiguas minas, una de las cuales es de gran profundidad, abierta tiempo atrás con la intención de buscar plomo. En el transcurso de nuestra guerra, su destino fue muy distinto. A partir de los

primeros días de la contienda, las milicias rojas comenzaron a utilizar la sima para arrojar en ella a todas aquellas personas que podían resultarle molestas, aunque no tuvieran significación política. El simple hecho de ir a misa podía ser un buen motivo para terminar en la fosa. Son tres los autores que en sus obras citan la mina de Camuñas:

Las ejecuciones de la zona de Ciudad Real se realizaron en su mayor parte en los primeros meses en las tapias del cementerio capitalino, pasando luego a ser el principal lugar de ejecución que sería el famoso pozo Carrión, pozo de una noria que había quedado dentro del cementerio de Carrión de Calatrava al ampliarse este con anterioridad al estallido de la guerra. Según testimonio del alcalde de dicha población al fiscal de la Causa General, en 1943 no se habían podido exhumar los cadáveres existentes en el pozo-noria del interior del cementerio «por ser de bastante profundidad calculándose habrá unos 600 cadáveres, ignorándose el origen de la mayor parte de ellos». Los de la zona sur de la provincia de Ciudad Real empleaban el cementerio de Valdepeñas, y los lindantes con la provincia de Toledo la mina abandonada de Las Cabezuelas, en el término de Camuñas (Toledo) y cercana a Puerto Lápice (Ciudad Real).

La Guerra Civil en retaguardia: conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939), Francisco Alia Miranda

Algunas de estas fosas se convertirán en depósito permanente de cadáveres durante toda la guerra, como el pozo de la mina de Camuñas, donde los milicianos irán arrojando a lo largo de tres años a sus víctimas de Ciudad Real y Toledo. Otras fosas, como las de Paracuellos, son fehaciente prueba de exterminios masivos con un alto grado de organización. Y en el mismo capítulo hay que mencionar el testimonio forense: los informes oficiales de las instituciones policiales o judiciales, aún no controladas por los comités del Frente Popular, que en las primeras semanas del Terror rojo proceden al levantamiento de los cadáveres y a su examen y registro fotográfico. Son especialmente abundantes las imágenes procedentes de Madrid, que es también la ciudad con mayor número de víctimas del Terror. Las fotografías hablan de tiros en la nuca, pero también de cabezas aplastadas con piedras de gran tamaño, antes o después de la muerte; los informes forenses detallan asimismo violaciones y torturas, así como miembros amputados. Esta fuente gráfica se cegará cuando el aparato institucional quede definitivamente bajo el poder de los partidos revolucionarios. En Gijón, por ejemplo, el 14 de agosto de 1936 los milicianos prohíben al médico forense del juzgado de instrucción del distrito de Oriente seguir identificando cadáveres mediante retratos fotográficos. Se trataba de borrar pistas. Lo mismo ocurrirá en el resto de España. Las muertes continuarán, pero ya nadie guardará la imagen de los cadáveres.

La revolución abortada, Manuel Azaña

[...] En el término municipal de Camuñas existe una mina abandonada y a la misma han sido arrojados bastantes cadáveres, no solo de los pueblos colindantes sino —según rumor público— hasta de Madrid. Dicha mina está situada a un kilómetro de la margen derecha de la carretera de Madrid a Cádiz. Puede leerse en el legajo 1048 de la Causa General.

Algo semejante cabría decir de tantos de los que fueron sacados de las checas y cárceles que abundaban en la retaguardia revolucionaria: aparte de los casos más conocidos de Madrid y Barcelona, en varios lugares de La Mancha se conservan pozos atestados con los cadáveres que dejaban a su paso los defensores de la República y que hasta ahora no han sido exhumados.

El combate por la Memoria, Ángel David Martín Rubio

El silencio es absoluto al tratar los hechos acaecidos en Camuñas durante la Guerra Civil, es más ni la memoria histórica los menciona. Gracias a las investigaciones llevadas a cabo por particulares, hoy podemos conocer lo que allí ocurrió.

Si lo sucedido en Paracuellos (Madrid) y lo ocurrido al Instituto Marista en

Cataluña lo hemos mencionado como casos emblemáticos, no menos lo sucedido en el municipio de Camuñas.

Nuestra intención al escribir sobre estos hechos no es otra que tipificarlos para que no se vuelvan a repetir en nuestra historia.

Lo que a continuación exponemos sobre lo acontecido en Camuñas lo hemos recogido en la prensa de los sesenta basándonos en las narraciones de testigos.

El primer relato es de un señor vecino de Camuñas, de unos setenta años y que vivía como a medio kilómetro, en la finca La Cabezuela. El narrador pide al periodista que por favor no cite su nombre. El periodista sí aporta detalles del referido anónimo, dice de él haber nacido en Camuñas y haberse criado y vivido como gañán por aquellos contornos. Fue el guarda jurado de la finca.

Su relato es el siguiente:

Había por aquellos días de verano varias cuadrillas formadas por hombres y mujeres en la finca La Cabezuela. Nadie quería acercarse a la mina o lugar del fusilamiento, unos por temor, otros porque no les gustaba ver aquellos crímenes, pero de entre todas las cuadrillas formadas por milicianos había una mujer que nos quería hacer la vida imposible. La decíamos, aunque a escondidas, La Miliciana. Pues bien, esta mala hembra se las arregló para que un buen día los milicianos encargados de los fusilamientos nos obligaran a presenciarlos.

Aquí murió mucha gente. De agosto hasta noviembre del año 1936, era raro el día que no traían un camión o dos. Los ponían al lado de la mina y los fusilaban. Unas veces con escopeta y otras con fusiles.

Le pregunto: *¿Pero usted lo vio?*

El hombre clavó los ojos en mí y me contestó:

Mire usted, a pocos kilómetros de aquí nací y si Dios me concediera el morir en esta tierra, le estaría eternamente agradecido.

Dicho cuanto precede, me comenta:

La mayoría, al recibir los impactos, caían dentro de la mina y al que caía fuera, sin ni siquiera darle el tiro de gracia, lo arrastraban y lo dejaban caer. A pesar de los cuarenta o cincuenta metros de profundidad que tiene la mina, hubo quien no moría al caer y noches hubo que, en el silencio, se oía gritar pidiendo auxilio. Pero cualquiera subía...

El hombre, al contarme todo esto, parecía que lo estaba viviendo. Yo no quería cortarle.

En pleno verano, debido a la descomposición de los cuerpos, era insoportable acercarse. Hubo días que tuvieron que echar gasolina y, desde arriba, con bolas de esparto encendidas, arrojarlas para que se prendieran.

Muy serio el hombre y mirándome muy fijamente a los ojos, me dice:

Lo que voy a contarle ahora es tan cierto como que yo en estos momentos estoy con vida.

Fue el 4 de agosto, sí, me parece que fue esa fecha. Estábamos preparando las bestias para salir al campo, cuando un camión descubierto lleno de hombres, todos armados, paró en la puerta de la finca. Uno de ellos, adelantándose, dijo:

«¡Vamos!, ¡todo el mundo a la mina! No preocupaos, que nadie de vosotros va a morir, pero sí queremos que presenciéis la muerte de unos cuantos fascistas».

Nadie se atrevió a desobedecer y todos los que allí nos encontrábamos subimos por el camino, seguidos por el camión. Según íbamos subiendo hacia la mina, los pensamientos eran dispares, pues muchos de nosotros creíamos que habían llegado los últimos momentos de nuestra existencia.

Cuando hubimos llegado al lugar, una voz desde el camión nos dice:

«Ahí. Poneos ahí».

Mis ojos recorrieron rápidamente todo el contorno y al lado de la mina había como unas cuarenta personas, hombres, mujeres, y dos jóvenes que no llegarían a los veinte años. Apuntando con fusiles al grupo, cinco milicianos. Al lado de ellos se encontraba la mala hembra, (La Miliciana) nos observaba con una sonrisa irónica, y satisfecha como la tuvimos que obedecer.

Bajados todos aquellos que venían en el camión, procedieron a ponerlos al borde de la mina en grupos de cinco, todos iban atados. Sonó una descarga y cerré los ojos, luego otra y otra, otra más... casi quedé sin

sentido. De pie, sin caerme, perdí la cuenta de las descargas. Fueron segundos horribles. Noté un silencio sepulcral. Creí que todo había terminado y abrí los ojos. Del grupo solo quedaban los dos más jóvenes. Después de haber presenciado todo aquello, les obligaron a ponerse al borde de la mina. Iban a disparar y la voz de uno de ellos se me quedó grabada para siempre...

Con una voz quebradiza se dirigió a los milicianos y, echándose las manos al pecho se descolgó una cruz que llevaba y les dijo:

«Por favor, ¿querrán quedarse con ella para que se la entreguen a mis familiares?»

El que hacía de jefe de todos ellos, se acercó para recogerla, fue entonces cuando agarrándose a su cuello, lo acercó al borde de la mina y desde allí lo arrojó al interior de la mina. Solo un golpe seco se escuchó. En el desconcierto, el otro joven salió corriendo y jamás nunca supimos de él».

Era tanta la emoción que sentía al escuchar el relato de aquellos hechos que mi voz enmudecía al quererle expresar mi agradecimiento por relatarme cuanto él había vivido y que mis palabras bajan en intensidad debido a las impresiones recibidas. Anochece, tenía que volver y decidí despedirme. Volví a ofrecerle otro pitillo y con la esperanza de volvernos a ver, le dije adiós.

Casi de noche subí al monte y al llegar a la cima, oí la voz del viejo:

«Oiga, señor, el joven que se escapó era mi hijo. Aquel día murieron siete personas de la familia de don Emiliano Encinas, sacerdote de Camuñas; uno de ellos fue quemado vivo».

(Entrevista publicada en los años sesenta)

Antonio Montealegre, de Alcázar de San Juan, fue quien nos puso sobre la pista de lo que sigue. Él nos proporcionó los informes realizados por expertos y los resultantes de sus estudios. Igualmente él mismo nos puso en contacto con las personas que nos podían dar información. Allí, en la mina de Camuñas, eran arrojados hombres, mujeres, ancianos y niños. Hubo casos en que a los cadáveres de los asesinados ni se les dio el tiro de gracia.

Como antes decíamos, los historiadores se han ocupado poco del tema, aunque algunos lo han tocado de pasada. Es el caso de Hugh Thomas, en su libro *La guerra civil española*, en uno de sus párrafos dice:

«... En Alcázar de San Juan, a un joven que se distinguía por su piedad le arrancaron los ojos. En la provincia de Ciudad Real, los crímenes fueron realmente atroces. Ochocientas personas fueron arrojadas al pozo de una mina. A menudo, el momento de la muerte era acogido con aplausos, como si se tratara del momento de una corrida. Luego venían los gritos de ¡Libertad!. ¡Muera el fascismo! Más de un sacerdote se volvió loco ante estas atrocidades».

Como podemos colegir, Hugh Thomas se refiere en estas líneas a uno de los grupos de personas que allí se arrojaron. ¿Casos como este no se habrán repetido durante el transcurso de la guerra?

De los informes realizados y de los testimonios obtenidos de personas que lo vivieron, podemos colegir que son millares de cadáveres los allí arrojados, ya que no solo eran arrojados a la mina los habitantes de los alrededores, sino que pudimos comprobar eran traídos camiones de Sevilla, Córdoba y otras provincias andaluzas, así como de Madrid y provincia, y de otras zonas de España.

Poco antes de finalizar la guerra, al pozo se arrojaron tres camiones de cal viva. Todos los documentos que hacía referencia a lo allí sucedido fueron destruidos.

El informe de 1962

En 1962 un grupo de expertos en minas, a las órdenes del ingeniero José Granados Moreno, bajó al interior de la sima por iniciativa del dueño de la finca, Antonio Rodríguez, cuyo padre se encuentra sepultado en ella. El objetivo era realizar un presupuesto de lo que costaría extraer los restos para un posible traslado al Valle de los Caídos.

Reproducimos a continuación algunas de las partes del informe elaborado con el fin de tener información del lugar:

Antes de iniciar el reconocimiento se procedió a medir la profundidad del pozo, aprovechando un boquete de unos 50 centímetros de diámetro en la bóveda que hay debajo de las losas. La mina estaba cerrada por cuatro losas de granito colocadas por los hijos de los caídos, para tapan la entrada del pozo.

La profundidad del pozo, que llamaremos principal, es de 20 metros desde la boca a los escombros que cubren la galería. Sus medidas son 3,5 x 2,5 metros. A unos 18 metros del pozo principal existe otro, al que llamaremos auxiliar, el cual también se encontraba tapado por una bóveda, con un espacio abierto de 2,5 x 2 metros.

Se procedió a medir su profundidad y nos dio una distancia de nueve metros desde la boca al fondo. Este pozo auxiliar se comunica con el principal por medio de una galería en rampa, formando una línea quebrada.

Más adelante dice el informe:

Se ha podido comprobar que, bajo los escombros, el pozo principal continúa su profundidad, aunque no podemos asegurar cuántos metros podrá tener. Se abrió un boquete de unos 0,60 metros de profundidad en la parte más baja de los escombros del pozo principal y se han hallado vestigios de cal, sin poder asegurar si esta procede de la que arrojaron sobre los cadáveres o es procedente de las obras realizadas posteriormente, aunque por la cantidad observada, es de suponer que se trata de la que cubre los cadáveres.

Tras el informe se incluía el presupuesto para la extracción de los restos, que ascendía a 33 033,55 pesetas. No hemos podido precisar los motivos por los que no se llevó a cabo.

En la actualidad, el pozo principal sigue cubierto por las losas; no así el auxiliar, que se encuentra abierto. Una cruz de madera y otra de piedra completan, junto con los pozos, el escenario.

Hasta las piedras temblaban

A partir de este momento, quisimos conocer el testimonio vivo de los familiares de los asesinados, y nos desplazamos al pueblo de Herencia, donde tomamos contacto, en primer lugar con Carmen Conde, quien nos contaría algunas de las crueles anécdotas que en aquellos días se produjeron:

Un sacerdote, al que obligaron a ver cómo arrojaban a las personas al pozo, vomitó de horror. Cuando le arrojaron a él, se agarró a uno de los milicianos, llevándose consigo al fondo de la sima. A Concha Millana,

La Millanilla, tras afeitarla y tenerla un tiempo de sirvienta, la arrojaron al pozo al grito de ¡Ahí os mandamos una cocinera!

Poco después tuvimos la ocasión de hablar con Antonio Rodríguez, propietario de la finca *Las Cabezuelas*, y cuyo padre, como antes dijimos, se halla sepultado en la mina. Él nos contó que recuerda cómo allí eran llevadas gentes no solo de los alrededores, sino de toda España.

Para que os hagáis unan idea de la profundidad del pozo, os contaré que de pequeño jugaba con mis hermanos a tirar piedras, y el sonido se perdía sin oírlas llegar al fondo. Para hacer sitio a nuevas víctimas, cuando el pozo se llenaba, lo rociaban con gasolina y lo prendían fuego. Ya en agosto del 36 recuerdo la primera hoguera, que duraría varios días. Apenas acabar la guerra, un peón caminero me contó que allí había miles de cadáveres cubiertos con cal.

Antonio nos cuenta igualmente algunos de los hechos que acaecieron por aquel entonces.

Alfredo González fue uno de los pocos que pudieron huir cuando le iban a tirar, pero luego fue denunciado por la mayorala de la casa Los Machos, donde se refugió, y le cogieron. Nadie pudo salvarle entonces y fue arrojado a la sima. En cambio, su hermano Manolo tuvo mejor suerte y, tras escapar, pudo esconderse sin que le encontraran. Todavía hoy vive. Recuerdo otro caso que fue muy comentado. Al sacerdote Antonio, que se agarró a uno de los milicianos y se lo llevaba con él hacia el fondo, le cortaron las manos para que lo soltara.

Continuando con nuestras indagaciones, nos acercamos al ayuntamiento de Herencia, por si quedase algún documento o escrito de la época que pudiera resultarnos de utilidad. Allí nos encontramos con Emilio Osuna, quien nos contó que su padre también había sido arrojado a la mina tras tenerlo cuarenta y ocho horas detenido.

Puedo asegurar que solo de Herencia hay más de cincuenta personas allí sepultadas.

Posteriormente nos encontramos con Enrique González, hermano de Alfredo y Manolo. Él nos dijo que había perdido a su padre y cuatro hermanos asesinados por los milicianos. Luego, nos contaría la fuga de su hermano Manolo, la cual vamos a relatar como la única pequeña historia que tendría un feliz final en medio de tantos horrores.

A Manolo lo llevaban junto a otro, un tal Jesús Rodríguez. Les habían dicho que los llevaban a Ciudad Real, pero cogieron el camino de la mina; entonces Manolo se dio cuenta del peligro y se situó en el borde del asiento, agarrando la manecilla de la puerta; al ir a desviarse, y aprovechando que el vehículo redujo la velocidad, se tiró afuera y huyó corriendo; le tirotearon alcanzándole en una pierna y en la espalda, pero a pesar de ello logró esconderse en el campo. Más tarde, y después de pasar varios días escondido, llegó a Herencia, donde permaneció oculto hasta el verano de 1937 en que, tras otras muchas vicisitudes, logró llegar a Madrid, donde permaneció conmigo hasta su incorporación a filas. Aparte de esto, solo puedo decirte una cosa: que en Herencia, cuando el sol se ponía, hasta las piedras temblaban de los horrores que en la mina se cometieron.

Mercedes Rodríguez Montes nos contó algunos de los casos de los que en

aquellos días sucedieron. Con lágrimas en los ojos, recordaba la triste muerte de Aurelio Rodríguez, un carretero al que fueron a buscar a su casa y tirotearon en la cama. Su mujer, Úbeda Bolaños, se agarró a él, siendo también herida. A ambos les metieron en un camión y les llevaron a la mina, donde les arrojaron juntos; ella estaba todavía viva.

Al cura Tapia lo llevaron a la fosa. Él bendijo a los que habían de ser sus verdugos. Después lo arrojaron vivo. A Ismael Moreno, que no podía levantarse de la cama, lo cosieron a balazos. Su mujer tuvo que apagar las ropas del lecho, que ardían de los tiros. A mi tío Vicente, que se subió al tejado porque le acosaban, le acribillaron a tiros y luego lo echaron a la mina.

Mercedes nos acompañó a casa de su amiga Encarnación Álvarez, señora de edad, que también vivió las atrocidades de la guerra. Allí encontramos a Aurelio Rodríguez, quien después nos proporcionaría la fotografía de los caídos en Herencia. Ellos nos relatarían otras historias de las que en aquellos días se produjeron.

A Jesús Rodríguez y otro grupo les cogieron en sus casas; luego, los llevaron a una cueva que había en un monasterio y allí los torturaron hasta hartarse. Después los llevaron a la mina y allí los arrojaron, a unos muertos y a otros vivos. A Victoriano Rodríguez lo emparedaron; a Emilio García lo mataron en plena calle; a Moisés Beteta lo asesinaron en el camino delante de unos niños, y como estas podríamos contarte cien historias, que no llegarían a dar ni siquiera una mínima idea de los horrores que aquí se cometieron.

Del mismo modo que en Herencia, en el pueblo de Camuñas otras muchas personas se brindaron a recordar para nosotros las matanzas de los milicianos. Sería imposible reproducirlas todas. Antonio Romero, delegado de Fuerza Nueva, nos contó la historia de Emilio Martín, al que mataron en la carretera, y la de Roso Gallego, al que asesinaron en la calle, arrojando ambos cadáveres en la mina. Pero, como decimos, sería imposible por razones de tiempo y espacio relatar todos los casos que, como los citados, nos contaban las personas que los vivieron.

Con nuestro respeto y recuerdo

Y hasta aquí la historia. Nosotros hemos querido relatar esta gran historia para que no permanezcan en el olvido las atrocidades cometidas en los miles de cadáveres allí sepultados entre viñedos y escoltados por dos cruces, una labrada y otra más sencilla de madera.

El estudio sobre los sucesos no termina aquí. Antonio Montealegre quiere continuar la investigación y nos ha pedido que, desde estas páginas, hagamos una llamada a todos aquellos que quieran colaborar con él. Todas aquellas personas que sepan de familiares suyos que puedan encontrarse en este pozo pueden ponerse en contacto con Antonio, escribiendo a Alcázar de San Juan, a la calle Miguel Barroso, 7. Igualmente pueden contactar con él, de existir un grupo de espeleólogos y biólogos

que estuvieran dispuestos a bajar a la fosa.

Por nuestra parte queda hecho todo lo que podíamos hacer, pero estamos seguros de que estas informaciones movilizarán a las personas que sienten respeto por sus familiares fallecidos, tal como deja escrito José María Iglesias.

Estudios recientes sobre el pozo-mina de Las Cabezuelas (Camuñas)

A continuación transcribimos el informe realizado por la Sociedad de Ciencias Aranzadi^[24]:

Informe sobre la inspección del pozo-mina de Las Cabezuelas en la localidad de Camuñas (Toledo) con el fin de valorar la posibilidad de recuperar los restos humanos de las personas que fueron arrojadas al mismo durante la Guerra Civil (1936-1939).

Introducción: a solicitud del arzobispado de Toledo y por mediación del sacerdote Jorge López Teulón, se elabora el siguiente informe con el resultado de la inspección llevada a cabo en el pozo-mina de Las Cabezuelas de la localidad de Camuñas (Toledo) con el fin de conocer sus características y la posibilidad de recuperar los restos humanos pertenecientes a las personas que fueron arrojadas en este lugar durante los trágicos episodios vividos en la Guerra Civil (1936-1939).

En el informe constan investigaciones sobre las víctimas que fueron arrojadas al pozo principal de la mina, así como de las obras de acondicionamiento realizadas en el exterior mediante la colocación de una cubierta granítica con una cruz labrada en fecha muy próxima al final de la guerra en 1939 en homenaje a las víctimas. En el informe consta el estudio realizado en 1962 por un grupo de expertos en minas bajo la dirección de José Granados Moreno, por iniciativa del propietario de la finca. Cfr. *El informe de 1962*, pág. 176.

En fecha reciente, octubre de 2008, Luis Avial de Condor realiza una prospección con georadar de las inmediaciones del pozo localizando munición de distinto calibre.

Plan de intervención

Para llevar a cabo el reconocimiento del pozo, se constituyó un equipo de trabajo formado por las siguientes personas:

Coordinación: Jorge López Teulón (postulador de la causa).

Prospección: Luis Avial (Condor Georadar).

Exploración del pozo, fotografía y vídeo: Antxon Bandrés (Médico, Dpto. de Antropología, Sociedad de Ciencias Aranzadi). Francisco Etxeberria (Médico, Dpto. de Antropología, Sociedad de Ciencias Aranzadi y Universidad del País Vasco). Hasier Izaguirre (Dpto. de Espeleología, Sociedad de Ciencias Aranzadi). Rafael Zubiría (Dpto. de Espeleología, Sociedad de Ciencias Aranzadi).

Asimismo estuvieron presentes en este acto las siguientes personas:

José Antonio Rodríguez, propietario de la mina; Amador Rodríguez, tío del anterior; Amós Damián Rodríguez, sacerdote; Luis Avial (Condor Georadar); Luis Moya Pimentel (Condor Georadar); José M^a Manrique (Condor Georadar).

Esta investigación fue promovida por el Ayuntamiento de Arucas.

Los objetivos de esta intervención fueron los siguientes:

- Descenso al pozo.
- Comprobación de la existencia de restos humanos.
- Elaboración de un informe con documentación gráfica y vídeo gráfica.

Resultados de la intervención:

En fecha 25 de noviembre de 2008 tres miembros del equipo de la Sociedad de Ciencias Aranzadi realizan la inspección de las galerías descendiendo por el pozo auxiliar. El cuarto miembro de Aranzadi queda en el exterior al cuidado y asistencia de los miembros del equipo interior permaneciendo conectados por radioteléfono. La inspección y tareas efectuadas se prolongan unas cinco horas.

El pozo auxiliar presenta una vertical de unos 8 m que conduce a un paso estrecho por el que se accede a una galería fuertemente inclinada de 13,5 m de longitud que ha sido excavada siguiendo el plano de estratificación del terreno. De este modo se alcanza la cota máxima de descenso que queda a unos 23 m de la superficie exterior y permite llegar al fondo del pozo principal a través de un paso estrecho.

Este pozo vertical es rectangular de 2,5 m por 1,5 m, de paredes firmes de roca bien consolidada y sin riesgo alguno de desprendimientos. Desde el fondo del pozo observamos la parte inferior del sellado de la cubierta 20 m más arriba.

El fondo del pozo se caracteriza por un relleno artificial terroso fino y suelto con algunas piedras de distinto tamaño mezcladas en donde se alternan bandas de cal. Este relleno procede del exterior mediante vertido y se acumula en forma de rampa o cono de derrubio ocasionando un plano inclinado. En la parte más superficial del relleno hay algunos ladrillos sueltos que proceden de las labores de sellado del pozo en superficie. En el fondo del pozo se observa la existencia de una pequeña cata de unos 60 cm de profundidad que debe corresponder a la que realizaron los técnicos que llegaron a este lugar en 1962.

Por nuestra parte realizamos un nuevo croquis, así como un reportaje fotográfico y de vídeo que adjuntamos presente informe. Asimismo, con el fin de comprobar las características del relleno, realizamos un sondeo en forma de trinchera de 3 m de largo cortando la rampa en el área de conexión entre la galería de llegada y el fondo del pozo, lo que permite ahora una mayor comodidad de acceso.

En la cota más baja, justo a nivel horizontal de la trinchera que realizamos, las características del relleno siguen siendo homogéneas y en toda la tierra retirada no se encuentra resto esquelético alguno. En cualquier caso no alcanzamos la roca madre del fondo del pozo cuya continuidad en profundidad se ignora por el momento. Es evidente que una buena comprobación del relleno que ocupa todo el fondo del pozo para estimar la posible existencia de restos humanos requiere la extracción ordenada de todo el sedimento. Para ello sería aconsejable su excavación mediante el acceso desde la misma vertical del pozo principal una vez se retirara la cubierta exterior durante el tiempo imprescindible.

Finalmente hacemos constar que todas las galerías presentan un buen nivel de ventilación sin riesgo alguno para la salud por su permanencia en ellas durante el tiempo que fuera necesario y que existe una gran estabilidad de las galerías.

*Fdo.: Antxon Bandrés; Francisco Etxeberria;
Hasier Izaguirre y Rafael Zubiria.*

San Sebastián, 10 de diciembre de 2008

Aportamos algunos antecedentes relativos a pozos y cuevas

en donde se han encontrado restos humanos de la Guerra Civil

Terminamos nuestra exposición aportando hallazgos de pozos y cuevas en España donde aún quedan restos humanos de la triste Guerra Civil. Señalamos entre muchos otros los siguientes lugares:

- Sima de Otsoportillo (Sierra de Urbasa, Navarra) en donde fueron arrojados un número indeterminado de cuerpos. Dicha cavidad ha sido visitada periódicamente desde el año 1980 y los restos permanecen dispersos en la galería.
- Sima Lario (Grajero, León) en donde se recuperaron restos óseos de trece víctimas en 1998.
- Sima de Bedoña (Arrasate-Mondragón, Guipúzcoa) en donde miembros de la Sociedad de Ciencias Aranzadi recuperaron el año 2002 dos cuerpos que habían sido arrojados a la sima.
- Pozo-mina de Valdihuero (Badajoz) en donde se recuperaron restos fragmentarios de quince personas bajo la dirección de Inmaculada López Flores en 2003.
- Sima volcánica de Jinamar (Teide, Gran Canaria) que fue inspeccionada por Francisco Etxeberria el año 2005 comprobando la existencia de restos humanos dispersos en la galería.
- Pozo-artesiano de Llano de las Brujas (Aruca, Gran Canaria) en donde se trabaja actualmente en labores de exhumación y se han recuperado restos completos de diez personas.

Los asesinatos del Círculo Ecuestre de Barcelona

Ante la violencia revolucionaria desatada por los partidos y sindicatos de izquierdas a partir del 18 de julio, *La Vanguardia*, con fecha 1 de agosto de 1936, escribe: «*Cataluña no puede convertirse en un charco de sangre. Cataluña no quiere llevar encima la mancha de canibalismo de los pueblos primitivos y salvajes*». La Generalitat ante semejante escrito decide la confiscación del periódico.

De los nuevos documentos que hemos tenido la suerte de encontrar, cabe destacar las 742 órdenes de detenciones de personas y confiscaciones de patrimonios. La mayoría de estas órdenes fueron ordenadas por Manuel Escorza, responsable del Comité de Investigación de la CNT-FAI; Dionisio Eroles, responsable de los Servicios de la Comisaría general de Orden Público de la Generalitat de Catalunya; Aurelio Fernández, responsable del Comité Central de Patrullas e Investigación y Secretario General de la Junta de Seguridad Interior de la Generalitat de Cataluña.

Actualmente estamos trabajando en estas 742 órdenes de detención de personas y confiscación de patrimonios para publicarlas y darlas a conocer próximamente.

Vamos a explicar los antecedentes del hallazgo de esta documentación histórica: nos tenemos que remontar al contexto de finales del año 1938 sobre la pérdida militar de la República y las noticias de una inminente caída de la ciudad de Barcelona. Esto impulsó a todos los partidos políticos y organizaciones sindicales a deshacerse de la documentación más comprometida antes de la llegada del ejército nacional.

La mayoría de los archivos fueron destruidos por sus depositarios para no facilitar el trabajo represivo de los franquistas. También el exilio de los vencidos, la dispersión y el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial fueron causa de la destrucción o dispersión de los archivos que consiguieron salvarse de los partidos políticos y sindicatos afines a la República.



Camión de la CNT en la Vía Laietana.

Una buena parte de los archivos de la CNT los sacaron de la Casa CNT-FAI de la Vía Laietana, en dirección a París, en el mes de enero de 1939. El gestor de esta operación fue Martín Gudell, que trabajaba en la Oficina de Propaganda Exterior de la CNT-FAI como responsable de los contactos internacionales de su secretario general Mariano Vázquez Marianet. La documentación escogida fue trasladada a Francia, entregada a Mariano Vázquez como secretario general de la CNT-FAI y guardada en París.

En la capital francesa, Mariano Vázquez negoció un contrato de custodia de estas cajas de archivo. Según el contrato firmado, la CNT las cedía al Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, aceptando el compromiso de que las cajas de archivo fuesen trasladadas a Londres. En 1947, acabada la Segunda Guerra Mundial, estas cajas de archivo de la CNT se trasladaron a Ámsterdam (toda esta documentación del archivo de la CNT depositada en Amsterdam se puede consultar microfilmada en la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo de Madrid).

De la CNT-FAI no solo se salvaron estas cajas de archivo llevadas primero a Francia y Londres, para acabar en el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam.

Cabe recordar que algunos militantes de la CNT-FAI formaron parte como dirigentes de las Patrullas de Control del Comité Central de Milicias Antifascistas y de la Junta de Seguridad Interior de la Generalitat de Catalunya. La documentación confeccionada o reunida por Aurelio Fernández Sánchez, responsable del Departamento de Investigación y Patrullas de Control y Presidente de la Junta de Seguridad de Cataluña; Manuel Escorza del Val, como responsable del Comité y Brigada de Investigación de la CNT-FAI. Estos dos dirigentes, antes de acabar la Guerra Civil Española, ordenaron al militante de la FAI Juan Bundó Puig y a José Asens Giol, responsable de Servicios del Secretariado General de Patrullas de

Control, que fuesen los custodios de esta comprometida documentación —en la que destacan estas 742 órdenes de detención de personas y confiscación de patrimonios— y fueran los encargados, en diciembre de 1938, de trasladarlos a Francia.

Estos documentos fueron trasladados a Londres, ante el temor de ser localizados por el ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, y entregados al gobierno franquista. Después de múltiples vicisitudes y presiones de toda clase a sus custodios, esta documentación en la cual estamos trabajando actualmente vuelve a estar depositada en Francia.



Edificio del Fomento de Trabajo Nacional situado en la Vía Laietana de Barcelona y confiscado por la CNT-FAI durante la Guerra Civil.

Investigando estas 742 órdenes de detención de personas y confiscación de patrimonios, se prueba la planificación de los dirigentes revolucionarios para hacer desaparecer a determinados segmentos de la sociedad, con destrucción asimismo del patrimonio civil, religioso y de todo orden. También nos aportan nueva luz sobre lo que sucedió en la retaguardia republicana en Cataluña. De todos es sabido que, a partir del 19 de julio de 1936, dirigentes revolucionarios llegaron a integrarse en el Gobierno de la Generalitat de Catalunya, accediendo a los Ayuntamientos mediante los consiguientes Comités en innumerables municipios de la zona republicana.

En la actualidad mucha historiografía, no pudiendo escamotear tales desastres, intenta excusarlos so pretexto de tratarse de «asesinatos o destrucciones inherentes a una guerra civil». Pero cabe preguntar lo que pasó en 1936 en la retaguardia republicana de Cataluña que causó 8352 asesinatos: 2441 religiosos; 1199 carlistas, 281 de la Lliga Regionalista; 213 de la CEDA; 110 del Sindicato Libre; 108 de Falange; 70 de Renovación Española; 117 de Acción Ciudadana; 36 de Unión Patriótica; 73 de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña y a los que todavía hay que añadir abogados, médicos, farmacéuticos, fabricantes, empresarios, etc...

denunciadas y asesinadas todas ellas por pertenecer a este segmento no deseado que ellos llaman fascistas, personas *de derechas* o *de misa*.

Uno de los casos más emblemáticos es el sufrido y padecido por el Círculo Ecuestre de Barcelona. La gran mayoría de sus socios fueron perseguidos, detenidos e incluso asesinados. Entre muchas de las desventuras a que se vieron sujetos determinados socios del círculo, figura el expolio de los saldos de sus cuentas corrientes en establecimientos bancarios.

La historia del Círculo Ecuestre es la historia de muchas familias catalanas que con sus iniciativas y su trabajo crearon riqueza para la ciudad de Barcelona. Desde su fundación en 1856, la entidad ha recorrido un siglo y medio íntimamente ligada a los avatares de una ciudad viva y cambiante.



Logo del Círculo Ecuestre de Barcelona.

Por ello, para entender el contexto en el que nace el Círculo, hay que situarse en el entramado de la pujante Barcelona de mediados del siglo XIX. En esta época, la ciudad había iniciado un gran despegue: la máquina de vapor se iba introduciendo en las fábricas y aparecían las primeras líneas de ferrocarril. Fue entonces cuando se fundaron los primeros bancos modernos y empresas e instituciones tan emblemáticas como el Teatro del Liceo, la Bolsa de Barcelona, la Sociedad Catalana del Alumbrado por Gas, la España Industrial o La Maquinista Terrestre y Marítima.

También el Círculo Ecuestre, una entidad que a lo largo de su dilatada historia ha sabido adaptarse a los tiempos y evolucionar hasta convertirse en un referente cultural.

En julio de 1936 comenzó una larga y oscura época para el Círculo Ecuestre. Aunque en ese momento no podían adivinarlo, los miembros de la Junta Directiva y los socios de aquel entonces tenían por delante un período de persecución de sus vidas.

El inicio de la Guerra Civil en Barcelona provocó numerosos combates en la ciudad, que pronto se decantaron a favor de las fuerzas de izquierda republicanas.

La hecatombe de julio de 1936 dejó sus huellas en su sede social del Paseo de Gracia y en toda la vida del Círculo Ecuestre. Fueron huellas violentas, amargas y dramáticas. De la sede desaparecieron los valiosísimos documentos y archivos que guardaban los ficheros, libros de actas... El edificio, que había costado tantos

esfuerzos y sacrificios para su edificación y posterior mantenimiento, fue ocupado por la Unión General de Trabajadores (UGT) y luego por el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), estableciendo en aquella sede el «Casal Carlos Marx».

Pero no solo el edificio que albergaba la sede social del Círculo Ecuéstre sufrió los horrores de la Guerra Civil. Debido a las directas consecuencias de esta, fueron muchos los socios que perdieron su vida, entre otros, los siguientes:

Marqués de Aguilar de Vilahur
Manuel de Albert Despujol
Marqués de Balanzó
Antonio Barata Rocafort
Roberto Bassas Figa
Pedro Bové Raventós
Pedro Eduardo Bosch-Labrús
Vizconde de Bosch-Labrús
Enrique Buxeres Bultó
José María de Bruguera Fabra
Joaquín de Bruguera de Sarriera
Narciso de Camps y de Casanova
José de Caralt Fradera
Duque de los Castillejos
Ángel de Castro Menéndez
Francisco Cerdó Pujol
José Daza Fernández
Luis Fabra de Sentmenat
Raimundo Fábregas Jacas
Alberto Fargas
Juan Freixas Abat
Javier Garriga-Nogués Planas
Javier Gerona y Fernández Maquieira
Jorge Gerona Salgado
José Guitard Buch
Marqués de Juliá
Emilio Juncadella Vidal-Ribas
Alejandro Linati Bosch
Antonio López-Sert
José Lloret Homs
Román Macaria Sanmartí
Guillermo Oliveras de la Riva
Alfonso Par Tusquets
Juan Par Tusquets
Ramón París Massanés
José María Pérez de Olaguer
Manuel Pérez de Olaguer
Armando Pérez Uribarri
José Luis de Prat y de Lezcano
José Rusiñol Soulere
Tomás Santos de Lamadrid. S. Prim
Mariano de Sarriera Osada
Eusebio Solé Vilumara
Francisco Solé Vilumara
Joaquín Sureda Iglesias
Marqués de Tamarit
Salvador Tayá Filera

*José María Tomás Albaro
Alfonso Vidal-Ribas Torres
Joaquín Vilá Marqués
Conde de Vilanova
Fernando Villavecchia Dahlander.*

La mayoría de estas personas figuran en algunas de estas 742 órdenes de detención y de ejecuciones que fueron ordenadas por Manuel Escorza, Jefe del Comité de Investigación de la FAI; Dionisio Eroles, jefe de los Servicios de la Comisaría general de Orden Público de la Generalitat de Catalunya; Aurelio Fernández, Jefe del Comité Central de Patrullas e Investigación, y Secretario General de la Junta de Seguridad Interior de la Generalitat de Catalunya.

Estos dirigentes que controlaban el orden público en Cataluña, una vez ordenada la detención de estas personas y comprobada su identidad, llevaban a los detenidos a una torre confiscada en la Avenida del Tibidabo, situada a unos cincuenta metros del consulado soviético. En el año 1936, esta zona era un lugar apartado del centro de Barcelona y permitía cometer acciones represivas sin que nadie sospechara. A esta torre, controlada por Aurelio Fernández y Manuel Escorza del Val, responsable del Comité y Brigada de Investigación de la Federación Anarquista Ibérica, ordenaban llevar a las personas específicamente seleccionadas y como norma general adineradas que, habiendo estado detenidas, se habían comprometido a entregar objetos de valor o dinero a cambio de salvar la vida. Después de haber pagado su rescate correspondiente, les prometían que a primera hora de la mañana serían trasladados en vehículos hasta la frontera con Francia para quedar libres.

¿Qué pasaba? Que los patrulleros, aprovechando el anochecer, hacían subir a un vehículo a unos tres o cuatro hombres detenidos, estos convencidos de que los llevaban a la frontera para pasar a Francia. Habiendo salido los vehículos fuera de la ciudad de Barcelona, siguiendo la carretera nacional que llevaba a Francia, se desviaban por un camino que los llevaba al cementerio de Montcada. Allí los patrulleros hacían salir a los detenidos de los vehículos para invitarlos a fumar y a caminar un poco. Era entonces, cuando aquellos hombres ya se veían haciendo una pausa en el camino de Francia, cuando los patrulleros preparaban las armas y los disparaban a todos a la vez con una descarga de sus metralletas. Después, los patrulleros seguían las ordenes de Manuel Escorza que lo tenía todo previsto; y prueba de ello son las órdenes que había dado a los patrulleros de su Brigada de Investigación: «que tenían que tener un máximo cuidado para que los cadáveres no ofrecieran ninguna sospecha de que habían sido ellos los autores de las ejecuciones. Así evitarían el riesgo de ser descubiertos, ni ellos, ni sus responsables».

Algunos de los cuerpos que quedaban sin vida, pero que podían ser reconocidos por algún familiar o persona amiga que presencié o vio a los patrulleros en el momento de su detención, y que pudieran reconocer los cadáveres, eran de nuevo cargados a los vehículos y, de vuelta, los trasladaban a las trituradoras de la fábrica de cemento Asland, situada en el pueblo de Montcada, y de acuerdo con los trabajadores

anarquistas de aquella empresa los hacían desaparecer en las trituradoras de los hornos de la cementera, donde tiraban los restos; de esta manera no dejaban ningún rastro y sus familiares los daban por desaparecidos o en el extranjero.

29 setiembre 1936
Orden de Manuel Escorza de los ser-
vicios de investigación CNT-FAI.
el parte hera de hacer un registro
y detenciones en la casa de la calle
Valencia N° 225 por una denuncia que
habia buscado algunos carlistas,
nos llevamos detenidos al propietario
de la casa el abogado Joaquín de Bru-
guera de Sarriera de 52 años, también
nos llevamos detenidos a los otros
que estaban refugiados Roberto
Blanca de Bruguera de 17 años,
el abogado José Benito de alas de
Mateo de 52 años, el abogado
Francisco Javier de alas de 55
años que hera el Marqués de Dou,
a este Escorza ya mas habia dicho
que le estaba siguiendo la pista des-
de que descapo de su casa de la calle
Baga de San Pedro N° 29 y 31 que ya
habia estado registrada en el mes
de Julio pasado,
un brique al cementerio de manca da
de 7 detenidos del cuartel de San Elias
a la vuelta llevamos a 4 de estos a
la fabrica de cemento

Orden de detención y registro del 29 de septiembre de 1936, en un domicilio de la calle Valencia 225, del socio del Círculo Ecuestre y abogado Joaquín de Bruguera de Sarriera.

13 de noviembre 1936
orden de Aurelio Fernandez del departa-
mento de patrullas, el parte hera requis-
tionar y detener a los que vivian en la casa
de la calle Mallorca n.º 264, segun los
datos que nos habian dado el propietario
hera el abogado camilo Julian Vilar que
hera el Marques de Julia de 57 años que ha-
bra sido presidente del circulo Ecuestre
cuando llegabamos a la casa despues de
hacer el requisito nos llevamos detenidos
a Camilo Julia Vilar y su mujer Ana
de Bacardi Ribas y a todos los sirvientes
de la casa, la orden hera llevarlos dete-
nidos a la casa Salillas que hera el cuartel
de la patrulla de control n.º 3 en la calle
Bruc, aqui se los quedaron detenidos hor-
ta la noche en que tenian que dejar en li-
bertad a la mujer y a los sirvientes de
la casa pero con la sancion que no
debiam volver a la casa que la aliamos con-
fiscado. al Marques de Julia lo teniamos
que pasar a recogerlo en este cuartel
manana para llevarlo al cuartel de San
Elias / por la noche un viaje de 7 detenidos
del cuartel de San Elias al cementerio Moncada

Orden de detención y registro del 13 de noviembre de 1936, en el domicilio del expresidente del Círculo Ecuestre y abogado Camilo María Juliá, Marqués de Juliá, en la calle Mallorca, 264.

Bibliografía general

- AISA I PAMPOLS, Manel. À bientôt Raval. En: *Enciclopèdic*, n.º 6, marzo, 1995.
- ALEGRET, Luis. *Juan García Oliver: retrat d'un revolucionari anarcosindicalista*. Barcelona: Pòrtic, 2008.
- ALIA MIRANDA, Francisco. *La Guerra Civil en retaguardia: conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*. Ciudad Real, 1994.
- ANCHETA RADA, Jesús. *Un hombre para la eternidad, H. Atanasio Arizu Rodríguez*. Balaguer, Lérida: 1985.
- ARAGOU, Émile (F. Adjueteur). *De la terre au ciel, par les tranchées et les prisons rouges et blanches*. Saint-Chamond, Francia: Frères Maristes, 1985.
- , Manuscrito, (AV).
- ARIZU RODRÍGUEZ, H. Atanasio. *Memorias*. Seis cuadernos. Manuscrito. Balaguer, Lérida: Archivo de la Vicepostuladuría de Santa María de Bellpuig de les Avellanes (AV).
- ARNÁIZ, H. Alberto. Diario manuscrito. (AV).
- , Memorias ciclostiladas. (AV).
- , Reseñas de los maristas supervivientes. (AV).
- ASENS, José. Mis memorias: del sindicato al Comité de Milicias. Texto mecanografiado.
- AZAÑA, Manuel. «La revolución abortada». *Causas de la guerra de España*. Barcelona: Crítica, 2001.
- BADA I ELÍAS, Joan. *Monasterio de Santa María de Jerusalén, 1494-1994*. Barcelona: Editorial Monjas Clarisas, 1993.
- BARRIUSO MARTÍNEZ, T. H. *Laurentino, marista (1881-1936). Mártir de la escuela católica*. Zaragoza: Edelvives, 2003.
- CORREDERA GUTIÉRREZ, Eduardo (ed.). *Páginas de historia marista. España 1936-1939*. Barcelona: Gráficas Casulleras, 1977.
- DELORME, ALAIN. *De la terre au ciel. Frère Adjueteur*. (AV).
- EZPELETA, José M. *Paracuellos*. Obra inédita.
- GARCÍA GOLDÁRAZ, José. Memorias. En: *Testigos, mártires maristas*.
- GARCÍA OLIVER, Juan. *El eco de los pasos*. Barcelona: Ruedo Ibérico, 1978.
- GOMÁ, Isidro. Carta al cardenal Pacelli, 12 de septiembre de 1936.
- HIDALGO, Alberto. Asunto Ordaz ciclostilado. (AV).
- HIPÓLITO, H. *Historia de los HH. Maristas en España*. Manuscrito, 1941-1944.
- LACRUZ, Francisco. *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*.

- Barcelona: Librería Arysél, 1943.
- LEDESMA VERA, José Luis. *Los días de las llamas de la revolución: violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2004.
- MARTÍN RUBIO, Ángel David. *Guerra Civil y represión: el combate por la memoria*.
- MARTÍNEZ CALVO, Inocencio. *Una comunidad de mártires, hermanos maristas*. Zaragoza: Edelvives, 1967.
- MARTÍNEZ GÓMEZ, Jesús. *Luchando en vanguardia*. Zaragoza: Edelvives, 1998.
- MIR SERRA, Miquel. *Diari d'un pistolero de la FAI*. Barcelona: Editorial Proa, 2008.
- MIR SERRA, Miquel. *Diario de un pistolero anarquista*. Barcelona: Editorial Destino, 2007.
- MIR SERRA, MIQUEL Y SANTAMARÍA, MARIANO. *El preu de la traïció. La FAI, Tarradellas i l'assassinat de 172 maristes*. Barcelona: Editorial Pòrtic, 2010.
- MOISÉS, H. Los hermanos maristas en la Guerra Civil. (AV).
- MONTERO MORENO, Antonio. *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1961.
- MUÑOZ FERREIRO, María del Puerto y HEREDIA, Óscar. *La II República i la guerra civil a Montcada i Reixac (1931-1943)*. Barcelona: Ayuntamiento de Montcada i Reixac, 2005.
- PEIRATS VALLS, José. *La CNT en la revolución española*. París: Ruedo Ibérico, 1971.
- Positio H. Laurentino, Virgilio y 44 compañeros*.
- , Carta del Fr. Michaëlis.
- Positio super martyrio H. Eusebio y 58 compañeros*. AV.
- PUJOL, H. Honorato. Memorias manuscritas. (AV).
- SANABRE SANROMÁ, José. *Martirologio de la iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa de 1936-1939*. Barcelona: Editorial Librería Religiosa, 1943.
- SERRA, José. *Memorias*. Manuscrito. Bellpuig de les Avellanes, Lérida: Archivo de la Vicepostuladuría de Santa María de Bellpuig de les Avellanes (AV).
- SERRADELL, Juan. Reseñas manuscritas de Evasio Castrillo. (AV).
- SOLÉ I SABATÉ, Josep Maria y VILLAROYA I FONT, Joan. *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*. 2 vols. Barcelona: Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 1989.
- SOLER, Pedro. Memorias de Pedro Soler. En: *Testigos, mártires maristas*.
- Sumario de la Estafa a los Maristas*. Declaraciones de Èmile Aragou (F. Adjueteur). (AV).
- PERUCHENA, Francisco. Memorias. En: *Testigos, mártires maristas*.
- VIDAL MANZANARES, César. *Paracuellos Katyn: un ensayo sobre el genocidio de la izquierda*. Madrid: Libroslibres, 2006.

ZAVALA, José María. *Los gánsteres de la Guerra Civil*. Barcelona: Plaza & Janés, 2006.

Fuentes consultadas

- Acta del Consejo Provincial. Zaragoza, 11 de marzo de 1938.
- Archivo de la Audiencia Nacional del Palacio de Justicia, Barcelona.
- Archivo del Monasterio de Santa María de Bellpuig de les Avellanes, Balaguer, Lérida.
- Archivo de Montserrat Tarradellas. Monasterio de Poblet, Tarragona.
- Archivo de la Casa General de los Hermanos Maristas, Roma.
- Archivo de Marc Taxonera, Abadía de Montserrat, Barcelona.
- Archivo de Philippe Pascal.
- Archivo del Banco de España, Madrid.
- Biografía de Antonio Moles. (AV).
- Biografía de Francesc Maspons. (AV).
- Diario manuscrito de Camilo Cava. (AV).
- *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya (DOGC)* de 4 de octubre de 1936, n.º 278. Disolución del Comité de Milicias Antifascistas y nombramiento de Aurelio Fernández como secretario de la Junta de Seguretat Interior.
- Expedientes de los maristas en la cárcel Modelo, Barcelona.
- Fondo Trias Peix. Centre d'Estudis Històrics Internacionals (CEHI), Barcelona.
- Lista de identificados, cementerios. Hospital Clínic de Barcelona. (AV). En: *Stella Maris*.
- Memorias de Joan Pons i Garlandí. Versión castellana. (AV).
- Memorias del nacionalista vasco Galíndez.
- Memorias manuscritas de supervivientes. (AV).
- Minas de Camuñas, Toledo. (En Internet).
- Periódicos *Diari*, *La Vanguardia* y *Traball* de Barcelona.
- Reseñas manuscritas del Hermano Dominicio (telegrama). (AV).
- Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián, Guipúzcoa.

Colaboración a las investigaciones

Con la colaboración de: Luis García-Mussons Peña, Antonio Gámiz Maristany, Santiago Fradera Butsems, Casimiro Molins Ribot, Antonio Bosch Carrera, Jorge Capdevila Florensa, Alberto Calzada Vilaseca, José Ferrer Sala, Federico Vallet Nubiola, Francisco Mas Sardá Casanelles, Carlos de Montoliu Carrasco, Juan Peláez Fabra, Juan de Villonga Girona, Luis Montesino-Espartero Juliá, Enrique Salvia Alonso, Andrés Espinos Tayá, Ernesto Flaqué Gri, José Coma-Matute Casas, Josep María Rosanas Montmany, María Nuria Chinchilla Albiol, Federico Malagelada Benaprés, etc.



MIQUEL MIR SERRA (Bañólas, Gerona, 1955). Es documentalista e investigador. Actualmente, lleva a cabo una amplia investigación sobre los hechos de violencia revolucionaria y el expolio del patrimonio civil y religioso durante la Guerra Civil. Para este fin, está trabajando en la clasificación de documentación inédita de archivos patrimoniales privados. Es, además, memorialista de testimonios de las acciones que se perpetraron en la zona republicana durante la Guerra Civil española. Es autor de los libros. *Sentiments d'una vida* (1978), *Entre el roig i el negre; Una crónica de la Barcelona anarquista* (2006), *Una crónica de la revolució anarquista* (2007); *Diario de un pistolero anarquista* (2008), *Diari d'un pistolero de la FAI* (2009), *El preu de la traïció. La FAI, Tarradellas i l'assassinat de 172 maristes* (2010).

MARIANO SANTAMARÍA (Santander, 1935). Es miembro de la Orden marista y pedagogo. Ha realizado numerosas investigaciones sobre las víctimas de la persecución religiosa durante la Guerra Civil.

Notas

[1] El texto literal de la carta escrita por Fernando Suñer nos la transcribe Émile Aragou: «El Comité de Barcelona se compromete a poner en libertad a los miembros de la sociedad todavía en prisión y a no detener a ninguno más y dejar salir al extranjero a todos los que lo deseen, si se aceptan sus condiciones. Enviad delegados mañana, a las 10, al café llamado “El Tostadero”, situado en la Plaza Universidad».

<<

[2] Cfr. *Actas Consejo general: autorización del Consejo General AV*; Cfr. F. Adjuteur, F. *Manuscrit du F. Adjuteur. AV*. Cfr. *Bolsa 57 de Madrid*. Octubre de 2006. Aniversario 175 Bolsa de Madrid. Desde principios de 1933 a 1936 se mantuvo alrededor de 0,48 pesetas el franco. <<

[3] Forma parte del grupo de los Solidarios en 1922 con base en Barcelona encabezado por Durruti, Ascaso, Aurelio Fernández, García Oliver. Con la dictadura de Primo de Rivera se establece en Puigcerdá como delegado de la CNT para colaborar en el contrabando de armas destinadas a la lucha contra la dictadura. Se exilia en Francia desde 1924 a 1934. De vuelta a España se establece en la Cerdaña trabajando como albañil y militante de la CNT. Durante la Guerra civil española asume las funciones de alcalde de Puigcerdá, se distinguió por sus represalias por toda la comarca y ferocidad. Se enfrentó con otros grupos republicanos de la zona, milicias pirenaicas. Tuvo el apoyo del POUM. Murió el 27 de abril de 1937 en un enfrentamiento de lucha al intentar asaltar Bellver de Cerdaña (Lérida). <<

[4] Miembros del Comité de Puigcerdá: El alcalde de Puigcerdá Antonio Martín Escudero, Forés de la CNT y Cap de las Milicias de Puigcerdá, y Basagaña de la CNT. <<

[5] Miembros del Comité de Balaguer en aquellos días eran: Francesc Verdaguer Antí, Salvador Bonet Ribalta, Manuel Bosch Blanch, Tomás Pamies Pla, Doménech Viola Lafuente, Juan Bajén Blanch, José Cosialls Cinca, José Cosialls Navalles, Manuel Gatnau Mata, Jaime Ortiz García, Arturo Pujades Pallarés, José Ubach Cortadellas.

<<

[6] Miembros del Comité de Os de Balaguer: Estanislao Rubies Millá, Ramón Faure, Tomás Rubies Millá, José Feliu, Antonio Feliu, Josep Mauri, Emili Vall, Daniel Badía y Manuelet Belia. <<

[7] El texto decía: «El compañero (...) viaja como delegado del Comité Central Revolucionario para cumplir una misión especial en beneficio de la revolución emprendida y que este comité le ha confiado. A su regreso, podrá acompañar a Barcelona a los camaradas que estime conveniente. Ordenamos a todas las autoridades que les presten apoyo para llevar a feliz término su misión», Barcelona 3 de octubre de 1936 Firma y sello. <<

[8] Nacido en Játiva (Valencia) en 1912 pertenecía a los grupos anarquistas radicales Nosotros y Los Solidarios. Durante el verano de 1936 era jefe de la Sección 9.^a de las Patrullas de Control, con sede en Mayor de San Andrés. Cfr. Pons i Garlandí, J. *Memorias de Joan Pons i Garlandí*, versión castellana. AV. <<

[9] Antonio Ordaz le dijo en el Centro de las Juventudes Libertarias de la calle Provença, 389. [...] «Suerte tienes de ser francés, de lo contrario esta misma noche estarías fusilado». <<

[10] Un marista deja escrito en su memorias: Sé de una señora que contaba 33 o 35 años, que para burlar a los patrulleros y vigilantes se desfiguraba de pobre anciana y así todos los días iba a la cárcel de hombres y de mujeres para socorrer a diez o doce presos. Esta misma señora se ingenió para llevar la sagrada comunión a la cárcel de mujeres y organizar el auxilio a los presos de Vic, Mataró y Terrassa. <<

[11] Desde el principio de la revolución Española, en agosto de 1936, varios miembros de la Federación Anarquista Ibérica fueron enviados a Francia para adquirir armas y material. Prefectura de Policía de París. <<

[12] Cipriano Rivas Cherif (Madrid, 1891-México, 1967). Fue un director de escena, escenógrafo y dramaturgo español. Es considerado junto a Adriá Gual uno de los directores de escena pioneros de la España de comienzos del siglo xx. Era cuñado de Manuel Azaña. Tras la Guerra Civil acompañó al presidente en su exilio francés. Fue detenido por la Gestapo cuando este cuerpo represivo intentó detener a Azaña a instancias del agente franquista José Félix de Lequerica; fue trasladado a España pero, no habiéndosele demostrado responsabilidades políticas, no fue fusilado, aunque pasó ocho años en el penal de El Dueso antes de exiliarse. <<

[13] Giuseppe Motta (Airolo, 29 de diciembre, 1871-23 de enero, 1940). Fue Presidente de la confederación cinco veces, 1915, 1920, 1927, 1932 y 1937 y presidente de la Liga de naciones a partir de 1924-1925. Ministerio de Hacienda (1912-1919). Departamento político (1920-1940). Estaba afiliado al partido de la gente demócrata-cristiana de Suiza. <<

[14] Juan Bundó Puig (1915, Barcelona-1999, Santiago de las Vegas, Cuba). Militante de la CNT y de la FAI, durante la Segunda República fue miembro de las Juventudes Libertarias de Cataluña del Clot barcelonés con los Talón y Abel Paz. Exiliado en Francia en febrero de 1939, sufrió los campos de concentración. En el año 1945 ocupó la secretaría regional de la CNT en Poitiers, se desarrolló más en los ambientes políticos que en los sindicalistas. Asistió a la famosa Plenaria de Toulouse (septiembre-octubre 1945) por la regional 12, que enfrentó al exilio con el interior. Participó en mítines en 1946 en Vannes, Tours, etc. Se marchó de Francia y se instaló en Cuba, en donde trabajó como publicista en Santiago de las Vegas; en el año 1956 constituyó la agencia de información y publicidad *La Victoria*; también fundó el periódico *El Informador* del cual era administrador y redactor. Entre su importante producción literaria destacan sus memorias y el libro *Santiago de las Vegas por dentro*. <<

[15] Documento Justificante que presenta Aurelio Fernández acreditando su actuación con los maristas. Cfr. Teodoro Barriuso Martínez. *H. Laurentino, marista 1881-1936*.

<<

[16] Documento Justificante que presenta Aurelio Fernández acreditando su actuación con los maristas. Cfr. Teodoro Barriuso Martínez. *H. Laurentino, marista 1881-1936*.

<<

[17] El Consejo general a instancia del consejero de España el hermano Sixto y sus superiores de las provincias de España deciden promover la Causa de Canonización de todos los Hermanos maristas, presuntos mártires. <<

[18] Josep Soler Arumí era de ERC. Gozaba de la confianza de los jefes del partido. Amigo incondicional de Artemio Aiguader Miró. Tenía muchos amigos en el mundo sindical. Jefe superior del Parque Móvil de la Presidencia. Perteneció al grupo «La Hidra». Trasmitió a Aurelio Fernández el cómo hacía desaparecer los «fiambres» sin que ninguno dejase rastro, esto consistía en quemar las víctimas. Desde entonces Aurelio hacía lo mismo. El Centro Federal de Izquierdas se llamaba Centro Federal y estaba situado al principio del Paseo de Gracia, de donde era presidente honorario Martí Rauret y presidente efectivo Josep Soler Arumí. <<

[19] Carta de Tarradellas. AV. <<

[20] El barco había pertenecido a Alfonso XIII y era conocido con el nombre de yate «Giralda». <<

[21] Los firmantes del pacto del Frente Popular fueron Unión Republicana, Izquierda Republicana, PSOE, UGT, PCE, FJS. Partido Sindicalista y POUM. En Cataluña se llamó Front d'Esquerres formado por los partidos de Izquierda: Acció Republicana Catalá, PN Republicano Catalá, Unió Socialista de Catalunya y organizaciones de la Alianza Obrera. Cfr. *Paracuellos Katyn* de César Vidal, p. 111 y nota. <<

[22] Todo aquel que no estuviera dispuesto a someterse a los dictados de Moscú. Cfr. *Paracuellos Katyn* de César Vidal, p. 226. Se les tachaba de fascistas cuando buen número de estas personas nada tenían que ver con el fascio y eran simples militares, sacerdotes ordinarios e incluso republicanos históricos. Cfr. *Paracuellos Katyn* de César Vidal, p. 218. <<

[23] Las sacas de presos (mencionadas abreviadamente en el argot de la época como sacas) son situaciones de violencia ocurridas en las cárceles de diversas partes de España durante el período que duró la Guerra Civil Española. El procedimiento consistía en la extracción masiva y sistemática de presos de las cárceles con el objeto de ser asesinados o trasladados. Las víctimas eran sacadas con criterios globales, militares, religiosos, estatus social, etc. Estos sucesos fueron de los más controvertidos y polémicos de la Guerra Civil Española. El fenómeno ocurrió principalmente a finales del año 1936. La definición de «saca» puede provenir del verbo «sacar» o del nombre «saca» (como sinónimo de montón o cierta cantidad). Sea como sea, fue una de las formas de violencia empleadas durante la contienda como lo fueron los paseos, las checas. <<

[24] Para más detalles, entrar en internet Paracuellos de Jarama José Manuel Ezpeleta. Conferencia de D. José Antonio García Noblejas. El gran holocausto de Paracuellos de Jarama. <<